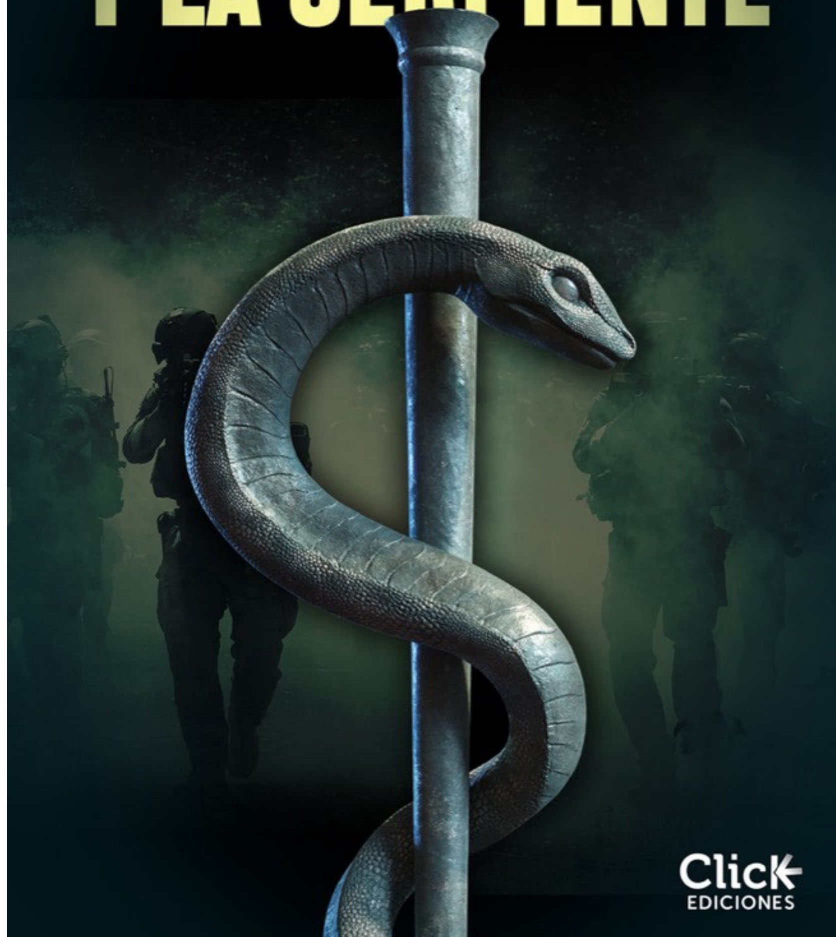
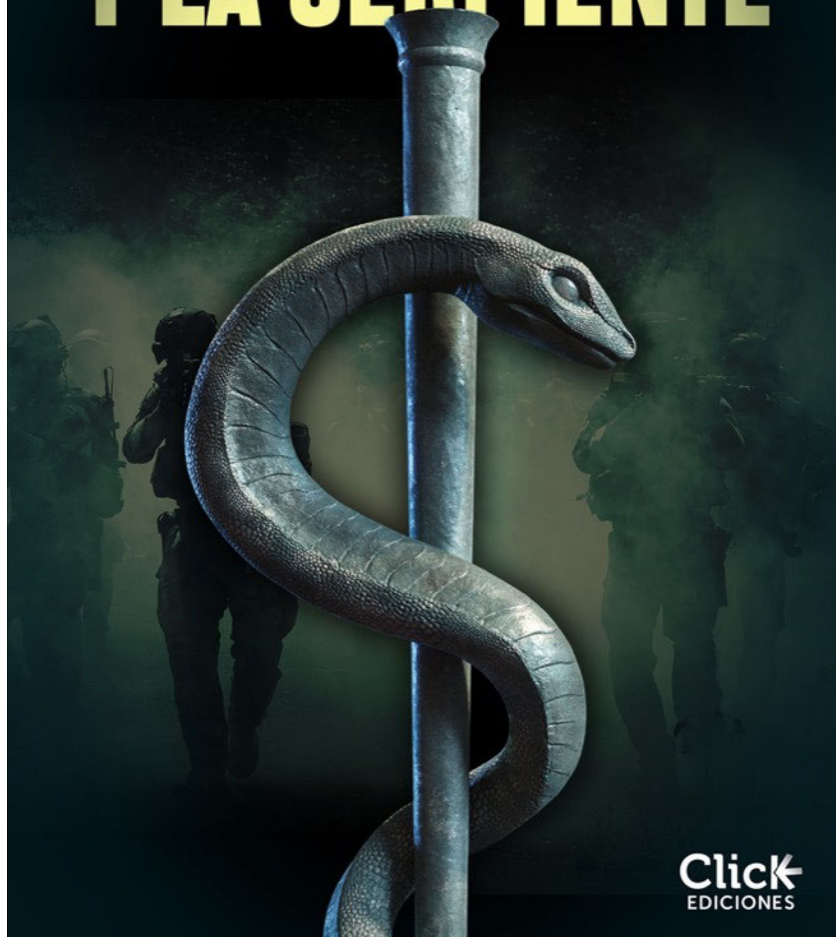
OSVALDO REYES

EL BÁCULO Y LA SERPIENTE



OSVALDO REYES

EL BÁCULO Y LA SERPIENTE



Índice

Portada

Portadilla

Prólogo

PRIMERA PARTE. Alerta clínica

Capítulo 1. Entrada

Capítulo 2. Replicación

Capítulo 3. Latencia

Capítulo 4. Lisis

INTERMEDIO. Operación Aaru

SEGUNDA PARTE. Endemia

Capítulo 5. Anastomosis

Capítulo 6. Conducción estratégica

Capítulo 7. Cuerpo extraño

Capítulo 8. Acciones tácticas

Capítulo 9. Teatralización

Capítulo 10. Ciclo de decisión

INTERMEDIO. La noche del caos. 29 de junio - 30 de junio del 2060

TERCERA PARTE. Nihilismo

Capítulo 11. Esfera de la experiencia

Capítulo 12. Polaridad de los valores

Capítulo 13. Transgresiones

Capítulo 14. Agresión en represalia

Capítulo 15. Condicionamiento operante

Capítulo 16. Memoria ecoica

Capítulo 17. Escepticismo filosófico

Capítulo 18. Quaternio terminorum

Capítulo 19. Epílogo

Agradecimientos

Biografía

Créditos

Click Ediciones

El báculo y la serpiente

Osvaldo Reyes

Click EDICIONES

Prólogo

Con la muerte a solo unos pasos, el hombre tropezó.

Sintió como el mundo se detenía al golpear la acera. Su mente se puso en blanco y reaccionó sin pensar. Sus deseos de sobrevivencia se impusieron y, de alguna forma, logró mantener el equilibrio y seguir corriendo. Su mano sintió el frío del metal de un poste de luz y sus dedos se asieron a él para detener el descenso hacia el asfalto. Su cuerpo, alimentado con pura adrenalina, salió despedido hacia delante. Las suelas de sus zapatillas sobrepasaron el obstáculo y pisaron los charcos de agua que la persistente llovizna dejaba por todas partes.

No se atrevió a mirar atrás. Podía escuchar sus pisadas, el agua salpicando bajo el peso de sus botas. Un vapor etéreo, la luminosidad de los faroles chocando con las gotas de agua, le permitía ver unos metros adelante, pero más allá la oscuridad era absoluta. Sabía que sus perseguidores no dependían de la luz para capturarlo. Sus lentes de visión nocturna debían de pintar ese corredor en un verde fosforescente y su silueta contrastaría como una mancha de aceite en un mantel. La única forma de escapar era correr más rápido que ellos y encontrar alguna puerta abierta que le permitiera esconderse. Descansar no era una opción.

Si lo atrapaban, su descanso sería eterno.

Una lata chocó con la acera y resonó como un cañón en su cabeza. Debían de estar más cerca de lo que esperaba. El eco rebotó en los edificios cercanos y multiplicó el sonido decenas de veces. No podía precisar el origen, mucho menos planear una ruta. Giró en una esquina y buscó la protección de la pared de un viejo depósito. La lluvia cesó de caer inclemente sobre su rostro; un viento frío ocupó su lugar. Se pasó la mano por la cara y se quitó el exceso de agua. Entrecerró los ojos para intentar ver alguna sombra, alguna señal de

sus perseguidores.

El agua seguía cayendo y formaba una cortina que danzaba al alcance de sus dedos. Tenía que organizarse. Pensar claro, elegir y echarse a correr sin detenerse. Se orientó como pudo en la oscuridad y aspiró profundo antes de lanzarse a la noche.

Una mano se cerró sobre sus cabellos y lo tiró a la calle. Sus pies perdieron el equilibrio y el piso desapareció. Su cuerpo flotó en la humedad antes de chocar con el suelo. Trató de darse la vuelta para apoyar las palmas en la calle y correr, pero una pesada bota aterrizó sobre su espalda. El impacto enterró su rostro en un charco de agua poco profundo y lo dejó escupiendo mientras buscaba aire.

—Quieto, amigo —dijo una voz masculina por encima de él. Sonaba tranquilo, como si perseguirlo no hubiera representado el menor esfuerzo.

Sintió una mano agarrarlo por el hombro y darle la vuelta. Un rayo de luz lo cegó, imponiéndose por encima de la lluvia o el halo de los faroles. Dedos enguantados se deslizaron por encima de su rostro y movieron los cabellos que cubrían su frente.

—Tiene diabetes —dijo otra voz más gutural—. Déjame verlo.

Otro grupo de manos lo tomó por la quijada y levantó su cabeza. Sintió como se la movían de izquierda a derecha. Después, un pequeño tubo de metal hizo presión sobre la piel de su nuca.

—Glicemia de doscientos treinta miligramos por decilitro. Está volando. Dígame una cosa, señor. ¿A qué hora comió por última vez? ¿Fue pasta o carne?

El hombre no podía pensar. La luz cegaba sus ojos. Solo le llegaban voces y el incesante repicar de las gotas en los charcos. La segunda persona parecía muy interesada en su enfermedad. Tal vez esa era su salvación. Mantenerlo entretenido hasta que uno de ellos se descuidara.

Sintió un punto caliente en su frente, como si lo hubieran tocado con un fósforo. Después el mundo perdió todos sus colores,

difuminados por la lluvia. Los sonidos desaparecieron en un chasquido cargado de estática. Su cuerpo se arqueó una vez, para luego volver a caer sin vida al suelo.

—¿Por qué? —gritó el segundo hombre. Le puso los dedos sobre la carótida por puro reflejo, pero sabía lo que sentiría. La ausencia de la pulsación que indicaría que su corazón seguía funcionando—. ¡Diabetes! ¿Tienes idea del tiempo que llevo sin ver una diabetes?

Su compañero guardó el arma reglamentaria en su funda. Levantó la mirada al cielo. Las gotas le mojaban el rostro. Apagó sus lentes y las luces del mundo regresaron a su color normal.

—¿Cuál es nuestra misión? —preguntó.

El hombre que, arrodillado en el suelo, no dejaba de tocar la frente del muerto, se detuvo ante la pregunta y se dio la vuelta. Se irguió con lentitud y se quitó los guantes de un tirón.

—Era un diabético, Uriel. ¡Un diabético! Tenía la glicemia elevada y todo.

—¿Cuál es nuestra misión, doctor Wald?

El título formal cortó el resto de la discusión. Se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—Ayudar a preservar la salud…

—La otra. La extraoficial.

—Buscar y destruir —dijo apretando la boca—. Eso lo sé, pero pudiste esperar un poco. Treinta segundos es todo lo que me lleva descargar la información de su DRI.

—Quizás, pero esa no es nuestra misión. ¿Cuál es?

—Eres un aguafiestas, Uriel. ¿Te lo he dicho antes?

Su compañero se quitó la gorra y la golpeó varias veces contra su muslo para quitarle el agua de encima. La llovizna no era más que una niebla fina a su alrededor. El silencio se cernió en el callejón,

interrumpido por los golpes de la gorra de Uriel al chocar contra su pierna. Sus ojos, puestos en los de su compañero, esperaban una respuesta.

—Bien, bien —respondió Wald, que lanzó una última mirada al cuerpo en el piso—. Buscar y destruir… por el bien de la humanidad.

PRIMERA PARTE

Alerta clínica

El comienzo siempre es hoy.

Mary Shelley

Tendremos el destino

que nos hayamos merecido.

Albert Einstein

Capítulo 1

Entrada

15 de enero del 2060

Cuando el virus llegó a los pulmones de Edisa, ella corría por su vida.

—No huyas, maldita —gritaba Pablo, cada vez más lejos—. Un día te atraparé. No puedes huir para siempre.

Edisa siguió corriendo. Sus músculos se resentían con cada paso y temía que en cualquier momento perdería la fuerza. Un incipiente dolor en la pantorrilla amenazaba con transformarse en un calambre que se extendería por toda la pierna, la incapacitaría y daría con ella en el piso, dejándola a merced de Pablo y sus puños.

Aguantó la respiración para no sentir el aire entrar a raudales con cada inhalación. Una bocanada caliente que rasgó sus pulmones como si las moléculas tuvieran filo. Apretó la mandíbula y se inclinó un poco hacia delante para reducir el impacto del viento en su carrera. Si lograba acelerar un poco y saltar el muro de la autopista, estaría a salvo.

Sintió algo rozar el pabellón de su oreja microsegundos antes de que una detonación estallara detrás de ella. Sus piernas la empujaron hacia la izquierda y se agachó un poco más. Sin detenerse, echó a correr en dirección contraria unos metros, para luego regresar sobre sus pasos. Siempre hacia delante, en un zigzag descontrolado, mientras las detonaciones se repetían cada cierto

tiempo.

Era muy difícil apuntar a un blanco en movimiento y Pablo no era un francotirador. Su única esperanza de esquivar una bala loca de la pistola de su novio era no detenerse, así muriera de cansancio en el intento.

Prefería morir así que darle la satisfacción a Pablo de haberla alcanzado, de tener que ver en sus ojos la alegría de haberle ganado antes de rematarla como lo haría con un perro callejero.

«¿Qué viste en él, Edi?», se preguntó sin dejar de moverse. Una cinta de asfalto se vislumbraba entre los árboles y los matorrales. Los autos circulaban a toda velocidad sobre ella, sus luces iluminaban la carretera, que empezaba a desaparecer bajo el manto de la noche.

—Te atraparé. Ya verás.

La voz casi le provocó un infarto. Sonaba muy cerca. Los disparos habían cesado, pero el esquivar todas esas balas había tenido un precio.

Perdió tiempo.

Nadie sabía que estaba allí, acercándose a toda velocidad a la autopista. Si Pablo la alcanzaba, nadie encontraría su cuerpo en meses. Nadie la echaría de menos ni denunciaría su desaparición a la policía. Dejaría de existir como la llama de una vela.

Doscientos metros.

Pensó en su madre, que debía de haberse olvidado de ella, si es que se había percatado de que ya no estaba. No le extrañaría que siguiera igual de borracha que la última vez que la vio, cuando se escapó de casa para irse a vivir con Pablo. Una decisión que pagó con creces durante más de cinco meses.

Cien metros.

—No te atrevas —gruñó Pablo. Sintió sus dedos rozar sus cabellos. Si los llegaba a agarrar, sería su fin.

El borde de la autopista a unos pasos, apenas visible gracias a las luces de los autos.

—¡No te atrevas!

Edisa no se detuvo. Sus pies tocaron la grava del borde de la autopista y siguieron su carrera. No miró para ver si estaba a punto de ser atropellada. La rodeó una tormenta de bocinas y llantas quemando asfalto. Las luces que iluminaban la carretera empezaron a moverse en espirales, a izquierda y derecha de su carrera. El sonido del metal al chocar con el muro de contención que separaba la autopista por la mitad se sobrepuso al ruido de vidrios quebrándose en pedazos, algunos de los cuales volaron y golpearon sus brazos y su rostro. No sintió los cortes o la sangre correr sobre su piel, marcando su avance con pequeñas gotas que nadie vería en medio del desastre.

Nunca supo si Pablo se detuvo a tiempo o si se convirtió en uno con el pandemonio automovilístico que de seguro dejaba atrás. Atravesó el otro lado de la autopista sin causar un nuevo accidente y se perdió en el bosque. La oscuridad la protegería.

A la mañana siguiente encontraría la forma de huir. Si Pablo seguía con vida, nunca dejaría de buscarla. Aspiró con fuerza el aire nocturno y dejó que su corazón se calmara al adentrarse entre los árboles. Las luces de una gasolinera, que brillaban a lo lejos, le sirvieron de guía. Allí podría tomar un taxi y desaparecer para siempre.

Nadie sabía que el virus ya estaba en el aire.

* * *

17 de febrero del 2060

En el momento en que la doctora Jocy de Pascal vio a su primer paciente infectado por el virus, planeaba un asesinato.

—¿Cuándo empezaron los síntomas, señor Gálvez? —preguntó ella, sus ojos puestos en la tableta, pero tratando de no ignorar al anciano que se rascaba la barba con vigor, una colección de pelos que alternaban entre el gris oscuro y el blanco y que cubría su rostro desde las orejas hasta el mentón. A diferencia de otros hombres que se dejaban crecer el bigote, su paciente se afeitaba el labio superior, que mostraba una piel suave que rodeaba unos labios delgados y algo cuarteados.

—Hace tres días, doctora —dijo sin dejar de rascarse—. El martes me sentí débil y sin energía para nada. El miércoles me sentí mejor, pero ayer empezó el dolor de cabeza y la picazón.

Jocy deslizó los dedos con agilidad sobre la pantalla táctil y marcó en las casillas correspondientes cada uno de los síntomas que le describía el hombre. El algoritmo del programa le daría al final algunas posibilidades diagnósticas y pruebas a solicitar, pero de ella dependería cuál ordenar y en qué sentido armar un plan de trabajo. Ya su mente iba considerando un diagnóstico diferencial, un procedimiento superfluo para muchos médicos que se apoyaban en el algoritmo para cualquier decisión. Ella se negaba a tomar el camino fácil. Era la única forma de mantenerse activa, de retar a su cerebro y no tornarse complaciente como muchos de sus colegas.

Y una buena técnica para olvidar las ganas que tenía de matar a Ramiro.

—La picazón, ¿me dice que es en todo el cuerpo?

—Sí —dijo a la vez que se rascaba los brazos, como si la afirmación no fuera suficiente. La piel, de un color crema, evidenciaba múltiples escoriaciones—. Más en las manos y en los pies.

«Prurito palmoplantar —pensó mientras escribía—. Un problema biliar. Ahora podría estar confundido. Con un prurito generalizado hay muchas más opciones. Tendría que descartar problemas renales, tiroides, deficiencia de hierro, algún tipo de cáncer hematológico.»

—Y creo que el martes me dio fiebre, pero no estoy seguro —agregó como algo casual. Jocy mantuvo su atención en la tableta y sintió su mandíbula cerrarse con fuerza. Si tuvo fiebre, el diagnóstico diferencial tendría que incluir cuadros infecciosos. Era todo un capítulo de su libro de medicina interna.

«Y por eso serás un médico general toda tu vida», dijo Ramiro en su mente con su voz pausada y lógica. El tono que la sacaba de quicio cada vez que lo escuchaba. Una mezcla de condescendencia y cansancio que insinuaba que era demasiado tonta para entender que perdía su tiempo y el de sus pacientes.

Recordaba haberse levantado esa mañana con la sensación de cargar el mundo en la espalda. La ducha con agua caliente, que la mayoría de las veces la sacaba del sopor matutino, no tuvo efecto sobre su falta de energía. Mientras se secaba el cabello, sus pies la llevaron al lado de la cama donde dormía su esposo. Ramiro roncaba con suavidad, la sábana lo tapaba hasta el cuello. Sin saber el motivo, estiró la mano y deslizó el borde de la tela hasta que pudo ver su hombro. Ramiro tenía el sueño tan profundo que el movimiento ni siquiera alteró el ritmo de su respiración.

Bajo la tenue luz que provenía del baño, pudo ver la pulsación de las arterias de su cuello. Era algo casi imperceptible, pero ella sabía dónde buscar. Se imaginó enterrando un cuchillo con fuerza en ese punto y la sangre saltando en un chorro que marcaría el principio del fin de Ramiro.

Jocy presionó la tecla de fiebre. El programa actualizó la información suministrada, alimentando el algoritmo.

¿Por qué los seres humanos no tenían un botón de borrado?

«Siempre puedes divorciarte», dijo Ramiro con sorna en su mente. Si alguna vez le insinuaba que quería separarse de él, estaba segura de cómo lo tomaría. La miraría con esos ojos fríos y calculadores que alguna vez la enamoraron. A diferencia de diez años antes, esta vez no vería a una joven estudiante de medicina, sino a su esposa. No vería lujuria o cariño en ellos, sino cansancio. La manipularía con sus opiniones, como movía los botones de los ventiladores que usaba para salvar vidas en su unidad de cuidados intensivos, y al

final ella pediría perdón por su necedad.

Divorciarse no era una opción. La cláusula prematrimonial la dejaría sin nada y sus contactos, que blandiría como armas, la dejarían en la calle. Si tenía suerte, terminaría trabajando en alguna cliniquita de las que todavía no estaban ligadas con la red nacional de expedientes clínicos. En las que todavía se escribía en papel y se usaban plumas.

La última humillación: relegarla al lugar donde siempre dijo que terminaría.

«Siempre puedes sacarme de tu vida», dijo Ramiro, pero ya no sonaba pedante. Su voz era un susurro cautivador. Una invitación a dar el paso que su mente insistía en que era la única solución.

No podía ser con un cuchillo, por supuesto. Por más placentero que pudiera ser, no cambiaría un destino terrible, como sería pasar el resto de sus días con Ramiro, para terminar en una celda curando heridas después de una reyerta entre compañeras.

Siempre hay una solución. Es cuestión de tener paciencia y planear.

Le indicó al hombre que se acostara en la camilla para examinarlo. Justo cuando el señor Gálvez le daba la espalda para quitarse la camisa, su tableta pitó una vez. Regresó al escritorio y vio que la pantalla estaba iluminada y que un aviso, enmarcado en un rectángulo blanco, ocupaba el centro.

Urgente: Verificar que el paciente no tenga hepatomegalia. De ser así, llamar inmediatamente al número siguiente y preguntar por el doctor Henry Orozco, del Departamento de Enfermedades Infecciosas del Hospital San Marcos.

El aviso logró que olvidara sus problemas por un instante. Dejó la tableta en la mesa y se acercó a la camilla, donde el hombre seguía rascándose los brazos. El tórax y el abdomen estaban marcados con lesiones lineales provocadas por uñas que no lograban encontrar un

punto donde calmar las molestias.

Puso ambas manos por debajo de la costilla derecha y palpó.

El hígado estaba aumentado de tamaño.

* * *

25 de abril del 2060

La noche que el virus le quitó a su hermano, Ana Paredes retó a la muerte.

—¿Qué es esto? —dijo Ana sacudiendo la bolsa delante de su cara —. ¿Qué es esta basura?

—Lo que pediste —dijo Pablo—. Un gramo de cocaína de alta calidad.

Ana miró la bolsa y luego a su hermano Álvaro, que, sentado sobre el capó del auto, fumaba un cigarrillo electrónico sin dejar de estudiar a su proveedor.

—¿Puedes creer a este tipo? ¿Alta calidad?

Álvaro solo alzó los hombros. El estilizado aparato en su boca despedía columnas de humo. El viento nocturno rasgaba su esencia en jirones que desaparecían en la noche y dejaban atrás el aroma pungente de la nicotina mezclado con un toque de vainilla y menta.

Pablo entrecerró los ojos y arrugó un poco la nariz. El olor a menta lo podía tolerar, pero el dulce aroma de la vainilla se sobreponía a los demás químicos y le recordaba a un cuerpo en proceso de descomposición minutos antes de que las moscas empezaran a llegar atraídas por el festín en potencia.

—Esto es basura —espetó Ana casi en su cara—. Como aspirar harina. No me hizo nada.

Pablo miró por encima del hombro de Ana a su socio. Uriel estaba sentado dentro de su coche a solo unos metros, pero no estaba dormido. De seguro tenía en su mano su confiable Harpía MX-30, una reliquia en su opinión, y que dejaría de usar el día que se cayera de sus dedos sin vida.

Antes de que fuera a correr la sangre de dos clientes frecuentes, sacudió la cabeza y se llevó la mano a la oreja. Una señal preestablecida que le decía lo que debía hacer.

«Todavía no, pero está pendiente.»

Un cliente muerto era mal negocio, pero un aviso muy útil para futuros compradores. Uno que se pagaba con creces a la larga, al reducir episodios similares.

No era la primera cliente que trataba de engatusarlo o acusarlo de algo que ambos sabían no era verdad. Podía ver que estaba bajo el efecto de su mercancía. Las pupilas dilatadas, los vasos enmarcando el pozo de oscuridad, la euforia enmascarada como valentía. Había probado y quería sacarle más sin tener que pagar.

—Es una lástima —dijo en respuesta a su acusación—. Te devuelvo el dinero y no tienes que hacer más negocios conmigo. Sin resentimientos.

—Eso no es lo que quiero —se quejó Ana. Él vio la desesperación en su rostro—. Ya tenemos dinero. Dame una nueva bolsa con coca de calidad y me sentiré satisfecha.

Pablo le quitó la bolsa que tenía en la mano y la sopesó. La abrió y metió el dedo en el polvo. Se lo llevó a la nariz y aspiró.

—Harina —murmuró—. Muy poca coca. Tienes razón, esto es basura.

Ana asintió. La droga obnubilaba su cerebro y le impedía ver que Pablo la estudiaba. Ante el comentario, una tenue sonrisa y un giro de cabeza para mirar a su hermano.

—El sarcasmo no es para todo el mundo —dijo tirando la bolsa al suelo. Sin darle tiempo a darse la vuelta, estiró la mano, la agarró por el cabello y tiró de ella hacia atrás. Sus pies se entrecruzaron como una hélice y cayó de nalgas al piso en un charco de agua de dudosa procedencia, apenas iluminado por el farol bajo el cual conducían los negocios.

—¡Maldito malnacido! —gritó, más molesta por el daño a su ropa que por el hecho de que la agarrara por los cabellos—. Esta ropa es de colección, ¿sabes? No tienes…

Pablo la volvió a agarrar por el pelo. El grito logró atravesar el sopor de su hermano, que se levantó. Parecía no comprender qué pasaba, pero presentía que algo no iba bien.

—¿Qué haces? —logró preguntar antes de sentir el cañón de la pistola de Uriel en su cuello—. ¿Qué está pasando? ¿Nos robas?

Pablo no respondió. Se agachó sin soltar el cabello de Ana. Acercó su rostro hasta que sus labios rozaron el lóbulo de su oreja. En voz baja, mirando a Álvaro, susurró:

—¿De verdad creíste que me tragaría tu mentira, perra mentirosa?

—No, Pablo. En serio. La bolsa venía así —suplicó Ana, los ojos abiertos, la voz jadeante. La adrenalina se sobreponía al efecto de la droga.

—Deja a mi hermana —gritó Álvaro. Uriel presionó el cañón contra su piel.

Pablo no respondió. Le hizo un gesto a su ayudante, que empezó a revisarlo sin separar el arma de su blanco. Álvaro trató de protestar, pero un golpe certero en el hígado le hizo desistir de cualquier intento de pelea.

Uriel lo enderezó de un tirón. En la mano tenía un teléfono móvil y una cartera.

—Este —dijo Pablo— es nuestro precio por dejarlos con vida, considerando que trataron de engañarnos. Lo vuelven a intentar una vez más y estarán en la lista de personas desaparecidas para nunca

salir de ella. ¿Me explico?

Ana asintió. El silencio se apoderó de la noche, interrumpido por el suave susurro del viento. Cuando Pablo sintió la primera gota de lluvia en el dorso de su mano, soltó a su presa.

Ana se alejó arrastrándose por el suelo. Uriel soltó a Álvaro para que la ayudara, pero el hombre no reaccionó como esperaba. Dio un paso y cayó de rodillas al suelo, golpeando con fuerza la calle, pero no soltó grito alguno. Fue como si hubiera quedado clavado en su posición por un instante, los ojos puestos en su hermana. Luego se desplomó de cara. Su rostro lanzaba gotas de agua al quedar sumergido en el charco.

—¡Álvaro! —dijo Ana gateando hasta quedar a su lado. Lo volteó sobre el suelo. Su frente tenía un corte. La sangre fluía sobre su piel y se diluía con las gotas de lluvia que empezaban a caer con más fuerza—. ¿Qué le hiciste? —dijo mirando a Uriel.

—Nada —dijo sin dejar de apuntarle, pero su voz lo traicionaba. Estaba asustado.

Pablo se acercó y le puso la mano en el cuello. Movió los dedos varias veces, casi como si tratara de estrangularlo y no supiera cómo agarrarlo. Cuando lo soltó, se levantó de un salto.

—Está muerto.

—¿Qué? —dijo Ana, que les dio la espalda a los hombres y empezó a darle cachetadas cariñosas—. Solo está dormido. O se desmayó del susto. Eso es todo.

Pablo miró a Uriel, quien entendió que su jefe no bromeaba. Un muerto era algo que atraería a la policía y lo último que querían era estar en ese lugar cuando eso pasara.

Uriel alzó su arma y la apuntó a la cabeza de Ana. Pablo lo dejó continuar, pero justo en el momento de tocar el gatillo, los dedos de su compañero se apoyaron en su muñeca.

—No. El muerto no es culpa nuestra. Ella no tiene nada que nos pueda incriminar, pero dos muertos será algo difícil de ocultar.

Vámonos.

Uriel guardó su Harpía en su funda y se dirigió al coche, seguido unos pasos detrás por Pablo. Ana, tirada en el suelo, seguía tratando de hacer reaccionar a su hermano. Las gotas de lluvia la envolvían como una neblina difusa y ocultaban las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas.

El motor del coche y el rechinar de llantas se sobrepusieron a su grito.

* * *

13 de junio del 2060

El día que el mundo escuchó por primera vez acerca del virus, María Luisa escondía dos millones de dólares.

La pantalla del monitor era la única fuente de iluminación en la habitación. María Luisa tenía dos ventanas abiertas en ese momento. Las noticias de la CNN ocupaban un pequeño rectángulo en la esquina superior. Todos los hackers que conocía estaban pendientes de ese sitio. Para cuando el aviso de un importante anuncio se hizo público, todos ellos ya tenían conocimiento de que algo grande sería revelado. Ninguno de ellos, ni siquiera los verdaderamente buenos, entre los que ella se incluía, sabían de qué se trataba.

Y eso era razón más que suficiente para estar pendientes.

De ser otras las circunstancias, ella estaría metida en la red, tratando de saber la verdad antes que el resto del mundo. Era un asunto de orgullo personal y sabía que muchos de sus conocidos estaban haciendo precisamente eso. Sin embargo, por esta vez, algo era más importante que su deseo de demostrar que era la mejor.

Nunca llegó a pensar que la venganza se sobrepondría a su ego un día.

—La dejaré, no te preocupes —dijo imitando el tono de voz que usaba Ramiro cuando la tenía en sus brazos—, pero es algo complicado. Si lo hago mal, me dejará sin nada, y no pienso darle un solo centavo a esa bruja. Tú me entiendes, ¿verdad, amor?

Fue una imbécil. Le creyó. La convenció de que pensaba separarse y que, tan pronto lo hiciera, se casaría con ella. Cayó como una adolescente en su red de mentiras y nunca se le ocurrió verificar si le decía la verdad. Ese fue su error.

El de Ramiro, pensar que nunca se daría cuenta.

Sus ojos se desviaron por un instante al dorso de su mano. Cada vez que pensaba en Ramiro, su mente la obligaba a ver esa marca. Una media luna de la cual colgaban tres diamantes negros. Un tatuaje que se hizo apenas salió del hospital para tapar la cicatriz que tenía allí. Un recordatorio permanente del día que su vida se cruzó con la del doctor Ramiro Pascal.

«Cualquier persona no sobrevive a un atropello tan aparatoso. Eres una chica afortunada», fueron las primeras palabras que escuchó al abrir los ojos. El dolor saturaba cada centímetro de su cuerpo, así que sintió ganas de gritarle al imbécil que se atrevía a decirle algo así, hasta que lo vio quieto casi encima de ella. Sus ojos eran de color miel y algo en su expresión apagó su agresividad natural.

El principio del fin. De todas las personas que le hablaban, que la movían, que le sacaban muestras, era la única que esperaba. Su voz era suave y grave, como terciopelo deslizándose sobre una quemadura. No fue hasta que la realidad le quitó la venda que cubría sus ojos cuando captó por qué tuvo un efecto tan profundo sobre ella.

Después de diecisiete años de decepciones (la primera, el haber nacido por culpa de la terquedad de su madre, que no vio que traerla al mundo era una mala idea), Ramiro Pascal era la primera persona en darle su completa atención. Un hombre mayor, interesante, inteligente y apuesto.

Alguien que pudo ser el padre que nunca tuvo. En realidad, cabía dentro de lo posible. Su madre no sabía quién era y, considerando cómo se ganaba la vida, jamás lo sabría.

«Deja el Electra, María Luisa —pensó—. Concéntrate.»

Separó la mirada de la cicatriz para regresarla a la ventana de la CNN. Se veía un podio vacío, un micrófono y el movimiento de personas, la mayoría reporteros en busca de una buena posición para el gran evento. Ninguno de sus compañeros hackers se había manifestado, así que el hermetismo de la noticia se mantenía.

Volvió su atención a la ventana de trabajo y sonrió. La última transferencia se había hecho efectiva. Dos millones de dólares sacados de las tres cuentas de Ramiro usando métodos legales, por lo menos para el banco, y que no serían detectados hasta el lunes, cuando regresara de su «congreso» en el extranjero. Le tocaría buscarlo en el aeropuerto, llevarlo a su casa y escucharlo todo el camino hablar de lo aburrido que fue todo, mientras ella trataba de aparentar interés, a sabiendas de que le mentía. El «congreso», que se llamaba Anastasia, de seguro tomaría un Uber después.

Los correos de los bancos que anunciaban las transacciones nunca le llegarían. Daría lo que fuera por ver su cara al descubrir que en las cuentas solo quedaban dos dólares con treinta y cinco centavos. Lo peor: no captaría de una vez por qué esa cantidad. Para cuando recordara, ella estaría en alguna isla del Caribe, lejos de su tóxica presencia y disfrutando su dinero.

Cerró el ordenador y comenzó a guardar todo. Quería llevarse sus pertenencias de la casa. Ramiro era tan egocéntrico que no se daría cuenta de la ausencia de sus útiles personales hasta que ya fuera muy tarde. Tal vez cuando viera el robo, pero no antes.

De haberse quedado en línea treinta segundos más, habría visto en la pequeña ventana la aparición del doctor Schneider, director general de la Asociación Internacional de la Salud. Se paró detrás del podio, ajustó el micrófono y miró a su audiencia con absoluta gravedad.

Si su rostro era una señal de la seriedad del asunto, estaban a punto

de recibir malas noticias.

Capítulo 2

Replicación

13 de junio del 2060

Eric Avilés presionó el botón de enviar. Un pequeño rectángulo lo avisó de que el mensaje había llegado a su destino. Ahora otras personas se encargarían de jugar con sus palabras para que fueran transcritas a un papel y replicadas cientos de veces. Cuando terminaran, la edición matutina del diario La Esclusa estaría lista.

La primera plana, en grandes letras negras, diría: «N

UEVO VIRUS AMENAZA AL MUNDO. ¿

E

STAMOS LISTOS PARA ESTA PANDEMIA?

».

La respuesta, por supuesto, era que no. Nadie aprendió de la última, allá por el 2020. Los Gobiernos siguieron haciendo lo mismo, la gente siguió votando por las mismas sabandijas y el mundo retomó la «nueva normalidad» como la vieja, pero con otro nombre.

Lo que recordaba de esa época era muy poco. Pasó mucho tiempo encerrado. Todas sus clases fueron virtuales. Usó un programa llamado Zoom y a los dos meses su madre quería matar a todos en casa. No lo hizo, pero cuando los liberaron, el primer viaje que hizo

con ella fue a una firma de abogados para pedir el divorcio.

Para él fue su primer paseo en meses. Podía recordar el sol en su piel y el viento matutino entrar por la ventana. Lo obligaban a usar una mascarilla, que le daba picazón y que a cada rato tocaba, para desesperación de su madre, pero el simple hecho de salir de esas cuatro paredes fue más que suficiente. Además, ignoraba lo que planeaba hacer.

—¿Terminaste? —preguntó Verónica, sacándolo de su viaje a un pasado que trataba de olvidar.

—Sí, amor —respondió levantándose de la silla. Revisó su móvil, se aseguró de no tener ningún mensaje nuevo y lo dejó cargándose al lado del ordenador. Abrió un cajón y se aseguró de que la pequeña cajita azul siguiera en su interior. La empujó hasta el fondo y lo volvió a cerrar. Se dejó caer en la cama y suspiró cansado.

Verónica no dijo nada. Se volvió y lo abrazó en silencio. Eric sabía que no dormía. Esa noche nadie podría dormir.

—¿Es tan malo como dicen? —preguntó ella, sus labios pegados a su hombro.

—No sé. Según el de la Asociación Internacional de la Salud, sí.

—Pufff. Qué saben ellos.

Eric no respondió. Otro de los regalos de la última pandemia. Una desconfianza en todo lo que sonara a autoridad médica. De la noche a la mañana, el noventa por ciento de la población era experto en virología, epidemiología y farmacología. No guardaba muchas esperanzas de que esta vez fuera a ser diferente, algo que nunca dejaba de llamarle la atención. Cada cinco años el grueso de la población se olvidaba de todos los desastres y asaltos disfrazados de contratos perpetrados por las autoridades de turno, pero no olvidaban los errores cometidos por la comunidad científica en relación a un evento nuevo para el cual nadie estaba preparado.

Cuarenta años después seguían sin estar preparados. La Organización Mundial de la Salud tuvo que cambiar su nombre, un

radical intento de limpiar su imagen. Con el tiempo, el truco funcionó. Pocos se acordaban de que la AIS era la misma OMS de antaño con nuevos uniformes. La directiva había cambiado, sus lineamientos se habían endurecido, pero la desconfianza era la misma. A pesar de las advertencias, de los avisos de que otra pandemia llegaría con más fuerza y, tal vez, sería más letal, nadie tomó precauciones. Los intentos fueron tachados de alarmistas o, peor, de ataques políticos. Cuando un investigador encontraba algo, diez salían en las redes sociales llevándole la contraria y se convertían en una especie de competencia. Una de la que nadie salía ganando y que, por lo visto, estaba a punto de estallarles en la cara.

Verónica era demasiado joven para recordar esa pandemia. Con un año de edad, en una familia de médicos, nunca le faltó nada, nunca sintió hambre ni tuvo que preocuparse por pensar de dónde saldría la siguiente comida. Para ella la pandemia fue algo que leyó en la escuela. Un párrafo de diez líneas en alguna página oculta de los libros de historia o biología.

Una pesadilla que nadie quería recordar. Estaba en el pasado. ¿Por qué torturarse pensando en esas cosas?

El doctor Schneider les acababa de tirar a la cara la razón.

El resto de la semana sería un absoluto caos. Los dueños del periódico salivarían con las ganancias, las redes sociales se tornarían en un campo de batalla y los dos lados del conflicto las usarían como bombas de gas mostaza. Nadie saldría ileso y a largo plazo el daño sería irreparable.

—De seguro es una simple gripe. Apuesto a que, en unos meses, nos quieren vender una vacuna.

—Hace unas décadas las personas pensaban igual. Cuando por fin salió la vacuna, el mundo regresó a la normalidad. ¿Recuerdas?

La pregunta era inútil. Verónica no tuvo que vivirlo y, por supuesto, reaccionó como se esperaba. No dijo nada, pero la imaginó torciendo los ojos. Decepcionada de lo inocente que podía ser.

Mantuvo la boca cerrada. Sabía que en el fondo su prepotencia no era más que miedo. Lo que ella no veía era que anular el virus no funcionaba como un hechizo mágico. El virus seguiría viajando e infectando a cuantas personas pudiera alcanzar. Todavía recordaba las palabras de Schneider en la conferencia de prensa:

El virus se transmite por el aire. Es altamente contagioso y no sabemos desde cuándo está circulando. Nuestra recomendación es solicitar la prueba solo a los pacientes sintomáticos, ya que no todos los afectados desarrollarán síntomas. Uso de mascarillas, distanciamiento social y lavado de manos son indispensables para frenar la propagación del virus.

Con algo de suerte, tendrían las caras cubiertas los próximos meses. Si las cosas empeoraban, les tocaría vivir el encierro de su juventud, con la preocupación adicional de que su trabajo podía peligrar. No al principio, pero si la situación se prolongaba demasiado, ningún empleo garantizaba estabilidad.

No quería pensar en el peor de los escenarios.

* * *

13 de junio del 2060

El doctor Schneider cerró la puerta de su oficina con alivio. En su interior, las únicas otras tres personas que sabían toda la verdad. Si la satisfacción de escapar de los periodistas se reflejó en su rostro, ellos no dijeron una palabra, lo cual aceptó como una bendición adicional.

No más mentiras. Las próximas horas podría hablar con libertad, sin

pensar en la red de quimeras que, con ellos, había fabricado para mantener al mundo en paz unos meses. Cuando los seis directores regionales descubrieran que habían sido engañados a propósito, tendría muchos problemas. Un precio que estaba dispuesto a pagar para evitar los errores cometidos en la última pandemia. Por eso, sin saber que tendría que actuar en el peor de los escenarios que se pudo imaginar al aceptar el cargo, impulsó la remodelación de la Asociación. Una que le permitía algo de secretismo si las circunstancias lo requerían.

—¿Qué tienen? —preguntó mientras se sentaba. El sonido de su cuerpo al comprimir el mullido cuero resonó como un eco en el silencio que acompañó esa pregunta.

Schneider levantó la mirada al grupo. Todos parecían concentrados en los papeles que tenían sobre la mesa. Su ritmo cardíaco se aceleró al darse cuenta de que ninguno quería hablar primero.

—Vamos —dijo en un vano intento de romper la tensión—. No puede ser tan malo.

Adriana Watson, su mano derecha, que ostentaba el título de subdirectora general, exhaló con calma. El gesto aceleró todavía más el ritmo de su corazón.

—Es peor —dijo, sus ojos de un color castaño oscuro clavados en los suyos—. Mucho peor.

—¿Peor? —murmuró. Sus ojos se separaron de ella para posarse sobre los de Jonas Michailidis. Su puesto oficial era de asesor del director general, pero en realidad era responsable de dar seguimiento a las redes sociales de todo el mundo. Su habilidad como programador y el don de poder hablar más de seis idiomas como un nativo le confería un perfil único que no lo hizo dudar al ofrecerle el puesto. Uno que iba más allá de lo que decía su contrato.

—Las predicciones se quedaron cortas —aceptó cabizbajo.

—Se lo dije —agregó enfática Akane Nakahara, la tercera miembro del equipo. Su mirada severa saltó de Jonas a Schneider—. No es un

virus cualquiera.

—Aun cuando tuvieras razón —cortó Jonas—, las predicciones no debieron de salir tan lejos de lo esperado.

—Porque piensas como programador, no como virólogo. Tus virus informáticos son unos críos comparados con los que están allá fuera.

—Parad los dos —dijo Schneider molesto. Akane asintió una vez y cerró la boca. Jonas parecía estar dispuesto a seguir la discusión, pero al ver que el director general esperaba su colaboración y una respuesta a su interrogante, decidió centrar su atención en el cartapacio que tenía sobre la mesa. Lo abrió sin decir palabra, pasó las páginas hasta que encontró lo que buscaba y se lo pasó a Schneider.

El director lo tomó, aún fastidiado por la actitud beligerante de sus dos subalternos, hasta que vio la gráfica que Jonas le había puesto delante. Estiró las manos, el temblor de sus dedos apenas perceptible, hasta posarlas sobre el informe. Lo acercó con la esperanza de que su vista lo estuviera engañando.

Una vez más, sus esperanzas se fueron a pique.

—Esto no puede ser.

Pasó las páginas en busca de alguna explicación. Cada gráfica y cada tabla, una confirmación de la anterior. Al llegar a la última, regresó a la primera y la estudió en silencio.

—No hay otra explicación, Johann —dijo Adriana. El uso de su nombre y no del título formal era una señal de que comprendía su preocupación—. Akane tiene razón. Los números no mienten.

—¿Todas? —preguntó incrédulo—. ¿El cien por ciento de las muestras? ¿De cuántos países estamos hablando?

Él sabía la respuesta, pero se aferraba a la ilusión de un error como un náufrago que ve acercarse una tabla de madera. Akane, con las manos apoyadas sobre la mesa, dijo:

—Las muestras vienen de todos los países miembros. Algunas, enviadas de manera voluntaria; otras, tomadas de laboratorios donde tenemos contactos.

—¿De cuándo? ¿Cuándo se tomó la última muestra que analizaron?

Jonas recogió el informe con un suave movimiento de la mano. Sin tener que leerlo respondió:

—Hace un mes.

Schneider se pasó la mano por el cabello. Lo tenía cortado casi al ras y era tan blanco como las paredes de la oficina. El movimiento no cambió su apariencia y su rostro siguió siendo una máscara de terror inminente.

—¿Un mes? ¿Hace un mes el planeta entero estaba infectado?

Akane asintió sin dudarlo. Jonas miró a Adriana, que no le devolvió la mirada.

—Así parece, Johann.

—Le acabo de decir al mundo entero —dijo señalando con el dedo hacia la puerta cerrada— que no hagan la prueba de rutina.

—Lo mejor que pudo hacer —intervino Akane—. Si la prueba se hace de rutina, saldrá la verdad. Cuando eso pase, será como dinamitar un dique.

—¿Qué ganamos mintiendo? Además, podemos estar equivocados. Organicemos la toma de nuevas muestras…

—No, señor —dijo Akane—. Sería inútil. Los resultados serán los mismos. Solo para estar seguros, yo misma me hice la prueba ayer.

Los otros tres la miraron sorprendidos. Esa revelación no se la esperaban.

—Salí positiva para el virus. Si yo lo tengo, ustedes lo tienen, al igual que cada persona en este edificio y en la ciudad. Yo no he viajado desde que el virus apareció, así que alguien más lo trajo.

Creo que la evidencia habla por sí sola. Ammyt es transmisible por el aire, contagioso hasta con una cantidad mínima de partículas, de replicación rápida y no da síntomas al inicio, lo que facilitó su diseminación. Estamos empezando a ver los primeros afectados, pero eso está a punto de empeorar.

Schneider, en alguna parte primitiva de su cerebro, lo sabía, pero no quería aceptarlo. Escucharlo de Akane no lo hizo sentir mejor. El científico que descubrió el virus, un egipcio de apellido Gamal, ya estaba muerto, un secreto que pronto saldría a la luz. Akane pensó ponerle su nombre al recién descubierto virus, pero Gamal les pidió que usaran otro. El de una criatura de la mitología egipcia que se comía el corazón de los seres humanos que, al fallecer, no merecían continuar su viaje a la inmortalidad.

Para el mundo, el virus tenía una nomenclatura más estándar. Nuevo Coronavirus Humano Egipcio o nHCoV-E, a la espera del nombre oficial que le sería asignado por el Comité Internacional en la Taxonomía de Virus. Los primeros casos presentaban afección del hígado y picazón generalizada, por lo que investigadores en todo el mundo acuñaron el término de síndrome hepático inespecífico, IHS-nHCoV-E o, más sencillo, enfermedad por el HCoV-E o ECOD, por las siglas en inglés.

Pero la comunidad científica conformada por ellos cuatro usaba el nombre que Gamal les sugirió antes de morir.

Ammyt. La devoradora de los muertos.

Un nombre más que apropiado. Cada hombre, mujer y niño en el planeta estaba muerto y no lo sabía.

—¿Qué hacemos?

Adriana le puso una mano sobre el brazo. El gesto logró que saliera del mundo oscuro en el que se había sumido para regresar al plano de las decisiones.

—Mentir mientras conseguimos una cura. Si no lo logramos, no importará lo que pudimos o no hacer mejor.

—¿Y si lo conseguimos? —preguntó Akane—. No será como con la pandemia del dos mil veinte. El tiempo está en nuestra contra.

—¿Sabes lo que sugieres? —preguntó Jonas, que no era la primera vez que se escandalizaba con la idea de su compañera—. ¿Tienes alguna idea de lo que eso significa?

—Claro, Jonas —dijo ella sin parpadear—. Evitar miles de muertes innecesarias. La pandemia del dos mil veinte demostró que el altruismo no es una cualidad sobresaliente cuando la vida está en juego, y menos si los que deben decidir son los políticos. Ellos piensan en votos y en ayudar a sus allegados, en nada más. ¿Recuerdas que los países ordenaban equipos de primera necesidad, incluso respiradores, y los gobernantes locales los secuestraban en los aeropuertos donde el avión hacía escala con la excusa de que para ellos eran una prioridad? Eso es robar en cualquier libro, pero los responsables sintieron que estaban haciendo lo correcto. Lo peor, sus ciudadanos les dieron la razón. Cuando salieron las primeras vacunas, ¿recuerdas cómo trataron de evitar que se exportaran hasta que se garantizara primero el suministro local? Y ese era un virus que todo lo que requería era usar una mascarilla y lavarse las manos. Ahora hablamos de la obliteración de la raza humana. Apenas la primera farmacéutica anuncie que tiene una cura, empezará la puja entre los Gobiernos. No necesito decirles quiénes ganarán la competición. No podemos permitirlo. El propósito de la AIS es velar por el bienestar del mundo entero, no de los más ricos. Tenemos que hacer lo correcto.

Miró a cada uno de los presentes. Sus últimas palabras fueron dirigidas a Schneider, al hombre que tendría sobre sus hombros la decisión de qué hacer si un milagro llegaba a ocurrir.

—Actuar por el bien de la humanidad.

* * *

14 de junio del 2060

—Doctor Wald —dijo mientras con el dedo le indicaba que se acercara—. ¿Qué trae ahí?

El aludido bajó la cabeza y miró los tubos que sostenía en las manos. Sin estar muy seguro de cuál era la respuesta correcta, optó por la más sencilla.

—Voy a sacar las muestras de sangre que ordenó la señora Lidia.

El infectólogo se lo quedó mirando. Sus ojos se movían de su cara a los tubos y repetía el proceso. Después de la tercera vez, cuando ya sentía ganas de esconderse o salir corriendo, le preguntó:

—Eso imagino. ¿Qué muestras le va a tomar?

—Un hemograma, unas pruebas de función hepatorrenal, la confirmatoria de sífilis y la de VIH.

—El tubo de tapa morada es para el hemograma, el de tapa roja para la química y los de tapa celeste para la serología. Deberían ser cuatro tubos. ¿Por qué lleva seis?

Arthur se acercó a la estación y puso los tubos en la superficie de formica, casi al nivel de los ojos del doctor Orozco.

—La señora Lidia tiene antecedentes de dos abortos previos. Eso, más la prueba de serología para sífilis ligeramente positiva, me hizo pensar en un síndrome antifosfolípido. Se me ocurrió que podía sacarle un poco más de sangre y averiguar.

—¿Y por qué no me pediste permiso primero?

Arthur dejó de mirar a su preceptor y se puso a ver los tubos con tapas de colores. La razón era muy sencilla. Si se equivocaba, nadie se daría cuenta. Si tenía razón, entonces le daría los resultados y le contaría la verdad.

—Lo siento, doctor Orozco.

—¿Por qué pides disculpas si tienes razón?

Arthur levantó la cabeza. Orozco sonreía.

—Ustedes los jóvenes se rinden muy rápido. Si tomas una decisión con base en evidencia sólida o pides una prueba pensando en posibilidades diagnósticas, entonces hiciste lo correcto.

—¿No piensa que me equivoqué? ¿Puede ser un síndrome antifosfolípido?

—Por supuesto. Ahora saca tus muestras y demuéstralo. Tienes el derecho a restregárselo en la cara a mis residentes si terminas teniendo razón.

No logró recoger los tubos. El grito lo detuvo en seco.

—¡Código azul!

El doctor Orozco pasó a la acción con una rapidez digna de un ninja. Su estructura corporal, que sin llegar a ser voluminosa distaba mucho de ser la esperada para su talla, se plegó con movimientos bien coordinados que lo llevaron de su silla al cuarto donde se originó el grito en cuestión de cinco segundos.

No pidió que le contaran quién era el paciente. En la sala de enfermedades infecciosas, Orozco era amo absoluto y señor del universo. Sabía los detalles personales de cada uno de sus pacientes mejor que muchos de sus propios familiares. Los conocía no por número de cama o enfermedad, sino por su primer nombre. Cuando morían, Orozco se deprimía sin verter nunca una lágrima. Si se recuperaban, era un niño que lograba sacar sobresaliente en un examen particularmente difícil.

El infectólogo se paró a medio metro de la cama del señor José Gálvez y observó el monitor de signos vitales por encima de su cabeza, la venoclisis que goteaba y llevaba su contenido a una vena en su brazo izquierdo y al personal que, como bailarines en una danza exótica y mortal, se movían a su alrededor, tratando de traerlo de vuelta a la vida.

Arthur Wald se mantuvo a distancia, arrinconado en el espacio más lejano, casi oculto en las sombras para que no lo vieran. Tenía

terror de ser llamado a participar y evidenciar su absoluta inutilidad. Por suerte, esa danza estaba diseñada para bailarines profesionales y nadie le prestó atención al curioso espectador en la última fila del salón.

—¿Quién tiene los exámenes del señor José? —preguntó Orozco—. Los que se tomaron esta mañana.

Nadie respondió. Las enfermeras estaban ocupadas y sabían que la pregunta no iba dirigida a ellas. El residente pretendió no escuchar y se enfocó en intubar a su paciente. Los internos se miraron entre sí, cada uno pretendiendo hacer algo útil, sin estar muy seguros de lo que hacían, lo que solo sirvió para hacerlos parecer una bandada de patos borrachos. Orozco los vio ignorarlo y empezó a apretar los puños, señal que Wald conocía de eventos anteriores como el preámbulo de una explosión emocional que prefería no presenciar una vez más.

—Yo los busco —se ofreció. Había abierto la boca antes de que su cerebro tuviera la oportunidad de recordarle por qué estaba inmóvil. Sin darse tiempo a recapacitar y percibiendo apenas el movimiento de Orozco, que giró sobre su cintura para ver quién hablaba, echó a correr en dirección de la central, donde debían de estarse cargando las tabletas de la sala. Como era de esperar, dos estaban sin carga y la tercera no estaba en su sitio. Perdió más de diez minutos buscándola, hasta que por fin la encontró abandonada en el cuarto de procedimientos. La encendió y suspiró aliviado al ver que tenía carga suficiente. Golpeó con la punta del dedo el icono del programa del laboratorio, buscó al paciente José Gálvez y regresó corriendo sobre sus pasos, tan solo para encontrar que el nivel de actividad de minutos antes se había reducido notablemente.

—¿Qué hora de muerte pongo en el certificado? —preguntó el doctor Franco, el médico residente de Medicina Interna asignado a la Sala de Infectología ese mes. Orozco lo miró cansado, giró su muñeca para ver la esfera del reloj y decretó:

—Once cincuenta y cuatro de la mañana.

Wald se acercó con la tableta en la mano. Al verlo, Franco resopló

molesto.

—Ya para qué.

Wald no lo pudo ver, pero la mirada que le debió de clavar Orozco fue de tal intensidad que Franco quedó gagueando antes de decidir que su prioridad era llenar el certificado de defunción.

—Dime, Arthur —le dijo al estudiante, ignorando a Franco—, ¿son los laboratorios del señor José?

—Sí, doctor —balbuceó pasándole el aparato—. Están todos allí. Los recientes y los viejos. Estuvo hospitalizado hace un año por una fractura de tibia, creo recordar.

Orozco tomó la tableta y empezó a revisarlos, pasándolos con el dedo como si todos formaran parte de una banda sin fin. A medida que iba pasando hojas, su expresión se tornó más seria. Cuando llegó a la última, miró por encima de su hombro.

—Franco, ven acá.

El médico se acercó y tomó la tableta que le ofrecían.

—¿Qué piensas?

—Un fallo hepático —dijo después de revisar los exámenes con calma.

—Sí, eso lo sé. Mira los otros exámenes. Arthur, dime, ¿sabes por qué se le pidió un perfil inmune?

—Bueno, doctor —su voz salió como un quejido. Carraspeó dos veces antes de atreverse a hablar de nuevo—. Creo que tiene que ver con la automatización del sistema. Si el médico que lo admitió sospechó de un problema inmune, sida, por ejemplo, el programa sugiere las pruebas que se deben pedir.

Orozco asintió.

—Aún recuerdo cuando se tenía que usar el cerebro para pedir un laboratorio. En fin, hace seis meses, nada. Hoy, un fallo hepático

fulminante y un sistema inmune propio de un paciente con sida en fase terminal.

—Las pruebas del virus salieron negativas —dijo Franco—. No tenía sida.

—No, pero tenía el nuevo coronavirus egipcio. Arthur, haz el resumen del caso. Creo que tenemos un artículo que escribir.

Wald tomó la tableta de mano de su jefe y sonrió. Ser tomado en cuenta para una publicación era más de lo que podía esperar. Empezó a balbucear unas insípidas gracias, pero Orozco parecía estar sumido en otro mundo. Sus ojos estaban clavados en el cuerpo que, tapado con una sábana blanca manchada de sangre, esperaba la llegada del camillero para un último paseo con destino a la morgue.

* * *

24 de junio del 2060

—Vamos, un pujo más.

Edisa tomó aire, aguantó la respiración, apretó los labios y empujó con todas sus fuerzas. Sentía que se iba a desmayar. Tenía toda la cara cubierta de una película de sudor y los dedos de las manos le dolían. Cada contracción era como si una sierra eléctrica le estuviera atravesando la espalda. Cuando el dolor cedía y podía volver a respirar, la voz del médico le recordaba que la tortura aún no terminaba.

—Un poco más. Un pujo más.

«Llevas diciéndome lo mismo desde hace quince minutos —pensó, mordiéndose los labios para no gritar lo que pensaba—. Aprende a contar, maldito desgraciado.»

La sierra encendió el motor. La hoja empezó a girar en las profundidades de su pelvis.

No soportó más y empezó a gritar. Enterró las uñas en el suave caucho del manubrio para tratar de arrancarse el dolor. Su respiración se detuvo al querer expulsar a su hijo de su interior.

«Tuyo y de Pablo —pensó. El recuerdo del padre del niño fue más que suficiente para darle la energía que le hacía falta—. Pronto empezará a buscarte en los hospitales.»

—Eso es, Edisa. Muy bien —dijo el médico. Para su absoluto alivio, la sierra dejó de cortar y el aire volvió a entrar en sus pulmones—. Es un niño. Buen trabajo.

Edisa se dejó caer aliviada sobre la camilla. Sintió que un par de manos manipulaban y se movían entre sus piernas para luego dejar un espacio vacío. Sintió la ausencia del médico mucho antes de que su cerebro procesara que algo más faltaba.

Un llanto.

Edisa levantó la cabeza. El médico secaba un pequeño bulto en la incubadora. Sus gestos eran frenéticos. La enfermera que estaba al lado giró la cabeza una vez en su dirección, antes de volver a poner toda su atención en su hijo. La vio empujar un botón. El sonido de una máquina llenó el vacío acústico dejado por el silencio de su hijo.

—¿Por qué no llora? —preguntó aprensiva.

—Tiene treinta y cinco semanas. A veces los prematuros necesitan algo de ayuda.

La explicación lógica no la calmó, y menos cuando vio que el médico le decía algo a la enfermera y ella corría en dirección a la salida. Treinta segundos después llegó otro médico, con canas, lentes y la expresión seria de alguien que carga el peso del mundo sobre los hombros.

—¿Por qué no llora? ¿Qué le pasa?

—¿Tuvo fiebre recientemente? ¿Alguna infección?

—No, para nada. ¿Por qué?

El médico no dejaba de mover las manos y pedir cosas. Su cuerpo tapaba todo lo que hacía. Ella solo veía fugaces destellos de lo que acontecía en la incubadora. Para cuando se dio la vuelta y pudo ver, Edisa sintió como si le hubieran dado un golpe en la boca del estómago. Su hijo estaba envuelto en una sábana de color azul; un tubo salía de su garganta. La enfermera apretaba un balón cada cierto tiempo, con lo que la barriga del bebé se alzaba un poco.

—¿Qué le pasó? —gritó desesperada—. ¿Por qué no respira?

—No sé —dijo el pediatra, que la miró a los ojos por primera vez desde que entró en el cuarto—. Tiene el hígado aumentado de tamaño. Parece ser algún tipo de infección, pero no sabremos más hasta que le hagamos los análisis. Por ahora, lo ayudaremos lo mejor que podamos.

Sin darle tiempo a hacer más preguntas, le dio la espalda, tomó a su hijo, lo metió en una caja de plástico llena de luces y la empujó fuera de su presencia. Edisa trató de gritarle, pero su médico volvió a sentarse entre sus piernas. Entre que retomó la posición y regresó la mirada a la puerta, su hijo ya había desaparecido.

—¿Tienes la oxitocina bajando? —preguntó el médico. La voz de una enfermera sonó por su derecha.

—Por supuesto. ¿Por qué?

—Está sangrando. Mucho. Llama al Banco de Sangre.

Edisa sintió al médico apretar su abdomen, pero ella no podía separar la vista de la puerta vacía. Sentía mucho sueño y el mundo empezó a tornarse borroso.

—Necesito ayuda. ¡Urgente!

«¿Por qué todos están tan desesperados? —pensó ella—. Yo solo quiero saber dónde está mi hijo. ¿Está bien?»

—¿Qué está pasando? Demonios. Vamos a la sala de operaciones.

«¿Sala de operaciones? No entiendo. Ya nació mi hijo. ¿Dónde está mi hijo? No le había pensado un nombre todavía. Dios, solo quiero ponerle un nombre. ¿Dónde está?»

Sintió como su camilla se deslizaba en dirección a la salida. La misma puerta por la que su hijo había desaparecido.

«Tal vez me llevan con él.»

Nunca supo en qué momento perdió el conocimiento. Solo que los gritos a su alrededor desaparecieron como si la hubieran sumergido en un frío y profundo lago.

* * *

25 de junio del 2060

—¿Qué piensas?

Ramiro Pascal no respondió. Se llevó la taza de café a los labios sin dejar de leer los papeles que sostenía en la mano. Cuando llegó al último, se tomó lo que quedaba del oscuro líquido de un solo trago.

—¿Qué es más difícil? ¿Inventar un problema sin solución o encontrar la solución de ese problema?

—¿Qué? —preguntó Orozco.

—Keigo Higashino. Una frase de su libro La devoción del Sospechoso X. No me sentía así de confundido desde que leí ese libro.

Sacudió los papeles y los depositó en la mesa.

—Esto no tiene sentido.

—Lo sé —dijo Orozco—. Por eso te los traje. Quería saber que no estaba loco.

—De eso no estoy seguro —dijo Ramiro sonriendo con picardía.

—Hablo en serio, Ramiro. Estoy asustado.

El intensivista alzó la ceja sorprendido.

—A ver, no exageremos, Henry. Es un caso inusual, no lo dudo, pero es esperado. Es un virus nuevo.

La camarera se acercó con sus pedidos. Ramiro nunca dejaba de sorprenderse del apetito de su amigo. Tres huevos revueltos, dos chorizos y una tortilla de maíz se materializaron delante de él, acompañados de una segunda taza de café.

—No me mires así —dijo Orozco sacudiendo la mano que sostenía su tenedor—. Cuando me pongo ansioso, me da hambre.

—Y cuando piensas, y si tienes un caso complicado… Vamos, Henry. Eres un hambriento desde nuestros años de facultad. No sé cómo no engordas.

Esto pareció devolverlo a la realidad. Enterró el tenedor en los huevos y dejó correr la yema sobre el plato, casi como si fuera una obligación.

—No creo que eso vaya a ser un problema.

—¿A qué te refieres?

Orozco miró los papeles tendidos sobre la mesa.

—Ah, eso. ¿Quieres mi opinión profesional? ¿Recuerdas la pandemia del dos mil veinte? Fue por un coronavirus también, y mucho se especuló sobre la similitud entre ese virus y el de la inmunodeficiencia humana. Creo que hasta lo usaron de argumento para defender la locura esa de que era un virus fabricado.

—Lo recuerdo. Si mi memoria no falla, era más bien una similitud entre segmentos genéticos. ¿Tu punto?

—Que estamos viviendo la pandemia del dos mil veinte, versión dos punto cero. Todos los meses alguien publicaba un nuevo síntoma, un nuevo malestar asociado al virus. Esto va a ser igual. Este coronavirus es más insidioso, más lento. No da síntomas hasta que te jode el hígado. Tendremos que cuidarnos más y esperar la vacuna. Tu paciente —dijo tocando con la punta del dedo los papeles— es solo un cuadro nuevo para agregar a la lista. Un problema inmune.

Orozco seguía moviendo el tenedor por su plato, mezclando la yema con la tortilla de maíz.

—¿Tu madre nunca te dijo que no jugaras con la comida?

—¿Te puedo contar un secreto?

Ramiro asintió, algo suspicaz. Orozco se inclinó sobre la mesa y se acercó un poco, su voz más baja de lo habitual.

—El hospital está validando varias pruebas diagnósticas. Niveles de anticuerpos, más que nada.

—Te lo dije. La pandemia del dos mil veinte. Nos pasábamos haciendo la prueba a cada rato, para ver si ya nos había dado y éramos de los asintomáticos. Me hice la prueba cinco veces y jamás me dio.

—Esta vez es diferente, Ramiro. Muy diferente.

Miró por encima de su hombro y, tras verificar que no había nadie cerca, dijo:

—Pensamos que las pruebas estaban defectuosas, pero no es así. Las pruebas son sólidas y la serología no miente. Hay muchos infectados.

—¿Muchos? ¿Cuántos?

Orozco dejó caer el tenedor en el plato.

—Todos. Cada prueba que hemos realizado ha salido positiva. Títulos bajos, pero presentes de IgG contra el coronavirus egipcio.

—¿Todos? ¿Cómo que todos?

Orozco le hizo señas para que bajara la voz.

—Como suena. Todos estamos infectados. Las enfermeras de sala, los de urgencias, los pacientes que han entrado al hospital por otras cosas y quisieron participar en la validación. Todos. Hasta yo.

—¿Tú? —Su reacción fue alejarse de su compañero. Orozco vio el gesto y sacudió la cabeza.

—Sí, yo —dijo metiéndose la mano en el bolsillo de la camisa y sacando un papel doblado—. Y tú.

Ramiro vio el papel entre sus dedos, pero no hizo ademán de tomarlo. Orozco lo puso al lado de su plato de avena y, aparentemente satisfecho, retomó su tenedor para ponerse a comer.

—Lo hice por pura curiosidad y para ayudar —aceptó Ramiro, que cogió el papel y lo desdobló—. Nunca pensé…

—Nadie lo hizo.

Cerró la boca y se dedicó a masticar con calma para que las ideas se asentaran en la mente del intensivista. No había terminado de tragar cuando llegó la pregunta que sabía vendría a continuación.

—¿Cuánto tiempo?

Orozco alzó los hombros.

—Ni idea. En el caso de mi paciente, cinco meses, tal vez seis, antes del colapso hepático o la inmunodeficiencia. No tengo idea de qué ocurrirá primero.

Ramiro estiró la mano y alejó el plato de avena.

—Creo que perdí el apetito.

Orozco lo ignoró y se metió un pedazo de lo que quedaba de su salchicha en la boca.

—Tengo una paciente que llegó ayer a la unidad —dijo Ramiro—. Diecisiete años. Tuvo un parto pretérmino de treinta y cinco semanas ayer. Desarrolló una coagulopatía súbita. La estoy manejando como un hígado graso agudo del embarazo. Está grave. ¿Y si lo que tiene es ECOD? No estamos tamizando a todos los hospitalizados. Demonios, si es así, tendremos más casos. Iguales o más graves. ¿Qué hacemos?

El infectólogo siguió masticando. Cuando por fin se dignó tragar, Ramiro parecía estar a punto del colapso nervioso.

—El secreto no lo será por mucho tiempo. Otras personas están sacando las mismas conclusiones. Creo que la Asociación Internacional de la Salud lo sabe y por eso su recomendación de no hacer pruebas a todo el mundo. A los gobiernos les conviene no gastar en un tamizaje universal, así que están siguiendo sus lineamientos en todas partes. Si eso es cierto, están ganando tiempo, por razones obvias. Cuando empiecen a salir los datos independientes, sabes lo que pasará.

Ramiro asintió. La mera mención en los medios de un posible confinamiento había puesto a todos en pie de guerra, cada uno argumentando desde su esquina personal. Ya habían empezado a salir los gurús de las redes sociales defendiendo medicamentos de dudosa utilidad, desde hepatoprotectores naturales a medicamentos antivirales. Incluso el ministro de Salud había ordenado preparar paquetes llenos de vitaminas y algunas de estas opciones, con el argumento de que «daño no hacía». Los servicios de urgencias no se habían saturado, pero lo harían. Si los primeros casos estaban apareciendo, quería decir que el virus llevaba circulando más tiempo del que pensaban. Si de verdad todos estaban infectados, en un par de meses empezaría el colapso.

—Esto va a ser peor que en la última pandemia —dijo Ramiro, la mirada perdida en el vacío. El ruido de los demás médicos y enfermeras que a esa hora desayunaban, sus cucharas y cuchillos sobre los platos como lejanos silbidos, apenas eran percibidos en el centro de esa mesa—. En la anterior, todo lo que tuvimos que hacer

fue cuidarnos. Usar una mascarilla, un escudo facial, mucho gel hidroalcohólico, y esperar a que llegara la vacuna. Fue pesado, pero pudimos hacerlo. Ahora…

—Ahora ya estamos infectados y nosotros caeremos con el resto. No será paulatino, sino como una avalancha. Uno tras otro empezaremos a enfermar y ese será el fin.

—¿Qué hablas, Henry? No seas alarmista —dijo con un tono que rayaba en la histeria.

—No lo soy. Estoy siendo realista. El sistema va a colapsar y no hay nada que podamos hacer al respecto.

—Algo encontraremos que funcione. Es hora de exprimir esas neuronas y buscar una respuesta. Tenemos que sobrevivir hasta que alguien saque un tratamiento.

—Ramiro —dijo Orozco tomando los papeles de su caso clínico en la mano—. En el mejor de los escenarios, nos quedan un par de meses. A menos que ocurra un milagro, nadie será el héroe en esta historia.

—¿Qué sugieres, entonces? ¿Rendirnos?

Orozco volvió a sacudir la cabeza, pero más cansado que decepcionado.

—Tuvimos una oportunidad de hacer las cosas bien y la cagamos. La naturaleza nos golpeó y nos advirtió lo que vendría después y no escuchamos. Como siempre, ahora trataremos de resolver todo con urgencia, y eso nunca funciona.

—Algunas mentes trabajan mejor bajo presión.

—Bajo extrema presión y acorralados como ratas —murmuró, recordando un viejo dicho de sus días de estudiante. La sonrisa tímida en sus labios desapareció con igual rapidez—. No, amigo mío. Esta vez no guardo esperanzas. —Se levantó y se metió los papeles en el bolsillo de su bata—. Y te aseguro que no soy el único.

* * *

26 de junio del 2060

—La encontré.

Pablo Alemán empujó a la joven que estaba abrazando en ese momento y se levantó. Una caja de cartón de color negro llena de tiras de carne, con un símbolo asiático en rojo en el costado, se deslizó por la superficie de la mesa y se detuvo a centímetros de caer al suelo.

—¿Dónde?

—Oye —dijo ella, frotándose el brazo y mirándolo ofendida—. Me lastimaste.

—Está en el hospital.

—No me ignores, Pablo —cortó ella y se levantó—. Me dijiste que esta noche…

Pablo se volvió y le pegó un puñetazo directo en la nariz. El impacto la hizo perder el equilibrio y volar por el aire, cayendo de espaldas sobre el duro piso de madera. La mujer, de nombre Massiel, no tuvo tiempo de volverse a quejar o reaccionar. Pablo la agarró por los pelos y la arrastró hasta la entrada principal. Un chorro de sangre se escurría por su fosa nasal derecha y manchaba sus ropas durante el penoso recorrido. Al llegar a la puerta, Pablo la abrió con fuerza y la sacó del lugar.

—Y si te atreves a tocar esta puerta —dijo Pablo, mirándola con desprecio—, lo siguiente que sentirás será la punta de un cuchillo en tu ojo.

Cuando la madera regresó a su lugar y selló la visión exterior de Massiel tirada en el piso, con una mano en la nariz, ríos de maquillaje dibujando líneas irregulares en negro sobre sus mejillas

y una expresión que mezclaba a partes iguales odio y terror, Pablo ya le daba la espalda, toda su atención puesta en Uriel, que no se movió de su sitio al lado del bar. La visión fue archivada en la memoria del sicario, un recordatorio de por qué detestaba a su empleador, a pesar de llevar a su servicio más de la mitad de su vida.

—¿Me decías? —preguntó Pablo. Se secó los nudillos ensangrentados con una toallita húmeda que tiró en un cubo de basura escondido detrás de la barra y deslizó una mano por encima de una pequeña estatua dorada en forma de fénix que adornaba la vitrina con las botellas de licor. Pablo no podía pasar al lado de la estatua sin tocarla. Una sola vez le preguntó por qué lo hacía. Su reacción fue alzar los hombros y decirle que le daba buena sensación. Asumió que el fénix escondía alguna historia que no estaba dispuesto a compartir todavía.

—Edisa está en el Hospital San Marcos —respondió—. Acaba de dar a luz.

—¿Un varón? —preguntó tomando dos palillos de metal y una porción de carne. Cada vez que llamaba al restaurante pedía lo mismo, bulgogi. Solo por eso, Edisa tenía razones más que suficientes para huir de su lado. No quería comer otra cosa.

Bueno, eso y fideos. Aún recordaba la cara de Edisa la última vez. Pablo pensó que era por el embarazo. Uriel sabía la verdad.

En respuesta a su pregunta, asintió. Algo en su rostro debió de delatarlo, porque la sutil sonrisa en los labios de Pablo desapareció al terminar de masticar.

—¿Qué pasó? ¿Algo con mi hijo?

—Lo tienen en algún tipo de unidad de cuidados intensivos, jefe. Está muy enfermo.

Pablo apretó los labios. Se dio la vuelta, abrió la vitrina, sacó una botella de ron y rozó con los dedos el fénix. Sirvió dos vasos iguales y le tendió uno a Uriel, quien lo aceptó agradecido.

—¿Sabes qué tiene?

—No soy médico. Lo que pude sacarle a mi contacto es que nació prematuro. Las pruebas que le han hecho indican que está infectado por el virus. El coronavirus egipcio de las noticias.

Pablo se tomó su trago de un solo viaje y golpeó la superficie del bar con el vaso. Repitió el gesto dos veces más, pero ni el bar ni el vaso se quejaron o quebraron con el movimiento.

—Esa maldita bruja —gruñó Pablo—. Si se hubiera quedado conmigo, nada de esto estaría pasando.

Uriel se abstuvo de tratar de hacerlo comprender lo ridícula que era su aseveración. Por lo que decían las noticias, cada vez había más casos. Las escenas de su infancia, los primeros recuerdos que archivó para futuros usos, no eran agradables. Todos a su alrededor llevaban mascarillas. No recordaba el rostro de su madre, mucho menos el de su padre, que murió antes de que él naciera. Ella siempre estaba triste, con lágrimas en los ojos. Aun después de que saliera el decreto que anulaba la obligatoriedad de usar las benditas mascarillas, siguió llevándolas hasta el día de su muerte.

Le llevó años descubrir que las personas tenían rostros y que las expresiones en ellos sugerían cómo se sentían. Una lección más que tuvo que aprender a la fuerza.

«Lo que no te destruye te hace más fuerte», pensó y tomó un sorbo de ron.

Pablo cogió el envase de cartón y se puso a comer. Los palillos de metal se movieron sin cesar, pequeños repiques metálicos al interactuar entre sí. Cuando el último pedazo entró en su boca y tragó, lo miró y le apuntó con uno de los palillos.

—Quiero a mi hijo, Uriel. Lo quiero conmigo.

La declaración hizo que se atragantara con el trago. Cuando dejó de toser, reflejo que logró controlar con cierta premura, miró a su jefe con los ojos llenos de lágrimas por el esfuerzo.

—Edisa es menor de edad. No puede reclamar al niño sin meterse

en un lío.

—No pretendo perder tiempo con abogados, Uriel. Son caros e inútiles. Además, para qué necesito un intermediario para recuperar algo que es mío.

Uriel tragó saliva con calma. Escucharlo referirse al pequeño que luchaba por su vida en una incubadora como «algo» le revolvió las tripas más de lo que esperaba.

—Es mitad suyo. La otra mitad es de Edisa.

—No me menciones a la zorra esa. Huyó y se fue con mi hijo. ¿Me oyes? ¡Mi hijo! Ahora, por su culpa, agarró el maldito virus. No pretendo dejar que unos matasanos lo llenen de medicamentos para ver qué funciona.

Uriel había aprendido a seguirle la corriente. Era más productivo y requería menos esfuerzo emocional.

—¿Qué sugieres? ¿Que entremos y nos lo llevemos?

Pablo asintió como si eso fuera lo que siempre tuvo en mente.

—¿Sabes en qué sala está Edisa?

—En Cuidados Intensivos. Se complicó después del parto, pero tengo entendido que ya está mejor.

—Perfecto. Esa es una señal, Uriel. Ella no podrá reclamarlo todavía, así que es nuestra oportunidad. Págale al que le tengas que pagar, amenaza al que tengas que amenazar, y si tienes que ponerle una bala a algún médico en medio de los ojos para conseguirlo, hazlo. Quiero a mi hijo. Yo lo llevaré con un verdadero doctor fuera del país.

Uriel se terminó el vaso de ron y lo puso en la barra del bar casi con delicadeza. Miró su reloj y sacó su teléfono móvil.

—No será fácil, jefe.

Pablo tiró el envase en la basura y regresó al bar. Se sirvió el doble

de licor en un nuevo vaso y se tomó más de la mitad antes de responder.

—No me importa —dijo alzando los hombros—. Mi hijo no morirá en un miserable hospital como una rata de laboratorio. Lo llevaré con alguien y le pagaré para que sea su único paciente. Lo salvaremos, Uriel. Del virus y de su madre.

Se llevó a los labios la pequeña medallita que colgaba de su cuello. Una imagen de san Judas Tadeo, patrón de las causas imposibles, se podía percibir en el relieve.

—Quiero a mi hijo conmigo —dijo con la medallita envuelta entre los dedos— y a Edisa muerta, para que no me lo pueda quitar. Te hago responsable de conseguirlo. Pronto.

Uriel ya había empezado a coordinar todo mientras su jefe imploraba la misericordia de los santos. Luego le pidió que hiciera el trabajo. La ironía no se le escapó, pero prefirió no cuestionar su fe.

Cada uno se aferraba a lo que podía para sobrevivir.

* * *

26 de junio del 2060

Akane acomodó la pantalla de su ordenador portátil. Del otro lado, un hombre de mirada severa la estudiaba, sumido en las sombras de alguna oficina cuya localización, si Akane no se equivocaba, solo un par de personas en el mundo conocían.

—Espero sea importante, Akane.

—Lo es. Jamás me habría atrevido a importunarte si no fuera así, tío.

El hombre no respondió. Akane sabía que esa era la señal para que prosiguiera.

No perdió tiempo con nimiedades o explicaciones básicas. A la luz pública, su tío no era más que un exagente de la Naicho, el principal servicio de inteligencia de Japón. Para los más allegados, un círculo muy privilegiado que la incluía a ella por lazos familiares e intereses comunes, era el director de una muy oscura agencia con contactos en todo el mundo y que respondía directamente ante el primer ministro. Ni siquiera tenía nombre oficial, pero si alguien necesitaba algo imposible, su tío Hiroo Akigusa era el cerebro que se encargaría de conseguirlo, siempre que fuera del interés del primer ministro, de Japón y, por encima de todos, de él.

Akane fue directa al grano. Sabía que su tío tenía información de todas las grandes potencias, pero no era el momento de especular. Las agencias de inteligencia tenían la mala costumbre de subestimar a los enemigos sin capacidad bélica. Ammyt les iba a demostrar lo errados que estaban.

Cuando lo vio acercarse unos milímetros a la pantalla supo que sus suposiciones no estaban lejos de la realidad. El ínfimo levantamiento de sus cejas fue la prueba de que todavía el mundo no sabía lo que se le venía encima.

—¿Todo el mundo? —preguntó su tío—. ¿Estás segura?

—Tanto como puedo estarlo en las presentes circunstancias. Puede haber alguien con inmunidad natural al virus, no lo quiero poner en duda, pero las muestras que hemos tomado hasta la fecha no mienten. Australia, Japón, Rusia, Bélgica, España, Groenlandia, Estados Unidos, México, solo para citarte algunos. Nadie está libre del virus.

—Empezaré a averiguar si alguien está trabajando en alguna cura.

—Gracias, tío —dijo sin energía. Hiroo se la quedó mirando extrañado.

—¿Qué te preocupa, Akane?

—Llevo estudiando este virus desde que Gamal lo descubrió. Sabes que he trabajado con ellos toda mi vida y he visto de todo. Ammyt es… algo especial. Diferente.

Hiroo se enderezó en la silla.

—Sugieres que no es natural. ¿Que es un arma?

—No me atrevería a asegurarlo, pero es demasiado perfecto. No da síntomas de manera inicial, lo que le ha permitido pasar desapercibido hasta infectar el mundo. El SARS-CoV-2 demoró tres meses en convertirse en una pandemia. Ammyt lleva circulando más tiempo y nadie supo de su existencia hasta que las personas empezaron a enfermar y morir. Estoy segura de que, tarde o temprano, todos sentiremos sus efectos. O el fallo hepático o la insuficiencia inmune, entre muchas otras cosas. Descubrimos, por ejemplo, que puede causar arritmias y fibrosis cardíaca, como el virus de la inmunodeficiencia humana. El punto es que, una vez empiezan los síntomas, la evolución es rápida e, inevitablemente, mortal.

—Si es algo fabricado, puede ser una buena noticia. Alguien tendrá un tratamiento disponible.

—Las tasas de mortalidad se están disparando y los sistemas de salud empezarán a colapsar en un par de semanas. Si es un virus hecho a la medida, ¿por qué han demorado tanto en sacar la cura? La idea es venderla cuando todavía haya personas para comprarla. No sé, tío Hiroo. Podría ser un virus fabricado, pero creo que la naturaleza decidió que somos una plaga en la tierra y está haciendo limpieza. Eso no quita la posibilidad de que alguien, en alguna parte, encuentre una cura, y allí es donde necesitamos tu ayuda.

—¿Necesitamos?

—Sí, el doctor Schneider no está muy convencido, pero sabe que es necesario. Una operación relámpago si lo casi imposible ocurre.

—No creo entenderte, sobrina.

«Claro que me entiendes, viejo lobo —pensó Akane—. Quieres

obligarme a decirlo.»

Le mostró sus proyecciones y los cálculos según los posibles escenarios. En casi todos ellos el mundo dejaba de existir como se lo conocía. Hiroo, de tocarle vivir cualquiera de esos futuros posibles, haría lo mismo. Irse a las montañas, sentarse en un banco con vistas a los árboles y morir en paz.

Esos escenarios la tenían sin cuidado. No quería morir, pero si le tocaba, sus buenos deseos no iban a cambiar el rumbo de la historia. Era la remota posibilidad de una cura la que no la dejaba dormir. ¿Qué pasaría entonces? Los números se deslizaron por la pantalla, las gráficas se extendieron y las alternativas se barajaron. Al final, Hiroo mantenía la misma expresión ausente. Una que no engañó a Akane, que la había visto en decenas de ocasiones, cuando planeaba el destino de países enteros.

—Lo que sugieres, Akane —dijo Hiroo después de dos minutos de absoluto silencio—, nunca se ha hecho.

—Nunca hemos tenido que luchar por mantener en pie los últimos atisbos de civilización. Es una situación única, sin finales felices, pero que, si funciona, nos permitirá preservar algo cercano a la normalidad actual. Una base sobre la cual trabajar para reponernos.

—Para resurgir de las cenizas —murmuró Hiroo—. Nuestro legado a las futuras generaciones. Una sociedad kintsugi.

Akane sonrió. La técnica de reparar objetos quebrados usando urishi, una laca impregnada en oro o plata, era uno de los pocos pasatiempos de su tío Hiroo. No se le había ocurrido hacer la analogía, pero era justo lo que necesitaba para atraerlo hacia su idea.

—Bien, sobrina. Viniste preparada para convencerme. Lo conseguiste. La pregunta es ¿qué quieres de mí?

Akane deslizó sobre la mesa una carpeta de color rojo y la abrió. En su primera página, la primera de muchas, dos palabras contrastaban en negro sobre la blancura del papel: «Operación Aaru».

* * *

27 de junio del 2060

Pablo tenía una cámara oculta en una planta que adornaba la entrada de su casa. Nunca dejaba entrar a nadie si no revisaba primero. La persona que lo esperaba fuera era un cliente frecuente y, si estaba allí, era para hacer una compra.

—Hola, doctor —dijo Pablo. Con una mano le indicó que pasara.

—Hola, señor Alemán —fue su lacónica respuesta. Pasó a su lado sin otra palabra o gesto. Pablo estaba acostumbrado a la parquedad del galeno, así que cerró la puerta y lo siguió hasta que se sentó en el sofá donde solían hacer negocios. Sirvió dos tragos de whisky y le llevó uno al doctor Ramiro Pascal.

El intensivista tomó el vaso y vació el contenido en su garganta de un solo movimiento. Pablo hubiera preferido que se tomara el licor con más calma, pero negocios eran negocios y él no era quién para criticar las decisiones de sus clientes. Muchas de ellas lo ayudaban a hacer dinero.

—¿En qué lo puedo ayudar? —preguntó al sentarse frente a él. Cruzó las piernas y mantuvo el vaso sobre su rodilla, expectante. Solo después de que supiera qué quería se tomaría el primer sorbo. Tratándose del buen doctor, sería su dosis habitual de opiáceos. Podía obtenerlos en el hospital, pero jamás correría el riesgo de ser atrapado y perder su bien pagado empleo. Prefería comprarlo fuera, a pesar de tenerlo al alcance de los dedos. Eso requería control, algo que podía respetar.

El doctor Pascal levantó la mirada. Era la primera vez que lo veía tan abatido. Grandes ojeras ocupaban el espacio debajo de sus ojos. Era como si hubiera envejecido en un par de semanas. Pablo insistía

en hacer sus negocios cara a cara. Lo vio rascarse la palma de la mano, pero cuando Pascal se percató de que lo hacía, apretó el vaso vacío entre sus dedos.

—Necesito comprar lo de siempre. El equivalente para cinco meses.

Esta vez Pablo no pudo mantener su expresión imparcial. Bajó las piernas y puso el vaso en la mesa, a su lado.

—¿Cinco meses? ¿Va a salir del país? Dicen que van a cerrar los aeropuertos.

—No, no. Voy a estar muy ocupado con lo del virus egipcio y no sé cuándo podré venir por aquí de nuevo. Prefiero tener mis medicinas cerca, por si cualquier cosa.

Pablo lo estudió unos segundos. Era posible, aunque le daba la impresión de que no era toda la verdad. Sacó su móvil y se puso a mover sus contactos de rutina.

—¿Para cuándo la quiere?

—Tan pronto puedas. Si la tienes para el jueves, estaré agradecido.

Pablo agregó a la transacción un costo adicional por la premura y otro porque siempre lo hacía. El opioide al cual era adicto, una variante de la oxicodona, era caro y difícil de conseguir. Si lo quería, tenía que pagar su esfuerzo.

—Listo —dijo volteando la pantalla del teléfono para que Pascal viera la cifra que había resultado—. Como siempre, la mitad ahora, la otra mitad al momento de la entrega.

El doctor ni siquiera parpadeó. Vio la cantidad, sacó su propio teléfono y en un par de movimientos se puso en contacto con su banca en línea e hizo la transferencia. Pablo sintió el móvil vibrar en su mano, así que se llevó el vaso a los labios y se tomó su primer sorbo. Uno largo. El negocio que acababa de sellar lo merecía.

—Perfecto, doctor. El jueves puede pasar a buscar su mercancía. Se la envuelvo de regalo y todo.

Pascal se levantó sin protestar. No se quejó, como solía hacerlo, de tener que reunirse con él por algo que se podía resolver con una llamada telefónica. No gruñó al ver el precio de la mercancía de turno. Aceptó todo y, con un saludo de la mano, salió de la oficina de Pablo.

«Como un perro —pensó—. Un perro apaleado.»

Ramiro bajó las escaleras con la mente en blanco. Sus uñas se deslizaron sobre las palmas, incapaces de controlar la picazón.

Al salir, la luz del sol lo obligó a bajar la mirada hasta que se caló los lentes oscuros que guardaba en su abrigo. Una vez el mundo quedó cubierto en un manto grisáceo, se encaminó a su coche. Tenía que ir a trabajar y ni un gramo de interés en hacerlo. No quería pensar en lo que le esperaba en el hospital cuando llegara.

Subió el volumen de la radio y aceleró. Las notas de Poe's Maelström, de The Ravens, canción número cuatro en popularidad según el disc-jockey de la emisora que tenía sintonizada, hicieron vibrar las paredes de su vehículo. El modelo era nuevo y su última compra. De haber sabido lo que le esperaba, habría usado ese dinero en otra cosa.

«¿En qué? —pensó metiendo la marcha—. ¿Qué diferencia hay?»

El coche salió disparado. Un tenue olor a tormenta, restos del hidrógeno usado por el motor, el único recuerdo de las emociones que luchaban dentro de su mente.

Al otro lado de la calle, sentado en un banco y comiendo una hamburguesa, un hombre se quedó observando las luces traseras del coche alejarse por la avenida. Cuando desapareció en una curva, puso la hamburguesa sobre su rodilla y apagó la videocámara de su teléfono, apuntada en dirección a la entrada del edificio.

Capítulo 3

Latencia

29 de junio del 2060

Ana Paredes pasó la cajetilla de cigarrillos por encima de su hombro sin dejar de mirar en ningún momento la entrada del hospital. Una mano se la quitó de entre los dedos. A los pocos segundos se oyó el sonido de las ventanillas al bajar y el olor a humo invadió el interior del coche.

Ana, con su propio cigarrillo en los labios, observaba. Cuando soplaba el humo, lo hacía encuadrando la puerta en su visión periférica. Si alguien se movía o atravesaba ese espacio, su cabeza regresaría a su posición normal tan rápido como se lo permitieran sus músculos y vértebras.

En algún lugar del San Marcos, Uriel conducía sus negocios. Sabía que muchos médicos eran adictos, pero comprar drogas dentro de un hospital le pareció de particular mal gusto. No juzgaba a los que las usaban, Dios sabía que ella no era quién para hacerlo, pero un médico debería tener un poco más de cuidado. No se caga donde se come, uno de los dichos favoritos de Álvaro.

El recuerdo de su hermano fue como sentir una mano estrujando su corazón. Exhaló con fuerza. Las espirales blancas y grises revolotearon a placer de las corrientes de aire. La ausencia de su hermano era como un dolor físico en lo más profundo de su ser. Una presión que no podía quitarse de encima. No importaba cuánto se drogara, cuánto bebiera o con cuántas personas se acostara, el

vacío persistía allí.

Y uno de los responsables de ese agujero en su alma estaba dentro de ese hospital. Sus amigos del asiento trasero, compañeros de juerga que apenas conocía, pero a quienes pudo manipular con palabras bonitas y caricias bien dirigidas, se tragaron el cuento. Cómo Uriel los había asaltado y, a pesar de haberle dado todo el dinero que llevaban encima, había disparado a su hermano cuando estaba de espaldas. Cómo su compañero se había reído de los dos mientras ella trataba de parar el sangrado.

Un acto de violencia, en opinión de los tres ocupantes del vehículo, merecía uno de mayor intensidad en respuesta.

Aspiró una vez más y se dejó el cigarrillo entre los labios. Las penumbras del amanecer la envolvían en sombras, apenas dispersadas por la luz del tabaco quemándose. A lo lejos, las luces de la entrada del hospital seguían encendidas, facilitando su trabajo de identificar a Uriel apenas saliera. No sabía cuánto tiempo demoraría allí, pero estaba dispuesta a quedarse en ese lugar el que fuera necesario. Se turnarían para descansar y comer. Cuando su blanco volviera a aparecer, solo tendría una oportunidad y no pensaba desperdiciarla.

La piel de su mano y la de su muñeca estaban surcadas por líneas rojizas, donde las uñas se habían deslizado tratando de calmar la picazón.

* * *

29 de junio del 2060

Jocy suspiró aliviada cuando Ramiro se levantó para ir al baño, una excusa barata para poder llamar a alguna de sus amantes y explicarle por qué no había llegado. El hombre del cual estuvo

enamorada era un perfecto extraño para ella. Una realidad que tardó diez años en descubrir. No fue suficiente el ser menospreciada, relegada o ignorada la mayor parte de su matrimonio. Las decisiones se tomaban en base a lo que él necesitaba. A pesar de haber hablado del tema durante su noviazgo, después de la luna de miel Ramiro le estrelló en la cara la noticia de que no estaba interesado en tener una familia. Los hijos, incluso las mascotas, eran un gasto superfluo e innecesario si querían ser profesionales exitosos, respetados por sus pares y reconocidos a nivel internacional.

Jocy no compartía su hambre de fama y gloria, una de las razones por las que se habían distanciado. Guardaban las apariencias, algo que para Ramiro era indispensable, pero más por costumbre que por deseo.

Tomó la copa de vino, probó un poco del claro líquido y miró a su alrededor. Un lujoso restaurante, una de las mejores mesas con vistas a la bahía de Panamá. Un cielo libre de nubes, las gaviotas volando a lo lejos y los barcos surcando las aguas. Una imagen digna de una postal o de un anuncio del Ministerio de Turismo. Como complemento, un almuerzo de aniversario en medio de una pandemia que tenía al país de rodillas. Los camareros vestían igual de elegantes; mascarillas negras cubrían sus rostros. Los platos fluían de la cocina a la mesa, como si la mitad de la población no estuviera luchando por sobrevivir a las restricciones impuestas que, de seguro, se tornarían más agresivas en los próximos días. Ramiro, que lo sabía gracias a su posición y sus contactos, programó la comida cinco días antes. Un gesto que habría sido romántico si no fuera porque Jocy sabía la verdad.

Apariencia. Ilusiones para mantenerla tranquila y fuera de su cuello. Si cerraban la ciudad, él podría seguir saliendo con la excusa de ir al hospital. Una mentira blanca que no era del todo falsa y que le daba razones para estar en la calle.

Anastasia y María Luisa. Las «pacientes» que iría a ver entre turnos. Si ella se quejaba, él le recordaría sutilmente el almuerzo, el dinero gastado y su falta de empatía a pesar de todo lo que hacía por ella.

A menos que el detective que había contratado lograra entrar en los

apartamentos de las susodichas, todo lo que tenía eran fotos de Ramiro entrando en tres edificios diferentes. Usaría mil excusas y todo se reduciría a una competencia entre sus dos versiones de los hechos. Un duelo donde perdería no solo la demanda, sino su futuro y la poca autoestima que le quedaba.

Del plato con el delicado cheesecake de frutos del bosque solo quedaban pedazos de la corteza. No podía negar que Ramiro era espléndido cuando se lo proponía, pero ya no se dejaba engañar. Sonreía como si todo estuviera bien entre ellos y hablaban de lo que él quería conversar. Por alguna razón, parecía distante; no de ella, eso era algo habitual, sino del mundo. Como si su mente estuviera en otra cosa.

Eso no alteraba sus propósitos. Tenía que mantenerlo feliz y dejar que otros vieran que era así. No causar problemas que después pudieran ser usados en su contra. Quería testigos. Extraños que certificarían, de darse un juicio, que era un amor y que nada sugería problemas conyugales.

—Los recuerdo —diría el camarero de los ojos claros, a quien le indicó que quería otra copa de vino—. Fueron los terribles días de la pandemia y ellos parecían felices. Ella era una mujer muy agradable y se veía que vivía por él.

Ilusiones. Como las que Ramiro había creado para ella.

El detective resultó ser muy efectivo. En pocas semanas tenía fotos de los tres lugares que visitaba cuando no estaba en su casa o en el hospital. Tres edificios diferentes. En dos ya había logrado ubicar a quién visitaba. Una rubia llamada Anastasia y una joven más sencilla de nombre María Luisa. Donde una era exuberante y extrovertida, la otra parecía disfrutar de vivir en un apartamento solitario, comer sopas chinas y navegar por internet. Sin embargo, Ramiro vio algo que se escapaba a simple vista.

—Los hombres que engañan a sus esposas —dijo Rubén Ovalle, el detective— lo hacen por diversas razones. Los hay que temen enfrentarse a sus parejas y los hay que piensan que no están haciendo nada malo, que lo ven como una última alternativa para salvar sus matrimonios. Lo importante es que no eligen lo que

tienen, sino todo lo contrario.

Lo de Anastasia era obvio. Aunque le dolía, tenía que admitir que era una belleza exótica. Sus ojos grises hechizarían a una estatua. María Luisa era su polo opuesto y, por esa simple curiosidad, la que la tenía devanándose los sesos, tratando de descubrir por qué su matrimonio se iba por el drenaje. ¿Por qué la había elegido?

¿Qué tenía esa simplona que no tuviera ella?

—¿Tal vez gustos similares? —sugirió Ovalle—. La señorita María Luisa es una experta en informática.

Ramiro era aficionado a la tecnología, pero hasta ahí. Si necesitaba un programa, contrataba a alguien que se lo escribiera. En fin, era un misterio que tendría que esperar. La joven María Luisa no había regresado al apartamento, así que Ovalle quedó en tener a alguien vigilando el lugar hasta que apareciera. Tal vez entonces conseguirían algo más con qué trabajar.

Se tomó más de la mitad del contenido de la copa que el camarero había colocado a su lado. Ovalle, sin saberlo, también era clave en su coartada. Un testigo que, desde el primer día, aseguraría que ella aparentaba ser una dulce esposa, preocupada por si su marido le era infiel, siempre preguntándose qué hizo mal. De qué manera podía mejorar para hacerlo feliz. Una criatura patética a quien jamás le pasaría por su bella cabecita matar a su esposo.

El suave sabor de un vino ocultaría varios venenos, pensó mientras bebía el resto del contenido de la copa. Era cuestión de elegir uno apropiado para las circunstancias. Necesitaba algo letal, rápido y hepatotóxico. Con el aumento de casos de coronavirus egipcio y las muertes asociadas, una más no sería investigada.

Miró su copa vacía, sopesando las posibilidades. Por ahora iba ganando el fosfuro de zinc, un poderoso raticida. Su olor a ajo podía disimularlo con una buena comida. Por suerte para ella, Ramiro era fanático del bulbo, así que el sabor no le sería extraño. Sin saberlo, ingeriría grandes cantidades del polvo. Al mezclarse con el ácido estomacal, liberaría fosfina, un gas tóxico que pasaría a sus pulmones y al torrente sanguíneo. En pocas horas, Ramiro

empezaría a tener un fallo cardiorrespiratorio y alteraciones del hígado que precederían a una necrosis hepática fulminante. Todos pensarían en el virus y su muerte sería clasificada como tal. Un número más para reportar en las conferencias de prensa del Ministerio de Salud.

La sonrisa que bailaba en sus labios al irse concretando un plan en su mente, uno que no solo la liberaría de Ramiro, sino que la haría una mujer muy rica, desapareció al verlo salir del baño. Su rostro preocupado de minutos antes parecía haber envejecido diez años.

Al llegar a la mesa, sacó su cartera y removió del interior una tarjeta de crédito color negro. La puso al lado de la copa y recogió su abrigo.

—Te dejo para que pagues. Me devuelves la tarjeta en casa.

—¿Pasó algo? —preguntó Jocy. A pesar de todo, verlo preocupado no era habitual. Su mente todavía reaccionaba como si lo que a él le pasara fuera importante en su vida.

—Debo correr. Me esperan en el hospital. Acaban de admitir a Henry en la Unidad.

—¿Henry? ¿Henry Orozco? —Esta vez la preocupación fue real. Jocy admiraba al infectólogo, que siempre le pareció un caballero muy inteligente y respetuoso—. ¿Está grave?

Ramiro le devolvió una mirada de asombro. Sus ojos parecían decir: «Está en intensivos. ¿Qué esperas?». Una expresión que trajo de vuelta a su mente la idea del fosfuro de zinc en un buen plato de espaguetis al ajo con salsa marinara cubierta de queso parmesano.

—Si lo que me dijeron por teléfono es cierto —respondió con hastío —, no pasará la noche.

* * *

29 de junio del 2060

María Luisa apagó el teléfono con un golpe del dedo, como si quisiera perforarlo y destruirlo con el tacto. Sus labios, apretados en un rictus de furia, solo se relajaron cuando la imagen de la pantalla desapareció en un punto de luz.

—Maldito infeliz —gruñó, guardando el móvil en el bolsillo de su parka. Lo encendió para ver si alguna llamada o mensaje importante había entrado desde que se montó en el avión. Apenas tuvo señal, sus notificaciones empezaron a resonar como una marcha a tambor batiente. Tuvo que bajarle el volumen para evitar las miradas de irritación de los otros pasajeros que se dirigían a la aduana con ella.

Diez llamadas perdidas. Quince mensajes de WhatsApp. Incluso un mensaje directo por Instagram.

Cuando ella llamaba, siempre estaba ocupado con un paciente. Tenía tiempo para ella cuando tenía ganas de follar o cuando necesitaba su ayuda en asuntos cibernéticos. Ahora, que no le respondía, parecía un acosador.

La pregunta era si la llamaba por esas razones o por una nueva.

«Como preguntarte dónde está su dinero», pensó sonriendo.

Se cerró la parka, se ajustó la mochila que llevaba al hombro y siguió avanzando para buscar su maleta. Si tenía suerte, estaría en el hotel en treinta minutos. Una buena ducha caliente, servicio a la habitación y tal vez una sesión de spa, pagados con el dinero de Ramiro, era justo lo que necesitaba.

Al ver las maletas girando en la banda sin fin, se percató.

Por delante de ella se extendía un grupo de, por lo menos, veinte personas. Padres, amigos y extraños parados alrededor del eterno movimiento de maletas y bolsas. Cada vez que salía una, podía ver la cara de frustración en todos los que no eran su dueño. Una

escena que se repetía una y otra vez con cada pieza de equipaje que atravesaba la cortina de plástico al empezar su peregrinación en espera de ser rescatada.

Todos los penitentes se rascaban.

Algunos eran más delicados en el gesto: su deseo de privacidad se sobreponía al escozor. Sus dedos se metían por debajo de las mangas de camisas o abrigos. De lejos parecían estarse masajeando los nudillos. Otros, por el contrario, eran exhibicionistas. Sus uñas recorrían la piel como si estuvieran imitando a un hacker en una película de Hollywood. Movimientos rápidos, incontrolados, al intentar localizar el elusivo punto que les daría algún alivio, pero fallando aparatosamente en el proceso.

Giró su muñeca y vio las líneas blancas que marcaban el dorso de su mano. Recordaba haberse rascado en el vuelo, pero hasta ahora no vio el resultado del gesto.

—¡Deje de respirarme en el cuello! —gritó una voz. El sonido logró separar su atención del agujero en la pared por donde otra maleta, no la suya, salía. Una señora de treinta o cuarenta años estaba tirada en el suelo. Su familia, dos adolescentes, inmóviles hasta ese momento, saltaron sobre el hombre que la había empujado.

Uno de los exhibicionistas.

—¿Cómo te atreves? —gritó uno. El otro no dijo una palabra. Llegó primero que su hermano y disparó su puño como un proyectil contra el cuello del atacante. María vio el impacto, sintió el dolor a pesar de la distancia y giró la cabeza un segundo para asegurarse de que su maleta no estuviera desapareciendo de su alcance en la banda.

No tuvo tiempo de volver a mirar. Un golpe la empujó y casi la lanzó sobre una maleta Samsonite de color negro que pasaba a su lado. Por suerte era grande y se pudo apoyar en ella, pero el temporal respiro desapareció cuando un muro de personas se le echó encima, huyendo de la trifulca que se desató a unos pasos. El sonido de gritos y órdenes se sobrepuso a los insultos y llantos. Su cara se fue contra la Samsonite. Sintió las rugosidades del

policarbonato deslizarse sobre su piel y una estela de ardor a su paso. Su cuerpo se empezó a deslizar en sentido horizontal empujado por la banda sin fin, que no dejó de trabajar a pesar del pandemonio. Una mano la tomó por el hombro y otra la ayudó a levantarse empujando con ligereza su codo.

La intromisión en su espacio personal la habría hecho estallar en otro momento, pero la sensación de quemadura en la cara y el dejar de moverse la dejó desorientada por un instante. Cuando giró para ver quién la asistía se topó con los ojos más negros que había visto en su vida. Un rostro aguileño, con cejas pobladas, la estudiaba con preocupación.

—¿Está bien, señorita? —preguntó una voz pausada y grave.

María Luisa se pasó la mano por el cabello, un gesto involuntario que Ramiro conocía muy bien.

—Creo que sí, gracias.

Miró por encima de su hombro. La sala estaba bajo control una vez más, solo que con más guardias. Los dos muchachos estaban sujetos en el piso, al igual que el exhibicionista. La madre lloraba a dos metros, apenas retenida por una oficial, y pedía que los dejaran ir, que todo era un error.

—Una crema humectante y listo —dijo el hombre, quien, por alguna razón, seguía a su lado. María Luisa no supo a qué se refería hasta ver que miraba su mejilla. Rozó con sus dedos la zona y el ardor regresó una vez más.

—Lo que me faltaba —gruñó fastidiada.

—No, señorita. En serio. Es algo mínimo. No opaca en nada su belleza, si me permite decirlo.

El piropo tan inesperado, por el tiempo y el lugar, solo consiguió confundirla más. Nunca había sido buena con las interacciones sociales y ahora era el centro de atención de un apuesto hombre que bien podría trabajar de modelo para Calvin Klein.

Por un fugaz instante se lo imaginó en blanco y negro vistiendo una

pequeña pieza de ropa interior de la reconocida marca y se sonrojó. Si el hombre se dio cuenta, hizo un gran esfuerzo en no aparentarlo. Miró su reloj, un modelo TAG Heuer plateado oscuro, y luego a la fila que empezaba a tomar forma en la salida.

—Creo que tardaremos en salir, señorita…

—María. María Luisa —dijo ella, tocándose el cabello.

—Luca. Luca Bianchi —respondió, extendiendo una mano. Se sentía suave, cuidada. Al soltarla, lanzó una mirada rápida a la extremidad que se alejaba. No tenía ningún anillo ni huellas de haberse quitado uno.

Su visión periférica la avisó de que un objeto de color rojo se acercaba por su izquierda. Giró a tiempo de atrapar su maleta, una de las pocas que todavía daban vueltas sin ser reclamadas.

—Ahora sí —dijo ella—. Vamos.

Luca no cuestionó la orden ni trató de buscar a algún familiar rezagado. Alzó su maleta y la siguió como si fuera lo más natural del mundo. María Luisa sonreía mientras rebuscaba en su mochila de hombro el pasaporte.

El hombre atrasó sus pasos mientras sacaba su móvil. En el movimiento dejó que su mirada admirara las curvas que se escondían debajo de los gruesos pantalones y la parka. No era muy femenina con su cabello corto, pero tenía clientes para todos los gustos.

Sin que María Luisa lo viera, mandó un mensaje pregrabado.

«Voy saliendo con mercancía. Estén pendientes.»

* * *

29 de junio del 2060

Uriel se crujió los nudillos, impaciente.

Su padrino le solía decir, cuando actuaba como si el mundo le debiera pleitesía, que, si uno hacía planes, el destino se reía de ellos. El tiempo no cesó de darle la razón y, aparentemente, no se cansaba de restregárselo en la cara.

La Unidad de Cuidados Intensivos parecía un mercado persa en día de pago. No podía distinguir ni siquiera el sexo de los que corrían de un lado al otro con sus mascarillas y ropas de cuerpo entero. La danza de la crisis sanitaria, desplegada ante sus ojos a través de la pequeña ventana de veinte por treinta centímetros incrustada en la puerta principal, no tenía un ritmo distinguible, pero todos los que se movían dentro conocían los pasos. Nadie parecía fuera de lugar, sus movimientos coordinados de manera individual, tal vez guiados por el incesante resonar de campanas y alarmas que surgían de cada rincón de ese infierno.

Jamás podría pasar desapercibido en ese lugar y mucho menos ponerle una mano encima a Edisa. A menos que llegara con una AK-47 y se enfrentara a todos los de la unidad, situación que consideró y descartó por no ser práctica: la exnovia de su jefe estaba fuera de su alcance.

Esperaba que su hijo estuviera en un lugar más tranquilo. No se quería imaginar su reacción si llegaba con las manos vacías.

Bajó la cabeza para que su disfraz fuera lo único notable de su persona. Una bata blanca, ropa de sala de operaciones verde, una máscara quirúrgica cubriendo su rostro. La cereza en el pastel: un estetoscopio en el cuello. Uno más en la gran masa que funcionaba dentro de un hospital. Se había pasado la mañana y parte de la tarde moviéndose de una sala a otra, estudiando el área y posibles rutas de escape, planeando cómo haría para sacar al hijo de Pablo sin ser detectado.

Se moría por salir de allí rápido, pero se tomaría su tiempo. Lo que fuera necesario para no tener que regresar una segunda vez.

El ascensor se abrió justo cuando iba a llamarlo. El interior, lleno de médicos vestidos igual que él. Una camilla salió transportando a un hombre tapado con una sábana blanca. Un tubo entraba en su garganta, conectado a un aparato lleno de luces que no dejaba de sonar.

—¡Vamos, ayúdenos! —gritó un hombre que, de no ser por la ropa quirúrgica y la mascarilla, parecía recién sacado de una cena de negocios—. ¡Tire de la camilla!

Uriel tardó dos segundos en darse cuenta de que la orden iba dirigida a él y medio segundo más en recordar que estaba disfrazado de médico. Para ese entonces su cuerpo ya había reaccionado y actuaba dentro del papel esperado para el disfraz que tenía puesto.

Empujó la camilla con el resto de la comitiva, un espectador en una obra de teatro mortal que pocas personas podían experimentar sin estar en el pellejo del hombre que todos, él incluido en ese momento, trataban de mantener vivo. Encima de sus piernas iba un bloque de papeles y pudo vislumbrar su nombre en pequeñas letras negras: «Henry Orozco».

Cuando las puertas de la Unidad de Cuidados Intensivos se abrieron de manera automática, gracias a un pequeño sensor colocado en el marco, el espaciado ritmo de un latido electrónico desapareció, reemplazado por un pitido insistente y carente de fluctuaciones.

—¡Asistolia! —dijo el hombre que dirigía todo. Se había alejado para dejar que los demás llevaran la camilla, pero el sonido lo puso a correr hacia ellos una vez más—. ¡Vamos!

Uriel aprovechó la confusión para quedarse rezagado y acercarse poco a poco a la entrada. Cuando nadie le prestaba atención, salió sin decir una palabra. El pasillo se veía desierto después del caos de segundos antes. Aceleró el paso y se dirigió al ascensor.

Por segunda vez en la tarde, la puerta se abrió justo cuando iba a llamarlo. Un joven doctor salió con varios papeles en la mano. Al verlo, le preguntó:

—¿Sabes si ya trajeron al doctor Orozco? ¿Está en intensivos?

«Orozco», pensó. Recordó el nombre en el papel.

En voz alta dijo:

—Sí, lo acabo de dejar allí dentro. Está en asistolia.

No sabía qué significaba eso, pero el término parecía cargar algún tipo de peso. El doctor, que ostentaba un carnet de identificación con el nombre de Arthur Wald colgando del cuello, echó a correr al escuchar la palabra. Uriel se lo quedó mirando, con la mano extendida para evitar que el ascensor se fuera sin él. Cuando lo vio desaparecer, se metió en el cubo de metal y presionó el número siete. Solo entonces recordó que estaba en el octavo piso y que pudo bajar por la escalera para evitar el retraso.

Sacudió la cabeza ante su propia estupidez. Tenía un trabajo que terminar y poco tiempo para hacerlo.

Capítulo 4

Lisis

29 de junio del 2060

Schneider se restregó el rostro con las manos para quitarse el sueño que torturaba cada neurona de su gastado cerebro. Los ojos se le cerraban solos, pero no podía darse ese lujo. Apenas era la una de la mañana.

Ya dormiría cuando todo pasara. Lidiaría con las consecuencias después.

No quería imaginarse cómo se veía si las caras de sus acompañantes eran un reflejo de la propia. Jonas no dejaba de teclear en busca de las últimas actualizaciones a nivel mundial. Profundas ojeras ensombrecían su piel. Adriana llevaba igual marca y se podía ver la zona donde el cabello empezaba a escasear, resultado de las veces que se lo había arrancado, un movimiento delicado y casi imperceptible que todos en la oficina conocían. Akane era la única que aparentaba algo de compostura, pero no lo engañaba. Su bello rostro no presentaba el cuidado habitual, sus ojos estaban clavados en la pantalla de su tableta, como si temiera perderse algo importante.

—El dique se está rompiendo —dijo Jonas—. Las redes sociales están llenas de experiencias personales y hay más de una veintena de artículos preprint con series de casos. Todos reportando «fallos» en los kits de pruebas diagnósticas.

—Nadie quiere aceptar que todos estamos infectados —dijo Akane, leyendo en su propia pantalla—, pero eso no durará mucho. Ya hay varios grupos sugiriendo que la tasa de infección es mayor del noventa y cinco por ciento, aunque no hayan encontrado un solo caso negativo. Otros laboratorios están reportando los mismos hallazgos, usando pruebas con metodologías diferentes. Tarde o temprano la evidencia será abrumadora.

—¿Cuánto tiempo creen que tenemos? —preguntó Adriana.

No tuvo que especificar a qué se refería. Habían tenido esa discusión antes. El día que el mundo tendría que enfrentarse a la realidad de que todos iban a morir. El punto de inflexión donde la civilización empezaría su caída a los infiernos.

—Una semana, tal vez dos —aventuró Jonas—. No más de eso.

El silencio descendió sobre ellos como un manto. Las posibilidades eran propias de una pesadilla.

—El día que eso pase —dijo Adriana—, si no hay esperanzas, me encerraré en mi casa a ver las series que tengo en mi lista de favoritos. No me pienso ir de este mundo sin saber cómo terminan.

—Eres optimista —dijo Akane. El tono de su voz presagiaba lo que diría después—. Asumes que vas a poder ver televisión. Más bien te pasarás tus últimos días luchando por sobrevivir. La mayoría de las mujeres, las menos privilegiadas, serán violadas sin piedad.

—No todos los hombres somos unos depravados —recriminó Jonas.

—Uno de cada tres hombres violaría si supiera que no lo van a atrapar. No lo digo yo. Te puedo pasar los estudios que lo sustentan. Ahora tenemos millones de hombres que sabrán, en un par de días, que van a morir. Que todo el mundo va a morir. No hay riesgo de ser arrestado, de pagar por los crímenes que cometas, de tener que responder por tus actos. Libertad absoluta.

Desvió la mirada hacia Adriana.

—Yo que tú me aseguraba de tener una buena pistola y una puerta blindada primero.

—Vamos, Akane —dijo Schneider—. No me deprimas más de lo necesario.

—Lo siento, señor —respondió sin parpadear—, pero alguien tiene que ser realista. El fin del mundo no llegará en silencio. Vendrá acompañado de gritos y rechinar de dientes.

—No te tenía por una persona religiosa.

—No lo soy. Nadie se sentará en la mesa del banquete. Todos seremos parte de la comida.

—¿Alguna vez te he dicho…?

La pregunta de Jonas quedó en el aire al sonar un teléfono. Schneider estiró la mano y tomó el suyo.

—¿Sí? —preguntó. Había dejado la formalidad habitual desde hacía semanas. Un cambio mínimo que, en cierta forma, confirmaba la hipótesis de Akane. ¿Para qué preocuparse por saludos y protocolos cuando el mundo se acercaba a su fin?

Con su jefe ocupado, los otros tres se sumieron en las pesadillas que su mente conjuraba ante la perspectiva de un mundo salvaje sin control ni ley. El silencio fue tan profundo que, por un instante, olvidaron que Schneider estaba al teléfono, hasta que lo vieron enderezarse en su silla. Akane fue la primera en percatarse. Sus ojos abandonaron la tableta para enfocarse en la llamada e intentó adivinar el contenido de la conversación usando como referencia el puro lenguaje corporal.

—¿Le parece hoy mismo? Organizo todo y en media hora nos podemos conectar.

Jonas miró a Adriana, que le devolvió el gesto. Los dos trataron de incluir a Akane en el intercambio visual, pero ella no separó sus ojos del director.

—¿Qué pasó? —preguntó apenas lo vio cerrar la llamada.

—Tenemos una cura.

—¿Qué? —saltaron las preguntas de Jonas y Adriana a la vez.

—Me llamó un tal doctor Moreau. Constantin Moreau. Es el director de la farmacéutica Molarion. Dice que llevan trabajando a tiempo completo desde el inicio de la pandemia y que encontraron una cura. Un antiviral que suprime el crecimiento del virus.

—¿Una cura? ¿En serio? ¿Una cura? —preguntó Jonas extasiado.

Schneider miró a Akane, que no compartía la alegría del resto del grupo.

—¿Es posible?

—Todo es posible. Primero debo escuchar qué nos están vendiendo.

—¿Y si es cierto? ¿Sabes lo que eso significa?

Akane asintió. A pesar de que para todos la idea de un tratamiento era la respuesta a sus plegarias, para ella era el inicio de otra pesadilla.

Adriana y Jonas fueron cayendo víctimas del mismo silencio que se cernía entre Schneider y Akane a medida que la noticia les recordaba conversaciones previas si eso llegaba a pasar.

—Johann —susurró Adriana.

El doctor Schneider, sin dejar de mirar a Akane, asintió. Ella tomó su propio teléfono y en un par de segundos mandó un mensaje cifrado a través de una aplicación regalo de su tío Hiroo.

Si la cura existía, debían estar preparados.

* * *

29 de junio del 2060

—Hora de muerte —dijo una voz grave—. Siete cuarenta y cinco de la tarde.

Edisa hizo el esfuerzo de girar la cabeza para ver a alguien más partir al más allá. Era lo único que podía hacer en ese lugar. Su médico le había dicho que al día siguiente la mandarían para una de las salas si los exámenes salían mejor. Aun cuando no fuera así, dudaba de que la fueran a dejar más tiempo.

Esa noche había demostrado que necesitaban las camas.

El último visitante había causado un alboroto. Su llegada había estado acompañada de los sonidos habituales, pero, por encima de ellos, una tensión palpable. No escuchó a nadie hacer bromas o reírse. Su médico, que estaba de turno esa noche, no pasó a saludarla como hacía normalmente ni empezó a preguntar a cuanto médico interno o residente se le pusiera por delante sobre la condición del paciente o sobre el tema que considerara importante en ese momento.

Fue la primera vez que lo vio preocupado.

No entendía de qué hablaban, pero había captado el significado de algunas palabras, fruto de estar encerrada entre tres paredes, sin más panorámica que el resto de la unidad.

El paciente era un médico del hospital, lo cual ya era todo un problema. Para colmo de males, era amigo del doctor Pascal. No se quería imaginar la presión que debía de sentir encima el pobre, sabiendo que en sus manos estaba la vida de un colega, de alguien que apreciaba.

De una enfermera captó que había tenido un infarto. De otra, que tenía el maldito virus egipcio. Todos estaban vestidos con largas batas azules, mascarillas cubriendo sus caras, escudos faciales protegiendo sus rostros. Las órdenes sonaban apagadas y no era infrecuente percibir pausas en la conversación, espacios necesarios para tomar aire y poder seguir hablando.

La única señal visible de estrés estaba en los ojos. Un brillo, como un diamante maligno, refulgía en todos ellos. Una mezcla de lágrimas reprimidas, sudor acumulado y un deseo ardiente de no fallar.

Al final, el virus ganó. El doctor Pascal hubiera seguido intentándolo de no ser por una enfermera que le puso la mano en el codo y sacudió la cabeza. Ese gesto, de alguna forma, logró quebrar el hechizo, la ilusa sensación de poder cambiar el resultado de algo que, hasta para ella, era inevitable.

Se quitó el escudo que protegía sus ojos de un tirón. La enfermera, escandalizada, le recordó que otros pacientes tenían el virus, que no se descuidara.

Pascal la ignoró. Hizo girar la pantalla de plástico entre sus manos antes de acercarse al cubo de basura y tirarla en él, junto con los guantes.

—Lo único bueno —murmuró al ir pasando cerca de su cama— es que pronto podremos dejar de usar esta basura inservible.

Se fue quitando la bata mientras salía del lugar. Nadie se atrevió a llevarle la contraria y, por sus expresiones, no entendían a qué se refería.

Ella tampoco, pero si era cierto no se molestaría. Ya era horrible estar acostada en esa cama sin poder pegar ojo en toda la noche y con la incomodidad adicional de tener cubierta la cara con una mascarilla que sentía le picaba más de lo que la protegía.

Sin poder ver a su hijo.

Solo pensar en él aceleró el ritmo de su corazón. Su pequeño, a quien solo pudo ver por un fugaz instante. Encerrado en esa sala, nadie le había podido decir cómo iba. Podía estar muerto y…

Apretó los párpados con fuerza y se mordió los labios para espantar la idea. No quería pensar en eso. Tenía que estar bien y esperar que ella lo fuera a buscar. Lo abrazaría y no lo dejaría ir jamás. Le daría todo el amor que su madre nunca le dio.

Su hijo era inocente de los pecados de su madre; el peor de todos, elegir a alguien como Pablo de padre.

—No siempre fue así —dijo Pablo en sus recuerdos—. Una vez me amaste.

Cuando su mente trataba de llevarla a esos momentos felices, se obligaba a recordar lo que vino después.

No se convertiría en su madre.

—¿Recuerdas cuando pasamos horas en la cama, tu mano en mi pecho? Yo te canté hasta que te dormiste. Dijiste al despertar que era la primera vez que dormías en paz desde que eras un bebé.

—Dos semanas después me tiraste de los pelos y me arrastraste por el piso de tu apartamento por derramar café en tu regazo.

—Me quemaste. Reaccioné. Te pedí disculpas después. Te di un collar. ¿Recuerdas?

—Sí. El mismo que usaste para tratar de estrangularme cuando pensaste que coqueteaba con tu amigo Juan. ¿Qué le pasó? Nunca más lo vi. Asumo que lo mandaste matar, por si acaso.

—Qué cosas dices, Edisa. Siempre te dije que era un hombre de negocios y tú eras mi reina. Te di todo lo que querías.

—Me diste todo lo que pensaste que quería. Incluyendo el embarazo. Fue un truco muy bajo hacerle un agujero al condón.

—Quiero un hijo y ya es hora. Tú y tu necedad de que eras muy joven. Es la mejor edad, créeme. Te amo.

—Lo hice una vez. Creerte y amarte. Ahora me doy cuenta de la realidad. No puedes amar a alguien a quien le tienes miedo. Recibía con cariño cualquier caricia porque la alternativa era demasiado dolorosa para considerar.

Abrió los ojos. La Unidad de Cuidados Intensivos seguía igual. Pablo no estaba allí, pero sentía su presencia como una uña encarnada.

—Mi hijo nunca será tuyo. No vivirá lo que yo viví. Jamás.

—Te encontraré, perra. No podrás escapar. Lo sabes.

* * *

29 de junio del 2060

Le dolía todo.

Trató de acomodarse en la cama, pero su brazo le falló cuando apoyó el peso en la mano equivocada. Un destello lancinante le atravesó la muñeca y su cuerpo se desplomó en la cama. Sintió las lágrimas deslizarse por sus mejillas, tal vez borrando la sangre del golpe que le dio el cliente.

En los ojos de Luca percibió rabia al ver cómo habían marcado a su mercancía, pero le recordó con mucha amabilidad las condiciones del contrato. El payaso, un hombre que de verlo en la calle le hubiera sido indiferente, le pidió disculpas por el infortunado incidente y le dijo que no volvería a pasar. Luca asintió, estrecharon manos y se fueron conversando todo el camino, hasta que la puerta se cerró detrás de ellos.

El primero de muchos, le advirtió Luca.

—Este es el asunto, niña —le dijo tomándola por la barbilla, mirándola directo a los ojos—. Con la pandemia, la demanda por compañía femenina aumentará. Tenemos clientes que pagarán lo que sea por follarse a alguien que no sea su esposa. Nada como un par de semanas encerrado con la misma persona para ver con lujuria un poste de luz. No pretendo desperdiciar la oportunidad. La situación está empeorando y vienen los confinamientos. Lo puedo oler en el aire. Si me ayudas, lo pasarás bien. Te daremos de comer, tendrás donde dormir y hasta algo de dinero podrás hacer.

Su mano se cerró con fuerza sobre su mentón. Tenía las uñas cortas y suaves, resultado de un buen trabajo de manicura, pero aun así sintió el borde enterrarse en su piel.

—Me tratas de joder y haré de tu vida un infierno. Te daré de postre a los individuos más desagradables que pueda encontrar, hasta que mueras desangrada o ya no me sirvas. Tú decides cómo quieres pasar el resto de tus días.

¿Qué podía hacer? ¿Negarse y sufrir? Mientras estuviera viva, había una oportunidad. Ramiro siempre le dijo que era una cínica, una pesimista.

Si la viera ahora… Le diría que se lo merecía por robarle y, de paso, le pagaría a Luca para follársela una vez más.

Respiró hondo y, vigilando no usar la mano lastimada, se sentó en la cama. El mundo empezó a darle vueltas. Apoyó los dedos sobre el colchón, tratando de imaginarse que la suave tela era la cara del payaso o la de Luca. En un impulso, tomó la almohada y se la metió en la boca.

Gritó. Tan alto como sus cuerdas vocales se lo permitieron. Su voz, apenas un quejido sordo, no debió de atravesar las paredes de la habitación.

Cuando la calma regresó y pudo volver a pensar, estudió el lugar. Un cuchitril minimalista, con una cama, una mesa y una silla. Las ventanas estaban tapiadas y el único armario estaba vacío. Ni una sola percha, ni un hilo.

Luca sabía lo que hacía. No le dejaba un arma para defenderse. Ni siquiera para suicidarse. Su vida ya no le pertenecía.

Era una prostituta a cargo de Luca. En su mente trató de usar otros términos. Se vio como la víctima de una red de trata de personas. Aceptó que no era su culpa, excepto por ser demasiado confiada. Cuando se permitía esas ilusiones, la cara de Ramiro se materializaba en primer plano.

—Eres una puta. Siempre lo fuiste, solo que ahora alguien cobra por

ti. Es lo que te mereces por robarme.

Volvió a colocar la almohada en su sitio y aflojó la presión sobre el colchón. Una lámpara de techo bañaba la habitación en un tinte macilento y enfermo. Algunas sombras se movían por delante de la puerta. Su corazón se aceleraba cada vez que la luz que se colaba por debajo desaparecía.

En cualquier momento Luca le traería un nuevo cliente. Alguien más que treparía encima de ella, que la violaría sin piedad, creyendo que pagaba por un servicio voluntario.

—Tu vida pasada ya no existe. A partir de ahora eres Elsa. Si te atreves a decirle a uno solo de tus clientes tu nombre verdadero o pedirle ayuda para que llame a la policía, me enteraré. Inventaré alguna excusa y, cuando estemos solos, te cortaré la cara en pedazos y te dejaré con vida en algún tugurio de la ciudad. Para cuando salgas del hospital, ya no estaré aquí. Nunca me encontrarás, pero tendrás un recuerdo permanente de tu estupidez.

«Deja de hacerte la víctima —susurró—. Estás viva. Tienes dinero. Solo necesitas huir. Es cuestión de tiempo.»

Sus ojos recorrieron cada centímetro del pequeño cubículo al que el destino había reducido su mundo. Cuatro paredes de color gris donde las manchas de humedad dibujaban patrones que serían la delicia de Rorschach. Un piso de linóleo de color blanco. Una sólida puerta de madera. El incesante brillo del foco por encima de su cabeza, el nuevo sol que reemplazaba al astro que nunca supo apreciar hasta ese momento. Su única ruta de escape protegida por los hombres de Luca. Rufianes que la cargaron en peso hasta esa cama, que la manosearon todo el recorrido y que, de seguro, lo harían de manera más íntima en las próximas semanas. Armados con pistolas que no dudarían en descargar en su cabeza si les daba motivo.

Tenía tantas posibilidades de salir de ese lugar como de casarse con Ramiro.

Una nueva sombra y la puerta se abrió. Luca venía acompañado de alguien con facciones asiáticas. Vestía de traje y corbata. Al verla,

se inclinó en un saludo.

—Vamos, Elsa —dijo Luca—. Hora de trabajar.

—Y pensar —dijo Ramiro metiéndose en sus pensamientos; se lo podía imaginar riéndose en su cara— que tu única esperanza de salir de aquí es que yo te encuentre. No te preocupes. Te estoy buscando. No lo dudes un segundo.

* * *

29 de junio del 2060

Uriel miró al pequeño sin saber cómo o por dónde agarrarlo.

Los ruidos de la puerta lo sacaron de su contemplación. Las dos enfermeras que encerró en el depósito golpeaban la puerta con insistencia. Tenía pocos minutos antes de que alguien se diera cuenta.

Nunca había estado tan cerca de un recién nacido y mucho menos de uno que parecía tan delicado. Su piel, de un color amarillo mostaza, desaparecía bajo las cintas que mantenían en su lugar lo que asumió eran vías de acceso a sus venas. Decidió no tocar una sola, no fuera que empezara a sangrar. Ya iba a ser difícil salir del hospital con ese niño en brazos. Lo último que necesitaba era dejar un rastro de sangre para que lo siguieran.

El cuerpo se sentía frágil. Su piel era áspera, para nada la que esperaba de un bebé. Lo envolvió en una sábana y lo acunó en su brazo, pegado a su cuerpo, para mantenerlo caliente. Había leído que eso era importante con los prematuros, y pretendía entregarlo con vida a su padre.

Lo que pasara después no era su problema. No le pagaban por juzgar.

Todo el proceso le tomó unos pocos minutos. Cuando las agujas del reloj redondo que colgaba de una pared marcaron las nueve de la noche, Uriel salió de la sala de neonatología con el pequeño oculto debajo de la bata que lo cubría. Su brazo derecho libre, por si alguien trataba de detenerlo. Su Harpía MX-30 al alcance de sus dedos.

Solo esperaba que nadie lo intentara. El mundo necesitaba al personal de salud para lidiar con la pandemia. Le dolería tener que cargarse a uno en ese momento.

* * *

29 de junio del 2060

Luca Bianchi cerró la puerta y se dirigió a su oficina. Sabía que vigilarían que nada fuera de lo esperado ocurriera en esa habitación mientras llevaban el control del tiempo. El cliente había pagado por dos horas y ellos no interrumpirían nada de lo que pasara dentro, mientras Elsa no gritara pidiendo ayuda, hasta cumplido el plazo.

Una maquinaria bien engrasada que producía dinero a raudales. La pandemia solo era una oportunidad para optimizar el margen de ganancia.

—Luca —lo interrumpió su asistente apenas lo vio acercarse. Estaba sentado en su escritorio, a la entrada del cuarto que todos aceptaban como su despacho. Se levantó de un salto y con paso rápido lo alcanzó, bloqueando su avance—. Tenemos problemas.

—No tan temprano, Marco. Lo sabes. Primero el café.

—No puede esperar.

Una reacción tan visceral no era habitual en su compañero. Se apoyó en la pared como señal de rendición y, con las manos en los

bolsillos, le pidió que se explicara.

—¿Has visto las noticias?

—No —respondió extrañado—. Sabes que no me gustan. ¿Por qué?

Marco sacó su móvil y se lo pasó. En la pantalla se leía: «¿Estamos todos infectados?».

El reportero, un tal Eric Avilés, de un periódico panameño, aseguraba haber hablado con más de una veintena de médicos, todos reportando hallazgos similares. El cien por cien de las pruebas que habían pedido, a pesar de la recomendación de la AIS, salieron positivas. Avilés completó su evidencia con un estudio propio, realizado en colaboración con uno de esos médicos, que pidió mantenerse en el anonimato. Todo el personal del periódico La Esclusa, la fuente de la noticia que leía con avidez, había salido positivo para el virus egipcio. Algunos de ellos empezaban a presentar síntomas. Dos estaban en el hospital, en cuidados intensivos.

Sus dos últimas líneas fueron como un puñetazo directo al hígado.

—Si el virus no tiene cura y todos tenemos al nHCoV-E en nuestra sangre, ¿qué nos depara el futuro?

Luca le devolvió el teléfono a Marco.

—Es de Panamá. Tal vez…

—No, Luca. Los médicos locales están diciendo lo mismo, así como otras revistas a nivel internacional. Las pruebas no mienten. El virus está en todas partes y, una vez enfermas, el sendero es de bajada.

—Ya veo —dijo después de guardar silencio casi un minuto—. ¿Cuál es tu parecer?

—¿No ves? —respondió acercándose para poder bajar la voz—. Las chicas empezarán a enfermar y a morir. Nuestros hombres, también.

—¿Temes un ataque de la competencia? El Gordo no tiene las armas para hacernos frente y el Bolero las tiene, pero tendrá los mismos

problemas. No creo que nadie esté pensando en aprovechar las circunstancias para hacerse con el negocio.

—¿No eres tú el que siempre me dice que las oportunidades aparecen si se buscan?

Luca sonrió a su pesar. Marco acababa de usar sus propias enseñanzas en su contra y, en el fondo, sabía que tenía razón. Si el Bolero, un maldito cubano que todavía creía que Fidel estaba vivo en criogénesis, esperando el momento justo para regresar, decidía atacarlo, podía encontrarlo en desventaja. Un golpe bien organizado en el momento justo y podría deshacerse de la competencia sin despeinarse.

—Tienes razón. Por algo eres la voz de la razón. Llama a todos. Vamos a replegarnos. ¿Cómo están las calles?

—De locos. La noticia que leíste salió publicada ayer y hoy se ha vuelto viral. Mis contactos me dicen que están planeando imponer la ley marcial. Nadie sale sin permiso de la policía.

—Más dificultades, más dinero podemos cobrar. Es como el fugu. ¿Sabes qué es? —Marco negó con la cabeza—. Es un plato hecho con la carne del pez globo. Para cocinarlo tienes que entrenarte más de tres años. Un error en el proceso y puedes matar al que se coma el manjar.

—¿Matar?

—Sí. El pez tiene un veneno en las vísceras, así que es una delicatessen entre los conocedores. Creo que mientras más raro y exótico sea un plato, más alto puedes poner el precio. ¿Qué crees que pasará cuando la cuarentena se extienda más de una semana? Nuestro teléfono no dejará de sonar pidiéndonos mercancía. Somos de los pocos que tendremos permiso de movernos por la ciudad. Eso dejará fuera de competencia al Bolero. Es un negocio redondo.

Le dio una palmada en el hombro, pero Marco no compartía su optimismo. Sus ojos se desviaron hacia el cuarto donde la nueva adquisición satisfacía los deseos de su cliente.

—¿Y cuando empiecen a morir ellas?

Luca alzó los hombros.

—Conseguiremos otras. Las mujeres abundan.

—Por ahora —murmuró Marco, guardando el móvil en su pantalón.

Luca se crujió los nudillos y lo empujó rumbo a su oficina apoyando los dedos en su codo.

—Un problema a la vez. Si son exageraciones, haremos dinero.

—¿Y si de verdad todos estamos infectados y vamos a morir?

Luca suspiró cansado. Sacó su arma de servicio y la revisó para verificar que estuviera cargada.

—Alguna ventaja debe tener ser policía. Hay un par de damas en la ciudad que iré a buscar antes de morir. No pretendo irme de este mundo con las ganas. Lo gozado nada me lo va a quitar. Ni siquiera la muerte.

* * *

29 de junio del 2060

—¡Allí está! —dijo Ana, que golpeó con el brazo el respaldo del asiento del pasajero. Sus dos acompañantes, que roncaban desde hacía horas, reaccionaron de maneras diferentes. Toni abrió los ojos, se estiró y sacudió la cabeza como un perro mojado. Alberto saltó molesto, listo a devolver un golpe imaginario, hasta que vio los ojos de Ana enfocados en la lejanía, su mano extendida apuntando a la figura vestida de blanco que bajaba a paso rápido los escalones de la entrada.

—Allí va el maldito —gruñó ella entre dientes—. Vamos.

Los tres se bajaron del coche haciendo el menor ruido posible. Ana tomó la delantera, empecinada en no perderlo de vista, aun cuando no estaba armada. Para eso estaban sus dos amigos. Ellos se encargarían de llenarlo de plomo.

Uriel se debía de sentir protegido con esa bata blanca que lo hacía parecer un superhéroe de una película de bajo presupuesto. Le daba la espalda y su lado izquierdo permanecía extrañamente rígido, como si escondiera algo. Lo que fuera se lo quedaría de recuerdo.

Con algo de suerte, sería su provisión de drogas. Harían una fiesta en honor de Álvaro.

Las calles aledañas al hospital estaban vacías y libres de policías. Era el único sitio donde la gente no dejaría de llegar, muchas veces no por decisión propia, por lo que vigilar el cumplimiento de las restricciones en ese sitio no tenía mucho sentido.

Uriel no pudo elegir un mejor lugar para morir.

Toni ya iba a su lado, sus dedos envueltos alrededor de la culata de una pistola. Alberto debía estar unos pasos detrás, listo para actuar cuando tuvieran a Uriel a su alcance. El pobre sicario no se había percatado de que la muerte lo seguía.

Cuando Toni calculó que era seguro disparar, asintió una vez. La señal que Ana había estado esperando.

Por Álvaro.

—¡Uriel! —gritó. Toni y Alberto estiraron las manos. Sus armas apuntaban al hombre que, al escuchar su nombre, se dio la vuelta.

* * *

29 de junio del 2060

—Mira eso —dijo Massiel asustada—. Mejor regresemos. No vale la pena.

Anastasia, en respuesta, pisó el acelerador con más fuerza. El coche falló por unos centímetros en golpear al hombre que ocupaba la mitad de la calle. Massiel miró por encima de su hombro al pasar. A través del vidrio trasero, las gesticulaciones del hombre sugerían muchos insultos y la mención de la madre de Anastasia, no precisamente en términos respetuosos.

Su amiga ni siquiera ojeó por el espejo retrovisor. Su atención estaba puesta en la carretera y en su destino final.

Massiel había vivido en esa parte de la ciudad durante años y pensó haberlo visto todo. Esa noche, sus vecinos hacían lo imposible por demostrarle que fueron solo ejercicios de calentamiento. La señora Mirta, la viejecita del círculo de oración que todos los domingos la despertaba con sus plegarias e invocaciones, entró en la tienda de comestibles del chino de la esquina y se llevó todo lo que no estuviera anclado al piso. Sus nietos iban a la par cargando objetos más pesados, como cajas de cerveza o cigarrillos, así como decenas de rollos de papel higiénico.

—¿Por qué el papel higiénico? —preguntó. Quería conseguir que su amiga dijera una palabra. Las puertas de los pocos negocios del lugar estaban tiradas en el asfalto, fragmentos de vidrio refulgiendo bajo los faroles callejeros. Sus dueños, algunos resignados y otros asustados de la violencia reinante, esperaban en las aceras. Vio a un par intentando hacer entrar a las turbas en razón, pero hubieran tenido más éxito si hubieran querido echar a volar.

El viejo Manuel, el nicaragüense que nunca le decía que no cuando estaba corta de fondos, intentó detener a dos muchachos que salían de su tienda con varias botellas de licor y bolsas de patatas. Lo vio alzar las manos, en señal de súplica. El primero de los ladrones sacó una pistola y le apuntó a la cabeza.

—No —murmuró, sus labios pegados al vidrio del coche. Anastasia no giró la cabeza ni cuando resonó el disparo a unos pasos. El

cuerpo de Manuel salió volando hacia atrás, aterrizando, con la mitad del cuerpo en la calle, sobre una caja de cartón pisoteada.

Cuando la primera gota de lluvia empezó a caer, vio a los muchachos pasar por encima del cadáver y perderse en la oscuridad de un edificio, de donde otras personas salían como hormigas, siguiendo el rastro de comida y bebida gratis.

—Odio la… ploaie —gruñó Anastasia.

Massiel la habría corregido, pero se contuvo. No tenía la energía, y el espectáculo fuera del vehículo no le dejaba muchas esperanzas para el futuro. Iban en una misión a ciegas, impulsadas por el odio y la rabia, a pesar de que el mundo parecía caerse a pedazos.

—¿Qué te pasa? —preguntó por fin. Giró el volante con fuerza. Las llantas del vehículo se deslizaron sobre el suelo mojado, desplazándose en sentido horizontal varios metros, antes de asirse a algo sólido debajo y enderezar el curso a segundos de estrellarse con el muro del viaducto que marcaba el fin de su barrio y el principio de zonas más pudientes.

Massiel guardó silencio. Quería ordenar sus pensamientos. El cambio de zonificación no modificó las escenas. Hombres, mujeres y niños cargaban cajas y llenaban vehículos que esperaban con los motores encendidos. Puertas tiradas por el suelo o apenas colgadas de las bisagras que soportaron el embate de manos y pies. Personas llorando las pérdidas de sus negocios, sin saber que, a solo unas calles, algunas madres abrazaban los cuerpos sin vida de hijos o esposos.

Misma crisis. Mundos diferentes. Iguales reacciones.

Sobrevivir. Al diablo con los demás.

—¿Y bien? —insistió Anastasia.

—¿Has visto lo que está pasando ahí fuera? —Su voz era apenas audible—. Vamos a morir, y tú piensas en vengarte de Pablo.

—Es cuestión de principios —respondió Anastasia.

Un semáforo en rojo fue ignorado. Como pocas veces, Massiel estuvo de acuerdo. En la otra bocacalle, tres hombres sacaron a una pareja de un coche. Dos de ellos patearon al conductor. El tercero cogió a la mujer y la metió de nuevo en el vehículo. No pudo ver el final, sepultado bajo una cortina de agua del cielo. La única señal de la violencia que dejaba atrás, las luces intermitentes del coche lanzando destellos difusos cada vez que se encendían.

—Todo lo que hizo fue pegarme.

—¿Solo eso? —gritó ella—. Pandemia o no, eso no le da derecho a ponerte una mano encima. Eres mi… sora…, mi hermana. No lo serás de… sânge… ¿Cuál es la palabra? ¡Sangre! Eso, sangre. No lo serás de sangre, pero eres lo más cercano a una familia que tuve cuando llegué aquí.

Massiel sonrió, a pesar de lo grotesco de la situación. Cuando Anastasia estaba nerviosa mezclaba su lengua natal con el español. Verla trastabillar con el lenguaje era una señal de que estaba igual de asustada, aunque tratara de disfrazarlo.

—¿Y qué haremos? ¿Obligarlo a escribir en la pared mil veces «No debo golpear a las mujeres»?

Anastasia abrió la guantera y sacó una pistola más grande que su mano.

—Tocarás a su puerta y le dirás que queremos pasar el fin del mundo con él. Me verá y te aseguro que toda una película de fantasías sexuales cruzará su mente antes de abrir la puerta. No podrá decirnos que no. Una vez dentro —sacudió el arma para énfasis—, el apartamento será nuestro. Me dices que tiene un bar. Seguro que tendrá comida.

Devolvió el arma a su sitio y, sin dejar de mirar la carretera, esquivó cuando fue necesario a las personas que atravesaban la calle bajo la lluvia y puso su mano encima de la suya.

—Estaremos bien. Verás que todo es una exageración.

—¿Y por qué hacemos esto? ¿Por qué buscarnos un problema si el

mundo no se está acabando? —Quería discutir, llevarle la contraria. En el fondo, aún amaba a Pablo, pero una parte de ella sabía que Anastasia estaba en lo cierto.

Tenía que terminar. De una forma u otra.

—Porque es el momento perfecto para ajustar cuentas con ese maldito. ¿Tienes idea de cuántas veces te he visto… strigăt…, llorar? Eso, llorar. ¿Llorar por culpa de ese maldito malnacido? No, Massiel. Se acabó. Iremos allí, lo obligaremos a pedirte disculpas y nos lo cargamos. Como está el país hoy, podemos salir y tirar el cuerpo a la calle y nadie dirá nada. ¿Has visto a un solo policía?

Massiel ni siquiera trató de responder la pregunta. Las calles eran tierra de nadie.

—Exacto. No hay uno solo. O están cuidando a sus jefes o aceptaron que el mundo se acabó. Unos estarán protegiendo a sus familias. Otros…, bueno, puedes imaginarlo. Esta noche los animales acechan en la oscuridad. Es mejor esconderse hasta que salga el sol.

Por primera vez dejó de ver adónde conducía y la miró a los ojos.

—Y mañana Pablo será solo un recuerdo.

* * *

29 de junio del 2060

La música resonaba a todo volumen. Los vidrios vibraban con los bajos y fragmentaban las gotas de lluvia que tocaban su superficie. Ramiro vio que, dos calles más adelante, un carro ardía en llamas. Algunas sombras danzaban a su alrededor, como los indios de las viejas películas del Oeste.

Esa noche no habría héroes. La mañana no traería noticias de

buenas acciones en los periódicos. El caos había empezado y no se detendría hasta consumir todo. La pregunta era si lo mataría primero el virus o uno de sus semejantes. Con su suerte, uno de los pacientes a quienes salvó la vida.

El solo de batería, su parte favorita de Leonor's Ghost, calmó su conciencia al girar el volante y meterse por otra calle para evitar el accidente. De ser un día normal, se habría detenido para ver cómo podía ayudar.

Esa noche era buscarse un tiro en la nuca.

La noticia ya estaba en todas partes. El mundo estaba infectado. El número de muertos se estaba disparando. La tasa de letalidad, una vez la persona pisaba el hospital, era del cien por cien. Estos datos, presentados a todo color en las redes sociales y alimentados por los gurús de la desinformación o los fanáticos de las conspiraciones, se dispersaron como la pólvora. La voz de desesperanza fue tomada por algunos grupos religiosos que vaticinaban el fin del mundo. Los más conservadores pedían que oraran en casa, que hicieran las paces con Dios.

Ninguno ayudó a calmar a la población. El miedo se extendió y el instinto de supervivencia se activó. En otros, el desaliento se convirtió en una especie de resignación feroz. En un permiso tácito para liberar sus más bajos instintos.

¿Por qué reprimirse si no había futuro?

En las noticias, por lo menos las que pudo escuchar antes de que las señales fueran desapareciendo una detrás de otra como piezas de dominó, los reportes de saqueo, robos a mano armada y asesinatos a sangre fría hacían parecer las crónicas rojas de los periódicos sensacionalistas o de los pasquines románticos. Una reportera, la voz quebrada por las lágrimas, logró avisar de que los casos de violaciones por grupos armados se estaban incrementando y sugería no salir a la calle. Un grito y disparos siguieron este anuncio antes de ser cubierto por la estática.

La civilización, por lo visto, era solo un zoológico bien vigilado. Al primer signo de descuido, los depredadores saltaron las cercas.

Una mujer se le cruzó en el camino. Sus manos alzadas pedían ayuda. Parecía llevar las ropas desgarradas. Sus luces iluminaron su rostro solo una fracción de segundo, antes de desaparecer bajo la lluvia, que arreciaba. En la periferia percibió movimiento. Decenas de personas corrían y perseguían con lámparas y linternas de teléfonos la presa que escapaba. Una cacería moderna donde Bambi ya no tenía donde esconderse.

Sin soltar el acelerador, esquivó a la mujer y siguió su camino.

Cuando se percató de que se estaba rascando la mano, puso ambas palmas en el volante. Su hígado empezaba a dar problemas. Era el primer signo. El primer aviso de una inexorable cascada que terminaría en un fallo orgánico múltiple y en su muerte.

No pretendía pasar sus últimos días cuidando a personas que igual iban a morir. Por primera vez en su vida rompería el juramento que hizo el día que, orgulloso, recibió su diploma de Medicina. Una decisión que tomó con absoluta tranquilidad, sin cuestionamientos o recriminaciones.

Ya no había pacientes. Todos eran muertos vivientes, incluido él mismo.

Revisó su GPS para verificar la nueva ruta. Le había pedido sus drogas a Pablo para el día siguiente, pero, como iban las cosas, no había garantías de un mañana. Tal vez esa noche sería su última oportunidad de buscar su pedido.

La picazón empeoró de solo imaginarse el fin del mundo sin su droga a mano. Si las cosas se ponían feas, era también su llave de salida.

Desvió su mirada a la pantalla y giró el volante a la derecha.

Una visita corta al apartamento de Pablo. Luego, a su casa.

«Jocy —pensó—. Ella estará allí.»

Sus alternativas para pasar el apocalipsis no incluían a su esposa.

* * *

29 de junio del 2060

Cuando abrió el puño, el papel era una bola irreconocible. Trató de alisarlo, aplastándolo contra su muslo, hasta que los números y las líneas de color azul se tornaron reconocibles.

IgG nHCoV-E: Positivo.

No mentían. Las noticias en la radio, los anuncios de televisión, los rumores en las redes sociales. Todos terminaron diciendo la pura verdad.

Iba a morir. Ramiro iba a morir. Cada una de las personas que conocía, apreciaba u odiaba la seguirían.

Levantó la mirada a la mesa donde había servido la cena. Dos platos que esperaban la llegada de su esposo. Una comida especial, una extensión de la cena de aniversario. Una ofrenda a su abnegado cónyuge, en reconocimiento de todo su trabajo y esfuerzo.

Mezclado con la sopa de ajos rostizados, cubierta por una generosa capa de queso parmesano, tres gramos de un raticida cuyo principio activo era fosfuro de zinc. En pocas horas tendría que llevarlo al hospital, donde todos pensarían que era otro caso del virus egipcio. Harían lo imposible por salvarlo, pero la falta de personal, el exceso de pacientes y la situación en general confluirían para garantizar su rápido deceso. Las morgues colapsarían y nadie se pondría a hacer una autopsia en las presentes circunstancias. Su certificado de defunción diría lo mismo que otros cientos, eso sería todo. El fin de una era.

Un resultado de laboratorio, enviado por un correo electrónico e impreso mientras ella servía la cena, acababa de tirar sus planes al suelo.

Ni siquiera recordaba por qué se hizo el análisis. Fue por puro morbo. Por demostrar que las personas en la calle eran unos alarmistas. No había forma de que todos estuvieran contaminados. Eso era imposible, pensó.

Alzó la hoja de papel y la puso al nivel de la mesa. Las líneas azules parecían reírse de su ingenuidad.

Su teléfono sonó y la sacó de la contemplación. Se levantó de la silla y caminó hacia la mesa. En la pantalla se leía un mensaje de Ramiro.

Llegando a casa. Una cena rápida y regreso al hospital.

—Claro —dijo ella al teléfono—. Al hospital. Piensa que me chupo el dedo. Te irás a ver a alguna de tus amiguitas. Los últimos polvos antes de dejar este mundo. No cambias ni mirando la muerte a los ojos.

Volvió a convertir la hoja de papel en una bola y se encaminó a la cocina. La tiró sin ceremonias en el cubo de basura y sacó una botella de vino de la nevera. No se molestó en servirlo en una copa y lo tomó directamente de la botella. Si Ramiro la viera, convulsionaría.

¿Qué importa lo que piense? Ya no tiene poder sobre ti.

La revelación la detuvo en seco. No se había percatado de lo obvio.

Su temor, su deseo de matarlo, eran fruto de la incertidumbre en cuanto a su futuro, tanto personal como profesional. Las posibles consecuencias de enfrentarse en un juicio. El escándalo que provocaría y la venganza que vendría poco después. Ramiro era como un perro rabioso. No se podía razonar con él. Era mejor pegarle un tiro y listo.

Ahora, ¿qué importaban su poder o sus contactos? ¿Qué influencia podía tener en un mundo que se estaba desmoronando bajo sus

pies?

Nadie tenía futuro. Vivían un día a día que se contaría en semanas, tal vez meses. Luego, el olvido.

Miró la cena y el teléfono sobre la mesa. Ramiro venía a casa. Tendría hambre.

¿Qué hacer? ¿Seguir con el plan? ¿Por qué?

¿Por qué no?

* * *

29 de junio del 2060

—Es una maldita rata —dijo Akane.

Schneider asintió. Él tenía la misma impresión. Apagó la pantalla del monitor y se volvió para mirar a su equipo de trabajo. Akane conservaba su expresión de furia controlada y justificada, contrastando con el temor y la duda evidentes en la cara de Adriana. Jonas tenía su atención puesta en su propio ordenador, pero sus dedos temblaban al recorrer el teclado.

—La pregunta es —dijo Schneider sentándose en su silla y suspirando cansado al hacerlo— si la rata tiene razón o nos está engañando.

—Los datos son impresionantes —aceptó Akane, aunque no parecía disfrutar de tener que hacerlo—. Una tasa de supresión del virus del noventa y cinco por ciento. Mejoría de la función inmune y hepática en seis meses.

—¿Y si es mentira? —preguntó Adriana—. ¿Un truco para sacarnos dinero?

—Es una posibilidad, pero ¿para qué? Si ha estado trabajando con Ammyt todo este tiempo, debe de saber con lo que lidia. De nada le servirán los millones que pide si todos morimos antes del fin de año.

—La gente es muy rara cuando hablamos de dinero. Algunos piensan que son inmunes. Que ellos sobrevivirán.

—Aun si fuera cierto, ¿qué esperan del futuro? El mundo quedará sumido en las tinieblas antes de que el último de nosotros muera. El dólar, el euro, la libra esterlina tendrán el valor de cualquier otro papel. Combustible para hacer fuego. El doctor Moreau no me impresionó como alguien que se dejaría engatusar por la ilusión de la inmortalidad.

—No miente —dijo Jonas. Sus palabras hicieron que todos le prestaran atención.

—¿Cómo lo sabes?

—Acabo de entrar en su ordenador —dijo con total naturalidad. A nadie en esa habitación le molestó que estuviera rompiendo la ley. Estaba dispuesto a eso y mucho más de ser necesario—. Los datos son verídicos.

—¿Puedes sacar una copia de todo? —preguntó Schneider.

—Ya lo hice.

—Eso nos permitirá verificar después si Ammyt es un virus de fabricación a la medida. Si lo es, pretendo hundirlo con todas las leyes que pueda encontrar y dudo que haya un solo Gobierno en el mundo que quiera protegerlo.

—Eso está bien para después —dijo Adriana. Sus ojos parecían haber recuperado algo de su brillo natural—, pero por ahora es la respuesta a nuestras oraciones. Una cura. Digo que le paguemos lo que pide y empecemos a distribuir la droga. ¿Cómo se llama?

—Molarion SW-2060 —dijo Akane—. Me pregunto qué significa el SW.

—Eso también te lo puedo responder —dijo Jonas, arrugando los labios al leer una nota del doctor Moreau dirigida a su departamento de ventas—. Save the world. Salvar al mundo. Un recordatorio permanente de lo que está en juego.

—¿Por qué en inglés? —preguntó Schneider.

—Mercadeo, me imagino. Pueden quedarse con la fama si quieren —insistió Adriana—. En lo que a mí se refiere, le pueden dar todo el oro del fuerte Knox si eso significa salvar vidas.

—No es tan fácil —dijo Jonas—. El buen doctor no nos dijo toda la verdad.

—¿Qué? Acabas de decir que ellos tienen la cura.

—Esa parte es cierta. Los porcentajes son exactos. Mientras el virus esté suprimido, su efecto sobre el hígado y el sistema inmune se revierte en seis meses.

Todos guardaron silencio, esperando la parte que no querían escuchar.

—Lo malo es que la supresión del virus no es permanente.

—¿Cómo?

—Eso temí —dijo Akane, que se levantó y se puso al lado de Jonas para poder leer ella misma. El informático se levantó y le cedió la silla. Necesitaba que alguien más le diera la razón.

Schneider se sintió tentado a hacer lo mismo, pero se contuvo. La experta era Akane. Su opinión sería la última palabra. A él le tocaría dar la orden que cambiaría el mundo.

—Es como con el VIH —dijo al terminar de leer el documento—. Los retrovirales suprimen el virus, pero solo mientras se estén tomando. Al dejar de ingerirlos, el virus se activa y el daño regresa. Los números son sólidos. Mientras el sujeto tome la droga, estará a salvo.

—¿Cuál es la dosis? ¿Una vez al mes?

Akane dejó de mirar la pantalla. Sus ojos se dirigieron a Schneider.

—Diaria. Una tableta dos veces al día. De por vida.

El director se pasó las manos por la cabeza. Su cabello debía de ser un desastre en ese momento y el gesto no debió de ayudar. Moreau los tenía agarrados por las gónadas, de manera muy literal.

—El precio que nos dio —dijo Adriana—, ¿no era para una dosis?

—Exacto —dijo Jonas—. Eso está en la carta que les mandó a los de ventas. Cinco dólares por tableta. Fabricar la droga cuesta diez centavos, pero eso no importa. Después de todo, es un negocio donde esperan recibir una ganancia superior a los treinta y siete billones de dólares.

—¿No podemos convencerlos de hacer lo correcto? —preguntó Adriana pensativa—. Los primeros en morir serán los pobres.

—¿Y qué les impide subir el precio después? —dijo Akane—. Menos población es menos demanda. Pueden hacer lo que quieran y lo saben.

—Debemos intentarlo —insistió Adriana—. Tiene que haber alguna forma de hacerlo entrar en razón.

Schneider apreciaba a Adriana, pero vivía lejos de la realidad. Akane torció los ojos exasperada antes de volver su atención a la reunión.

—No lo hará —aseguró—. Nos ofrecerá un descuento y los Gobiernos que puedan pagarán millones de dólares. Después llegarán los negocios individuales bajo cuerda, asegurando su poder y dominio. Si piensan que el mundo ya es un infierno, imaginen uno donde Moreau sea Dios.

—Me recuerda a Shkreli —dijo Jonas.

Adriana se estremeció de solo pensarlo. Martin Shkreli era un comerciante que compró la licencia de manufactura de una droga para el tratamiento de la toxoplasmosis y subió el precio por un factor de cincuenta, allá por el 2015. Los pacientes con VIH

afectados por el parásito tenían que pagar cientos de dólares si querían seguir con vida. Por suerte, o influenciados por esa decisión, el Gobierno de los Estados Unidos lo acusó de fraude y lo metió en la cárcel.

—Es peor —aseguró Akane—. Shkreli subió el precio de una droga que solo afectaba a unos pocos. Moreau nos está diciendo de salida cuál es el precio del único medicamento capaz de evitar la extinción de la raza humana. Si aceptamos, lo hacemos bajo sus condiciones.

Se estiró para tomar su teléfono sin dejar de mirar a su jefe.

—¿Llamo a mi tío Hiroo?

—Johann —dijo Adriana—. ¿Sabes lo que haces?

Jonas se paró al lado de Akane. Se cruzó de brazos, pero sus ojos enviaban el mismo mensaje.

—No —aceptó, tomando la decisión que había ideado hacía varias semanas, pero que ahora estaba obligado a formular en voz alta—, pero no tenemos otra salida. Si queremos que algo de civilización sobreviva, tenemos que actuar.

Deslizó su mirada de un rostro al siguiente, terminando con Akane.

—Si sobrevivimos a esta encrucijada y hay consecuencias que pagar, yo me haré responsable de todo. No se preocupen.

—Somos tan responsables como tú —dijo Adriana, aceptando que no había marcha atrás—. Te apoyaremos hasta el final. Pase lo que pase.

—Por el bien de la humanidad —dijo Akane.

Schneider asintió.

—Llama a Hiroo y dale la última información. Que proceda con la operación como planeamos.

* * *

29 de junio del 2060

Arthur Wald siempre había pensado que tenía mala suerte. Estar de turno la noche que el mundo entraba en pánico era solo una prueba de que siempre tuvo razón.

Casi no se podía mantener en pie, pero tenía cosas que hacer. Ya dormiría en la mañana, si es que no declaraban la ley marcial esa noche en todo el país. Tenía cuatro horas de sueño encima, pero tratar de salvar la vida del doctor Orozco le dio una descarga de adrenalina que lo mantuvo de pie. El efecto se estaba pasando, mezclándose con la decepción de haber perdido a su mentor.

Debió de saber que su intervención era innecesaria e inútil. El doctor Pascal selló con la declaración de hora de muerte cualquier esperanza de salvarlo en el último segundo. Ahora Orozco estaba muerto y él, agotado, la peor noche para estar de turno.

—Necesito un café —aceptó. Salió del sistema electrónico donde había escrito la nota de evolución de una paciente diabética en cetoacidosis. Las últimas dos líneas eran una mezcla de consonantes y vocales sin sentido, resultado de haber cabeceado sobre el teclado casi un minuto. So pena de terminar escribiendo en un expediente una salvajada, aceptó que necesitaba ayuda farmacológica.

Sacó su móvil para llamar a su compañera de turno e informarle de que dejaba la sala por unos minutos, pero se sorprendió del silencio acústico que acompañó el apoyar el aparato en su oreja. Miró la pantalla y vio que no tenía señal de su proveedor de telefonía, lo que le arrancó un rugido de desesperación.

—¿Qué pasa, Arthur? —preguntó la enfermera Navarro, la única persona en la sala a esa hora—. ¿Se cayó el sistema?

—No, es el teléfono. No tengo señal.

—A veces aquí no llega bien. Prueba fuera.

Wald aceptó la sugerencia y salió a buscar mejor recepción. A pesar de eso, por más que se acercaba a la salida, su móvil seguía sin conectarse. Bajó por las escaleras y salió a los estacionamientos. Alzó la mano, sin respuesta.

—¿Tampoco tienes señal? —preguntó una voz femenina. Se dio la vuelta y se topó con Martha, su compañera de turno. En la mano llevaba su teléfono.

—Para nada. Te iba a llamar para decirte que iba a buscar un café. ¿Quieres?

—Ya tomé mi ración de la noche, gracias. Pasé por el cuarto de urgencias. Está de locos.

—Me imagino. ¿Has escuchado algo nuevo?

Martha negó con la cabeza. El tema de la infección mundial estaba en boca de todos, pero, a pesar del caos que rondaba galopante por las calles, ellos tenían un trabajo que hacer.

Cuando no hubiera esperanza alguna, entonces se tomarían el día libre. No antes.

Se disponía a despedirse cuando un ruido dominó la noche. Fue un trueno sordo, pero fuerte. La reacción de Martha, que se acercó un poco, era prueba de que no era una ilusión auditiva provocada por el cansancio.

—¿Qué fue eso? —preguntó mirando al cielo. Una noche estrellada, sin nubes, los custodiaba desde el firmamento.

Wald no respondió. Otro sonido similar retumbó detrás del primero. Luego, otro más.

—¿Viene una tormenta?

Wald, que hacía un mes había visto un documental sobre la invasión de Panamá por Estados Unidos, tuvo otra impresión. El sonido de esos ecos graves era demasiado similar. Giró la cabeza en

dirección a la zona colonial de la ciudad. Los sonidos parecían provenir de allí. Una zona turística, rica en arquitectura. Llena de bares y restaurantes que debían de estar cerrados por el toque de queda. Lo único de interés que quedaba allí era la presidencia de la República.

—Suenan como explosiones —dijo Arthur. Nunca había sido alguien religioso y su creencia en Dios era más consecuencia de su educación que de una verdadera convicción. Sin embargo, como solía decirle su madre, siempre nos acordamos de él cuando estamos en problemas—. Que Dios nos guarde.

* * *

29 de junio del 2060

Ana Paredes levantó la mano. Para su sorpresa, una huella de sangre decoraba la superficie de vidrio de la mesa. Se quedó estudiándola, como si la marca le pudiera dar la respuesta de su origen por pura observación.

Giró la muñeca y se vio la palma. Estaba llena de una sustancia viscosa de color rojo. Se la pasó por la tela del pantalón y repitió el gesto. El movimiento removió gran parte del líquido, permitiéndole ver la piel debajo. Unas pocas escoriaciones la surcaban, pero ninguna sangraba de manera activa.

Volvió su atención a la huella. A través del vidrio vio el suelo y una zapatilla blanca. El calzado estaba unido a una media, a una pierna y al cuerpo de Toni. Al ver el charco de sangre debajo del cadáver y la herida de bala en su abdomen, fogonazos mentales le recordaron las horas previas.

Alberto tendido en el suelo de la calle, su sangre escapándose en pulsos rítmicos desde el agujero en el cuello donde impactó el

disparo de Uriel. Toni, su galante amigo, protegiéndola con su cuerpo de los disparos del sicario. Su arma alzada, el gatillo retrayéndose una y otra vez, las balas surcando el aire en busca de su blanco.

No murió. De eso estaba segura. Uriel se escabulló por los callejones aledaños al hospital, amparado por las sombras. Su bata ondeó como una bandera de paz en medio de un campo de batalla.

Sangre. Estaba segura de haber visto sangre en la blanca tela. Por lo menos el primer disparo le dio en el hombro. El de Alberto, en su brazo. Tuvieron una única oportunidad de agarrarlo de sorpresa y la echaron a perder.

Se levantó de la silla, apoyándose en la mesa para no quedar en el piso. Se acercó al cuerpo y se lo quedó observando. No se movía ni respiraba. La sangre en su ropa tenía un color marrón oscuro. Lo empujó con la punta del pie dos veces antes de tomar impulso y darle una patada en el costado.

—¡Maldito! —gritó. Volvió a patearlo—. Te dije que le apuntaras a la cabeza. ¿Por qué no lo hiciste?

Toni se mantuvo en silencio. Ana siguió mirándolo hasta que una parte de su cerebro le recordó que los muertos no hablan.

Se rascó el brazo. Sus piernas la llevaron como un autómata a la cocina. El fregadero estaba lleno de sangre. En algún momento debieron de usar la mesa como sala de operaciones. El arma de Toni estaba en el piso al lado de un cuchillo, la última prueba abandonada de un intento fallido de salvarle la vida.

Abrió la nevera y sacó una lata de cerveza. El frío líquido fue como un chorro de agua en su opacada mente. Empezó a ver que estaba en problemas. Tenía un muerto en la sala, drogas en su cuarto y un arma ligada al tiroteo cerca del hospital. No sabía si Uriel precedió a Toni en su viaje al más allá, pero era otro muerto que llevaba su nombre si aparecía.

«Eso no importa —dijo Álvaro, que, parado a su lado, miraba la lata de cerveza con envidia—. Uriel está muerto. Lo sabes. Viste el

disparo y la sangre.»

—No puedes estar aquí —le dijo al vacío de la cocina—. Estás muerto. Estoy muy drogada y borracha. Estoy alucinando.

«Puede ser, pero no importa. Querías vengar mi muerte. Uriel debe de haberse desangrado en algún callejón, como el perro que era. Sin embargo, si no fue así y sobrevivió, ya lo buscarás otro día. No podrás encontrarlo sin ayuda. Enfoca tu energía en quien sí está a tu alcance.»

Ana vio la mano de su hermano apoyarse en la suya. Lo único que sintió fue el frío de la habitación sobre su piel.

«La persona que dio la orden.»

Ana asintió, la lata de cerveza olvidada en su mano.

—Pablo.

* * *

30 de junio del 2060

Los pequeños ojos del fénix lo estudiaban desde las alturas. Su expresión displicente, sus alas estiradas sobre su cuerpo, las garras enterradas en una pieza de madera, si era lo que el escultor trató de plasmar en esa obra.

Un regalo de su abuelo. El último que le hizo antes de recibir una puñalada en el costado camino al trabajo. Un presente navideño muy diferente al esperado juguete que la mayoría de sus amigos recibieron.

—No parece mucho, y no es para que lo lleves a la escuela —le dijo cuando vio su expresión de duda al abrir el regalo—, pero es muy

especial.

—¿Qué es?

—Un fénix. Un ave mitológica que jamás muere. Crece y envejece, para encenderse en llamas y renacer como un polluelo de las cenizas.

Estuvo a punto de preguntarle si era como el personaje de las películas de Harry Potter, pero se detuvo a tiempo. Hacerlo habría sido una confesión de las veces que se escapó de la escuela para ir a ver viejas películas en casa de su abuela. Se habían divorciado hacía años, por lo que saltaba de una casa a la otra para verlas.

Lo que fuera para no estar en la suya.

—¿Y para qué sirve?

—No todas las cosas bellas deben tener un propósito, Pablo.

Bajó la cabeza asustado. Su abuelo molesto era una imagen que prefería evitar. Para su sorpresa, una mano cuarteada lo tomó por el mentón y alzó la figura para que pudiera verla.

—Este fénix me salvó la vida. Se lo quité a un viejo avaro que no me quería pagar un trabajo. Cuando salía de su casa, él se percató y sacó una pistola. Me disparó justo cuando me daba la vuelta.

Tomó el fénix y tocó con el dedo su cabeza. Una pequeña muesca se podía palpar en el sitio.

—La bala impactó aquí y se desvió lo suficiente para no tocarme. Si no hubiera sido por ella —dijo acariciándola con cariño—, estaría muerto y tú no estarías aquí. Tu padre debió recibirla, pero no creo que se la merezca. Lo único bueno que ha hecho es darte la vida. Prefiero que la tengas tú. Además, si se la doy a él, terminará vendiéndola para ir al hipódromo. Eso si tu madre no la encuentra primero y la empeña para irse al bar de la esquina.

Sus ojos se cerraban solos y sentía el ritmo de su corazón en el cuello cada vez con menos fuerza. Sus dedos se deslizaron sobre el suelo y sintió una sustancia húmeda debajo de ellos. No tuvo que

verlos para saber que era de color rojo, con un ligero olor metálico.

Un reloj en la pared seguía empujando las manecillas sin misericordia. Ya eran las dos de la mañana, pero la hora no tenía efecto alguno sobre lo que pasaba fuera. Las explosiones y los disparos seguían sonando, los gritos llegaban cada vez más apagados.

El dolor ya era una sensación menor, casi ausente.

Antes de morir sintió los pasos de su asesino pasar a su lado.

* * *

2 de julio del 2060

—Trata de tomar un poco. No lo tires.

Una mano lo tomó por la nuca y lo ayudó a inclinarse. Sus labios rozaron un líquido claro que reconoció como agua. Hasta ese momento no se había dado cuenta de la sed que lo agobiaba. Trató de tomar más, pero la mano no se lo permitió.

—Llevas dos días inconsciente y perdiste mucha sangre. No debes abusar. Vamos con calma.

Sintió el agua deslizarse por su mentón. Un pedazo de tela limpió el exceso de líquido y lo dejó caer con delicadeza sobre la almohada. La habitación era pequeña. Una ventana, cubierta por una cortina azul oscuro, permitía la entrada del sol del exterior.

Afuera sonó un disparo.

—¿Dónde estamos? —preguntó Uriel.

—En mi casa, ahijado —dijo un hombre sentándose a su lado, en la

cama. Era mayor, con el cabello corto y blanco. Vestía uniforme. Le sorprendió ver que llevaba una pistola en el cinto.

—Pensé que estabas jubilado.

—Lo estaba. Digamos que las cosas han cambiado un poco desde que te dieron ese tiro.

Tocó con el dedo un punto en su hombro y una ola de dolor lo hizo morderse los labios.

—Te lo mereces —dijo el hombre—. No quiero saber qué estabas haciendo esa noche. Algún trabajo para tu jefe, y mira dónde te dejó. Buscando la ayuda de tu viejo padrino.

—Gracias, Tato.

El hombre sacudió la cabeza, pero sonreía. Le pasó la mano por los cabellos, como solía hacer cuando era más pequeño y su vida era más sencilla. Revisó su teléfono y mandó un mensaje de texto antes de volver su atención a su paciente.

—¿Un teléfono? ¿Tú?

—Los tiempos cambian —dijo alzando los hombros—. Una vez me dijiste que, si no evolucionaba, me extinguiría como los dinosaurios.

Miró hacia la ventana. Ruidos de gritos llegaban desde la calle.

—Una lástima que no tuvieras toda la razón. Hubiera preferido un asteroide.

—¿Qué está pasando ahí fuera?

Tato mantuvo el silencio, como si estuviera tratando de tomar una decisión. Cuando volvió a hablar, su voz salió grave, casi en un susurro apagado.

—¿Qué recuerdas?

—Nada, en realidad —mintió. Su padrino no aprobaría lo que hizo esa noche y no estaba en condiciones de hacerlo enojar—.

Caminaba cerca del San Marcos cuando se desató un tiroteo. Sentí un golpe en el brazo mientras huía del lugar.

Una verdad diluida era lo único que podía manejar en ese momento. No quería pensar en el niño en su brazo, en el grito de la maldita, en los disparos. Se defendió sin mirar a quién mataba. Estaba seguro de haberse cargado a uno de ellos. El otro, si no murió en el acto, lo haría poco después.

La mujer escapó. Estaba casi seguro.

Su huida en la noche, los gritos de personas pidiendo ayuda. Sombras informando de dónde había comida para robar. Que tenían que prepararse para el fin.

La Harpía en su mano para asustar a potenciales atacantes.

Fue más fuerza de voluntad que interés lo que lo llevó a las escaleras del edificio de Pablo. Tenía una misión y no le gustaba fallar. Además, si alguien podía pedir ayuda a un médico interesado en hacer dinero ilegal esa noche, era Pablo. Si la memoria no le fallaba, tenía uno como comprador habitual de sus drogas.

No recordaba haberse sorprendido al ver la puerta de su apartamento abierta. En su mente, Pablo lo esperaba.

—¿Estás bien, ahijado? —preguntó Tato, tocando su frente con el dorso de la mano.

—Sí. Algo cansado.

—No es para menos. Te encontré en la entrada, casi muerto. De alguna forma tu mente, a pesar de estarte desangrando, te guio hasta mí. Alguien te quiere, aunque tú no lo aceptes.

Cerró los ojos. No era la primera vez que tenía esas conversaciones cuasi místicas con su padrino. Si la dejaba correr demasiado, terminarían peleando y eso era lo último que quería en ese momento.

—Sé que no tienes fe, pero yo tengo por los dos. —Sintió su mano apoyarse en la suya. Su piel callosa, cálida y casi etérea—. Le

prometí a tu madre, Dios la tenga en su gloria, que te cuidaría. Hice un pésimo trabajo, lo acepto, pero no ayudaste.

—Lo sé, padrino. Lo sé.

—Pero Dios nos ha vuelto a dar otra oportunidad. A los dos.

No quería abrir los ojos y ver esperanza en la cara de Tato. No la merecía.

«Pablo —recordó decir al entrar en la casa. Las luces estaban apagadas, lo cual era muy extraño. La cuenta de electricidad de Pablo era la más alta de la manzana—. Te traje a tu hijo.»

En ese momento, su mente le permitió pensar en otra cosa que no fuera su sobrevivencia y recordó a quién traía. Su corazón se detuvo al captar que tenía un bebé bajo la bata. La movió y levantó el cuerpo que sostenía en el brazo.

La sangre se veía negra bajo la luz de la luna. La del hijo de Pablo era rojo vinoso.

Retrocedió al verla. Al tercer paso tropezó con algo y cayó al suelo. Se empujó con los talones hasta golpear con la espalda el bar. Apoyado allí, tirado en el piso, pudo ver la escena en todo su macabro esplendor.

El cuerpo de Pablo estaba mirando hacia el techo, su cabeza ligeramente inclinada a la derecha. Una herida de bala en el cuello.

El bebé quedó tirado a los pies de su padre. En esa posición pudo ver el agujero que perforaba la blanca tela en la que lo envolvió al escapar del hospital.

Una bala. Quizás la que perforó su brazo y lo atravesó de lado a lado.

De no ser por ese bebé, estaría muerto. Pablo era tan responsable como él, pero había un tercer culpable. Una cara a la que por fin pudo ponerle nombre.

Ana. La hermana del hombre que murió cuando hacían negocios. Recordó que trató de darle un tiro a ella y como Pablo lo había detenido.

—Dios tiene caminos misteriosos —dijo Tato soltando su mano. El movimiento consiguió que abriera los ojos una vez más. Su padrino se encaminó a la ventana y corrió la cortina, permitiendo la entrada de más luz—. A veces quisiera que tuvieran más lógica, pero ¿quién soy yo para cuestionarlo?

—¿Qué pasa ahí fuera? —preguntó Uriel—. ¿Más robos?

Su padrino, a esa distancia, parecía el soldado que siempre fue, tanto en cuerpo como en espíritu. Su porte erguido, su mirada fija en la calle, sugerían una determinación feroz.

—No, ahijado. No más robos. No más asesinatos.

Se volvió, su mano apoyada en la culata de su arma.

—Es el amanecer de un mundo nuevo. Uno donde alguien con tus habilidades sería de gran utilidad.

—¿Yo? ¿De qué hablas?

—Ya habrá tiempo para explicaciones. Por ahora, recupérate.

Volvió a mirar por la ventana. Otro disparo resonó en la calle.

—Por el bien de la humanidad.

INTERMEDIO

Operación Aaru

Nada es tan doloroso para la mente humana

como los cambios bruscos y súbitos.

Mary Shelley

La serpiente que no puede mudar su piel

debe morir.

Friedrich Nietzsche

Mensaje de texto encriptado vía LockedCodex (versión 3.4-2060) — 1 de julio del 2060.

De: Hiroo Akigusa.

Para: Johann Schneider.

Operación Aaru en ejecución. Operativos en Francia tomaron posesión de las oficinas centrales de Molarion. Fórmula y documentos asegurados. Doctor Moreau en custodia.

Reportes de focos de resistencia en Estados Unidos, España y Alemania. Lo mantendré informado del estado de las negociaciones.

* * *

Operación Aaru — Introducción.

Por: Akane Nakahara.

En la mitología egipcia, al igual que en muchas otras religiones, existe un paraíso. Un lugar donde las almas, después de demostrar su valor en la tierra o en algún terreno intermedio, pueden descansar en paz. Este lugar es Aaru, reino de Osiris, señor del inframundo y juez de los muertos.

El camino al Aaru no era fácil, pero la recompensa valía la pena. Considerando que debemos al doctor egipcio Adom Gamal el primer aviso del virus y que, en el proceso, perdió la vida, se decidió nombrar la operación que busca garantizar la preservación de la civilización moderna en su honor.

Por el bien de la humanidad.

* * *

Mensaje de texto encriptado vía LockedCodex (versión 3.4-2060) — 7 de julio del 2060.

De: Hiroo Akigusa.

Para: Johann Schneider.

Ley marcial impuesta en todos los países. Empezamos la logística de distribución del SW-2060 (previo Molarion SW-2060) a los hospitales. La siguiente semana debemos iniciar con la población general. Nuestros operativos ya están diseminando los rumores acordados. Para fin de mes debemos tener la capacidad de permitir la reactivación de las redes de telefonía e internet.

* * *

Querida mamá:

Espero que esta carta te encuentre bien de salud. Como solo personal esencial puede estar en la calle, te la haré llegar con una enfermera que es mi vecina. Si alguien pregunta, te está revisando la presión.

Acá estamos bien, Raúl y yo. Compramos comida antes del día del ataque, así que no nos pilló desprevenidos. Tranquila por ese lado.

Parece increíble que estos malditos lograran ponerse de acuerdo. Cuando escuché las primeras noticias, pensé que era mentira, pero no lo fue. No los culpo, tenían que hacerlo. Un vecino me contó que su sobrino, que trabaja para el Gobierno, o eso dice, le juró que los malditos que tenían la cura escondida querían vendérsela solo a gente blanca y rica. ¿Puedes imaginarlo? Unos miserables supremacistas querían salvar a los suyos. El resto del mundo que se joda… Siento el

lenguaje. Tú me entiendes.

Por suerte, el director de la AIS se enteró y logró coordinar todo. Ahora la droga que nos curará está a salvo y empezarán a repartirla pronto. Por favor, mamá, cuando te den la dosis del mes, no puedes tirarla como haces con la pastilla del azúcar. No me importa que sepa amarga. Te la tomas y punto.

Te amo mucho. Espero nos podamos ver pronto.

Tu hijo que te quiere,

Edwin

* * *

Comunicado N.° 001-2060-CCFFMMM — 25 de julio del 2060.

El Comando Conjunto de las Fuerzas Médico-Militares del Mundo pone en conocimiento de la opinión pública lo siguiente:

El día de mañana, 26 de julio del 2060, se empezará el proceso de visita domiciliaria para entregar la primera dosis mensual del SW-2060, medicamento requerido para suprimir el efecto del nHCoV-E o coronavirus egipcio.

El proceso de distribución estará a cargo de las divisiones locales de cada región. Recuerde tener su documento de identidad y el de sus familiares para verificación. El no tenerlo a mano puede ser causa de arresto inmediato bajo la cláusula 1.2.5 del artículo 134 del nuevo código de salud del CCFFMMM.

De presentar usted o alguno de sus familiares síntomas severos de la enfermedad por el HCoV-E (ECOD), a discreción del personal médico, serán llevados al hospital más cercano para ser estabilizados y recibir el tratamiento indicado. De resistirse al traslado, podrán ser arrestados de inmediato bajo la cláusula 2.4.6 del artículo 138 del nuevo código de salud del CCFFMMM.

Considerando que, de sufrir alguna enfermedad crónica, la infección por nHCoV-E se puede asociar a un rápido deterioro de la salud, mediante disposición especial 8.2 del nuevo código de salud del CCFFMMM, usted será trasladado al hospital más cercano para la vigilancia intensiva de su evolución. De resistirse a su hospitalización, podrá ser arrestado inmediatamente bajo la cláusula 2.4.6 del artículo 138 del nuevo código de salud del CCFFMMM.

EL CCFFMMM solicita a todos los ciudadanos de este planeta colaborar con las divisiones locales para garantizar…

* * *

Querido hijo:

Tu amiga la enfermera es un amor. Sentí que el alma me volvía al cuerpo al saber de vosotros. Le dices a Raúl que también lo quiero mucho y que se cuide. Tú eres el mayor, así que te hago responsable. La situación se está complicando y nunca se sabe qué pasará después.

Sobre la pastilla esa que están repartiendo, no estoy segura. Me siento bien. La picazón es molesta, pero tolerable. Además, la señora Juana, tu maestra de inglés, que vive aquí, me dice que están recogiendo a todas las personas que sufren de alguna enfermedad y se las están llevando. Le pregunté a tu amiga y me dijo que es por nuestro bien. Que nos tendrán en una sala bajo vigilancia, evaluando nuestra evolución con el medicamento.

A mí no me engañan. Juana tiene un sobrino que trabaja de auxiliar en

el Hospital San Marcos. Él le dijo que sabe, de una fuente confiable, que les están dando azúcar en pastillas. Que no pretenden salvarlos, porque sale muy caro. Quieren guardar la droga para los jóvenes y los sanos.

Además, con mi diabetes, ¿te imaginas que me den pastillas de azúcar? Me van a terminar tumbando la pierna. No, querido. Me esconderé cuando lleguen y aquí me quedaré. De algo hay que morirse, pero no por eso pretendo adelantar la fecha.

Tú no te preocupes. Estaré bien y nos veremos pronto. Os tendré preparado un buen plato de arroz con pollo, como solía hacer cuando vivíamos con tu papá, que en paz descanse.

Con amor, mamá

* * *

Comunicado N.° 006-2060-CCFFMMM — 28 de agosto del 2060.

El Comando Conjunto de las Fuerzas Médico-Militares del Mundo pone en conocimiento de la opinión pública lo siguiente:

El uso de armas de fuego de cualquier tipo está prohibido bajo la cláusula 2.3 de la nueva Constitución Mundial, aprobada por unanimidad por los representantes de todos los países del mundo miembros del CCFFMMM el 25 de agosto del 2060.

Todas las armas de fuego deben entregarse a los miembros de las divisiones locales de cada país al momento de recibir la dosis del SW-2060. No se harán averiguaciones sobre origen o procedencia.

Durante los próximos treinta días se establece una amnistía general por la posesión de armas de fuego y sus municiones. Pasado ese tiempo, la posesión de un arma de fuego será considerada ilegal y

causa de arresto inmediato según la cláusula 2.5 de la nueva Constitución Mundial y el artículo 277 del nuevo código de salud del CCFFMMM.

Los miembros de las divisiones locales portarán armas reglamentarias especiales. Sus proyectiles son eléctricos y se consideran no letales. Estas armas están hechas a la medida de cada individuo y no funcionarán si el portador no está autorizado a usarla.

Tener un arma reglamentaria especial (modelos AX-1 o AX-2) sin el permiso correspondiente es causa de arresto inmediato según la cláusula 2.5 de la nueva Constitución Mundial y los artículos 277 y 278 del nuevo código de salud del CCFFMMM.

Se pide a la ciudadanía su cooperación…

* * *

Mensaje de texto encriptado vía LockedCodex (versión 3.4-2060) — 5 de septiembre del 2060.

De: Hiroo Akigusa.

Para: Johann Schneider.

Nuestros peores temores se hicieron realidad. La proyección de Akane resultó ser cierta. El virus, sin tratamiento, ataca el sistema inmune y lo destruye con rapidez. Si el hígado sobrevive al ataque inicial, un síndrome de inmunodeficiencia adquirida arrasa con las defensas del afectado. El SW-2060 no funciona una vez llega a esta fase. La idea de Akane de darles placebo a los severamente afectados nos ayudó a no desperdiciar miles de dosis.

La proyección de Jonas también resultó ser cierta. No hay forma de mantener la tasa de producción que necesitamos. Las máquinas modernas pueden producir dos millones de píldoras por hora. Necesitamos más de cinco mil, trabajando las veinticuatro horas del

día, para mantener la producción y asegurar dos tabletas por cabeza y día. Eso sin contar con la necesidad de mantenimiento de los equipos, el descanso obligatorio del personal y el tiempo requerido en la preparación de la mezcla, siempre que no se detecten mutaciones en el virus que obliguen a modificar la fórmula. Solo hay dos salidas al problema.

Mejor tecnología o menos gente.

No tenemos tiempo para mejorar la tecnología.

* * *

Nueva Constitución Mundial — Aprobada por los miembros del CCFFMMM el 25 de agosto del 2060.

Preámbulo: Con el fin supremo de fortalecer a la humanidad y garantizar su sobrevivencia decretamos la Constitución Mundial, cuyos principios serán aplicables a todas las regiones miembros del Comando Conjunto de las Fuerzas Médico-Militares del Mundo.

Título I — La humanidad.

Artículo 1: La salud es el bien más preciado de la humanidad y debe prevalecer por encima de los intereses personales de sus individuos.

Artículo 2: La salud individual debe ser protegida a toda costa, siempre que no esté en conflicto con el artículo 1.

Artículo 3: Cualquier intento de lastimar a un ser humano será considerado crimen de lesa humanidad, siempre que no entre en conflicto con el artículo 1.

* * *

Proyecciones a largo plazo — Presentación para la primera reunión de planeación del CCFFMMM.

Por: Akane Nakahara.

Se calcula que perdimos al 20 % de la población con la pandemia y un 10 % adicional durante la semana de los saqueos, hasta que la CCFFMMM logró poner orden. Con el inicio del tratamiento masivo con el SW-2060, la mortalidad se ha reducido a la mitad. Los casos que siguen apareciendo son los sujetos con comorbilidades. Sin el tratamiento, la evolución natural ha demostrado una tasa de mortalidad del 100 %, siendo las causas más frecuentes de muerte las insuficiencias hepáticas fulminantes y las sepsis, seguidas de las arritmias por afección miocárdica.

Un punto de controversia fue la decisión de retener el tratamiento de los sujetos con comorbilidades, referidos a partir de este punto como SEC (sujetos con enfermedades crónicas). La gráfica 1 muestra la razón. Todos estos individuos morirán como consecuencia de sus enfermedades a pesar del uso de un recurso valioso que podría prolongar la vida de sujetos más jóvenes o saludables. La situación actual no permite desperdiciar recursos. Aunque se comprende la dificultad de tomar este tipo de decisiones, son necesarias.

Los datos recabados de los SEC han demostrado que más del 85 % de los afectados estaban llegando a las etapas más avanzadas de la enfermedad. El reemplazo del tratamiento por un placebo desencadenó la muerte de los sujetos en menos de tres semanas. Eso demuestra lo imperativo que es garantizar un adecuado suministro de manera regular. La suspensión por periodos tan cortos como de una semana permite el crecimiento del virus de manera exponencial, llevando al colapso hepático, inmune o cardíaco en corto tiempo. El descubrimiento del SW-2060 llegó en el momento indicado. De haberse retrasado su distribución un par de meses, la humanidad sería un recuerdo.

Esto obliga a considerar otros escenarios. El virus es endémico.

Todos los seres humanos, una vez nazcan, adquirirán el virus con la exposición comunitaria. Ya hablamos con los científicos designados por el Comando Conjunto a cargo de Molarion y no hay forma de mejorar la productividad en este momento sin poner en riesgo la calidad del producto, que sería algo impensable. Por tanto, el CCFFMMM tiene que considerar poner un límite en el número de nacimientos permitidos a nivel mundial. De no hacerse, en una decena de años podríamos vernos desbordados. Es cierto que tenemos científicos trabajando en una cura las veinticuatro horas del día, pero les garantizo que poner todas sus esperanzas en esa posibilidad es peligroso. Por ahora tenemos que enfocarnos en lo que tenemos, y es una marcada incapacidad de cubrir las demandas mundiales. Cada nacimiento debe ir pareado con una muerte, por lo menos. Lo ideal sería una tasa de 3:1, es decir un nacimiento por cada tres muertes. Reducir la población asegura mantener la demanda por debajo de la oferta.

Hasta que la generación actual llegue a la mayoría de edad y tengamos mejor información de los efectos del virus en el desarrollo neurológico y en la fertilidad de los niños afectados, debemos pensar en el peor de los escenarios, y eso implica encontrar otras formas de mantener la población mundial en los números actuales, tal vez reducirlos de una manera drástica. Si fallamos, no tendremos tratamiento ni para nosotros mismos, y ya conocemos las consecuencias de suspender su uso.

Hay que encontrar una forma de unificar criterios, de conseguir que todos estemos alineados con una sola forma de pensamiento: preservar la humanidad por encima de los intereses personales o nacionales. No es el momento de pensar en conceptos como «soberanía» o «extranjeros», sino en un solo mundo. Una sola raza.

Un solo propósito. Sobrevivir.

* * *

Mensaje de texto encriptado vía LockedCodex (versión 3.4-2060) —

6 de noviembre del 2060.

De: Hiroo Akigusa.

Para: Johann Schneider.

El plan para crear un solo Gobierno mundial está enfrentando serias dificultades. No de parte de los miembros del CCFFMMM, sino de la población en general. Uno de los casos más radicales, en mi opinión, es el de los países islámicos. La mera mención de suprimir todas las formas de religión ha provocado turbas de manifestantes en contra de la idea. Decenas de imanes han salido a las calles, incentivando a los ciudadanos a luchar contra la opresión del CCFFMMM. Sin medidas radicales será imposible unificar a los países del mundo y estaremos condenados a la extinción.

* * *

Mensaje de texto encriptado vía LockedCodex (versión 3.4-2060) — 8 de noviembre del 2060.

De: Johann Schneider.

Para: Mila Peteers.

Como encargada de la sede de Molarion y de la producción del SW-2060, en nombre del CCFFMMM le ordenamos aplicar el protocolo 045 a los embarques programados para los países mencionados abajo. Esta orden se debe ejecutar a la mayor brevedad posible y bajo el más estricto secreto, so pena de arresto inmediato, pérdida de su posición y suspensión de su dosis de SW-2060. Si considera que no puede cumplir esta orden, se le recomienda renunciar por esta vía, tras lo cual será reasignada a uno de nuestros puestos en la Antártida mientras dure la operación.

Países: Afganistán, Arabia Saudita, Azerbaiyán, Baréin, Bangladesh, Brunéi, Emiratos Árabes Unidos, Indonesia, Irán, Irak…

* * *

Manual de procedimientos — Sede operativa de Molarion.

Protocolo 045 — Sobre la fabricación y distribución del SW-2060k.

El SW-2060 en su forma más pura es un polvo de color blanco, inodoro, de sabor ligeramente dulce. Se agrega a la mezcla celulosa microcristalina como aglutinante, el cual funciona muy bien como desintegrador una vez ingerido, facilitando la absorción del producto activo.

El SW-2060k utiliza velumbital en reemplazo del SW-2060. El velumbital, un derivado del pentobarbital, aprobado en varios países como la droga de elección en la eutanasia asistida, actúa provocando un paro respiratorio súbito a las veinticuatro horas de ingerirse. El efecto retrasado era ideal para darle tiempo al usuario de despedirse de su familia y arreglar sus asuntos personales. Una vez ingerido, el desenlace es irreversible.

Al utilizar el mismo aglutinante (celulosa microcristalina) y un compuesto inactivo de sabor dulce, se pueden hacer píldoras indistinguibles del original.

* * *

Comunicado N.° 013-2060-CCFFMMM — 18 de noviembre del 2060.

El Comando Conjunto de las Fuerzas Médico-Militares del Mundo pone en conocimiento de la opinión pública lo siguiente:

El 16 de noviembre del 2060 la doctora Mila Peteers, asignada a la sede de Molarion desde el inicio de los operativos de recuperación del SW-2060, fue arrestada por las fuerzas militares del CCFFMMM, acusada de alta traición.

La acusación surgió después de evidenciarse millones de muertes asociadas al uso de SW-2060 adulterado con un veneno de liberación lenta. Esto impidió descubrir sus actos a tiempo de prevenir su ingesta por las potenciales víctimas.

La investigación posterior al arresto demostró que la doctora Mila Peteers guardaba un profundo resentimiento contra la comunidad islámica. Se encontraron documentos que la ligaban con organizaciones supremacistas de extrema derecha. El contenido, altamente xenofóbico, es evidencia suficiente para explicar el acto de genocidio perpetrado por la doctora Peteers, en directa violación del artículo 3, título I, de la Constitución Mundial.

Antes de poder llevarla a juicio, la doctora Peteers se suicidó en su celda. Deja un legado de dolor y muerte en toda la comunidad islámica que afecta a casi el 25 % de la población mundial.

A fin de evitar que situaciones similares se vuelvan a dar, el CCFFMMM ha puesto a cargo del centro Molarion al teniente Luca Bianchi, quien será responsable directo de garantizar la seguridad e integridad del SW-2060.

La producción del SW-2060 estará centralizada, minimizando el riesgo de injerencias externas en su proceso de manufactura. Para este fin se adaptó la antigua ciudad de Cherburgo, clasificada a partir de este momento bajo el nombre de zona B-3, y se convirtió en un complejo especializado dedicado de manera exclusiva a la producción de las píldoras de SW-2060.

La tecnología perteneciente a las compañías farmacéuticas de todo el mundo, así como el personal que las operaba, se han trasladado a la zona B-3 para garantizar la rápida producción y distribución del medicamento.

* * *

Proyecciones a corto plazo — Presentación para la segunda reunión de planeación del CCFFMMM.

Por: Akane Nakahara.

Con la reducción del número de habitantes, situación desafortunada provocada por el genocidio Peteers, como se conoce actualmente el asesinato de más del 95 % de la población islámica del mundo, y a la muerte de los individuos mayores de edad y con comorbilidades, la producción de SW-2060 se ha logrado mantener al día. Un beneficio adicional de la decisión de aplicar el protocolo 045 a la población afectada por enfermedades crónicas fue que las máquinas usadas por las compañías farmacéuticas para la fabricación de píldoras para el tratamiento de estas condiciones quedaron sin uso y, por tanto, pudieron ser trasladadas a la zona B-3. El complejo pronto se extenderá a las zonas B-2 y B-4, aumentando el número de dosis diarias y facilitando la distribución con tiempo suficiente para evitar un desabastecimiento que, en base a la evidencia disponible, sería mortal.

* * *

Mensaje de texto encriptado vía LockedCodex (versión 3.5-2060) — 19 de noviembre del 2060.

De: Hiroo Akigusa.

Para: Johann Schneider.

El teniente Bianchi ha resultado ser muy útil. Su discreción está

garantizada por su superior, un amigo personal de mis tiempos como operativo activo, y su ejecución de la operación con la difunta doctora Peteers se realizó con la precisión de un reloj suizo. Es una lástima, pero toda guerra tiene daños colaterales y debíamos tener a alguien a quien culpar. El teniente Bianchi me aseguró que su muerte fue rápida e indolora. Hasta se encargó de disponer del cadáver, evitando preguntas incómodas del personal ajeno a las decisiones del CCFFMMM.

Creo que la Operación Aaru está llegando a su fin. Ya tenemos una Constitución, el código de salud y los lineamientos básicos de la nueva sociedad. Garantizamos un equilibrio entre la población del planeta y la cantidad de SW-2060 producida diariamente. Organizamos las redes de distribución y las muertes se han reducido al mínimo.

Con el reinicio de las comunicaciones bajo la nueva plataforma única de internet (dele nuestras gracias al doctor Michailidis) tenemos vigiladas las conversaciones en tiempo real. De detectarse alguna insubordinación o intento de alterar el orden establecido, podemos intervenir y evitarnos una gran cantidad de problemas.

Sé que no es lo correcto, pero no puedo dejar de sentir que este virus fue lo mejor que le pudo pasar a la humanidad. Como un fénix, hemos resurgido de las cenizas. Más fuertes y mejores. Los seres humanos son como niños pequeños. Necesitan alguien que los guíe y les diga qué hacer. Por su propio bien.

* * *

Comunicado N.° 020-2060-CCFFMMM — 01 de diciembre del 2060.

El Comando Conjunto de las Fuerzas Médico-Militares del Mundo pone en conocimiento de la opinión pública lo siguiente:

A pesar de que la tasa de criminalidad se ha reducido a niveles

excepcionales, se han detectado intentos de sabotaje por parte de organizaciones radicales que desean regresar a sus actividades ilegales. Estos intentos de romper la ley serán castigados con severidad, ya que las mismas podrían llegar a afectar la distribución y disponibilidad del SW-2060.

A partir de la fecha, en base al artículo 3, título I, de la Constitución Mundial, los delitos tipificados en el artículo 48 del nuevo Código Penal de la CCFFMMM, que incluyen, pero no se limitan a, homicidio (de primera mano o por remuneración o encargo), secuestro, tráfico ilegal de personas, tráfico ilegal de drogas, tráfico de órganos, robo agravado, blanqueo de capitales, asociación ilícita, delito de desaparición forzada, pandillerismo, terrorismo, asociación a grupos antivacunas o difusión de desinformación médica que pudiera afectar los esfuerzos de la CCFFMMM, serán sentenciados a la pena capital mediante la supresión del SW-2060. Su encarcelamiento lo llevarán a cabo en las unidades penitenciarias designadas en sus zonas, hasta el inevitable final.

Los delitos tipificados en el artículo 60 del nuevo Código Penal, que incluyen, pero no se limitan a, soborno internacional, delitos contra el medio ambiente, delitos de explotación sexual comercial, delitos contra la seguridad jurídica de los medios electrónicos, estafa calificada, robo, delitos financieros, extorsión, peculado, corrupción de servidores públicos, enriquecimiento injustificado, pornografía y corrupción de personas menores de edad, robo o falsificación de documentos, serán sentenciados a cadena perpetua. Durante su encarcelamiento recibirán su dosis de SW-2060 mientras son puestos a disposición del personal de la zona B-3 para ayudar en el proceso de manufactura como pago por sus delitos a la humanidad.

El uso de cualquier tipo de arma en la ejecución de un delito tipificado en el artículo 60 del nuevo Código Penal será considerado un crimen agravado y su sentencia será igual a la de un delito tipificado en el artículo 48.

El intento de fuga de un acusado por cualquier crimen tipificado en el artículo 48 y/o el artículo 60 es causa de ejecución inmediata por el CS que realice el arresto. Para estos fines, a partir de la fecha, los CS portarán una nueva versión de su arma de reglamento (AX-3), la cual utiliza pulsos eléctricos con capacidad letal.

* * *

Mensaje de texto encriptado vía LockedCodex (versión 3.5-2060) — 03 de diciembre del 2060.

De: Hiroo Akigusa.

Para: Johann Schneider.

Dos buenas noticias. Empezando con lo menos importante, como algo curioso, con la ayuda del teniente Bianchi atrapamos en la zona B-3 a dos peligrosos criminales, buscados por la policía desde hacía años: Leonardo Hernández, alias Bolero, y Giorgio Rossi, alias Gordo. Ambos fueron enviados a prisión y, según los informes, ya están en las etapas finales del ECOD. El teniente Bianchi no termina de sorprenderme.

Sin embargo, la verdadera razón para celebrar es otra. Ayer llegamos a un acuerdo y los países miembros del CCFFMMM harán desaparecer las fronteras. Después de muchas discusiones lograron ver que el mundo no puede ser el mismo. Tenemos un solo objetivo. Preservar la raza humana. Cualquier ley o barrera que se interponga en el camino de la humanidad debe ser obliterada. Bajo esta premisa, se permitirán todas las religiones, formas de pensar y orientaciones sexuales siempre que no rompan los principios ya acordados.

Ya no me arrepiento de mi forma de pensar. El coronavirus egipcio fue una bendición. Las muertes, el precio a pagar por la paz que siempre anhelamos.

* * *

Comunicado N.° 034-2060-CCFFMMM — 15 de diciembre del 2060.

El Comando Conjunto de las Fuerzas Médico-Militares del Mundo pone en conocimiento de la opinión pública lo siguiente:

Las más recientes investigaciones publicadas por los médicos de la zona A-2 demuestran que la presencia de enfermedades crónicas reduce la efectividad del SW-2060 hasta niveles comparables con los de un placebo.

La producción de SW-2060 se encuentra en un balance muy precario entre oferta y demanda. Cada pastilla desperdiciada es un ser humano que no la recibe a tiempo, por lo que su uso en pacientes sin posibilidades de sobrevivir sería una violación del artículo 1 de la Constitución Mundial.

En vista de lo anterior, el CCFFMMM ordena:

Suspender el tratamiento de cualquier sujeto que desarrolle una condición médica crónica que no pueda ser controlada con dieta o ejercicio.

De confirmarse el diagnóstico, el sujeto será llevado a un centro de cuidados paliativos, donde se lo mantendrá bajo observación y manejo sintomático mientras su evolución clínica lo permita. Los gastos del entierro correrán a cargo del CCFFMMM.

Cualquier individuo que, conocido su diagnóstico, trate de seguir la ingesta del SW-2060, sabiendo que su uso podría ser de utilidad para otra persona, será juzgado de acuerdo con la falta. Esta acción es una violación directa del artículo 3, título I de la Constitución Mundial y se tipifica bajo los delitos mencionados en el artículo 48 del nuevo Código Penal de la CCFFMMM.

La creación de equipos especiales llamados Comandos Sanitarios (CS). Estarán conformados por un médico y un soldado del CCFFMMM. Su misión será la de acompañar a los sujetos diagnosticados con una condición crónica a los centros de cuidados

paliativos de su zona de residencia. Los CS tienen autoridad administrativa, policial y judicial cuando se encuentran en el ejercicio de sus labores.

Si un individuo diagnosticado con una condición crónica intenta escapar a la custodia de su CS designado, ya sea para evitar su traslado o para continuar la ingesta del SW-2060, los miembros del CS de la zona tienen la autoridad de perseguirlo, encarcelarlo y, de ser necesario, aplicar la pena correspondiente de manera inmediata.

Cualquier individuo que trate de ayudar a un diagnosticado con una condición crónica, ya sea para esconderlo de los CS, para organizar su escapatoria o para proveerlo de SW-2060, será considerado cómplice de un delito que directamente viola el artículo 3, título I de la Constitución Mundial y que se tipifica bajo el artículo 60 del nuevo Código Penal del CCFFMMM.

* * *

22 de diciembre del 2060

—Está mal —dijo Adriana—. Decóralo o endúlzalo como quieras. Está mal y lo sabes.

Schneider se apretó el puente de la nariz, cansado. Cuando levantó la cabeza, parecía haber envejecido diez años.

—Es la única solución.

—No, no lo es —dijo ella casi implorando. Se levantó de la silla y se arrodilló en el suelo, a su lado. Tomó sus manos entre las suyas. Se sentían frágiles y frías—. Es lo más fácil, pero no es lo mejor.

—Hemos discutido el tema desde hace meses —medió Akane. Adriana sintió agotarse su paciencia al escuchar su voz. La joven viróloga se había convertido en la principal propulsora de la

medida; sus ideas se imponían con la fuerza de un martillo. Gracias a las influencias de su tío, y no en menor medida de Johann, todas habían sido aprobadas en el seno del CCFFMMM.

Cada vez menos personas rechazaban sus ideas. En la última votación, cuando se aprobó la creación de los Comandos Sanitarios y la pena de muerte para muchos delitos, el único voto en contra fue el suyo.

—Y no por eso —respondió Adriana sin mirarla— quiere decir que tienes razón. En palabras de Tolstói: «Un error no deja de ser un error solo porque la mayoría lo comparta».

—Tolstói también dijo que «el oro, igual que la verdad, no se debe obtener haciéndolo crecer, sino eliminando todo lo que no sea oro».

—¿Esa es tu solución? ¿Eliminar lo que no sirve? ¿Estamos en la Segunda Guerra Mundial?

—No, en la tercera, y por fin la estamos ganando. Ammyt está a punto de ser derrotado.

—Eso no es del todo cierto —dijo Jonas, tratando de hacerse el gracioso para quebrar la tensión—. Ammyt es endémico.

—Sabes lo que quiero decir —dijo Akane entre dientes—. No más muertes por culpa de la violencia, no más violaciones de niñas, no más hambre por falta de recursos. Una sociedad equitativa. ¿No es lo que siempre soñamos?

—¡No a expensas de matar a miles de personas! —le gritó Adriana directamente—. ¿Quiénes somos para decidir que un señor de sesenta años con hipertensión crónica no merece vivir? Mi abuelo sufría de hipertensión y diabetes, y llegó a los noventa y seis.

—No es lo mismo y lo sabes. Las máquinas para hacer sus medicinas son más útiles produciendo el SW-2060. Los científicos que investigaban esas enfermedades se concentran ahora en encontrar una cura definitiva para Ammyt. Las dosis que usaríamos en ellos les llegan a personas más pobres o más jóvenes.

—Eso sin contar —intervino Schneider— que los recursos del

mundo están, por primera vez en la historia, enfocados en los temas que de verdad valen la pena. Educación y salud, sobre todo. El presupuesto mundial está abocado al campo de la medicina. Somos indispensables y, en mi opinión, ya era hora.

—Sé que parece hermoso —dijo Adriana—, pero es una ilusión. Somos como nigromantes. Por cada vida que salvamos, alguien tiene que dar la suya.

—El ciclo de la vida —dijo Akane—. Ni más ni menos.

—Johann —dijo Adriana, acariciando su mano—. Si alguien puede detener esta locura, eres tú. Aún hay tiempo. La naturaleza es cruel, pero nosotros no. Podemos hacer el bien sin matar a nadie.

—No los estamos matando —dijo el director—. Es pura evolución natural. Era nuestro destino. Las decisiones que tomamos han hecho la diferencia. Mejor que algunos vivan a que todos mueran.

—¿A qué costo? ¿Nuestras almas?

Akane se echó a reír. Schneider tenía los ojos húmedos, pero separó su mano de las de Adriana.

—Si Dios quisiera que desapareciéramos, no habríamos encontrado el SW-2060. Somos sus creaciones y nos quiere con vida, pero él no ayuda al que no se ayuda a sí mismo. Por duro que sea el sacrificio, tenemos la obligación de sobrevivir y esta es la única forma.

Adriana recorrió con su mirada a sus compañeros, la familia que había escogido para ir a trabajar. Johann, que siempre le recordó al abuelito bonachón de las películas familiares. Jonas, con su cabello alborotado y la frente metida en sus artilugios tecnológicos. Hasta Akane, a quien apreció por años, a pesar de su visión rígida del mundo.

Ahora todos le eran extraños. Copias acartonadas de las personas que conoció, armadas con miedo y deseos de vivir. Sus esperanzas de futuro estaban depositadas en una visión tubular guiada por un medicamento sobre el cual tenían control absoluto.

Dioses con el poder de decidir quién moría.

Se levantó y se alisó la ropa con las palmas. Asintió una vez y regresó a su lado de la mesa, donde empezó a guardar sus cosas dentro de la cartera. Cuando terminó, giró para ver a su jefe una última vez.

—Renuncio.

—¿Qué? Vamos, Adriana. Eres parte de esto. No puedes irte. Te necesitamos.

No respondió ni argumentó. Se colgó la cartera del hombro y salió sin mirar atrás.

—¡Adriana! —escuchó a Johann decir una vez más. La puerta, al cerrarse, silenció su voz.

El mundo se estaba reinventando. Lo justo es que ella hiciera lo mismo.

* * *

Transcripción parcial del discurso dado por Johann Schneider el 26 de diciembre del 2060.

Sede del CCFFMMM en la zona B-3.

Para poder llevar a cabo esta monumental labor, cuyo único propósito es mantener nuestra forma de vida y la de nuestros hijos, el CCFFMMM será llamado, a partir de este momento, la Asociación. Su organigrama establece una división bipartita donde cada una de sus partes es igual de importante. Ninguna decisión que pretenda cambiar la Constitución, los códigos publicados o la distribución del SW-2060 podrá ejecutarse sin la aprobación del 75 % de los miembros de ambas partes.

La parte militar de la Asociación estará a cargo de la División, quien

coordinará las fuerzas policiales y se encargará de mantener el orden público en todas las zonas. Además, serán los responsables de custodiar el transporte del SW-2060 a los diferentes puntos de abastecimiento. La parte médica dependerá de la Academia. Será su responsabilidad asegurarse de la calidad del medicamento del cual dependemos, de gestionar cualquier complicación asociada a su uso y de manejar las condiciones médicas que no representen riesgo de salud a largo plazo, lo que conocemos como «condiciones crónicas».

Las investigaciones criminales de todo tipo quedarán a cargo de los Comandos Sanitarios de cada zona. Esto facilitará el proceso de comunicación dentro de la Asociación, reducirá costos y optimizará los resultados. Los CS tendrán poder de tomar decisiones de manera independiente, dentro de los lineamientos de la Constitución Mundial y del Código Penal, lo que reducirá el tiempo de respuesta y encarcelamientos que solo representarían un consumo excesivo del SW-2060, que debería ser usado en los ciudadanos que cumplen con las leyes de este hermoso planeta.

Para facilitar el proceso de transición a esta nueva normalidad, fue decisión unánime de la Asociación que el 1 de enero empecemos un nuevo calendario. Una señal que marcará para futuras generaciones el cambio que tuvimos que aceptar. Para que no olvidemos lo que nos pasó y por qué tenemos que tomar medidas para evitar que algo similar nos vuelva a pasar. Dejemos el dolor atrás. Avancemos. Renazcamos.

El nuevo sistema de datación estará basado en el año de la pandemia, por lo que usaremos la sigla AL, de anno, que significa año, y loimós, que significa plaga o pestilencia infecciosa. Dos letras que quedarán marcadas en nuestras vidas, a partir de este momento, como la quemadura causada por un hierro al rojo vivo.

Ya hemos sufrido bastante. Es momento de recuperarnos. Por esa razón, la Asociación ha decidido que cualquier crimen cometido antes del día de hoy, que no haya sido juzgado, será perdonado. Una amnistía general, independiente del delito. No es lo que quisiéramos hacer, pero es lo que tenemos que hacer. No contamos con la infraestructura para investigar cada crimen y la pandemia nos ha diezmado. Eso no quiere decir que no perseguiremos los delitos. El nuevo Código Penal se aplicará con rigor y sin

miramientos.

El pasado es irrecuperable y es mejor empezar de cero, volver a vivir una vez más. Ver crecer a nuestras familias, reunirnos con los amigos, pasear y conocer el mundo. La pandemia nos ha dejado cicatrices que jamás curarán, pero las marcas nos ayudan a no olvidar. Este nuevo sistema de gobierno global, diseñado para mantenernos vivos, es el inicio de una nueva era. Una época dorada donde todos somos, por fin, iguales. Somos habitantes de la tierra. De un planeta sin fronteras, sin guerras, sin crímenes.

Hemos de crear nuestro propio paraíso y es nuestra obligación protegerlo.

Por el bien de la humanidad.

SEGUNDA PARTE

Endemia

Cada uno de nosotros escribe una historia,

una historia de fantasmas.

Mary Shelley

Algunas sombras son tan largas

que llegan primero que la luz.

Terry Pratchett

Capítulo 5

Anastomosis

Año 10 AL — 13 de abril

Con la muerte a solo unos pasos, el hombre tropezó.

Sintió como el mundo se detenía al golpear la acera. Su mente se puso en blanco y reaccionó sin pensar. Sus deseos de sobrevivencia se impusieron y, de alguna forma, logró mantener el equilibrio y seguir corriendo. Su mano sintió el frío del metal de un poste de luz, y sus dedos se asieron a él para detener el descenso hacia el asfalto. Su cuerpo, alimentado con pura adrenalina, salió despedido hacia delante. Las suelas de sus zapatillas sobrepasaban el obstáculo y pisaban los charcos de agua que la persistente llovizna dejaba por todas partes.

No se atrevió a mirar atrás. Podía escuchar sus pisadas, el agua salpicando bajo el peso de sus botas. Un vapor etéreo, la luminosidad de los faroles chocando con las gotas de agua, le permitía ver unos metros más adelante, pero más allá la oscuridad era absoluta. Sabía que sus perseguidores no dependían de la luz para capturarlo. Sus lentes de visión nocturna debían de pintar ese corredor en un verde fosforescente; su silueta contrastaría como una mancha de aceite en un mantel. La única forma de escapar era correr más rápido que ellos y encontrar alguna puerta abierta que le permitiera esconderse. Descansar no era una opción.

Si lo atrapaban, su descanso sería eterno.

Una lata chocó con la acera y resonó como un cañón en su cabeza. Debían de estar más cerca de lo que esperaba. El eco rebotó en los edificios cercanos, multiplicando el sonido decenas de veces. No podía precisar el origen, mucho menos planear una ruta. Giró en una esquina y buscó la protección de la pared de un viejo depósito. La lluvia cesó de caer inclemente sobre su rostro; un viento frío ocupó su lugar. Se pasó la mano por la cara y se quitó el exceso de agua. Entrecerró los ojos para tratar de ver alguna sombra, alguna señal de sus perseguidores.

El agua seguía cayendo, formando una cortina que danzaba al alcance de sus dedos. Tenía que organizarse. Pensar claro, elegir y echarse a correr sin detenerse. Se orientó como pudo en la oscuridad y aspiró profundo antes de lanzarse a la noche.

Una mano se cerró sobre sus cabellos y lo arrastró a la calle. Sus pies perdieron el equilibrio y el piso desapareció. Su cuerpo flotó en la humedad antes de chocar con el suelo. Trató de darse la vuelta para apoyar las palmas en la calle y correr, pero una pesada bota aterrizó sobre su espalda. El impacto enterró su rostro en un charco de agua poco profundo y lo dejó escupiendo mientras buscaba aire.

—Quieto, amigo —dijo una voz masculina por encima de su cuerpo. Sonaba tranquilo, como si perseguirlo no hubiera representado el menor esfuerzo.

Sintió la mano agarrarlo por el hombro y darle la vuelta. Un rayo de luz lo cegó, imponiéndose por encima de la lluvia o el halo de los faroles. Dedos enguantados se deslizaron por encima de su rostro y movieron los cabellos que cubrían su frente.

—Tiene diabetes —dijo otra voz más gutural—. Déjame verlo.

Otro grupo de manos lo tomó por la quijada y levantó su cabeza. Sintió como se la movían de izquierda a derecha. Después, un pequeño tubo de metal hizo presión sobre la piel de su nuca.

—Glicemia de doscientos treinta miligramos por decilitro. Está volando. Dígame una cosa, señor. ¿A qué hora comió por última vez? ¿Fue pasta o carne?

El hombre no podía pensar. La luz cegaba sus ojos. Solo le llegaban voces y el incesante repicar de las gotas en los charcos. La segunda persona parecía muy interesada en su enfermedad. Tal vez esa era su salvación. Mantenerlo entretenido hasta que uno de ellos se descuidara.

Sintió un punto caliente en su frente, como si lo hubieran tocado con un fósforo. Después el mundo perdió todos sus colores, difuminados por la lluvia. Los sonidos desaparecieron en un chasquido cargado de estática. Su cuerpo se arqueó una vez, para luego volver a caer sin vida al suelo.

—¿Por qué? —gritó el segundo hombre. Le puso los dedos sobre la carótida por puro reflejo, pero sabía lo que sentiría. La ausencia de la pulsación que indicaría que su corazón seguía funcionando—. ¡Diabetes! ¿Tienes idea del tiempo que llevo sin ver una diabetes?

Su compañero guardó el arma reglamentaria en su funda. Levantó la mirada al cielo. Las gotas le mojaban el rostro. Apagó sus lentes y las luces del mundo regresaron a su color normal.

—¿Cuál es nuestra misión? —preguntó.

El hombre que, arrodillado en el suelo, no dejaba de tocar la frente del muerto, se detuvo ante la pregunta y se dio la vuelta. Se irguió con lentitud y se quitó los guantes de un tirón.

—Era un diabético, Uriel. ¡Un diabético! Tenía la glicemia elevada y todo.

—¿Cuál es nuestra misión, doctor Wald?

El título formal cortó el resto de la discusión. Se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—Ayudar a preservar la salud…

—La otra. La extraoficial.

—Buscar y destruir —dijo apretando la boca—. Eso lo sé, pero pudiste esperar un poco. Treinta segundos es todo lo que me toma descargar la información de su DRI.

—Quizás, pero esa no es nuestra misión. ¿Cuál es?

—Eres un aguafiestas, Uriel. ¿Te lo he dicho antes?

Su compañero se quitó la gorra y la golpeó varias veces contra su muslo para quitarle el agua de encima. La llovizna no era más que una niebla fina a su alrededor. El silencio se cernió en el callejón, interrumpido por los golpes de la gorra de Uriel al chocar contra su pierna. Sus ojos, puestos en los de su compañero, esperaban una respuesta.

—Bien, bien —respondió Wald, que lanzó una última mirada al cuerpo en el piso—. Buscar y destruir… por el bien de la humanidad.

* * *

Año 10 AL — 14 de abril

Adriana Watson levantó el brazo para abrir la puerta, un gesto innecesario. El chip que tenía implantado bajo el cuero cabelludo, en su región temporal derecha, era la llave electrónica que controlaba su vida. Los sensores de la puerta de su oficina podían detectarlo a cinco metros de distancia. A pesar de eso, no podía evitar pensar en el circuito como si fuera un control remoto, y en su mano como antena.

La puerta se deslizó hacia un lado y emitió apenas un siseo. La escuchó volver a su sitio, el ruido del exterior succionado por el silencio interior. Se sentó en su silla, se quitó los zapatos y estiró los pies. Sus dedos se deslizaron rascando la alfombra. La energía estática bajo sus plantas reactivó la circulación. Con los ojos cerrados mantuvo las estimulaciones externas al mínimo.

—Noticias —dijo en voz baja. Sintió el televisor de su oficina

encenderse. La voz de un conocido reportero rompió el silencio. No abrió los ojos mientras escuchaba los últimos titulares. Echaba de menos los tiempos en que había algo de sustancia en las noticias. Ahora todo giraba sobre la producción del SW y los avances que aseguraban una cura definitiva, aunque nunca llegaban a materializarse. Muy ocasionalmente, un crimen o algo fuera de lo habitual, que eran resueltos con la eficacia esperada de los CS. Las penas se imponían en cuestión de días y el mundo regresaba a su curso.

Se empujó con los pies y se levantó molesta. No era justa su reacción. Quisiera reconocerlo o no, el mundo estaba mejor. Las muertes violentas se habían reducido a un mínimo, las guerras eran un asunto del pasado y la equidad era un concepto dado por entendido en todos los niveles.

«No porque seamos mejores —se recordó—, sino por el miedo.»

¿Qué diferencia había? En su trabajo, antes de entrar en la AIS, le tocó hablar con niñas que apenas tenían para vivir. Que se vendían al primer hombre que les diera algo de comer. ¿De verdad podía decir que ellas no hubieran preferido evitarse todo ese sufrimiento si el precio a pagar fuera la muerte de esos mismos individuos?

Si para que los niños crecieran felices, su paz mental protegida de los escarnios de la pobreza o la discriminación, se requería algo de hipocresía, que así fuera. Ella no pretendía levantar una mano para evitarlo.

«Ni aunque pudieras —pensó—. Y ya no puedes.»

Las imágenes en la pantalla mostraban un tren de alta velocidad atravesando un bosque lleno de flores amarillas. La voz del locutor narraba la reducción del tiempo de comunicación entre ciudades. Otra maravilla fruto de las decisiones que no quiso tomar. Los recursos del mundo, fuera del alcance de los políticos y de los ladrones de turno elegidos por votación popular, se invirtieron en las necesidades básicas. Aún recordaba las imágenes de los primeros trenes de alta velocidad que comunicaron la Villa las Estrellas en la zona G-2 con la ciudad de Tromsø en la zona G-1 en menos de doce horas. Los tubos de transporte lanzaban destellos metálicos bajo la

luz del sol. Nada debía evitar la rápida movilización del SW, la geografía ya no era un obstáculo.

El virus los obligó a priorizar. Los intereses de décadas previas eran apenas materiales para memes. Burlas sobre lo rápido que cambió la perspectiva de la raza humana cuando su existencia estuvo en juego.

Las universidades no daban abasto para cubrir las peticiones de los futuros profesionales. Las bellas artes y las humanidades eran las menos buscadas. Carreras como arquitectura, química, informática e ingeniería eran de interés. Sin embargo, las ciencias de la salud y las de corte militar se habían convertido en los empleos soñados del futuro. La búsqueda de plazas se transformó en una verdadera carnicería. Graduarse era el reconocimiento a los sobrevivientes de una carrera a muerte. Las exigencias eran tan duras que se requería un gran compromiso y un deseo casi obsesivo de ser médico o soldado de la Asociación.

Era un mundo más equitativo y justo, pero a expensas de una crueldad fría y lógica. La sobrevivencia de la humanidad por encima de la individual.

No era la primera vez que contemplaba el futuro y se preguntaba si no hubiera sido mejor dejar al virus evolucionar y acabar con todos. La naturaleza hubiera encontrado la forma de resurgir una vez más, tal vez usando otra especie más adaptada para vivir en comunidad.

Una alarma resonó en su audífono, conectado con su chip personal. De manera automática, las noticias bajaron a una pequeña pantalla en la esquina inferior derecha y otra ocupó su lugar: un vídeo de la entrada a su oficina, donde una mujer, con un cartapacio entre las manos, miraba directo a la lente.

—Buenos días —dijo Adriana. Su voz fue transmitida por el audífono al comunicador instalado debajo de la cámara—. ¿La puedo ayudar?

—Sí, por favor. ¿Estoy en la Oficina de Investigación de Casos Fríos?

Adriana sonrió al escuchar el nombre oficial, no el término que todos en el medio usaban: la Nevera. El lugar donde los casos sin resolver, previos a la noche de la Operación Aaru, terminaban. Un último favor de Johann para no dejarla en el aire en un nuevo mundo donde los trabajadores sociales cada vez tenían menos utilidad. Se vaticinaba que su profesión sería una de las primeras en desaparecer, ya que había muy pocas personas interesadas en estudiarla.

Sonrió al recordar a su viejo amigo. Nunca se lo dijo, pero sabía que él estaba detrás de la creación de la oficina que ahora era su fuente de sustento. Organizó algunas más en otras regiones solo para guardar las apariencias, pero la que abrió en la ciudad adonde se mudó huyendo de ellos estaba hecha a la medida de sus necesidades. Fue la única invitada a optar por el puesto y no le llevó mucho tiempo imaginarse la razón. Pensó que escapando hasta la zona A-4 pondría suficiente distancia entre ella y sus antiguos colegas, pero debió saber que Schneider no la abandonaría.

«No, él no te abandonaría. Tú sí lo hiciste», pensó. Sacudió la cabeza, molesta. No era el momento de compadecerse. Tomó aire y en voz alta respondió:

—Sí, pase.

La puerta se deslizó, permitiendo el paso de lo que parecía ser un nuevo caso. La mayoría provenían del mes previo a la Operación Aaru, en particular de la noche del ataque global. Una forma de brindar la sensación de que alguien estaba haciendo algo sin comprometer recursos valiosos que eran requeridos en otras partes de la cadena, como la protección del SW.

Había logrado cerrar algunos de ellos, pero la mayoría eran callejones sin salida. Muchos aprovecharon el pandemonio para cometer crímenes atroces. Las tasas de violación de la noche del 29 de junio superaron las del año entero y cuando el orden logró instalarse una vez más, las calles estaban repletas de muertos a quienes nunca se les haría justicia, a no ser que ella pudiera hacer algo al respecto.

No legalmente, por supuesto. Con la amnistía, ningún crimen previo podía ser juzgado, pero ella podía conseguirles a los interesados algo: saber qué pasó en realidad.

No era mucho, pero era todo lo que podía ofrecer.

La mujer entró, sus manos alrededor de un cartapacio. Adriana le indicó que se sentara y le ofreció un café, el cual fue rechazado con un gesto de cabeza.

—Muy bien. ¿En qué puedo ayudarla?

—Mi nombre es Edisa Galán —dijo poniendo sobre su escritorio los papeles que traía—. Quiero averiguar quién mató a mi hijo.

* * *

Año 10 AL — 15 de abril

Wald tocó la superficie de la mesa y pidió los dos tragos del menú que ofrecía el bar de oficiales de la Asociación. El sonido que le tenía programado al chip, el ruido que hacían las viejas cajas registradoras, resonó en su audífono al descontarse de su cuenta el costo de las bebidas. El teléfono vibró en su bolsillo, de seguro un mensaje del sistema recordándole que ya había pedido su dosis diaria de alcohol permitida y que no olvidara hacer ejercicio y tomar mucha agua al salir del local.

—Ya a estas alturas deberían cancelar esos avisos —dijo alzando la mirada. Uriel revisaba su teléfono. Su dedo se desplazó sobre la pantalla y eliminó mensajes y correos que no pensaba responder.

—¿A qué te refieres?

—Los anuncios de siempre cuando pides un trago. No tome más de dos vasos al día, haga ejercicio, tome agua… Llevamos leyendo los

mismos anuncios desde hace una década. Ya me los aprendí de memoria.

—Tú lo ves como algo obvio, pero algunas veces es mejor pensar que la gente es idiota. Así no te decepcionas. —Señaló con el dedo la mesa de vidrio táctil—. El día que dejen de aparecer, alguien, en alguna parte, tratará de tomar más de lo necesario. Es mejor así. Cuantas menos personas rompan las leyes, menos trabajo para nosotros.

—¿Alguna vez te he dicho que tu pesimismo es envidiable?

—Sí, lo has hecho, pero no es pesimismo. Es contacto con la realidad. No porque el mundo haya cambiado significa que las personas evolucionaron también. Somos los mismos animales de hace un siglo, pero en una jaula nueva.

—Será una jaula, pero tiene grandes ventajas —dijo al ver a la camarera que se acercaba con las bebidas. Vestía ropas ajustadas de color negro y una amplia sonrisa iluminaba su rostro.

—Doctor Wald, sargento Delgado —dijo la joven poniendo sus vasos con una precisión exquisita en la mesa. Al tocar la superficie, un círculo de color azul se iluminó, registrando la temperatura a la que mantendría el contenido de la copa mientras se mantuviera en su interior—. Hacía tiempo que no los veía por aquí.

—Trabajo —dijo Uriel lacónico.

—Tuvimos que perseguir a un SEC. Cosas de rutina.

Uriel hizo un esfuerzo casi sobrehumano para no torcer los ojos. SEC o Sujeto con Enfermedad Crónica era una forma muy superficial de definir al hombre a quien persiguieron la noche anterior. Un pobre diablo que tuvo la mala fortuna de cargar los genes equivocados. No era un criminal ni alguien peligroso. Solo alguien que no quería morir.

En boca de su compañero, sonaba como un mafioso o algún tipo de androide letal. Lo corregiría, de no saber que su amigo estaba tratando de impresionar a Lorena, la camarera. Por el brillo en sus

ojos y el ocasional roce de sus dedos sobre su muñeca, le estaba funcionando.

—Gracias a ustedes por cuidarnos —dijo ella, apoyando su pulgar sobre la mesa, para confirmar que la orden ya estaba cumplida—. Sargento Delgado, cuide a nuestro doctor aquí. ¿Me hace el favor?

—Seguro, Lorena. Seguro. —Cuando se hubo retirado la distancia suficiente, agregó—: ¿Te lo envuelvo en papel de regalo?

—¡Uriel! —exclamó asustado. Su piel tomó un color rojizo brillante. Sus ojos vigilaron para ver si la camarera daba alguna señal de haberlo oído.

—Relájate. No escuchó una palabra, pero yo que tú me apuraba —dijo señalando con la quijada la entrada. Lorena daba la bienvenida a dos nuevos clientes que al verlos los saludaron. Los ojos de Arthur se tornaron serios al ver como su contraparte médica coqueteaba con Lorena, que nunca dejó de corresponderle con una sonrisa.

—Doctor Wald —dijo el susodicho al acercarse a su mesa—. Sargento Delgado. ¿Cómo se encuentran?

—Ya salimos de los papeleos de la ronda de ayer. Esa siempre es una buena noticia y razón para celebrar.

—Escuché —dijo su compañera, quien saludó a Delgado con un apenas perceptible cabeceo— que tuvieron que perseguir a un SEC. ¿Lo atraparon?

—Por supuesto —respondió Uriel—. Jamás hemos perdido a un SEC y no pretendo empezar ahora.

—Seguro, seguro. Todos sabemos de su tasa de éxitos —dijo el primero. Su atención se desvió hacia Wald—. ¿Qué tenía?

—Diabetes.

El médico abrió los ojos y se sentó en una silla cercana.

—¿Un diabético? ¿En serio? ¿Cuánto tenía de glicemia?

—No suene tan interesado, doctor Watkins —advirtió Uriel—. Los comités de vigilancia van a pensar que necesita una visita al psicólogo.

—No es eso —dijo enderezándose—. Es pura curiosidad científica. ¿Sabe cuánto tiempo hace que no veo a un diabético?

—Lo mismo que mi compañero. Desde la purga.

Los dos galenos hicieron el mismo gesto, instándolo a bajar la voz y mirando por encima de su hombro para asegurarse de que nadie había escuchado. La mujer, de apellido Infante, se acercó a la mesa.

—Sabes que a la Asociación no le gusta ese término —advirtió—. Podrían castigarte. ¿Quieres terminar en algún Comité Sanitario en la zona G-Dos o algo así?

—No me opongo a los cambios de clima —dijo tomando su vaso y sorbiendo un poco, pero se abstuvo de volver a usar el término. Sus compañeros tenían razón. La Asociación no veía con buenos ojos que sus operativos trajeran esos temas a colación.

Era mejor olvidar. El futuro no podía anclarse en las decisiones que tuvieron que tomar para sobrevivir y la Asociación se aseguraba de que sus miembros no se olvidaran de eso, aunque fuera a la fuerza.

Wald tomó su copa de vino y no la separó de sus labios hasta terminar la última gota. Cuando la volvió a colocar en la mesa, los otros tres lo miraban sorprendidos.

—¿Qué? —dijo sonriendo—. Tenía sed.

Infante se echó a reír, seguida de Watkins. Uriel solo sacudió la cabeza.

Las risas desaparecieron cuando dos alarmas sonaron al unísono. Los cuatro se miraron, pero solo dos reaccionaron llevándose la mano al oído para activar su comunicador y escuchar el mensaje entrante. Infante estiró la mano para hacer su pedido, pero se congeló en el aire al ver la cara de Uriel. Wald parecía haber perdido toda la sangre de su cuerpo; su rostro estaba pálido como un papel.

—¿Qué pasó? —se atrevió a preguntar al ver a los dos levantarse. Uriel se tomó su bebida de un solo viaje y verificó que su arma estuviera en su cinturón.

—Un código dos.

—¿Qué? —preguntó Watkins—. ¿En serio? Ustedes tienen toda la suerte. Les tocan los casos interesantes.

—Si pudiera, te lo cedería sin pensarlo —respondió Wald.

—¿Sabes cuánto tiempo hace que no me toca un asesinato? Van años.

—¿Quién es la víctima? —preguntó Infante, cortando la diatriba infantil de su compañero. Conocía a Uriel y sabía que pocas cosas lo sacaban de quicio. Lo que fuera era algo grande.

—Víctimas —aclaró al pasar a su lado—. Alguien disparó al doctor Schneider y al coronel Akigusa.

Capítulo 6

Conducción estratégica

Año 10 AL — 15 de abril

María Luisa tomó la botella con un ansia feroz. Se llevó el pequeño orificio de vidrio a los labios y tragó sin parar hasta que el oscuro líquido desapareció dentro de su cuerpo. Una ola de calor la recorrió desde la base del cuello hasta el estómago, aplacando en algo la sensación, aunque fallando en eliminarla.

No había suficiente licor en el mundo para hacerla sentir humana una vez más. Eran exiliadas. Parias de una sociedad donde nadie sabía de ellas y, lo más probable, a nadie le importaba. Mientras el SW fluyera, el mundo podía desvanecerse bajo sus pies.

El único control que tenía era la preciosa lista de clientes que disfrutaban de su compañía, hombres que había cultivado y seleccionado con cuidado, explorando lo que le gustaba a cada uno. Personas importantes que le daban pequeños regalos, la mantenían informada del mundo exterior y, lo más importante: le decían a Luca lo satisfechos que estaban con sus servicios. Esa era la clave. Mantener al capataz contento para que él les diera, de la magnanimidad de su corazón, su dosis diaria del precioso SW.

Muchas veces llegó a pensar en suicidarse. En decir que estaba tomando la pastilla y mentir al respecto. La muerte le llegaría rápido y por fin podría descansar.

La idea nunca se llegó a materializar. No por temor a lo que le

esperaba al otro lado, sino por pura terquedad. No pretendía darle a Luca la satisfacción de tirar su cuerpo al incinerador que tenía instalado en el sótano. Pretendía sobrevivir, escapar, rescatar el dinero que tenía escondido y huir mientras le quedara algo de vida.

Y vengarse. Eso era vital. Encargarse de Luca, de Marco, de los clientes de su lista privada.

De Ramiro, si seguía vivo.

La dejarían descansar unas horas antes de llevarle un nuevo cliente. Las mujeres de esa casa eran las favoritas de los empresarios de la zona y tenían alta demanda. La voz del doctor Schneider le llegó desde el televisor instalado en un salón de reuniones cercano y le dieron ganas de vomitar. Debía de estar diciendo alguno de sus discursos motivacionales sobre la belleza del nuevo mundo. De su boca saldrían palabras como equidad, igualdad y humanidad. Conceptos abstractos que fallaban en penetrar la grasa de las paredes que la rodeaban. Luca podía desviar cuanto SW quisiera a sus depósitos personales y mantenerlas a ellas con vida mientras le fueran rentables. En los registros oficiales, ellas no existían.

En el nuevo mundo, ellas eran spam. Basura virtual que nadie veía y que desaparecería sin despertar un solo grito de protesta.

«Hablas como un hacker —pensó—. Esa era María Luisa. Tú eres Elsa, la puta. No lo olvides.»

¿Cómo olvidarlo en ese lugar?

Un golpe en la pared la hizo saltar. Corrió hacia la fuente del ruido, tomando algunas ropas por el camino. Las dejó caer al suelo y se arrodilló. Si alguien abría la puerta, esa era su excusa para explicar qué hacía arrodillada en ese lugar.

Nadie debía sospechar que tenía una amiga, un alma en pena tratando de escapar del infierno, igual que ella.

—Hola —dijo en una combinación de golpes, sus nudillos haciendo de lengua—. ¿Estás libre?

—Por ahora —respondió su vecina de la misma manera. Fue un

evento fortuito descubrir que la mujer que tenía en la habitación de al lado, y a quien nunca había visto u oído, supiera morse. De haber sido otra persona, seguiría sumida en su soledad, viendo pasar las horas sin posibilidad alguna de salir.

Escuchar los golpes y descubrir que era un mensaje fue como recibir una ráfaga fresca en el rostro un día de calor. Se acercó a una pared que apenas se había dignado observar en sus primeros meses de cautiverio y trató de responder. La respuesta que vino de vuelta fue solo una confirmación de que no estaba sola.

—¿Dónde estamos? ¿Qué día es?

—No tengo idea —respondió—. No hagas enojar al jefe. Haz lo que te digan.

—Me acaban de violar. Me tratan como una puta.

—Lo eres. En este lugar, eso somos.

—No les dejaré. No pueden hacer esto.

Los gritos de esa noche le llegaron a pesar de la almohada que usó para taparse la cabeza. Le rezó a un Dios en quien no creía para que su vecina siguiera viva por la mañana. Aprendería a hacer caso y ella la ayudaría. Lo importante era que siguiera con vida.

No podía quedarse sola. No en ese lugar.

Un nuevo mensaje la hizo regresar al presente.

—¿Has visto a Luca?

—No. No viene desde ayer.

—Si tenemos suerte, se ahogó al caer en un pozo lleno de su precioso SW.

María Luisa sonrió a su pesar. A lo largo de diez años se habían contado sus historias en fragmentos de golpes contra la pared. Se habían apoyado cuando sentían que el mundo se cernía sobre ellas. Se habían pasado trucos de cómo mantener el interés de los

clientes. Sabían que salir de ese prostíbulo solo se conseguía cuando Luca decía que ya no eras útil y era un viaje directo al incinerador.

Quitando los malos momentos, su vecina y ella habían desarrollado una conexión. Incluso compartían algunos chistes internos. De estar fuera, nunca se hubieran conocido, pero estaban ligadas a ese cuchitril por la misma mano.

Luca Bianchi. Expolicía. Ahora, teniente de la Asociación y una de las personas más importantes del nuevo orden mundial. La mano que regulaba el movimiento del SW.

—Escucho pasos —tradujo—. Me voy. Creo que me toca.

—Fuerza, amiga. Hablamos.

—Adiós, María Luisa.

Nada de Elsa ni Anna, el nombre que le asignó Luca a su compañera. Entre ellas eran quienes eran. Una licenciada en química y una experta en programación que se toparon con el hombre equivocado en el peor momento posible.

—Hasta luego, Mila.

* * *

Año 10 AL — 15 de abril

Los dos cuerpos estaban tirados sobre el sofá de la habitación 1818 en el prestigioso hotel Atheneum. La tela de color crema del mueble estaba saturada de sangre y se había extendido al piso en un charco irregular viscoso que rodeaba una de las patas de la mesa sobre la cual dos tazas, una con café y otra con té, aún mantenían algo de su contenido.

Uriel caminó alrededor de la escena sin perder un solo detalle, como la manecilla de un reloj girando sobre su eje. Cuando terminó el ciclo, levantó la mirada y vio que su padrino lo observaba curioso. El médico, a su lado, conversaba con Arthur.

—¿Qué piensas? —preguntó Tato.

—Vivían en la zona B-Tres. ¿Por qué tener una reunión aquí? ¿Cuándo llegaron?

Tato asintió satisfecho.

—Eso fue lo primero que me llamó la atención. Salieron de la zona B-Tres el catorce de abril. Un viaje directo. Llegaron al hotel en horas de la tarde. Cenaron juntos en el restaurante Palenque, aquí en los predios del hotel. Después salieron con rumbo desconocido. No sabemos qué hicieron las horas que pasaron entre su salida del restaurante y el regreso al hotel. Supongo que pasear por la ciudad. Respondiendo a tu pregunta, tenían una reunión el día de hoy con el teniente coronel Pereira para discutir problemas de la Asociación.

Miró por encima del hombro, como si quisiera verificar que no hubiera nadie cerca.

—No me preguntes cuáles son. Esa información está por encima de mi nivel de paga.

—Ya veo. ¿Ya se interrogó al personal que estaba de turno ayer noche?

—¿Qué quieres saber?

—No sé. Estado de ánimo al llegar. ¿Parecían estar molestos? ¿Preocupados?

Tato sonrió y le puso la mano en el hombro.

—Siempre dije que desperdiciabas tu talento con tu… anterior elección de trabajo.

Uriel se sonrojó y se rascó la oreja para disimular. Siempre admiró a su padrino como la figura paterna que nunca tuvo. Su camuflada

mención de los días en que trabajó con Pablo Alemán, conocido traficante, era un recordatorio de cómo pudo terminar su vida si un virus no hubiera aterrizado con fuerza en ella.

No todos se vieron afectados por la pandemia de la misma forma, pero nadie salió indemne del encuentro.

—El doctor Schneider llegó y subió a su habitación sin saludar a los de recepción —dijo sin soltarlo y acercándose un poco, como si estuvieran compartiendo un secreto—. Akigusa se fue a una esquina y estuvo trabajando con su teléfono más de una hora antes de tomar el ascensor.

—¿No hay cámaras en los pasillos?

—Sí. Akigusa subió y entró en su habitación. Treinta minutos después volvió a salir y fue a la puerta de Schneider, quien lo dejó entrar. No salieron con vida de su interior.

—Entonces, ¿tenemos al asesino en cámara? No debe de ser difícil arrestarlo.

—Ese es el problema —dijo Ramiro Pascal, acompañado de Arthur. Se habían acercado y escucharon su pregunta—. No sale nadie.

Uriel miró al compañero de su padrino en el CS y luego a su propia contraparte.

—¿Cómo que nadie?

—Sé que suena imposible —dijo Ramiro—, pero revisamos los vídeos antes de que ustedes llegaran y nos fuimos cuarenta y ocho horas atrás. Es lo que permite el registro disponible. Nadie entró en la habitación mil ochocientos dieciocho antes que el doctor Schneider. Varias personas caminaron por ese pasillo, pero ninguna se acercó a esa habitación. Cuando Schneider regresó de su paseo, eran las once cincuenta de la noche. Fue directo a su cuarto y no le abrió la puerta a nadie hasta que el coronel Akigusa pidió entrar a la una y media de la mañana. Una vez la puerta se cerró, no se volvió a abrir hasta que alguien informó sobre el ruido proveniente del interior. Según recepción, eran las dos de la mañana. Tardaron

veinte minutos en despertar y conseguir que alguien con autoridad llegara a ver qué pasaba. Cuando entraron, vieron la escena tal y como está. No había nadie dentro, excepto los dos cadáveres, y no hay señales del arma homicida.

—¿Hablan en serio? —preguntó Uriel—. ¿Un misterio de cuarto cerrado? ¿Lidiamos con un misterio sacado de una novela detectivesca?

—Así parece, compañero —aceptó Arthur alzando los hombros—. No solo eso. Este tipo de noticias es imposible de ocultar. Tendremos a los medios encima.

—Por eso los llamamos a ustedes —dijo Tato—. Son dos de nuestros CS más efectivos y tanto Ramiro como yo los conocemos. Seremos la cara de la investigación, por razones obvias, pero necesitamos a personas inteligentes en quien podamos confiar.

Arthur y Uriel se miraron solo un segundo. Ambos querían ese caso.

—Bienvenidos a bordo —dijo Tato, palmeando a Uriel en el hombro —. Estoy seguro de que entre los cuatro resolveremos este caso. ¿Alguna idea?

—¿Por qué un arma de pólvora? —preguntó Arthur—. Hay cientos de formas de matar a un ser humano. Un veneno pudo ser igual de efectivo. ¿Por qué un arma prohibida por ley? Una que, de paso, es casi imposible conseguir en estos días, excepto en museos.

Uriel arrugó el entrecejo al ver que Ramiro palidecía al escuchar la palabra «veneno», pero desestimó el gesto como una de esas reacciones viscerales que tienen algunas personas. Ante la pregunta de Arthur dijo:

—Una declaración. Quería demostrar su punto.

—Muy probable. Eso quiere decir que no fue algo espontáneo. Este asesinato fue planeado.

—Tal vez —dijo Uriel—. Siempre me enseñaste a no ser categórico hasta tener todos los hechos.

Tato se echó a reír. Una carcajada sonora que duró lo que tardó en recordar que estaban en presencia de dos muertos y que frenó con una tos seca. Se aclaró la garganta una vez antes de continuar.

—Tienes razón. Trabajemos los hechos. Ustedes enfóquense en el arma. Nosotros, en averiguar qué hicieron al salir del hotel. Ya los de criminalística analizaron la escena, así que esperemos su informe. Los avisaremos para que se lleven los cuerpos a la morgue.

—¿Qué les parece —preguntó Ramiro— si nos volvemos a reunir el día de la autopsia? De seguro la programarán para mañana. Con algo de suerte, el patólogo nos dará algo con que trabajar.

Miró su reloj y asintió cansado.

—Son las cinco de la mañana. Ha sido una jornada pesada y ustedes no han tenido precisamente tiempo de descansar. Vayan a dormir un par de horas y a trabajar sobre el arma.

—Y si pueden —dijo Tato estudiando la habitación con cierta aprensión—, piensen en motivos mientras duermen. Alguien gana algo con las muertes de Schneider y Akigusa. El responsable se la jugó con un plan ingenioso, usando un arma prohibida. Ambos actos son punibles por ley con ejecución inmediata. Sea quien sea, no tiene nada que perder y eso lo convierte en un individuo muy peligroso.

Capítulo 7

Cuerpo extraño

Año 10 AL — 16 de abril

Ana Paredes contempló el cuchillo. La punta brillaba bajo la luz de la lámpara de su escritorio. El filo refulgía con destellos amarillentos. Se tocó con el dedo la piel cerca de su oreja y sintió el pequeño bulto. Lo movió de izquierda a derecha varias veces, calculando el tamaño de la herida que tendría que infligirse para poder sacarlo.

Apoyó el borde del cuchillo sobre el bulto y presionó un poco. Lo deslizó medio milímetro antes de tirarlo con rabia al piso. El repique del metal contra las baldosas resonó dentro de la habitación, hasta que dejó de rebotar al chocar con el sofá de la esquina.

Era inútil. Si supiera que funcionaría, no temería arrancarse un pedazo de carne de ser necesario, pero desde que la Asociación indicó la necesidad del chip para llevar el control del SW, estaban a su merced. Por supuesto, lo hicieron apetecible ampliando sus funciones hasta convertirlo en un dispositivo inteligente capaz de controlar la casa promedio o una oficina de mediano tamaño con la ayuda de un teléfono móvil y las aplicaciones correspondientes. Correos, negocios, transacciones bancarias e información personal de salud. Se había vuelto indispensable, como los móviles lo fueron consiguiendo con el paso de los años. Ahora nadie se imaginaba el mundo sin el Dispositivo de Reconocimiento Integral o DRI.

Para todos, el chip.

Lo volvió a tocar una vez más y gruñó molesta. Si trataba de quitarlo, se darían cuenta con la siguiente entrega de SW. Si no iba, moriría en menos de un mes. Era el precio por seguir con vida. Respirar era la moneda de cambio por las libertades perdidas.

No se había drogado en ocho años. Desde que le pusieron ese maldito chip, el sistema vigilaba su estado de salud. Uno de esos artilugios que la Asociación metió en el DRI sin que nadie protestara. Supervisaba algunos parámetros básicos, incluyendo presión arterial, niveles de azúcar y grasas. Cada mes era actualizado para que detectara la presencia de nuevas moléculas, según se fuera descubriendo su relación con diversas enfermedades crónicas.

La única solución era mantenerse saludable. La medicina preventiva era primordial, por lo que el tabaco y cualquier forma de droga estaban expresamente prohibidos. Su uso era causa de suspensión inmediata de la provisión de SW. La ingesta de vino, dos copas al día, estaba permitida. Más de eso, el chip lanzaba una advertencia. En caso de detectar niveles elevados de alcohol, un CS se encargaría de arrestarte para alejarte de la tentación. Los reincidentes se consideraban en la misma categoría que los drogadictos.

Había estirado la ley tanto como podía, pero ya no tenía excusas ni alternativas.

O se cuidaba o moría.

Ana se levantó y salió de su cuarto. Bajó las escaleras a la planta baja y se fue directa a la cocina. Abrió la nevera y sacó una botella de leche de almendras. En una pequeña vasija de plástico, su madre le había dejado un sándwich. Se sentó en la mesa del comedor y alternó mordiscos y sorbos hasta quedar con las manos vacías.

La casona no era la misma sin su hermano. Esa herida, en vez de curar, era cada vez más profunda. Sin el alcohol ni las drogas para aplacar el dolor, la ausencia impregnaba las paredes de su vieja casa. Su madre pretendía dar a su existencia algo de normalidad, trabajando como hacía antes de su asesinato, pero no la engañaba.

Al pasar al lado del que había sido su cuarto, sus ojos se llenaban de lágrimas. Los sándwiches que le hacía en el desayuno eran de jamón y queso derretido, los favoritos de su hermano.

Su mundo se detuvo el día que Uriel y Pablo lo mataron. Lo único que la propulsaba a seguir adelante era la posibilidad de vengarse.

Después de la noche del caos descubrió que Pablo había muerto y el paradero de Uriel era un misterio, seguramente un cadáver de los que recogieron en la calle y enterraron en fosas comunes. Los años pasaron. Hizo el esfuerzo por retomar su vida, pero le fue imposible. Cada día era una imposición y la única razón por la que no se suicidaba era por pura obstinación.

Merecía sufrir por no haber salvado a su hermano.

Y un buen día, caminando por la calle, escuchó una voz. Pensó que estaba imaginando cosas, hasta que percibió el mismo tono una vez más. Se detuvo en seco y giró sobre sus talones. Un océano de cabezas se extendía hasta donde le permitía la vista. Algunas de las personas que pasaron a su lado comentaban la persecución de un SEC que huyó por un callejón cercano, perseguido por unos CS. La emoción de la persecución reverberando por encima de la masa humana que trataba de continuar con sus vidas, mientras la suya entraba en pausa.

La voz de Uriel. Estaba segura de haberla escuchado a solo unos pasos.

Se quedó allí, petrificada. Cuando la primera gota de lluvia cayó, no se movió. Cuando el DRI le avisó de que su temperatura corporal estaba disminuyendo y que mojarse en esas condiciones predisponía al desarrollo de una neumonía, logró ordenar a su cuerpo que caminara de vuelta a casa.

Uriel estaba vivo.

Su móvil sonó dos veces antes de que pudiera sacárselo del bolsillo. La pantalla iluminaba un mensaje de texto entrante. Al ver el remitente, su pulso se aceleró y lo abrió con dedos temblorosos.

—Encontré una pista —le escribió Rubén Ovalle, el detective que había contratado para encontrarlo. No había más explicaciones ni las necesitaba.

Pronto Uriel pagaría por su crimen.

* * *

Año 10 AL — 16 de abril

Wald entró en la sala de autopsias, preocupado de llegar tarde. Para su sorpresa, se encontró al doctor Ustinov sentado en una silla de oficina, dando vueltas como un niño pequeño cerca de una puerta. Al verlo llegar se detuvo y se paró de un salto. Wald lo vio tambalearse y aceleró el paso, temiendo que se fuera al suelo. El patólogo estiró la mano y le indicó que no se acercara.

—La rotación vestibular es uno de los métodos más efectivos de estimulación sensorial —dijo sin moverse, los brazos extendidos como si estuviera planeando—. Eso incluye el tacto. Me gusta hacer esto antes de cada autopsia.

—¿Sirve de algo?

Ustinov se enderezó y abrió los ojos. Al ver que no se caía, Wald relajó un poco su postura.

—No lo sé, en realidad, pero prefiero seguir mi ritual. Hasta ahora no me ha fallado.

Con un gesto de la cabeza le indicó que lo siguiera. Abrió la puerta y atravesaron un largo corredor hasta el anfiteatro usado para realizar las autopsias. A diferencia de los años prepandemia, la sala parecía casi vacía, de no ser por el cuerpo cubierto por una sábana en la mesa más alejada de la entrada.

—Extraño los viejos tiempos —dijo Ustinov—. Desde que se instaló la Asociación, desaparecieron los crímenes violentos. Ya no hay tiroteos ni acuchillados en reyertas nocturnas. Los cadáveres llegaban oliendo al último licor barato que se tomaron antes de conocer a su asesino. —Extendió las manos hacia el espacio vacío —. Ahora todo es tan… estéril. Tan pulcro. Me siento en una burbuja protegido del exterior. Para alguien de mi edad es desquiciante. Me siento una pieza de taxidermia secándose al sol.

Su mirada se posó en la cama de metal y sonrió.

—Por eso recibí a nuestros visitantes con un enorme placer. No solo son dos celebridades, responsables de mi aislamiento profesional, sino que fueron víctimas de la violencia que trataban de evitar. La ironía por sí sola es más que suficiente para animarme, por lo menos hasta que desarrolle alguna condición crónica.

—No debería hablar así del doctor Schneider y del coronel Akigusa —dijo la voz de Uriel desde el corredor. Wald sabía que se acercaba, así que no fue pillado por sorpresa. Ustinov ni siquiera parpadeó.

—¿Qué me van a hacer? ¿Suspenderme el SW? La ley no lo permite y hablar mal de los muertos no es un crimen tipificado en el Código Penal. Cuando lo sea, renuncio y me voy en el primer tren a la zona G-Uno. Puedo tolerar ciertas restricciones dirigidas a garantizar la salud de todos y el adecuado uso de recursos, pero no consiento que se me tornen moralistas.

Uriel sacudió la cabeza mientras saludaba a Wald con un movimiento de la mano. Ustinov se acercó al cuerpo y removió la sábana hasta el nivel del ombligo. El cuerpo del doctor Schneider era color tiza, excepto por la herida con bordes negros que ocupaba el lado izquierdo de su tórax.

—La causa de la muerte es evidente, creo. Una herida por arma de fuego a corta distancia. La evaluación macroscópica sugiere que la bala siguió un trayecto de delante atrás y ligeramente de arriba abajo, así que Schneider estaba sentado o el asesino era mucho más alto que él, cosa que dudo.

—¿Y el coronel? —preguntó Uriel.

—Lo mismo. La autopsia podría decir otra cosa, pero creo que voy a encontrar los mismos hallazgos. Ya veremos.

—Buenos días, doctor Ustinov —dijo Tato. Su voz resonó como un disparo. A su lado, Ramiro Pascal revisaba un mensaje en su móvil.

—Ya estamos todos. Perfecto. No quiero hacer esperar a nuestro ilustre cliente más tiempo.

Se dio la vuelta y procedió a mover el instrumental que usaría, el cual esperaba en una línea irregular sobre un trapo de color verde a un costado del cuerpo. Uriel se cruzó de brazos, fascinado por el movimiento de piezas de lustroso metal.

—Activar grabación —dijo en voz alta. Un sonido repicó en un ordenador cercano y su pantalla se encendió. Aparecieron un punto rojo parpadeante y una cuenta de números corriendo de manera progresiva. El resto de los presentes guardó silencio, expectante.

Tomó un bisturí y empezó a deslizarlo por la piel del cuerpo, dibujando una Y que se extendió de los hombros al borde superior del pubis. Al bisturí siguió una pinza de hoja curva para separar la parrilla costal. Las manos de Ustinov removían órganos y examinaban los espacios dejados por su ausencia. Cada pieza removida era colocada en una pesa, etiquetada y fotografiada por su asistente, un silencioso individuo que cumplía las órdenes con la precisión de un bailarín experto.

Cuando sacó el corazón, lo puso a un lado del cuerpo y con el bisturí lo abrió por la mitad con una delicadeza que impresionaba; imposible de ejecutar por unos dedos tan gruesos y ordinarios. Las dos partes separadas dejaban ver las cuatro cámaras del interior. Tomó una pinza y la introdujo entre los coágulos de sangre, empujando con cuidado, hasta que sus labios se curvaron en una sonrisa. Al sacarla, tenía un pequeño objeto metálico entre los dientes del utensilio.

—He aquí el asesino —dijo en un tono teatral—. Et tu, Brute?

—Ustinov —dijo Tato, acercándose un poco a la mesa—. ¿Sabes cuántas personas me han llamado hoy, no preguntando, exigiendo la cabeza del responsable de estos crímenes? He hablado con más políticos y funcionarios de la Asociación en las últimas doce horas que un diplomático en medio de un conflicto armado. Si me presionan más, tendré un derrame, y si no muero, me quitarán el suministro de SW por una condición crónica, así que igual terminaré en el cementerio. Si eso pasa, pienso regresar y volverme tu poltergeist personal. De esos que salían en las películas de miedo de nuestra época. ¿Las recuerdas?

—Seguro —dijo él estudiando la bala—. Por eso estudié patología. Para ver si me topaba con uno.

—Vamos, no me hagas rogar. Pórtate bien, limita al mínimo los comentarios que pudieran meternos en un lío y no juegues con este caso. Tenemos personas por encima de nosotros que nos pueden hacer la vida miserable. No los provoquemos.

—Vale. A ver, a simple vista diría que me parece una bala de pequeño calibre. Tal vez una siete milímetros. Veamos qué dice Lupe.

Ustinov giró sobre sus talones y se acercó a lo que parecía una olla arrocera. Colocó los restos de la bala en su interior y bajó la tapa. Al presionar el botón que destacaba en el centro, su interior se iluminó de un color azul brillante y una pantalla a un costado empezó a emitir puntos de diferentes colores.

—¿Lupe? —preguntó Pascal.

—Sí, así le digo a mi escáner. Era el nombre de una novia que tuve en mi adolescencia. Sabía todos mis secretos y su sonrisa era capaz de iluminar un cuarto. —Tocó la pantalla dos veces antes de agregar—: Por lo demás, era fría como una máquina y mantenerla me costaba la mitad de mi salario. Justo como esta hermosura aquí, con la ventaja de que ahora paga el Gobierno.

Wald se acercó un poco. Pocas veces había visto en funcionamiento un escáner forense de detección de minerales. El aparato era capaz de analizar una muestra y describir su contenido. En el caso de las

balas, el software identificaba el tipo de munición en base a su firma mineral y la posible arma utilizada para dispararla. Ahorraba mucho tiempo y era más efectiva que las antiguas técnicas de balística de principios de siglo.

«Bueno, del siglo pasado en realidad. Ya no estamos en el siglo veintiuno, recuerda. Es el año diez de una nueva era. De un nuevo milenio.»

—Aquí está —dijo el patólogo, leyendo la pantalla y cortando su inútil reflexión—. No me equivocaba. Cobre, acero, plomo… Calibre siete con sesenta y dos milímetros. Posible arma usada, una Tokarev TT-Treinta y tres.

—¿Una Tokarev? —dijo Tato sorprendido. Su tono fue tan ajeno a su personalidad que Uriel se volvió. Su padrino tenía el ceño fruncido y miraba el escáner con recelo—. Ni cuando estaban permitidas eran algo común. Era una pistola semiautomática diseñada en la antigua Unión Soviética allá por la década de los cincuenta, antes de la pandemia. En algún momento, la mayoría de los países comunistas tenían alguna variante de la Tokarev. Fue reemplazada por modelos más efectivos, pero en los albores de la pandemia se mantenía en uso en varios países. Ninguna debió sobrevivir a la purga de armas de fuego.

—Alguien escondió una —dijo Uriel—. La pregunta es si la guardó con este fin o si su uso fue casual.

—¿Sugieres que alguien la guardó y esperó diez años para matar al doctor Schneider? No lo creo.

—Nada es imposible —dijo Pascal, mirando a Arthur con intensidad —. Schneider hizo muchos enemigos en el proceso de salvar a la humanidad. Alguien pudo decidir que algún día se la cobraría y guardar la Tokarev justo con ese propósito.

—Estamos hablando de mucho odio, pero es posible —dijo Tato desviando la mirada hacia la herida en el pecho—. Eso explicaría por qué esperó hasta tener a Schneider y a Akigusa juntos. Para matarlos a ambos.

—Podría ser más reciente —insistió Wald, a quien no le gustaba ser desestimado con tanta facilidad—. Los amigos van y vienen, pero los enemigos se acumulan. La envidia y los celos profesionales son tan buenos motivos para un asesinato hoy en día como en los años prepandemia.

—Tratar de adivinar la razón detrás de estos crímenes es una pérdida de tiempo —acotó Tato—. Eso tendrá que esperar a que tengamos más elementos con los cuales trabajar. Sin embargo —dijo señalando la vasija de plástico donde Ustinov dejó caer la bala después de sacarla del escáner—, ese es un buen punto para comenzar.

—No me ilusionaría mucho —dijo Wald—. Ayer empezamos a investigar, pero no es fácil. Los criminales que todavía están vivos en nuestras cárceles nunca usaron un arma de fuego. De haberlo hecho, ya estarían muertos. Algunos están dispuestos a hablar y vendernos rumores a cambio de la conmutación de sus penas, pero el Código Penal es claro al respecto.

—No negociamos con criminales —dijo Uriel.

—También averiguamos en los museos. El Metropolitano tiene un ala dedicada al periodo prepandemia. Los otros, espacios más reducidos con similar temática. Hay quince museos registrados con reliquias letales, como les dicen ellos a las armas de fuego. En todos, el inventario está al día. Ninguna arma extraviada en los últimos diez años.

—Así que hablamos de un coleccionista privado. Si es así, no hablará —dijo Tato suspirando resignado—. Esas son malas noticias.

—No necesariamente —dijo Pascal—. Podemos pedir los registros de armas previos a la pandemia. En algunos de ellos podría estar el nombre de nuestro asesino.

—También están las bases de datos de balística de los diferentes departamentos de policía —sugirió Uriel—. Por si el arma ya fue utilizada en algún crimen. Nadie los utiliza, por razones obvias, pero no creo que los hayan borrado. El Departamento de

Informática de la Asociación se jacta de guardar todas las bases de datos del periodo prepandemia. Es hora de ver si dicen la verdad.

—Excelente idea —aceptó Ustinov, quien no dejó de trabajar en el cuerpo de Schneider mientras ellos discutían. Tomó el fragmento de bala y lo colocó dentro de una bolsa de papel. Tras sellarla y firmarla, se la pasó a Pascal—. Hablen con Jonas Michailidis. Es el jefe del Departamento de Informática de la Asociación. Ellos también tienen un escáner, aunque no tan bonito como mi Lupe. Como el de ellos sí está conectado con las bases de datos, deberá darles la respuesta que buscan.

—¿Y si no sale? —preguntó Wald—. No podemos centrar todas nuestras energías en localizar esa Tokarev.

—Por eso nos vamos a dividir. Ustedes sigan con el arma. Nosotros haremos algo de trabajo a la antigua. —Tato miró a Ramiro y sonrió—. Es hora de interrogar a los testigos en persona. Tenemos que averiguar dónde estuvieron Schneider y Akigusa al salir del hotel.

Capítulo 8

Acciones tácticas

Año 10 AL — 17 de abril

Jonas nunca había visto a Akane expresar más emociones que una furia contenida, por lo general centrada en la forma como se comportaba el mundo, y frustración, al tener que lidiar con personas que nunca la entendían a la primera. Jonas asumió que era uno de los precios a pagar por ser una maldita genio y la aceptaba con sus peculiaridades mientras no lo tratara de idiota.

Ese día no la reconocía. Grandes ojeras marcaban su rostro. Sus ropas, pulcras por definición, parecían haberse seleccionado deprisa. Su cabello estaba recogido con un sencillo gancho y el lápiz que sostenía en la mano tenía huellas de varias mordidas, uno de los pocos gestos que Akane dejaba entrever cuando algo la molestaba.

Un sexto sentido debió de avisarla de que la observaban. Al levantar la cabeza y cruzar miradas, fue como si una puerta se cerrara sobre cualquier manifestación externa de emociones.

—Dime, Jonas —fue todo lo que dijo. Su voz sonaba a punto de quebrarse.

—Solo quería saber si necesitabas algo. Lo que sea.

—Sí. Necesito que dejes de tenerme lástima. Estoy bien.

—Sí tú lo dices —murmuró Jonas después de un segundo de vacilación.

—¿Qué quiere decir eso?

—Hablar contigo no es fácil, ¿sabes? Sé lo que es perder un familiar cercano. Yo perdí tres durante la pandemia. Puedes aparentar toda la resiliencia que quieras, pero la verdad es que no es necesario. Nadie te culpará por echar de menos a tu tío Hiroo.

—¡No lo echo de menos! —exclamó con rabia. Luego, al percatarse de lo que había dicho, bajó la voz y la cabeza en un gesto de sumisión—. Eso sonó mal. Claro que lo extraño, pero no es la razón de mi cara.

Jonas, cuyo primer impulso después del grito de su compañera fue salir huyendo, avanzó unos pasos. Akane cerró los ojos casi un minuto. Al abrirlos y ver que Jonas seguía allí, suspiró cansada.

—Mi tío fue asesinado con un arma que había prohibido para garantizar el funcionamiento de las líneas de suministro y reducir la criminalidad. Llevamos años de paz y avances tecnológicos sin precedentes. Matarlo con un arma de fuego no solo es triste por la persona que perdimos. Es ofensivo. Como escupirle en la cara a un condenado a muerte justo antes de la ejecución.

Se frotó las manos como si estuviera tratando de entrar en calor.

—Y es muy probable que el responsable salga libre. Nunca estuve de acuerdo con los CS y voy a vivir en carne viva la obstinación de Johann. Mi tío Hiroo no descansará hasta que su culpable pague por su crimen y, conociéndolo, se volverá un onryō. Créeme, eso es lo último que necesitamos.

Se levantó de la silla y, tras revisar una vez más su teléfono, lo guardó en el bolsillo de su abrigo y se dirigió a la puerta.

—¿Adónde vas?

—Voy a tomar el próximo tren a la zona A-Cuatro. No pretendo dejar que el crimen de mi tío quede impune.

Sin despedirse o dar más explicaciones, cerró la puerta de la oficina, dejando a Jonas sumido en más dudas de las que era capaz de manejar sin su ordenador a mano.

Pensó en seguirla para intentar hacerla entrar en razón, pero la sola idea se le antojó ridícula en extremo. Jamás cambiaría de opinión y solo se ganaría ser ignorado de manera satisfactoria, en el mejor de los escenarios. En su lugar, se acercó a su puesto y encendió su ordenador.

Tenía que buscar qué era un onryō.

* * *

Año 10 AL — 17 de abril

El Departamento de Informática de la Asociación ocupaba un edificio de seis pisos en el extremo norte de un complejo de varios kilómetros cuadrados en la zona A-1. Por suerte, los trenes de alta velocidad salían cada hora, como un reloj. Si todo iba bien, llegarían a casa a tiempo para reunirse con Pascal y Tato por la tarde.

Subieron las escaleras de la entrada. Después de ser escaneados y sus identidades verificadas, les permitieron atravesar las puertas de vidrio. Del otro lado, cerca de un mostrador semicircular que servía de recepción, los esperaba su enlace dentro de la Asociación.

—Buenos días, doctor Wald, sargento Delgado… Soy Jonas Michailidis y estoy a cargo del Departamento de Informática. Tengo entendido que se ocupan del asesinato del doctor Schneider.

—Así es —dijo Uriel, que estrechó su mano—. Y del coronel Akigusa.

—Es una desgracia —asintió Jonas. Con un gesto indicó que lo

siguieran—. Una verdadera calamidad. Ojalá atrapen al responsable para que pague por sus crímenes. De paso, es posible que se topen con su sobrina cuando regresen a su zona.

—¿Su sobrina? —preguntó Wald.

—Sí. Akane Nakahara. En teoría, es la cabeza de la Asociación ahora que el doctor Schneider está muerto. De estar vivo el coronel, estoy seguro de que la ratificación hubiera sido automática, pero sin su palanca en la toma de decisiones, tendremos que esperar a que se reúnan los delegados regionales.

—¿Y por qué fue a la zona A-Cuatro, teniendo cosas tan importantes en la cabeza?

La figura escuálida de Jonas le permitía moverse con más rapidez, lo que los obligó a acelerar el paso. Atravesaron un amplio vestíbulo para poder subirse a uno de los ascensores. Cuando la puerta se cerró, Jonas respondió la pregunta.

—El coronel Akigusa era su única familia. Lo admiraba como a un padre y creo que quiere asegurarse de que el crimen no quede impune. De haber sabido que vendrían, los habría esperado, pero su partida fue algo intempestiva y nos informaron de su viaje hace apenas unas horas. Llegamos.

Pasaron a un espacio separado en cubículos, donde decenas de informáticos mantenían sus vistas clavadas en sus pantallas. Wald, que no era de sentir frío, se vio obligado a meterse las manos en los bolsillos después de un rato en ese lugar. Por suerte, no dejaron de caminar hasta que llegaron a una puerta con el rótulo de «Archivos», que se abrió de manera automática. En el interior se veían varias mesas con sus correspondientes ordenadores y terminales.

—Con el nuevo orden se decidió guardar todos los archivos disponibles y centralizarlos aquí. El depósito está físicamente en el sótano y ocupa cuatro pisos por debajo de nosotros. Hubiera sido algo imposible hace unos años, pero con los avances en tecnología cuántica tenemos más de dos mil quinientos zettabits de información. Bueno, lo correcto sería hablar de cúbits, pero pocos

manejan el concepto. ¿Se lo pueden imaginar? El Lakeside Technology Center, uno de los más grandes centros de datos a nivel mundial antes de la pandemia, ocupaba uno coma uno millones de pies cuadrados. Fuimos capaces de reducir todo un edificio a un espacio no mayor de…

Jonas se dio la vuelta y se topó con las miradas perdidas de Uriel y Arthur. Al ver la perplejidad en sus rostros, se echó a reír, aunque fue más bien una risa nerviosa, carente de humor.

—Disculpen, a veces me emociono.

—Ya nos dimos cuenta —dijo Uriel entrando en el cuarto—. Ni siquiera sé lo que es un bit, así que dejémoslo ahí.

—Comprendo —asintió, aunque sus ojos se torcieron un poco ante el comentario, como si la mera aceptación de tamaña ignorancia fuera algún tipo de pecado mortal—. En fin, ¿tienen la bala?

Wald le pasó la bolsita de papel sellada por Ustinov. Jonas la abrió, escaneó el código de barras en la parte inferior y extrajo la bala con unas pequeñas pinzas. Un escáner muy similar a Lupe estaba encendido al lado de un terminal informático. Jonas colocó el pequeño pedazo de metal en su interior y lo cerró.

—Veamos qué me dice Victoria.

—¿Victoria? —dijo Wald—. ¿En serio? ¿También le pusiste nombre a tu escáner?

—¿Al escáner? ¿Qué loco le pondría nombre a un simple escáner? —Jonas sacudió la cabeza en desaprobación antes de agregar—: Victoria es mi computadora.

Antes de que Wald pudiera seguir con sus comentarios, el informático tocó la pantalla táctil. La computadora, con una sensual voz femenina, de seguro hecha a medida a petición del programador y que a Wald le recordó la de una conocida actriz, habló desde los altavoces.

—Hola, Jonas. ¿Qué necesitas?

—Hola. Necesito que analices la muestra en el escáner y compares su huella mineral con las bases de datos de balística.

—¿Qué zonas?

—Todas.

—¿Qué periodo de tiempo?

Michailidis se volvió para mirar a Uriel.

—Supongo que no tenemos idea desde cuándo debemos buscar. —Wald y Uriel negaron con la cabeza—. Desde el principio —le dijo a la computadora.

La voz no volvió a preguntar. La luz parpadeante empezó a brillar una vez más. Wald se la imaginó revisando archivos digitales uno detrás de otro, descartando candidatos con la velocidad de un parpadeo.

—Después les puedo mandar el listado de todas las Tokarev registradas en medios oficiales. Si alguien la compró y la registró como era debido, no importa el país, estará en la base de datos.

—¿Puede comparar la bala con las pistolas en ese listado?

—No. Son bases de datos diferentes y no hay forma de conectarlas. Lo siento. Esa parte del trabajo tendrán que hacerla a la vieja usanza. A mano.

Jonas sacó un paquete de nueces de un cajón cercano y empezó a comer con calma. Al recordar a sus visitantes, casi se atraganta. Les ofreció los últimos frutos que quedaban.

Uriel no se dignó rechazar la oferta. Wald negó con un leve gesto de cabeza.

—Se me baja el azúcar si no como a las horas debidas. Por suerte, ese tipo de hipoglucemia no es considerada una condición crónica.

—Asumo que alguna influencia tendrá. Si alguien puede lograr que no aparezca en la lista, es usted —sugirió Uriel. Jonas se sonrojó,

pero su respuesta no se hizo esperar.

—No, sargento. Esa decisión la toma la Academia. Aunque pertenezco a la Asociación, nadie está por encima de la ley. Los temas médicos les corresponden a ellos. Si mañana pusieran ese diagnóstico en el listado de condiciones crónicas, estaré seguro de que la decisión fue evaluada y consensuada por mentes brillantes, apoyadas en evidencia científica. Acataría la orden y me dejaría llevar al hospital más cercano por el CS designado. Estoy seguro de que usted haría lo mismo.

Uriel no manifestó opinión alguna sobre el comentario. El silencio se extendió tanto que Wald estuvo a punto de decir cualquier bobería con tal de romper el incómodo momento. Por fortuna, la voz de la computadora rompió el vacío acústico.

—Se fabricaron un millón trescientas treinta mil Tokarevs antes de ser reemplazadas por la Makarov en el año mil novecientos cincuenta y cuatro prepandemia. Aun cuando otros países siguieron produciendo copias, la huella balística obtenida de la muestra extraída del cuerpo de Johann Schneider sugiere una Tokarev original. Se encontró un registro compatible con la muestra evaluada, con un noventa y nueve coma siete por ciento de similitud.

—Bingo —dijo Jonas—. Es lo más cercano que obtendrán.

—La bala —continuó la voz— proviene del arma usada en el asesinato de Pablo Alemán, ciudadano de la antigua ciudad de Panamá, ahora parte de la zona A-Cuatro, en la noche del veintinueve de junio del dos mil sesenta prepandemia. El crimen se encuentra sin resolver.

—¿Veintinueve de junio? Esa fue la noche del caos. Ese crimen va a ser imposible de resolver —dijo Jonas—. Deben sentirse afortunados de que alguien se molestó en procesar la escena. ¿Y quién es Pablo Alemán?

Wald tampoco tenía idea de quién era la víctima, pero al volverse hacia su compañero, la interrogante se le trabó en la garganta. Uriel miraba a la computadora como si esperara escuchar algo más de

ella. Jonas le daba la espalda, así que no se había percatado de su reacción. Cuando advirtió la mirada de Wald, se acercó y le murmuró al oído:

—Salgamos de aquí. Tenemos que hablar.

* * *

Año 10 AL — 17 de abril

Rubén Ovalle cerró la llamada y resopló agotado. Hablar con Ana Paredes lo desquiciaba, pero era un mal que tenía que aguantar. No había muchos negocios para un detective en un mundo donde los criminales eran sentenciados a muerte. Bueno, no se podía decir que fuera del todo cierto. Simplemente dejaban de darles el SW, y que la naturaleza siguiera su curso.

La pantalla de su ordenador se encendió y desplegó la foto de Uriel Delgado, sargento de los CS. Su información personal estaba clasificada y, aunque conocía a alguien que podía ayudarlo, sus precios eran tan elevados que no valía la pena el esfuerzo. Los informantes, los hackers y otros individuos dispuestos a traspasar la delgada línea de la legalidad en beneficio de un par de billetes eran una especie en extinción. Nadie quería arriesgarse a terminar en las plantas de producción de SW. Si se jugaban el pellejo, cobraban de acuerdo con el peligro.

Si su madre lo pudiera ver en ese momento… Se la imaginó riéndose a mandíbula batiente.

«Te dije que estudiaras otra cosa. Ingeniería o medicina eran buenas opciones. Estarías forrado y no persiguiendo a cónyuges calenturientos por ahí mientras sus medias naranjas esperan recibir las malas noticias en forma de un mensaje de texto.»

Después de tantos años, la vieja iba a terminar teniendo razón. Debió haberlo adivinado. Esa mujer nunca se equivocaba.

«Deja de quejarte —refutó ella en sus recuerdos—. Ya hiciste tu cama, así que ahora te duermes en ella. No será ortopédica, pero no es un petate en el suelo.»

Cómo la echaba de menos. Una víctima más de los eventos que cambiaron el mundo. Su hipertensión no terminó cobrándose su vida, pero al final sí fue la razón de su muerte.

Una condición crónica. Una sentencia de muerte en un mundo que no se podía permitir personas enfermas. Recordaba sus tiempos de juventud deambulando por las calles, hablando con sus contactos y traficando información. Había lidiado con personas de toda calaña. Desde drogadictos que eran huesos envueltos en carne seca a vendedoras de frituras con sus redecillas de color negro y ropas que apenas lograban cubrir las lorzas que se escondían debajo. Conocían las calles y eran más fiables que una cámara a la hora de contarle los rumores que requería para hacer su trabajo.

Ahora los viejos barrios con casas a punto de caer habían sido reemplazados por urbanizaciones modernas. La población mundial se había reducido demasiado para permitirse el lujo de perder a más personas en un accidente o por mala higiene. La Asociación exigía a todo nivel, tanto individual como colectivo. Los encargados de las zonas eran responsables del bienestar de sus individuos y no había forma más segura de terminar en la habitación de un hospital, sin el suministro diario de SW, que ser el responsable de una muerte por negligencia.

Ya no había borrachines tirados en las esquinas, ni bares de mala muerte donde entrar garantizara perder algo en el proceso, ya fuera la vida, la cartera o la salud. Él había tocado y respirado cada uno de esos escenarios de miseria. Cómo echaba de menos los viejos tiempos.

Su atención regresó al rostro de Uriel Delgado. Ana todavía no lo sabía, pero lo había visto en dos ocasiones, aunque siempre de lejos. La primera vez que Ana le mandó la foto de la persona que quería encontrar, a él le pareció familiar. Tardó algunos días en recordar

por qué. Por suerte, guardaba todos los vídeos de los años prepandemia y, tras una búsqueda que le llevó varias horas, lo encontró.

Un hallazgo fortuito, fruto del seguimiento al doctor Ramiro Pascal, esposo de Jocy, su última cliente del viejo mundo. El buen doctor, ahora otro miembro de los CS, visitó un edificio de apartamentos en varias ocasiones, lo que llamó su atención. Pensó que podía ser otra amante, pero no había bolsillo que pudiera mantener a cuatro mujeres, por muy bien pagado que estuviera. Tenía que ser otra cosa.

Ninguno de los inquilinos de ese edificio llamó su atención. No había mujeres como a las que estaba acostumbrado el esposo de su cliente, así que decidió investigarlos a todos. En su momento no sabía quién era Pablo Alemán, pero su prontuario policial era tan largo que le extrañó que no tuviera un policía instalado en la entrada de su edificio. En una ocasión, lo vio salir de su coche acompañado de Uriel Delgado, situación que quedó grabada en vídeo.

Habría adorado ver la cara de Jocy Pascal cuando le contara la verdad. El descubrimiento de lo que hacía su esposo cuando iba a ese edificio hubiera sido un arma poderosa. Suficiente como para doblegarlo a su voluntad y conseguir lo que quisiera de él. Sin embargo, el virus egipcio llegó para dañar todos sus planes y la noche que todo se fue al carajo terminó su relación para siempre.

«Ya no es tu caso —se recordó—. Ahora trabajas para Ana Paredes.»

Miró la foto y una idea empezó a nacer en su cabeza. Todavía no sabía por qué Ana estaba interesada en él, pero considerando cómo se ganaba la vida antes y algunas cosas que descubrió escarbando en el pasado de su cliente, se lo podía imaginar. Tardaría un par de días más antes de decirle dónde estaba Uriel Delgado. Cobraba por horas y no podía hacerle saber que fue un trabajo fácil. Quería que siguiera pensando que era indispensable, por si necesitaba de sus servicios en otra ocasión.

Lo que hiciera con la información después no era su problema.

* * *

Año 10 AL — 17 de abril

Arthur Wald contempló en silencio el chorro de agua que salía de la fuente. Hacía frío, pero no tanto como para que el agua se congelara. Pocas personas caminaban por los predios a esa hora. Una suave brisa mecía las hojas y las ramas de los árboles cercanos. De haber podido elegir, habría planeado el viaje en mayo, cuando los tulipanes del parque florecían, pero considerando lo que le contó Uriel, los colores circundantes eran de una importancia menor.

—¿Y el bebé? —preguntó al final.

—Murió —aceptó Uriel sacudiendo la cabeza con pesar—. Una de las balas dirigidas a mí lo alcanzó. Tal vez su cuerpecito me protegió, pero prefiero no pensar en eso. Si comienzo a considerar que murió por mi culpa, me volveré loco en un par de meses.

—En cierta forma, es tu culpa. Lo sacaste de su unidad. Si lo hubieras dejado allí, no habría muerto de un disparo. Sin embargo —dijo al ver que bajaba la cabeza—, ninguno de los bebés que nació durante la pandemia sobrevivió, así que tu intervención no cambió gran cosa. No tengo la moral para criticarte. Yo tampoco he sido ni soy un santo. Las elecciones que hemos tomado, como personas y como sociedad, nos han traído aquí. Olvidemos el pasado y disfrutemos de esta segunda oportunidad que nos dio el universo.

Uriel no sabía cómo sentirse. Nunca había tenido un amigo. Las personas en su círculo cercano eran clientes, y algunas que entraban lo hacían por periodos muy cortos de tiempo, ya que eran blancos designados. Ni la pandemia ni su roce con la muerte lograron hacer gran mella en su forma de ver el mundo hasta que lo asignaron a

los CS y le pusieron a Arthur Wald de compañero. De no haber sido por su padrino, jamás lo habrían nombrado, pero él creía que tenía el potencial para ser mucho más que un simple matón. Se arriesgó a mentir para conseguirle el trabajo y por eso le estaría eternamente agradecido.

Lo que nunca se imaginó fue que Arthur Wald, el doctor con cara de adolescente y que le causó la impresión de que no duraría más de un mes en el puesto después de su primera persecución de una condición crónica, no solo superaría todas sus expectativas, sino que llegó a ocupar un lugar en su vida que pocas personas habían conseguido. Saber que no lo rechazaba por su pasado ni por los eventos de esa noche fue como quitarle un peso del pecho. Sin darse cuenta, en un gesto por completo involuntario, su labio se curvó en una incipiente sonrisa.

—Lo que no quita que todavía tenemos una pregunta que responder… —dijo Wald, ignorante del efecto que habían tenido sus palabras. Su mirada estaba puesta en una pareja con un niño pequeño que caminaba más allá de la fuente—. Si el asesinato de tu antiguo empleador tiene algo que ver con la muerte de Schneider.

—No creo. Pablo era un traficante de cierto peso en la ciudad, pero no tenía negocios fuera de ella. Schneider vivía del otro lado del Atlántico y no creo recordar que viajara a Panamá, mucho menos en la época de la pandemia. El arma se pudo perder la noche del caos y el futuro asesino obtenerla por pura casualidad.

—Cierto, pero es algo que tenemos que investigar. Si averiguamos quién mató a Pablo Alemán, podríamos tener una idea de la identidad del asesino de Schneider. ¿Recuerdas algo de esa noche?

—Apenas salí con vida —respondió Uriel—. Me dirigí al apartamento de Pablo con una herida en el brazo. No me di cuenta de cuánto sangré hasta que me desperté en el cuarto del padrino. Todo el evento está grabado en mi cabeza con una cámara de baja calidad.

Arthur se lo quedó mirando. Su expresión sugería que no se iba a escapar tan fácilmente.

—Bien, bien —aceptó al final—. Llegué al edificio y entré. Tenía una llave de la puerta principal, aunque no de su apartamento. Cuando llegué, recuerdo que la puerta estaba abierta. Pablo no me respondía y entré. Fue una suerte que el asesino no estuviera dentro. Me hubiera liquidado sin mayor problema.

—¿Pablo ya estaba muerto cuando llegaste?

—Sí, tirado en el piso, a unos metros de su bar. Tenía una herida de bala en el cuello. Por la cantidad de sangre, presumo que lo remataron en el sitio y se desplomó allí mismo.

—¿Qué hiciste con el bebé?

—Lo dejé en el piso, a sus pies —mintió. No quería reconocer que se había tropezado y que el cuerpo se le cayó de la mano. Que ver su ropa manchada de sangre, en parte suya, pero en parte del pequeño, hizo que se asustara como nunca en su vida. Que tropezó como un principiante y huyó como un cobarde.

—¿Notaste algo extraño? ¿Fuera de su lugar?

—Para nada, pero tampoco estaba prestando atención.

—Entonces necesitamos más detalles. Si alguien investigó lo ocurrido, puede ser que tengamos suerte y ya lo hayan digitalizado.

Se sentó delante del ordenador y tecleó con rapidez. El dispositivo debía de tener la capacidad de cumplir órdenes verbales, pero algunos se resistían a ceder todo el control a las máquinas. Otros, simplemente, lo hacían por la fuerza del hábito.

—Con la centralización, lo archivaron —dijo leyendo una página con el logo de la Asociación— y requiere confirmación presencial para retirarlo. Solo personal autorizado. Tendremos que ir en persona a buscar la documentación.

Siguió leyendo. Su dedo presionaba una tecla una y otra vez. De repente se detuvo sorprendido. Uriel captó el gesto por lo que era y se enderezó en su asiento.

—¿Qué pasó?

—Alguien ya lo pidió. El archivo de la investigación del asesinato de Pablo Alemán fue solicitado recientemente por Adriana Watson, de la Oficina para la Investigación de Casos Fríos de nuestra zona.

—Si no fuera porque estamos buscando el origen del arma, nadie sabría quién era él. Era un bastardo, sin familia y sin amigos. ¿Por qué ahora es tan importante, una década después de su muerte, abrir ese caso?

—Ni idea —dijo Arthur levantándose y guardando su teléfono—, pero creo que la respuesta puede ser muy interesante. Vamos a algún bar a pensar, mientras planeamos qué vamos a hacer. Todavía tengo derecho a mi copa del día y creo que la necesito.

Uriel no respondió. Imitó a su compañero y lo siguió.

Él también necesitaba un trago. Nada como remover los fantasmas del pasado para despertar una sed que ninguna cantidad de licor sería capaz de aplacar.

Capítulo 9

Teatralización

Año 10 AL — 18 de abril

Massiel salió del baño y tomó la toalla. Se secó lo más rápido que pudo, evitando en todo momento mirarse en el espejo. La superficie estaba empañada, el vapor generado por el agua caliente giraba en remolinos alrededor de su cuerpo, pero prefería no correr el riesgo. Le resultaba más fácil hacer su trabajo si no se veía antes de empezar la faena. Temía un día levantar la mirada y verse como se sentía por dentro y no como se veía por fuera. Si eso llegaba a pasar, estaba segura de que moriría, su corazón fulminado por el puro terror.

La pandemia cambió el mundo, pero la llegada del chip lo modeló. El sistema estaba diseñado para avisar de cualquier actividad que pudiera poner en peligro la vida del usuario. El alcohol estaba permitido de manera limitada, mientras que las otras drogas estaban prohibidas. Algunos medicamentos para el tratamiento de síntomas por enfermedades no crónicas, como el resfriado común, eran permitidos, pero no más de lo requerido por las regulaciones mundiales. Eso lo sabía y podía vivir con ello. Lo que no esperaba fue recibir una advertencia su segunda noche postimplante. Después de su tercer cliente, el chip le mandó un mensaje de advertencia. El sistema detectaba actividad física excesiva, más allá de lo esperado para el promedio de la población, y que de persistir podría requerir una evaluación por un miembro de la Academia. Una forma sutil de decirle que si no tenía una pareja estable que explicara la actividad

sexual excesiva, corría el riesgo de ser clasificada como un individuo de riesgo. Si la Asociación se involucraba, descubrirían en poco tiempo a lo que se dedicaba. La prostitución era uno de los empleos catalogados como ilegales bajo las nuevas reglamentaciones, ya que el riesgo de una enfermedad de transmisión sexual iba con el negocio. Sus últimos días los pasaría en la zona B-3, fabricando SW hasta morir.

Las pocas damas de compañía que conocía se sentaron una noche a considerar el tema y se pusieron de acuerdo. El esquema de trabajo fue diseminado de la manera más subrepticia posible. Las que no lo recibieron o acataron terminaron como se esperaba y jamás volvieron a saber de ellas. Las que aceptaron las cosas como iban a seguir plantearon las nuevas tarifas y horarios. No más de un cliente por noche. Menos oferta implicaba precios más altos y así lo defendieron a capa y espada.

La mayoría pensó que no funcionaría, pero, para su sorpresa, los clientes aceptaron y otros nuevos aparecieron. La única forma de reducir las posibilidades de una condición crónica era mantenerse saludable, lo que implicaba perder muchos placeres conocidos. La mayoría podía tolerarlo por un tiempo, pero tarde o temprano trataban de encontrar una alternativa. El sexo clandestino se volvió moneda de intercambio, disfrazado de relaciones consensuadas de corta duración. El chip no podía distinguir con quién se tenía relaciones y, en opinión de ellas, era mejor no jugar con su buena suerte. Si la Asociación se enteraba, eran capaces de enviar una modificación al programa, disfrazada de actualización obligatoria, y empezar a controlar hasta ese detalle. Si ese día llegaba, la única forma que algunas de ellas tenían de ganarse la vida se iría al traste.

La pobreza no era una condición crónica, pero la desnutrición asociada sí. En diez años habían desaparecido los guetos, las favelas y cualquier variante de los arrabales marginales de su adolescencia. Ahora barriadas higiénicas y ordenadas según los lineamientos de la Asociación ocupaban esos terrenos. Con un Gobierno centralizado, enfocado en mantener la salud y el orden por encima de todo, los recursos alcanzaban para cumplir el cometido. Hubiera adorado tener un sistema de recolección de basura, como los camiones manejados por robots de los tiempos modernos. Encontrar un

pedazo de papel en la calle era la excepción a la regla, principalmente porque ensuciar la vía pública atentaba contra la salud colectiva.

Las nuevas generaciones vivían en un paraíso. Uno que escondía, en el fondo, todo el fuego del infierno. Vida sana a expensas de libertades que nunca conocerían, pero que su conciencia les pediría sin saber qué necesitaban. Emociones de alguna manera ausentes en la estéril existencia que un virus los obligó a aceptar.

Ella era una de esas rutas de escape. Apenas legal, pero aún accesible; y mientras lo fuera, tendría trabajo.

Se peinó lo mejor que pudo, dejando que su cabello se secara al aire libre. Con la toalla envuelta alrededor del cuerpo, abrió la puerta del baño y salió al amplio dormitorio. La ventana daba a la bahía. A lo lejos, el perfil de la zona delimitado por las luces de decenas de edificios y antenas. En el mar, algunos botes y barcos se mecían con las olas bajo un cielo estrellado. Una noche tranquila que invitaba a estar en la calle, a recorrer los restaurantes y bares de la costa, dentro de los límites impuestos por el chip, por supuesto.

Encendió su teléfono y vio que era casi la una de la mañana. Su cliente estaría pronto a llegar, lo que destruyó cualquier ilusión de escaparse un rato y disfrutar del aire marino.

«Mejor —pensó sentándose en un sofá de la sala. Estiró la mano para tomar una botella de vino, pero se contuvo—. Tu último control de colesterol estaba cerca de ciento noventa. Debes bajar la grasa por un tiempo. Si te pasas de doscientos, sabes que estarán vigilándote.»

Miró la botella y suspiró.

«Y no puedes tomar más el día de hoy. Tendrás que esperar hasta las seis de la mañana para que se reinicie el sistema.»

De haber pasado algo así, en cualquier otro momento, las calles estarían llenas de cuerpos, la sangre mezclándose con la gasolina de los vehículos destruidos o en llamas. Si había algo que la raza humana no toleraba era que alguien les dijera qué sentir o hacer.

«No te preocupes —le dijo Anastasia en sus recuerdos—. Llegará el momento. No lo dudes. No puede durar toda la vida. El futuro no puede ser esto.»

Anastasia. Cómo echaba de menos a esa loca. La única persona que pudo llamar amiga antes de que todo el mundo se volviera una versión surreal de su pasado. Que, en medio de una revolución popular propulsada por el miedo, no le importó nada, se subió en un coche y condujo por calles atestadas de locos y criminales tan solo para darle una paliza a Pablo por haberse atrevido a ponerle la mano encima.

Como pasaba cada vez que recordaba a su amiga, sintió sus ojos humedecerse. Esta vez no lo cortó. Permitió que la tristeza siguiera su curso y las lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

—Siempre te amé, ¿sabes? —dijo en voz alta, como si ella estuviera a su lado—. No podía decírtelo, porque en el barrio nos hubieran hecho la vida imposible. Ser llamada tortillera hubiera sido el menor de mis problemas. No podía arrastrarte al lodo. Si hubieras aceptado, si mi amor hubiera sido correspondido, tú pagarías las consecuencias. No podía permitirlo y preferí no saber qué pensabas. Así conservaba la ilusión de la posibilidad.

Sueños de opio que desaparecieron tras el sonido de un disparo.

¿Qué le quedaba después de perderlo todo? Se ganaba la vida vendiendo su cuerpo a los que pudieran pagarlo, pero no sentía nada. Por suerte, la homosexualidad no estaba prohibida. Aunque se rumoreaba que ese punto había sido causa de una extensa discusión entre la Academia y la División, al final prevalecieron los principios médicos sobre los morales. Ninguna forma de inclinación sexual era peligrosa o ponía en riesgo a los seres humanos. La estabilidad emocional era indispensable para el adecuado funcionamiento de la sociedad y la liberación de toda forma de restricción social o legal permitió a cientos de personas en todo el mundo admitir quiénes eran en realidad. Ella fue una de las primeras en aceptarlo y en diez años, desde que la comunidad LGBTQ pasó de ser estigmatizada a aceptada, había tenido un par de parejas. Al final, las dos se alejaron de su vida. Podía mentirse y decir que esas relaciones no habían funcionado por culpa de ellas,

por no aceptar su línea de trabajo. La realidad era más sencilla. Era difícil tener una relación estable a la sombra de un fantasma.

Era mejor así. Tenía un apartamento confortable, un negocio que le permitía vivir holgadamente y los recuerdos de lo que pudo ser.

—Si estuvieras aquí —dijo a la sombra de Anastasia—, todo sería diferente. Tú me aceptabas como era y yo te quería.

Su teléfono sonó. No tuvo que responder. Era el aviso de que el cliente había llegado al vestíbulo. No tardaría en subir.

—Debí morir yo esa noche, no tú. El mundo sería un mejor lugar contigo en él. No es justo.

«La vida no es justa —respondió Anastasia con el tono burlón que usaba cuando se ponía filosófica—. Si lo fuera, ¿para qué vivir? No habría por qué pelear. Qué aburrido.»

El timbre del apartamento sonó. Massiel se levantó, se aseguró de que su toalla estuviera en su lugar, por lo menos por el momento, y se encaminó a la puerta. Cuando la abrió, un hombre vestido con un traje elegante esperaba a unos pasos. Sus ojos recorrieron su cuerpo de los pies a la cabeza. Sus miradas se cruzaron y ella sonrió.

—Eres un oasis para un hombre cansado, ¿lo sabías?

—Solo para usted, doctor Pascal. Solo para usted.

* * *

Año 10 AL — 18 de abril

—Ha sido un buen día —dijo Luca—, pero viene el fin de semana y saben que siempre tenemos más trabajo. Las necesito descansadas y saludables. A ver, Marco, procede.

El ayudante de Luca se acercó a la primera de ellas y estiró la mano. En su palma cayó una pequeña píldora de color blanco. Ella se la puso en la boca y la ingirió con un poco de agua de una botella. Al terminar, sacó la lengua y Marco la tomó por la mandíbula. La giró de izquierda a derecha y, satisfecho de verificar que se había tomado su dosis, la soltó y siguió con la siguiente.

María Luisa tenía que aceptar que era un buen método. Solo le daban una pastilla al día para evitar que intentaran escapar, y se aseguraban de que se la tragaran cuando se la daban para evitar los intentos de suicidio. De esa forma las mantenían controladas y vivas, para seguir produciendo dinero.

Ninguna de ellas tenía el famoso chip que el resto del mundo estaba obligado a llevar, pero no era necesario. Ellas no existían y el SW se lo conseguía Luca de contrabando desde la fábrica, donde él era el encargado de custodiar la producción. Eran unas pocas pastillas al día, así que nadie se daba cuenta. Lo suficiente para mantener el prostíbulo en funcionamiento.

No pudo evitar jugar a las adivinanzas y tratar de determinar quién de ellas era Mila. Estaba casi segura de que era la última. Era hermosa, de piel blanca y cabello caoba claro. Sus ojos parecían azules, pero a esa distancia no estaba segura. No parecía una inmigrante de Europa del Este ni tenía aspecto de haber tenido un pasado escabroso, como muchas de ellas. Era casi elegante, una peculiaridad que no le habían arrebatado a pesar de lo que las obligaban a hacer todos los días. Para su mala fortuna, eso la hacía muy popular.

Lo que era bueno para Luca era terrible para ellas.

El proceso siguió hasta llegar al final. Cuando todas tomaron su pastilla, las escoltaron de vuelta a sus cuartos. Les darían tiempo para descansar y bañarse. Al caer el sol, empezarían a llegar los clientes. Luca debía de estar extasiado. El negocio iba en aumento. Escuchó a Marco comentar que tenían una lista de espera. Tanto hombres como mujeres, algo que tampoco era habitual.

—Es la falta de estímulos —le dijo Mila cuando estuvieron solas en sus habitaciones—. Las drogas están prohibidas, el alcohol solo se

puede ingerir en pequeñas cantidades y el sexo se limita a relaciones estables. Nada de deportes extremos o situaciones que puedan ponerte en peligro. La humanidad es como una guardería y los de la Asociación son los únicos adultos. Para personas que estaban acostumbradas a hacer lo que les daba la gana, el mundo moderno es insípido.

—¿Qué dices? ¿Que buscan emociones fuertes porque ya no las tienen en su vida?

—Algo así. Cada vez los clientes son más exigentes y violentos. Más agresivos. Me enteré de que algunos han pedido permiso para golpearnos. Luca no lo ha permitido, pero pronto verá las ventajas de complacerlos. Empezarán a cobrar por el privilegio de hacer con nosotras lo que quieran y entonces estaremos en serios problemas. Alguien llegará sediento de sangre y no se detendrá a tiempo. Pagará una multa, pedirá disculpas y eso será todo.

María Luisa no quería aceptarlo, pero su análisis sonaba lógico. Hablaron un rato más, se despidió de su compañera de infortunio y se echó a dormir. No era el momento de preocuparse. En su opinión, todavía estaban lejos de ese punto de inflexión.

No podía estar más equivocada.

* * *

Año 10 AL — 18 de abril

Contempló la caja fuerte vacía casi con pesar. Ser uno de los pocos individuos en todo el planeta con un arma de fuego le propició un placer casi orgásmico mientras la tuvo en su poder. Sabía que tarde o temprano todo terminaría, pero sospechar algo y vivirlo eran dos emociones muy diferentes.

Se sirvió una copa de vino y aspiró el aroma con placer. Era su primera del día y la que más disfrutaba. Desde hacía más de una década solo lo tomaba blanco. El tinto le recordaba demasiado su pasado.

Fue un idiota. ¿Por qué tratar de alejarse de quien era en realidad? Tras matar a Schneider y a Akigusa, la adrenalina que circuló por su cuerpo fue como ese primer trago después de un largo periodo de abstinencia. Las manos le temblaban, pero no de miedo o por temor de ser capturado. Esta vez las cosas eran diferentes.

Estaba en absoluto control y protegido. El plan se ejecutó con la precisión requerida. Los CS jamás descubrirían la verdad. Eran burócratas que estaban en ese puesto por ser médicos o tener algún conocimiento o contacto en la División. Ninguno de ellos vería lo evidente y el crimen quedaría como muchos otros magnicidios.

Nadie podría negarlo. Schneider fue el rey del nuevo mundo. El conquistador del virus egipcio. El que tuvo las pelotas de hacer lo correcto, pero el tiempo lo volvió blando. Ya no había correctos o incorrectos. El camino era uno solo y salirse del mismo era volverse enemigo de la humanidad.

Estuvo a punto de rechazar la oferta, pero su empleador le mostró la verdad. Le quitó la venda de los ojos y le enseñó quién era en realidad el doctor Schneider. Alguien a quien el puesto le había quedado grande.

El mundo iba por buen camino. Las personas eran felices por primera vez en siglos. Trabajaban y prosperaban. Cuando estaban libres, iban al cine, disfrutaban de una buena obra de teatro, bailaban y reían. Diversión saludable sin excesos. No más padres recibiendo esa llamada a las dos de la mañana desde un cuarto de urgencias, informándolos de que un hijo había muerto en un accidente de tráfico por culpa de un conductor borracho. Ninguna madre debería pasar por eso, pero ¿cómo hacerle comprender a la juventud que beber era peligroso?

Dios lo sabía y encontró la solución. Una que se cobró muchas vidas, pero salvó diez veces más en el proceso. Si para proteger el plan de Dios y el nuevo orden tenía que volver a matar, que así

fuera.

Se llevó la copa llena de vino a los labios.

¿Por qué poner en peligro todo por la verdad?

* * *

Año 10 AL — 18 de abril

—No quedan muchos lugares por revisar —advirtió Ramiro. Tato se alzó de hombros y apagó el coche.

—Si mi idea no funciona, el próximo plan es tuyo. Tranquilo.

Ramiro torció los ojos en respuesta antes de bajarse del vehículo. La idea era lógica. Fijarse en el GPS del coche que usaron Schneider y Akigusa y visitar todos los sitios donde hicieron alguna parada. Ya habían pasado por un bar y una farmacia. Entre las pertenencias de Akigusa encontraron unas pastillas para la alergia, lo que explicaba la segunda parada. Sus DRI reportaron niveles de alcohol, pero dentro de los niveles permitidos por las regulaciones. Después de ir a la farmacia tomaron una autopista cercana y terminaron en el edificio que se erguía delante de ellos.

La Universidad de Medicina de la zona A-4 ocupaba varias manzanas en lo que una vez fue un barrio exclusivo a más de media hora del hotel. Las otras paradas tenían sentido, pero esa no, considerando la hora a la que llegaron a los predios de la universidad. Qué hicieron allí no tenían forma de saberlo, pero estuvieron más de cuarenta minutos en el lugar. Al salir fueron a una distribuidora de hidrógeno y luego directo al hotel y a la habitación donde se toparon con su asesino.

Ramiro recordaba sus días en la Facultad de Medicina y, en su momento, llegó a pensar en esos años como una condena que había

que cumplir para poder optar por la libertad de estudiar lo que realmente le apasionaba. Lidiar con la vida y la muerte en su momento más álgido. Aceptó las asignaturas que consideró pérdidas de tiempo con el estoicismo que requerían las circunstancias, a sabiendas de que el premio lo valía.

Esos días habían terminado. Considerando lo que los estudiantes de medicina modernos tenían que soportar para graduarse, su vida fue un paseo. Las exigencias de la Academia eran dignas de un cuartel espartano. Tenían una sobreoferta de aspirantes, así que podían darse el lujo de escoger a los mejores.

Como le dijo un profesor el primer día de clase, no todos pueden ser médicos.

Entraron en la universidad y sintieron la tensión en el ambiente. Las bancas estaban ocupadas por jóvenes vestidos con batas blancas, un uniforme que solo ellos tenían permitido usar. Otras profesiones podían usar batas, pero de cualquier otro color. Las blancas eran para los médicos.

—Parecen estar algo estresados —susurró Tato. Una joven, no podía tener más de veinticuatro años, lo escuchó y le lanzó una mirada llena de tanto odio que aceleró el paso para alejarse de ella. Ramiro sonrió, pero se abstuvo de comentar.

—Escuché por allí —presionó Tato— que la carrera de medicina es una de las que tiene las tasas más altas de suicidios. ¿Eso no va en contra de todo lo que tratamos de hacer? ¿Entrenamos a los mejores médicos, garantizando atención de calidad para la población, a expensas de perder a varios en el camino por su propia mano?

Ramiro no redujo el paso, pero miró de soslayo a su compañero antes de hablar.

—Ante los ojos de la Academia, un estudiante que no tolere la presión no debe ser médico. A todos se les hace un riguroso panel de pruebas psicológicas antes de aceptar su solicitud. Los que entran al primer año tienen consejería psicológica las veinticuatro horas del día. Presencial y virtual, hasta el día que se gradúen. La salud mental es indispensable para la Academia, pero no puedes hacer

una omelette sin romper un par de huevos.

—Sonaste tan viejo, compañero. Mis profesores de secundaria solían decirme lo mismo.

—Los míos también —aceptó Ramiro con un suspiro cansado. Sus ojos divagaron por los diferentes pabellones distribuidos por los predios, a la sombra de frondosos árboles. Todos estaban ocupados por las tropas vestidas con sus batas blancas. Cada uno de ellos tenía una tableta en la mano. Sus dedos se deslizaban sobre las superficies digitales, pasando páginas o artículos. La Academia no buscaba robots. Quería mentes críticas, capaces de tomar decisiones vitales en cuestión de segundos. Si en el proceso sus vidas eran un infierno, que así fuera. Lo único que importaba, la ley suprema, era el primer artículo de la Constitución Mundial: «La salud es el bien más preciado de la humanidad y debe prevalecer por encima de los intereses personales de sus individuos».

Salieron de los jardines de estudios y subieron unas sobrias escalinatas. El vestíbulo era amplio, con un techo alto que permitía la circulación del aire natural. En las paredes laterales, efigies de los más grandes científicos. No los clásicos, que a él le enseñaron en la Escuela de Medicina. Los que se jugaron la vida en aras del conocimiento. Marcelo Malpighi, Johann Wirsung, Miguel Servet, Andreas Vesalius y Rhazes. Solo algunos de los nombres colocados en filas a ambos lados, para que todos los estudiantes pasaran delante de ellos al entrar o salir de la universidad.

Un recordatorio permanente de los estándares a los que debían aspirar.

—Buenos días —dijo en la entrada el secretario, cuyo trabajo incluía vigilar que los estudiantes llegaran a las horas establecidas. Llegar tarde a una sesión era causa de expulsión inmediata, sin importar las excusas. Si alegabas enfermedad, debía ser grave para que tu incapacidad fuera válida.

—Buenos días —dijo Ramiro, sacando su tarjeta de identificación como un CS. Tato, a su lado, repitió el gesto. El secretario, que hasta ese momento los miraba con aburrida indiferencia, se irguió en su puesto con los ojos abiertos hasta los límites impuestos por los

músculos de su rostro.

—Doctor Pascal, sargento Delgado. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Estamos encargados de la investigación de los asesinatos del doctor Schneider y del coronel Akigusa. Tenemos entendido que ellos estuvieron aquí la noche del catorce de abril.

El secretario —una placa en su bolsillo lo identificaba como Elbis Porras— abrió más los ojos, algo que Tato pensó imposible en ese punto. Con un gesto les indicó que esperaran y concentró su atención en la pantalla que tenía montada en el mostrador. En cinco segundos levantó la cabeza, sorprendido.

—Tienen razón. No los recibí yo, sino mi compañero Ariel. Dice el registro que fueron a visitar al doctor Jorge Atero.

—¿Dan clase a esa hora? ¿Eran las diez? ¿Once de la noche?

—Llegaron a las diez y treinta y seis de la noche. En respuesta a su pregunta, el doctor Atero no da clases. Es uno de nuestros investigadores más reconocidos. Denme un segundo para ver si se encuentra en el laboratorio.

Tato y Ramiro se mantuvieron en su puesto, cada uno calibrando los detalles que les interesaba preguntar al doctor. Cuando Porras carraspeó, algo en su postura los puso en alerta.

—¿Qué pasó?

—Aquí está el registro de salida del doctor Schneider y del coronel Akigusa, a las once y veinte de la noche del jueves catorce. Él se retiró a las once y cincuenta y seis de la noche y volvió a marcar su entrada a las siete y un minuto de la mañana del quince de abril, pero no tengo registrada la salida de ese día. En el fin de semana no hay clases, así que nadie entra en la universidad, pero los docentes que quieren hacer algo o adelantar trabajo tienen que marcar con su chip para que las puertas se abran. Tanto para entrar como para salir, y eso siempre queda registrado.

—Necesitamos entrar y ver el laboratorio del doctor —dijo Tato algo incómodo—. Fue una de las últimas personas en ver al doctor

Schneider vivo.

El secretario no se hizo de rogar. Les abrió la puerta y los acompañó por un largo corredor de paredes de vidrio. A cada lado, salones ocupados por estudiantes. Sus ojos, puestos en el preceptor o en la pantalla en la que proyectaba los conocimientos que trataba de pasarles. Sus miradas ansiosas las conocía muy bien, solo que ahora no las veía en unos pocos alumnos, sino en todos. Unas ansias salvajes de ser los mejores.

A pesar de lo que pensara Tato, era necesario. La medicina no podía permitirse estudiantes mediocres. Por años se quejó de la calidad de los discípulos que les llegaban de las diferentes facultades de medicina. Ahora el menos preparado era una fuente de conocimientos y, si no se aplomaba, el sistema se encargaba de enterrarlo.

Era lo mejor.

Al final del pasillo, una puerta de vidrio oscuro se abrió al acercarse al sensor. Tallado en el vidrio esmerilado se leía «Laboratorio de investigaciones».

—¿Doctor Atero? —dijo el secretario en la entrada. Dio un par de pasos y repitió la pregunta. El extenso salón parecía en uso. Algunas máquinas parpadeaban, sus circuitos procesaban o controlaban parámetros de una manera continua. Varias pantallas estaban en proceso de reposo, imágenes de campos con estrellas o paisajes iluminaban algunos metros a su alrededor.

Tato pasó al lado del secretario. Ramiro hizo lo mismo por el otro lado. Se adentraron en el salón, sus manos apoyadas en sus AX-3, listos a disparar en caso de ser necesario. El silencio se sentía como una entidad omnipresente, quebrado ocasionalmente por algún pitido o gruñido proveniente de las máquinas.

—Tal vez está en su oficina —sugirió Porras, señalando con timidez una puerta a su derecha. Ramiro, por ser el más cercano, se acercó y golpeó la puerta con delicadeza. Después, con algo más de fuerza.

—¿Puede abrir la puerta? —le dijo a Porras, quien se acercó. La

plancha de vidrio reconoció el DRI del secretario y se deslizó, revelando el interior de la oficina.

Porras lanzó una mirada y se volvió con rapidez. La arcada de vómito salpicó una mesa cercana.

—Rayos —murmuró Tato al estudiar la escena—. Este caso no me gusta.

Ramiro asintió y sacó su teléfono para pedir que enviaran una unidad de la morgue judicial. En estos tiempos modernos eran poco solicitados, por lo que irían en un santiamén, emocionados por tener algo que hacer.

El cuerpo del doctor Jorge Atero estaba tirado sobre la silla de su oficina, la cabeza colgaba a la derecha. Una herida en el mentón y las manchas de sangre en la pared, justo detrás, iban acordes con la pistola que aún sostenía entre los dedos.

Capítulo 10

Ciclo de decisión

Año 10 AL — 19 de abril

—Es perfecto —dijo Ramiro—. ¿Por qué no pueden aceptarlo?

Uriel se mantuvo impávido ante la pregunta, como si estuviera de más. Arthur, a su lado, terminaba de leer los documentos relacionados con el suicidio del doctor Atero y el informe del forense.

—No puedo negar que es bastante convincente —aceptó, colocando los papeles sobre su rodilla.

—¿Pero? —preguntó Tato.

—No hay pero —insistió Ramiro. Se acercó a Arthur y le quitó los papeles—. Schneider y Akigusa mueren a las dos y diez de la mañana, con diferencia de unos pocos segundos. Esa es la hora en que sus chips dejaron de recibir la señal de sus signos vitales, así que el dato es fiable. Sabemos que la última persona con la que se reunieron fue el doctor Atero y no fue una visita casual, considerando la hora y el tiempo que duró la reunión, más de cuarenta minutos. El doctor Atero salió de su laboratorio antes de medianoche, así que tuvo tiempo de sobra de llegar al hotel. A la mañana siguiente regresa a la universidad, se encierra en su oficina y se mete un tiro.

Pasó las páginas y al encontrar la que buscaba, se la volvió a pasar

a Arthur.

—Y como cereza en el pastel, Ustinov nos confirmó que las balas que mataron al doctor Schneider y al coronel Akigusa venían del arma que tenía en la mano y que usó para suicidarse. Una Tokarev TT-Treinta y tres, justo como la que estábamos buscando.

Ramiro los miró expectante. Al ver que ni Uriel ni Arthur decían palabra, alzó los hombros exasperado.

—¿Qué? ¿Cuál es el problema?

—Es demasiado… perfecto —dijo Arthur.

—¡Exacto! ¿Qué tiene de malo?

—Quedan muchas preguntas por responder, eso es todo —dijo Uriel —. Creemos que sería bueno responderlas antes de considerar cerrado el caso.

—¿Puedes creer esto? —dijo Ramiro mirando a Tato, que, cerca de una ventana, miraba al exterior, evitando intervenir hasta ese punto. Al sentirse aludido, miró por encima del hombro. Primero a su compañero, luego a Uriel. Por último, casi para completar algún patrón de observación, a Arthur. Sin detenerse demasiado tiempo en él, volvió su atención a Ramiro, que esperaba lo apoyara ante el peso de la evidencia.

—Ellos tienen un punto —dijo Tato.

Ramiro se quedó sin habla. Cuando pudo recuperar la capacidad de comunicación, se acercó unos pasos.

—¿En serio? ¿No piensas que es suficiente?

—Es suficiente para cerrar el caso, pero quisiera que todas las piezas encajaran y algunas…, bueno, no parecen formar parte de este rompecabezas.

Ramiro se mantuvo en silencio un segundo antes de suspirar. Se dio la vuelta, se sentó en una silla y se cruzó de piernas.

—Que no se diga que no acepto sugerencias o críticas. A ver, empecemos contigo, Arthur. ¿Qué te gustaría saber?

—¿Cómo llegó el doctor Atero al hotel? El GPS de su coche dice que fue de la universidad a su casa.

—Se pudo ir caminando. Su residencia está a menos de quince minutos del hotel.

—Puede ser, pero entonces, ¿por qué nadie lo vio entrando al Atheneum? No sale en ninguno de los vídeos de vigilancia, en ninguno de los pisos ni en el vestíbulo. Ninguno de los empleados que estaban de turno esa noche recuerda haberlo visto.

—Eso es más difícil de explicar, pero hay formas de conseguirlo.

—Finalmente, ¿cómo entró en la habitación de Schneider? Dijimos que nos enfrentábamos a un misterio de cuarto cerrado y no lo hemos resuelto. Sin eso, siento que estamos dejando algo fuera.

Ramiro asintió. Su rostro evidenciaba con sutileza la contradicción entre lo que creía y las dudas que planteaba su colega. Desvió la mirada a Uriel.

—Su turno. ¿Qué estamos dejando fuera?

—La Tokarev —respondió Uriel—. ¿Cómo la consiguió Atero? ¿Qué relación tiene con Pablo Alemán?

—¿Pablo Alemán? —preguntó Tato dándose la vuelta—. ¿Qué tiene que ver Pablo Alemán con todo esto?

—¿Usted lo conocía? —dijo Arthur.

Tato miró a Uriel, inseguro de qué decir. Uriel asintió.

—No en persona, pero sabía de su existencia. Una mala persona. Hasta los huesos. Narcotraficante, extorsionista y bravucón de mala muerte. Vuelvo a preguntar. ¿Qué tiene que ver con nuestro caso?

Ni Arthur ni Uriel respondieron. Ambos miraban a Ramiro extrañados. Se veía pálido y, bajo la luz natural del exterior, su piel

aparentaba estar hecha de cera. Sus ojos, clavados en Uriel; sus labios, temblorosos, como si tuviera frío.

—¿Qué pasó, compañero? —preguntó Tato—. ¿Te sientes bien?

—Pablo Alemán —murmuró—. No escuchaba ese nombre desde hacía mucho tiempo.

—¿Qué? ¿Lo conocías? No te hacía por un tipo que se mezclara con individuos de esa calaña.

Su mirada era casi suplicante al responder.

—No soy un santo. No solo ahora: antes de la pandemia, mucho menos.

—¿Le comprabas drogas? —preguntó Uriel, captando de dónde venía su reacción. Nunca lo llegó a ver mientras estuvo al servicio de Pablo, pero era posible. Su antiguo jefe prefería recibir a ciertos clientes en privado.

Ramiro dudó unos segundos antes de aceptar con un cabeceo.

—Llevo diez años sin consumir, una de las pocas ventajas que tuvo la pandemia en mi vida. La noche del caos fui a su apartamento a buscar un… pedido de última hora.

—¿Recuerda la hora? —preguntó Uriel poniéndose de pie.

—¿Por qué? ¿Qué importa?

—Yo lo vi esa noche, pero ya estaba muerto. Alguien le disparó.

—¿Tú? ¿Tú conocías a Pablo?

—Sí —dijo Uriel sin bajar la mirada. Igual que Ramiro, ya había hecho las paces con su pasado y no pensaba avergonzarse por lo ocurrido mientras estuvo a su servicio—. Fui su guardaespaldas varios años. Esa noche me mandó a una misión delicada y digamos que terminé en medio de un tiroteo. Me hirieron y hui a su apartamento. Cuando llegué, ya estaba muerto. No recuerdo bien qué pasó después, pero mi instinto de conservación me llevó a la

casa de mi padrino, aquí presente. Fue él quien me salvó la vida.

—Siempre le dije que ese individuo era una mala espina. Nunca me hizo caso.

—¿La hora? —insistió Uriel.

Ramiro cerró los ojos y se frotó las sienes con los dedos.

—El mundo es un pañuelo —musitó. En voz alta dijo—: La hora. Debo de haber llegado como a las nueve de la noche. No tardé mucho tiempo. Recogí mi mercancía y me fui. Tenía mis propios asuntos que resolver en casa.

—Espera —dijo Tato, recordando la historia que en algún momento le había contado bajo el efecto de uno o dos vasos de vino—. ¿Esa no fue la noche que tu esposa… desapareció?

Ramiro asintió.

—Lo siento, señor —dijo Arthur—. No sabía.

—Dejé el pasado atrás, como el resto del mundo. Mi esposa y yo teníamos problemas. Si no hubiera sido la noche del caos, me habría dejado en otro momento. No se lo cuento para que me tengan lástima. Se lo digo porque, si de verdad piensan que es algo importante, la verdad saldrá tarde o temprano y no quiero aparecer en su lista de sospechosos. Llegué, vi a Pablo y lo dejé con vida en la sala de su apartamento, limpiando esa estatua que tanto apreciaba.

—¿El maldito fénix? —dijo Uriel.

—Ese mismo. ¿Alguna vez te contó su historia?

—Dejen ese tema para otro día —cortó Tato—. Quiero regresar al asunto en cuestión. ¿Por qué este súbito interés en Pablo Alemán?

—La Tokarev que mató a Schneider fue usada en el asesinato de Pablo Alemán. Por lo menos eso fue lo que lanzó el análisis del escáner de Jonas, el de la Asociación. Íbamos a revisar el archivo del caso, pero lo tienen custodiado en la Oficina de Investigación de

Casos Fríos de esta zona. Esta tarde tenemos una cita con Adriana Watson, la encargada.

—¿Quién estaría interesado en reabrir ese caso?

—Eso es lo que queremos saber, señor.

—Bien, vale. La persona que mató a Pablo Alemán, en algún momento, le vendió la Tokarev al doctor Atero, o le llegó por medio de algún intermediario. También podría ser que Atero matara a Pablo, pero lo veo poco probable.

—Poco probable no es imposible —dijo Uriel.

—Es cierto, pero creo que Ramiro tiene razón. Atero mató a Schenider y a Akigusa y luego se suicidó. Sin embargo, quedan muchas dudas por resolver. Primero, ¿por qué Atero guardaría un arma ligada a un asesinato? Todas las armas entregadas fueron destruidas sin investigar su pasado, como parte de la amnistía. Era la forma más fácil de deshacerse de una evidencia incriminatoria y quedarse con ella eran ganas de buscarse una sentencia de muerte. Si la compró o la encontró después, ¿por qué la guardó? ¿Pensaba usarla? ¿Coleccionaba artículos del pasado? ¿Era un adicto al peligro?

Se frotó la barbilla pensativo.

—Otra cosa. ¿Cómo se cometió el crimen en el hotel? El asesino entró y salió sin aparecer en ninguno de los vídeos de vigilancia. A menos que queramos empezar a aceptar la posibilidad de fuerzas sobrenaturales en juego, tiene que haber una explicación. Vamos a dividirnos el trabajo. Ustedes se encargan del ángulo del cuarto cerrado. Nosotros —dijo señalando a Ramiro—, del de Pablo Alemán.

—¿Piensas que no seré objetivo? —preguntó Uriel. Sus ojos parecían brillar con una furia controlada que Arthur conocía muy bien, solo desplegada cuando cazaba a un SEC—. ¿Que no puedo manejar el caso de Pablo?

—No, muchacho —dijo Tato, torciendo la boca, tan molesto como

su ahijado—. Porque el caso del cuarto cerrado requiere imaginación y esa es una cualidad propia de la juventud, no de los viejos.

—¿A quién le dices viejo? —dijo Ramiro—. Habla por ti la próxima vez.

—Eres tan viejo como yo, así que no trates de esconder tu edad. Acéptalo y pongámonos a trabajar.

Uriel no aparentaba estar convencido. Tato lo ignoró y se acercó a su escritorio para sacar sus documentos y su arma de servicio.

La pantalla de su ordenador se encendió y la voz de la recepcionista inundó la oficina.

—Sargento Delgado, hay una joven aquí esperándolo. Es la tercera vez que viene y le urge hablar con usted.

—Estamos ocupados con un caso. No podemos…

—Es la señorita Akane Nakahara. De la Asociación.

—¿De la Asociación? ¿Qué quiere de mí? No importa. Hazla pasar.

Al darse la vuelta, Uriel miraba al piso y Arthur había desarrollado un poderoso interés en la tapicería del sofá.

—¿Qué saben de todo esto? Se les ve la culpabilidad en el rostro.

—Nada, nada —dijo Arthur apresurado. Su propia voz le sonó extraña al agregar—: Es que, cuando estuvimos en el Departamento de Informática de la Asociación, Jonas nos indicó que, al regresar, nos podríamos topar con la señorita Nakahara al llegar. Quería hablar con los encargados del caso del coronel Akigusa.

—Ella mejor que nadie sabe que la Asociación no tiene injerencias en los asuntos de los CS, a no ser que no estemos haciendo nuestro trabajo. Es uno de los pilares fundamentales del nuevo orden. ¿No conoce el concepto de separación de poderes? Se va a enterar si se atreve a meter algo que suene a política en esta investigación.

—Es más personal, padrino —dijo Uriel, quien decidió dejar de estar molesto al darse cuenta de que también a él se le había olvidado el mensaje—. Es la sobrina del coronel Akigusa.

—¿La sobrina? Eso no lo hace mejor, pero si viene en son personal, es su derecho constitucional cuestionarnos tanto como quiera. Ya que se les pasó darme un mensaje tan importante, me parece que lo correcto es que hablen con ella y le cuenten cómo vamos.

—No, padrino —dijo Uriel—. La información debe venir de primera mano y ustedes son los encargados. Además, hace un rato argumentabas que, por ser más viejos, sois más sabios. Más prácticos. Esta es una situación que merece ese toque profesional digno de un sensei.

—Nosotros nos pondríamos imaginativos —siguió Arthur levantándose e indicándole a Uriel que lo siguiera fuera de la oficina antes de que llegara la visitante— y eso podría dar una mala impresión. Estoy de acuerdo con Uriel. Ustedes son perfectos para el trabajo. Además, le puedes decir a un miembro de la Asociación que el crimen de nuestros más reconocidos líderes está a punto de ser resuelto. Ya tenemos un culpable, solo que estamos afinando detalles. Eso calmará cualquier tensión que pudieran querer poner sobre nosotros.

—Serán famosos —dijo Uriel, mirándolos de soslayo al ir saliendo por la puerta—. Celebridades. Harán programas de televisión con ustedes.

—Hasta podrían terminar en una serie de Netflix.

—Ya eso está pasado de moda —dijo Uriel, ignorando a sus superiores y hablando con Arthur—. ¿No te has suscrito a Kingrobe?

Ni Ramiro ni Tato pudieron escuchar la respuesta de Arthur. La puerta se cerró detrás de ellos, dejándolos en un silencio súbito.

—¿Puedes creer a esos dos? Desobedecieron una orden directa.

—Déjalos, Tato —dijo Ramiro sonriendo—. Tienen razón. Es mejor

que nosotros hablemos. Nos conviene.

—¿En serio? ¿Cómo?

—Alguien de la Asociación es justo la persona que estamos necesitando para conocer detalles sobre el pasado del doctor Atero. Ella nos puede averiguar con quién tenemos que hablar en la Academia. Puedes pregonar todo lo que quieras sobre la separación de poderes, pero un contacto influyente es tan poderoso ahora como hace diez años.

* * *

Año 10 AL — 19 de abril

Después de hacer algo mucho tiempo, es imposible no aprender algunos trucos. La prostitución no era diferente. El tiempo y la necesidad la habían enseñado a cómo complacer a los clientes; cuanto más rápido, mejor. Una vez satisfacían sus deseos, eran más propensos a quedarse dormidos el resto del tiempo pagado, a sentarse en la cama a ver las cosas que no se atrevían a poner en casa o, en el peor de los casos, a hablar de sus problemas diarios, como si a ella le interesaran lo más mínimo. En esos minutos, sintiendo el calor de sus cuerpos y la agradable ausencia de erección, volcaban sus problemas en ella, como si el precio pagado incluyera una consulta al psicólogo y ella fuera la mejor opción, dadas las circunstancias.

Los peores eran los que pensaban que ella necesitaba ser salvada. Que querían saber sus problemas y cómo podían ayudarla. Cometió el error de creer en esos hombres una vez, en los primeros meses de su cautiverio. Aún lo recordaba. Joven, de cabello corto y lentes redondos. Decía ser el hijo de un empresario y sus ropas sugerían que el dinero no le faltaba. Cuando terminaron y él mostró interés en su vida, ella le contó toda la verdad. El cliente la escuchó

patidifuso. Aseguró que la ayudaría. Que traería a la policía y la sacarían de allí.

Las dos horas siguientes fueron las mejores de su vida. Un respiro de esperanza en una situación que consideraba intolerable. La posibilidad de escapar de ese infierno.

Cuando vio a Luca entrar con sus hombres, su captor con una sonrisa de satisfacción en los labios, supo que su cautiverio no terminaría esa noche. Luca dejó que todos sus hombres abusaran de ella y, al terminar, le advirtió que la pondría en oferta el resto del mes.

Sus deseos de pelear y rebelarse fueron obliterados esa noche. Se volvió una más del rebaño y obedeció sus indicaciones sin chistar. Llevaba una década cumpliendo sus órdenes, convirtiendo los deseos sexuales de extraños en realidad, escuchando gemidos de placer a pesar de las ganas de vomitar, aparentando interés en sus historias y hasta consolando a esposos infieles que sentían que no eran apreciados.

Lo malo era que algunos querían desahogarse y recurrían a la intimidación para conseguirlo. Los violentos, los sádicos, los abusivos se reconocían a distancia, pero los más peligrosos eran los silenciosos. Luca o alguno de sus hombres los traían y los dejaban en su puerta. Casi no se atrevían a hablar, hasta que el exterior desaparecía con el sonido de un picaporte. Ese era el momento que más temía. Los segundos donde dejaban ver quiénes eran en realidad.

Cuando la puerta de su habitación se cerró, con su primer cliente de la tarde, supo que tendría problemas.

Era alto y musculoso. Vestía un traje fino de color azul oscuro y una corbata rojo vino. Mientras su silueta se mantuvo recortada contra el umbral, su rostro permaneció en sombras. Las pocas palabras que pronunció al entrar, un murmullo apenas audible.

Sus labios se cerraron como una trampa al desaparecer la luz del exterior. La vieja bombilla iluminó sus facciones en un matiz claro oscuro mientras iba avanzando en dirección a la cama.

El protocolo de atención, como Mila le decía, se activó en su cerebro. Se levantó, una bata de color crema cubriendo su desnudez, como si acabara de salir del baño. Sus dedos se deslizaron por el nudo de la cinta que envolvía su cintura. Su boca repetía las mismas palabras que utilizaba cuando aparentaba ser la joven novia sorprendida en el proceso de vestirse. Uno de los tantos disfraces, a falta de mejor término, que usaba todas las noches para obviar dónde estaba. Para imaginarse que ella, María Luisa, no era la mujer que tendría que ofrecerse a ese miserable. Que en realidad era Elsa, una trabajadora sexual al servicio de Luca Bianchi.

Sus dedos se detuvieron al ver el cambio. El gesto generaba, la mayoría de las veces, una mirada lasciva, una lengua reptando como una serpiente al humedecer los labios que tendría que besar. A veces, aprobación. Pocas veces, decepción.

Esa noche los ojos del cliente se endurecieron. Su mandíbula se tensó y su respiración empezó a resonar entrecortada. No vio lujuria o deseo en esa mirada.

Vio odio.

—Perra barata —susurró—. Esta noche eres mía para hacer lo que quiera.

—Claro que soy tuya —dijo el personaje de Elsa hablando por ella —. Para siempre, si quieres.

El hombre no respondió. Estiró la mano, la tomó por el cuello de la bata y la tiró contra la cama. El golpe le quitó el aire. Antes de poder protestar, su palma golpeó su rostro una y otra vez.

—Así me gustas. Como la carne golpeada. Se mastica con más suavidad. Se derrite en tu boca. Jugosa. Te quiero jugosa, perra.

María Luisa estaba aterrorizada. Sentía los golpes como si de verdad fuera otra persona, resultado del terror de verse acorralada. Las rodillas del tipo presionaban sus muñecas, inmovilizándola contra el colchón. Su mano derecha caía una y otra vez sobre su cara, como si fuera un péndulo, como las que acompañaban las novelas góticas que leyó en sus días de libertad.

Y como en esas historias, mirar a la muerte a la cara la sacó de su estupor. Un instinto de sobrevivencia, acallado a punta de golpes y denuestos, explotó con la séptima bofetada. Levantó las rodillas con fuerza y las enterró entre sus piernas, donde él trataba de aflojarse la cremallera. El impactó le sacó el aire de los pulmones y un quejido de dolor acompañó a su cuerpo, que cayó de lado, como un árbol talado cerca de la raíz. Estaban en el borde de la cama, así que, al estirar la mano para frenar su descenso, el hombre solo encontró aire. María Luisa aprovechó su momento de confusión para empujarlo con fuerza, usando todo su cuerpo como una palanca. El cliente voló por el aire y aterrizó en el suelo. El estruendo resonó en el reducido espacio.

La puerta de la habitación se abrió de golpe. Luca y dos de sus hombres entraron. Solo tuvieron que ver su cara, los cortes en sus labios, la sangre escapando de sus fosas nasales, las lágrimas en sus ojos, para adivinar lo que había pasado. Luca se acercó a ella y le puso una mano sobre la boca. El gesto redujo los sonidos dentro de su cabeza.

Hasta ese momento no se percató de estar gritando.

—Calma —dijo Luca—. Silencio.

La orden la devolvió a su nivel basal de sumisión. Cerró la boca y asintió. Luca la miró directo a los ojos, la amenaza de una paliza plasmada en sus pupilas. Soltó los dedos con suavidad, presto a apretar de ser necesario. Al ver que ella obedecía, respiró con tranquilidad una vez más.

—¿Cómo está? —preguntó Luca ignorando a María Luisa y mirando al suelo, donde sus hombres tenían al cliente inmovilizado de lado. Algunas burbujas de saliva cubrían su boca.

—Vivo, pero creo que se quebró algo con la caída. No lo veo bien.

—Perfecto. Sáquenlo de aquí. Ya saben lo que deben hacer.

Se puso al lado del hombre y lo pateó en la cara con su bota. El movimiento pareció desatar toda una ola de furia contenida, porque su pie no dejó de volar y aterrizar sobre diversas partes de su

anatomía. Los otros dos lo acompañaron en el baile.

María Luisa no intervino, pero sintió una enorme ola de satisfacción al ver el castigo. Cuando se detuvieron, el cliente sangraba por todos los orificios visibles.

—Te advertí —dijo Luca, agachándose cerca del cuerpo— que no podías tocarlas. Trataste de maltratar mi mercancía sin pagar el impuesto correspondiente. Ningún maldito me roba y sale vivo, ¿entiendes, malparido?

Un último puñetazo en la oreja le arrancó un gemido y rompió las burbujas que se negaban a desaparecer de su boca.

—Quítenlo de mi vista —dijo Luca—. Entierren el cuerpo en el terreno de siempre y regresen. La noche apenas empieza.

Los dos empleados tomaron al hombre por las axilas y lo arrastraron fuera de la habitación. Una pequeña línea de sangre marcó la ruta de salida. Luca se volvió y le tomó las manos a María Luisa.

—Considerando lo ocurrido, te daré la noche libre. Límpiate y descansa. Más tarde te mando al médico para que te revise.

—Gracias, señor —respondió, de verdad agradecida. En el fondo de su mente podía escuchar a los restos de la María Luisa de antaño gritar impotente. Se estaba institucionalizando, aceptando todo con tal de que no le doliera. Un síndrome de Helsinki madurado a lo largo de una década y que, finalmente, la estaba quebrando.

—Así me gusta —dijo Luca satisfecho de su actitud. Se levantó y le dio un beso en la mejilla—. Te vengo a ver más tarde. Ese maldito bastardo no volverá a molestarte.

Se dio la vuelta y se alejó. Al ver la sangre en el piso, agregó sin mirar atrás:

—Aprovecha el tiempo libre y limpia. No quiero ver esa sangre cuando regrese.

María Luisa asintió, a pesar de que Luca no la miraba. Al cerrarse la

puerta se puso a llorar, tapando su rostro con la sábana de la cama. No supo cuánto tiempo pasó, pero al reaccionar, lo primero que vio fue la sangre. Lo segundo fue escuchar la advertencia como una amenaza palpable sobre la que no había tomado precauciones.

Saltó de la cama y corrió al baño. Con un pedazo de papel toalla y agua se echó en el piso y empezó a limpiar. La sangre aún no se había endurecido, así que no le costó trabajo. Al terminar, se levantó y revisó el suelo, dando una vuelta sobre sus talones.

«Debajo de la cama —pensó—. Algunas gotas pudieron volar con la paliza.»

Se acostó en el suelo y, efectivamente, algunas manchas de sangre se extendían en líneas bajo la sombra de la cama. Estiró la mano y las limpió. En la segunda vuelta, casi sin poder ver lo que hacía, sintió que algo rozaba la punta de sus dedos. Era metálico y delgado.

Su subconsciente sabía lo que estaba tocando, pero no se lo podía creer. Sintió la articulación de su hombro crujir con el esfuerzo de alcanzarlo sin mover la cama. Cualquier ruido podría llamar la atención de los custodios y eso era lo último que quería en ese momento. Sus dedos rozaron el objeto y, con el último estirón, logró asirlo por el borde y traerlo al exterior.

La luz golpeó la superficie y cegó sus ojos sin querer. Al girarlo y reconocerlo, lo apretó con ambas manos como si fuera un hijo recién rescatado de las profundidades.

Un teléfono móvil.

Miró por encima de su hombro a la puerta. La sólida barrera de madera seguía en su lugar. Puso su atención en el teléfono. Lo hizo dar vueltas en su mano hasta que vio el botón de encendido. La pantalla se iluminó. Un patrón de puntos se materializó. Estaba protegido con una clave táctil.

Casi gritó de frustración, pero se contuvo. De nada le serviría gritar y perdería la única oportunidad que tenía. Por lo que había escuchado de algunos de sus clientes, el teléfono se apagaría apenas

el DRI saliera del campo de cobertura del teléfono o el dueño muriera, lo que pasara primero. Elevó la pantalla a nivel de los ojos y miró con calma. Le pareció distinguir las marcas hechas por el mismo dedo grasoso sobre la superficie de vidrio.

Aguantó la respiración y repitió el patrón.

«Patrón incorrecto. Vuelva a repetir.»

—Mierda —susurró—. Es una C. Se ve que es una C. ¿Cómo puedo estar equivocada?

Solo había otra posibilidad. Repitió el gesto, pero en sentido contrario, de abajo arriba. Al terminar, la gradilla de puntos desapareció. La imagen de una familia, cubierta de iconos, iluminó su rostro. El cliente, en el centro. A sus lados, una mujer joven y una niña pequeña.

A veces se olvidaba de que los monstruos también tenían familia.

«Concéntrate. Pueden venir en cualquier momento o llevarse el cuerpo lejos del rango de cobertura. Decide.»

¿A quién llamar? Luca Bianchi era una figura importante en la zona. Los servicios de emergencia estaban bajo su control, al igual que los CS. ¿En quién podía confiar?

Miró el dorso de su mano. El tatuaje con la media luna y los tres diamantes. Solo había una persona que la buscaría, sin importar lo que dijera Luca Bianchi. No sabía si estaba vivo o si tendría capacidad de hacer algo por ella, pero era su única oportunidad.

Abrió un conocido programa de mensajería y registró un número que, a pesar de todo, aún recordaba de memoria.

—Hola, Ramiro —escribió—. Soy María Luisa. Tengo tu dinero.

* * *

Año 10 AL — 19 de abril

—Era la antigua subdirectora de la AIS. La mano derecha del doctor Schneider. ¿Cómo terminó en este agujero olvidado del mundo?

Uriel no respondió. No tenía una respuesta cierta, pero se podía imaginar diez razones, ninguna de ellas agradable, por las que una mujer decidiría esconderse de la civilización conocida. Además, no estaba tan mal. Era un edificio bien cuidado y limpio, cerca de un parque y bastante céntrico. Que su oficina estuviera en el último piso y su única ventana permitiera una vista panorámica de un muro de ladrillo lo tenía sin cuidado. La señora Watson tenía garantizada privacidad y pocos estímulos que la pudieran distraer. Trabajar con casos fríos era difícil y cuanto menos procrastinara, mejor.

—Tal vez se peleó con Schneider. No puedes negar que es un punto que merece investigarse. Tenemos a la antigua socia de nuestra víctima revisando el expediente de un hombre que murió por la misma arma.

—No te emociones tanto —advirtió Uriel—. Puede ser una simple coincidencia. Es demasiado obvio.

—Hasta los genios se equivocan.

Uriel pretendía seguir la discusión, pero una figura femenina se perfiló a lo lejos. Sus pasos eran firmes, aunque con su lenguaje corporal trataba de descifrar quiénes eran en realidad. Cuando estuvo a la distancia requerida, Arthur se levantó y extendió la mano para que pudiera ver el carnet que sostenía entre los dedos.

—Soy el doctor Wald. Mi compañero, el sargento Delgado. Tenemos una cita para discutir el caso de Pablo Alemán.

—Cierto, cierto. Pasen.

La puerta se abrió y los tres pasaron al interior. Las pantallas a su alrededor empezaron a cobrar vida. Con un gesto de la mano los

invitó a sentarse mientras ella revisaba los contenidos de cada monitor. Solo cuando se sintió satisfecha de tener todo bajo control, les prestó atención.

—Pablo Alemán —dijo dejándose caer en una silla de oficina que había visto mejores días—. ¿Qué pueden querer los CS de ese pedazo de basura?

—Queremos revisar el expediente del caso.

—¿Puedo preguntar por qué? Es parte de una investigación reactivada por esta oficina.

Uriel podía obligarla sin darle una sola pista del motivo, pero presentía que antagonizar con ella no sería una buena idea. Además, sus casos podían estar relacionados.

—Estamos a cargo de la investigación de su antiguo empleador, el doctor Schneider.

A la mención del nombre, su rostro se tornó cenizo y sus ojos se humedecieron. Se echó para atrás, su mirada puesta en una foto sobre el escritorio. En ella se veían cuatro personas. Adriana Watson tenía unos diez o veinte años menos. A su derecha, un rostro que conocía de la televisión y de reposar sobre una plancha de metal en la morgue.

—Johann era más que un empleador. Era un amigo.

—¿Puedo preguntar por qué dejó la AIS?

La pregunta de Arthur la puso a la defensiva. Uriel evitó manifestar lo que pensaba de su compañero en ese momento. Ya se lo diría en privado en el coche. Aún tenía mucho que aprender.

—Mi vida personal no tiene nada que ver con la muerte de Johann. Me ayudó a conseguir este puesto, pero, después de eso, si cruzamos palabras más de tres veces fue mucho. No entiendo qué relación puede haber entre Johann y Pablo Ale…

Se detuvo, su cerebro encajó las piezas con rapidez. Uriel asintió admirado. No era fácil hacer esos saltos y ver el todo con unas

pistas. Adriana Watson podía serles de mucha utilidad.

—Johann murió de un tiro. ¿Piensan que el arma era de Pablo Alemán? No, eso no es. Sería imposible saber eso solo con los restos, así que debe de ser que el arma que mató a Johann también mató a Pablo Alemán, ¿cierto?

—Felicitaciones —dijo Uriel—. Exacto. Una Tokarev TT-Treinta y tres. Estamos tratando de averiguar cómo el asesino del doctor Schneider llegó a la posesión de esa arma. Si descubrimos un nombre, tal vez eso nos acerque a la verdadera identidad del responsable.

—Quisiera ayudarlos, en serio, pero no sé gran cosa. Me reuní con mi cliente en un par de ocasiones y no he hecho grandes adelantos, si les he de ser sincera. Esperaba que su llegada aquí me diera alguna pista de cómo continuar.

—No creo. Sin embargo, si algo sale, puede usarlo. ¿Podemos hablar con su cliente?

—Seguro. La cité cuando supe que vendrían. Asumí que podrían querer hablar con ella.

Uriel empezó a comprender cómo pudo sentarse en una de las sillas más importantes en el pasado. Ahora también tenía curiosidad por saber por qué dejó el puesto.

—Hablando de la reina de Roma —dijo. En una de las pantallas, una señal de aviso anunció la llegada de un visitante—. Ya llegó.

Las puertas se abrieron y ambos hombres se volvieron. Una mujer de unos veintisiete o veintiocho años, vestida con sencillez, atravesó el umbral. La sonrisa en sus labios al ver a Adriana se congeló en su rostro, sus ojos clavados en Uriel, quien puso una expresión de mayor perplejidad. Se levantó como un muerto saliendo de la tumba. Sus labios temblaban. Por primera vez desde que lo conocía, Arthur vio algo cercano al miedo en sus ojos.

—Edisa —murmuró al reconocer a la antigua novia de Pablo Alemán.

La madre del niño que, por su culpa, terminó tirado a los pies de su padre.

INTERMEDIO

La noche del caos. 29 de junio - 30 de junio del 2060

Cuando el mundo se vuelve loco,

uno debe aceptar la locura como normalidad.

George Bernard Shaw

En medio del caos

también hay oportunidades.

Sun Tzu

Mensaje transmitido en la red nacional de comunicaciones (televisión, radio, redes sociales):

Se informa a la ciudadanía que a las 9:08 p. m. el Gobierno Nacional decretó la ley marcial en toda la República. Se informa a la población que deben permanecer en sus casas hasta nueva orden. Cualquier persona que se encuentre en la calle, con excepción de aquellos funcionarios esenciales cuyas labores los obligan a movilizarse a estas horas, será arrestado y puesto a disposición de las autoridades competentes.

* * *

Era tarde y estaba agotado. Por suerte, tenía suficientes drogas para recibir el fin del mundo feliz e ignorante de la realidad. Llegaría a casa, buscaría algo de ropa y se iría a un hotel de lujo. Si iba a morir, lo haría en sus condiciones y lejos de Jocy. Su esposa no era el último recuerdo que pretendía tener antes de abandonar este valle de lágrimas. Invitaría a Anastasia. De las tres mujeres de su vida era la que más toleraba y la más agraciada para la vista. Entre sus piernas y los fármacos caería en el olvido que se merecía.

Siempre dijo que descansaría después de morir. Nunca pensó que sería de esa manera.

Intentó llamar a María Luisa una vez más, sin éxito. La desgraciada había desaparecido y las tres cuentas que dejó que ella manejara y escondiera de las autoridades solo tenían dos dólares con treinta y cinco centavos cada una.

Le pareció un poco raro que no las cerrara del todo, pero estaba demasiado preocupado por sus ahorros perdidos. Dos días después captó la indirecta. El primer día fuera de la Unidad de Cuidados Intensivos se la encontró parada enfrente de una máquina

expendedora. Se acercó y le preguntó qué quería. Que él invitaba.

Cuando le dio las gracias, sus brazos llenos de patatas fritas y galletas, Ramiro se la quedó mirando y dijo:

—Los dos dólares con treinta y cinco centavos mejor gastados de mi vida.

Con esa pista no era necesario ser un genio para saber lo que había pasado, pero entre el virus y la muerte de Orozco no había tenido tiempo para preocuparse del asunto. Considerando que el dinero tampoco le serviría a ella, más allá de lo que pudiera gastar antes de morir, María Luisa era un problema menor en su lista de prioridades.

Programar a largo plazo era un ejercicio de futilidad.

Abrió la puerta de su casa. Esperaba encontrarse con el silencio de la noche, pero tuvo que cerrar los ojos. Las luces de la sala estaban encendidas y el aire tenía un aroma a ajo que lo puso a salivar.

—¿Jocy? —preguntó en voz alta, esperando no escuchar su voz. Si se había dormido, podía llevarse la cena y comérsela en la habitación del hotel. Jocy le dijo que haría pasta. Tal vez pondría unos pocos fideos sobre los pechos de Anastasia y se los comería de uno en uno.

—Aquí, en el balcón.

Ramiro apretó los ojos y exhaló. Hasta para romper con ella tendría que hablarle. No servía ni para dejarlo irse en paz.

Dejó caer su maleta en la entrada y atravesó la casa. La compró y decoró a su gusto, pero no era completamente suya. Esparcidos por doquier, como granos de sal en una mesa, destacaban detalles de los gustos de su esposa, lo que rompía la armonía que siempre trató de conseguir. Su refugio estaba contaminado por ella. De haber sabido cómo terminaría todo, le habría prendido fuego hacía años.

Desvió la mirada a la cocina y al horno de gas.

Tal vez no era tarde.

—Hola, Ramiro —dijo Jocy al verlo entrar en el balcón. Tenía las ventanas francesas abiertas. El aire estaba saturado de humedad e impregnado de humo. A lo lejos, la silueta de la ciudad se perfilaba con las llamas de varios incendios y las columnas grises que revoloteaban con las corrientes de aire provenientes del mar. Algunas nubes negras se perfilaban sobre el horizonte. Con algo de suerte, la inminente lluvia evitaría que la ciudad ardiera en llamas.

Ramiro no tenía ganas de hablar, pero se vería forzado a hacerlo. Esa noche se despediría de ella y pensaba decirle sus cuatro verdades. Le estaba dando vueltas en su cabeza a la mejor forma de decirle que se jodiera cuando ella lo sorprendió hablando primero.

—Quería matarte. De haber llegado más temprano, estarías muerto.

—¿Qué?

Jocy se dio la vuelta; una sonrisa bailaba en sus labios. En la mano sostenía una copa de vino tinto.

—No te soporto. He vivido miserable, en esta jaula de lujo que me compraste, desde hace años. Pensé en dejarte mil veces, pero sabía lo que pasaría. Tu ego no aceptaría que yo, un simple médico general, te dejara. Me habrías hecho la vida imposible hasta hundirme en la lama. Me llevaste al punto en que llegué a pensar que matarte era la única solución. Lo planeé, lo consideré y, no te voy a mentir, tuve sueños muy placenteros donde te veía revolcándote en el piso antes de morir.

Ramiro se quedó sin habla. Una cosa era querer dejar a tu esposa, pero saber que el deseo era mutuo y, lo que era peor, que había pensado en matarte, era más de lo que su cerebro estaba preparado para digerir.

—No digas nada. Prefiero tu silencio a tus mentiras. Sé de tus amantes.

Estuvo a punto de protestar, un reflejo de su papel de esposo abnegado. Al ver su perfil, iluminado por la luz de la luna, se detuvo. La verdad era liberadora en su simplicidad.

—¿Desde cuándo lo sabes?

Jocy se inclinó y tomó un sobre del sofá que tantas veces, cuando recién casados, usaron para disfrutar del amanecer, una taza de café caliente en la mano. La pasión aún existía, pero ya la grieta había empezado a formarse. Le pasó el sobre sin mayores explicaciones.

Ramiro lo abrió y sacó de su interior varias fotos y papeles. Algunas las reconoció en el acto. Otras le llevaron un poco más de tiempo. Fotos a todo color de él saliendo del aeropuerto, María Luisa recogiéndolo para llevarlo a casa. Él saliendo de un motel del brazo de una rubia que no podía ser otra que Anastasia. Copias de las facturas de los regalos que les había hecho a las dos. Grapada a una de ellas, la tarjeta de presentación del responsable: «Rubén Ovalle. Detective privado».

—¿Cómo le pagaste al detective? —preguntó Ramiro molesto. Jocy se dignó mirarlo y se echó a reír en su cara.

—¿En serio? ¿Eso es lo que me preguntas después de ver esas fotos? Con razón te quería matar. Para tu tranquilidad, le pagué con mi dinero. Yo también trabajo, ¿sabes?

Ramiro se puso colorado, por lo que volvió a mirar las fotos. Las últimas eran del apartamento de Pablo, tomadas desde la calle.

—Ese es el último misterio que me quedaba por resolver —dijo ella al ver dónde estaba—. Nunca llegué a saber a quién ibas a visitar allí, pero el señor Ovalle tenía sus sospechas. Debíamos vernos esta semana para ver qué más había descubierto. Por suerte, eso pasó.

Las palabras las dijo al ver que el último papel en sus manos estaba doblado en dos y arrugado. Ramiro lo abrió y lo reconoció sin saber de quién era.

—¿Todos estamos infectados? —preguntó ella—. ¿Los rumores son ciertos?

Ramiro lo guardó todo en el sobre y se lo devolvió.

—Sí.

—¿Vamos a morir?

—Sí. Tarde o temprano. De fallo hepático, de inmunodeficiencia o de alguna complicación.

Jocy suspiró y volvió su mirada a la ciudad. Una explosión resonó a lo lejos y una nueva columna de fuego y humo rasgó el cielo nocturno. Algunas gotas empezaron a golpear el vidrio y a salpicar el borde del balcón. Jocy no hizo ademán alguno de cerrar las ventanas.

—El mundo no va a ser un mejor lugar mañana —dijo ella, la copa apenas apoyada en sus labios—. Los padres se encerrarán con sus hijos a esperar el final, los amantes tratarán de olvidar que sus planes futuros jamás se harán realidad. En alguna parte, una novia llora al saber que nunca será madre y una abuela rezará por el destino de sus nietos. Esos serán los pocos. Muchos verán el mundo como lo que es en realidad. Una jungla donde seguir las leyes ya no tendrá un castigo, excepto morir a manos de un semejante. Todo se reducirá a matar o extinguirse. Las familias caerán en manos de desgraciados que harán lo que quieran con ellos, convirtiendo un final imposible de predecir en un infierno. Las mujeres vivirán sus últimos minutos bajo el peso de un violador y los niños… No, no quiero ni pensarlo. El virus egipcio llegó para limpiar la tierra. Nos merecemos este final.

—¿Te estás volviendo religiosa a esta hora, Jocy?

—Te acordarás de Dios antes del final. Ya verás.

«No, no lo haré —pensó Ramiro—. La única diosa que estará conmigo será Anastasia y ella me obedece a mí.»

—En fin —siguió ella—. No me importa lo que hagas. Como te dije, pensé en matarte. Iba a envenenar tu comida. En realidad, lo hice. Una última comida a base de pasta con salsa de ajo.

—¿Me ibas a envenenar? ¿Qué tenías en mente? A ver, ya me dijiste. Sabor a ajo. ¿Arsénico? ¿Cianuro? Ambas tienen olores a zinc, pero tú eres más inteligente que eso.

—Fosfuro de zinc.

Por primera vez en muchos años, Jocy vio en su esposo una expresión de aprecio dirigida a ella. Casi de admiración.

—Claro, buena elección. Con lo del virus, todos habrían pensado en una muerte por ECOD. Por algo me casé contigo.

Jocy torció la boca.

—Por suerte, ese es un error que puedo corregir. Pensé en seguir con mis planes, pero estudié medicina por algo. No puedo terminar mis días rompiendo todos mis principios. En mi desesperación olvidé eso.

El golpear de las gotas se hizo más intenso. Al ver que el piso empezaba a mojarse, Ramiro pasó por delante de su esposa y cerró las ventanas. Su piel olía a perfume, una esencia peculiar que le recordó los primeros años, cuando apenas se estaban conociendo. Se alejó de ella y regresó a su lugar, cerca de la entrada al balcón.

—¿Irás a trabajar mañana?

Jocy sorbió un poco de vino y negó.

—Si hubiera alguna esperanza, lo haría. Prometí salvar vidas humanas, pero para qué sirve darle RCP a un cadáver. Eso si alguna turba no toma el hospital y mata a todos por diversión. No, cariño. Prefiero quedarme aquí. Descargué varias películas y me pondré al día en las series que siempre quise ver.

Lo miró, sus ojos entrecerrados por la frustración.

—¿Por qué tuvimos que llegar a este punto? ¿Por qué no me di cuenta a tiempo? Horas desperdiciadas en tratar de complacerte. Días tirados a la basura, trabajando como una salvaje para traer dinero a casa y no ser una mantenida. Jamás apreciaste mis esfuerzos.

—¿Esfuerzos? —dijo soltando una carcajada—. Esforzarte hubiera sido elegir una especialidad. Ser alguien.

—¡Ya era alguien, idiota!

Vio en su rostro las ganas de pelear, de romperle la copa en la cara, pero la furia desapareció con la misma rapidez que llegó. No recordaba haberla visto reaccionar de esa forma, pero ese nivel de odio no nacía de un día para otro. Había dormido al lado de una extraña sin saberlo.

—No pretendo perder mi tiempo contigo. No ahora. Vete. Sé que quieres pasar tus días con alguna de tus amiguitas. Asumo que la rubia. A la otra no sé qué le viste. Era bastante simplona.

—Inocencia —aceptó él—, y era una experta en tecnología.

—Un trueque. ¿Por qué no me extraña? No importa. Vete. Tendrás que comer en otro lado, porque la cena la tiré a la basura. Compré víveres, pero son para mí. Los próximos días pienso atragantarme con toda la grasa y azúcares que pueda mientras veo Netflix hasta morir.

—¿Esa comida también la compraste con tu propio dinero?

Jocy, sin girar la cabeza, dijo:

—¿Pretendes ser un mísero mezquino toda tu vida? ¿La poca que te queda?

Ramiro sonrió y asintió una vez.

—Touché. No hay razones para que sigamos juntos. Quédate con la casa y lo que tenga dentro. Que te aproveche… los pocos días que te quedan.

Se dio la vuelta con una sensación de alivio en el pecho. Al dejar el balcón y regresar a la sala, lo asaltó una imagen que debía de haber visto cientos de veces, pero que hasta ese momento no registraba en un nivel consciente. En la pared contraria colgaba una foto. Era en blanco y negro, con un marco de madera.

Jocy y él. Ella, vestida de novia. Él, con un abrigo negro.

—¿Qué nos pasó? —se atrevió a preguntar.

Jocy, sin dejar de contemplar la ciudad en llamas bajo un manto de gotas de lluvia, murmuró una respuesta.

—Te conocí.

* * *

—¿Quién eres? —fue lo único que escuchó. Su mano se movió como si fuera un robot y disparó en dirección a la voz.

La pregunta guio su arma y, por los gritos que siguieron, debió de dar en el blanco. Corrió tan rápido como pudo y bajó los escalones de dos en dos. Todos habían salido del edificio o estaban atrincherados en sus apartamentos. Las penumbras cubrieron su escape y lo ayudaron a llegar sin nuevos encuentros humanos hasta la calle.

Las aceras estaban desiertas, aunque a lo lejos se escuchaban algunos disparos. Una pertinaz llovizna empezaba a mojar todo. Cerca de una boca de riego, dos cuerpos tirados sobre sus costados le recordaron que no era el único asesino suelto.

«Fue un accidente —pensó—. Si no hubiera tratado de matarme, nada de esto habría pasado.»

De nada servía quejarse. Lo hecho, hecho estaba. Tenía que tomar medidas preventivas y la primera era deshacerse del arma. Era una lástima. Adoraba esa Tokarev, pero era responsable de un homicidio. De dos si la mujer no llegaba rápido a un hospital.

«La tienes registrada. Estás frito.»

Sin pensarlo dos veces, se encaminó al cuerpo más cercano y lo hizo darse la vuelta. Tenía un disparo en el cuello y casi no tenía mandíbula. Tragó hondo, evitando vomitar su cena sobre el cadáver, y sacó su Tokarev. La limpió tan bien como pudo y la escondió entre el cinturón y la piel del muerto. Dudaba que esa noche se fuera a caracterizar por las investigaciones exhaustivas de

los crímenes cometidos. A lo sumo pensarían que el tipo tirado en el piso era el responsable y que alguien más lo mató. Si lograban ligar los muertos con su arma por culpa del registro, todo lo que tenía que decir era que se la robaron esa noche y después identificar al muerto como el responsable del robo.

Nadie escarbaría demasiado o trataría de saber la verdad.

Cada gota de lluvia que le caía encima o mojaba sus ropas era como ser tocado por un cubo de hielo. Volvió el cuerpo a su posición original y huyó de la escena tan rápido como pudo.

* * *

—¿Qué se supone que debemos hacer? —gritó su compañera.

Arthur no tenía una respuesta coherente. Lo único que se le ocurrió fue ayudarla a mover el cuerpo de lado, en busca de la herida que se les escapaba. El muchacho no tenía más de quince años. Tenía el cabello corto y un tatuaje en forma de símbolo asiático en el hombro. Sus guantes recorrieron cada centímetro, buscando de manera frenética la causa. Cuando llegó al cuello, sintió una brizna puntiaguda. La tomó entre los dedos y la frotó. Estaba manchada de sangre y era dura, como una pequeña piedra.

Sus ojos se entrecerraron al reconocer lo que podía ser. Movió los dedos por la cabeza del joven hasta que lo sintió. Una pequeña depresión en el hueso occipital.

—Maldita sea —gruñó—. Es una herida de bala. Debió de ser algún proyectil de pequeño calibre. Por eso no hay orificio de salida.

—¿Una herida de bala? ¿Por qué? Es un niño.

Con quince años no era un niño y esa noche la edad poco importaba. Cualquier persona que estuviera en la calle pedía ser baleada, robada o violada. Si tenías mucha suerte, arrestada. La policía no daba abasto con los brotes de violencia en diferentes

partes de la ciudad. La ley marcial les daba la potestad de hacer lo que quisieran, pero enterarse de que iban a morir en unos meses era una razón más que suficiente para pasarse esa orden por las gónadas.

Si te vas a ir de este mundo de todas formas, que sea en tus términos.

Las pandillas debían de estar asolando las calles o saldando cuentas pendientes entre ellas. Si querían cometer un asesinato con pocas posibilidades de ser llevado a juicio, esa noche era la indicada.

Los habían sacado de sus áreas para apoyar en el cuarto de urgencias. Los relevos del personal de turno no habían llegado y, considerando el estado de las calles, no los podía culpar. Esa noche no había garantías. Tenían las mismas posibilidades de cruzarse con un policía que con un asesino en busca de dinero fácil.

El doctor Robinson, el médico encargado de la sala de urgencias, se acercó a ver qué hacían. Cuando Arthur le enseñó la herida en la cabeza, suspiró resignado.

—Se va a morir. Hay una lista de espera en las salas de operaciones y los cirujanos no son suficientes para todos los casos que van llegando. Además, ya nos avisaron de que los hemoderivados se acabaron en el banco de sangre. Es la peor noche para enfermar —lanzó una mirada de reojo al chico y agregó—: o para recibir un balazo.

—Entonces, ¿debemos dejarlo morir?

—Nunca estuvieron en una situación de guerra y espero que esta sea la última vez en sus vidas. Tenemos que priorizar. Usar los recursos en los que de verdad tienen alguna oportunidad. Vamos a tratar de estabilizarlo, a ver qué pasa, pero no verá otro amanecer. Me juego la quincena a que así será.

Arthur no le respondió y empezó a seguir sus indicaciones. Hacer algo, por inútil que fuera, era mejor que quedarse de brazos cruzados viendo como alguien moría.

Su concentración se quebró en mil pedazos cuando la puerta de la sala de urgencias se abrió y una mujer entró con un niño en brazos. El pequeño convulsionaba y sangraba por la nariz. El doctor Robinson gruñó molesto, ya que emergencias de pediatría estaba en el edificio anexo, pero jamás se atrevería a rechazarla, y menos esa noche. La hizo pasar y lo llamó para que lo ayudara. Martha, su compañera, se quedó sola con el herido de bala y otro de los médicos del área, pero nadie se estaba esforzando demasiado con él. Sus ojos reflejaron toda la angustia del momento al ver que se alejaba para tratar de salvar otra vida con algo más de posibilidades.

Recordaba haber leído varios artículos de los años de la pandemia del 2020 y de los cientos de trabajadores de la salud que terminaron agotados, incapaces de tolerar las presiones de la profesión después de ver a tantas personas morir sin poderles ofrecer una solución o, peor, viéndose obligados a decidir quién debía salvarse y a quién era mejor dejarlo morir. Siempre pensó que eran unos blandengues que no tenían el temple necesario. Que él hubiera tomado las decisiones correctas, sin arrepentirse de ellas después de expresadas.

«Imbécil —pensó secándose la lágrima que amenazaba con escaparse de su ojo derecho—. Esto apenas empieza.»

No creía poder hacer lo mismo día tras día durante tanto tiempo.

—¡Ayuda! —gritó otra mujer. El sensor de la puerta permitía la entrada de todos los que tuvieran un herido—. ¡Mi amiga se muere!

—¡Doctora Icaza! —gritó Robinson, tratando de proteger la vía aérea del niño, que no dejaba de convulsionar—. ¡Deje lo que esté haciendo y vea esto!

Se imaginó a Martha soltando al joven con la herida de bala, tratando de olvidar lo que esa orden significaba. Ya tendría tiempo de llorar al día siguiente.

La enfermera terminó de pasar el medicamento y el cuerpo del niño empezó a relajarse. Robinson suspiró cansado, aliviado, hasta que Martha gritó del otro lado del muro que los separaba.

—¡Ayuda! ¡Herida de bala!

—Otra más —dijo Robinson dejando su camilla para salir al otro cubículo—. ¿Cuándo llegan los refuerzos?

Nadie le respondió. No era necesario. Los médicos que no habían llegado ya no lo harían y los que estaban asignados a otras áreas tendrían sus manos llenas con sus propios problemas. Arthur fue uno de los pocos que pudieron movilizar para prestar ayuda en urgencias.

Los que estaban allí tendrían que resolver el mundo como pudieran.

—¿Qué tiene? —escuchó a Robinson decir a solo unos metros.

—Herida de bala en el pecho. No escucho ruidos en el pulmón izquierdo. Presión arterial ochenta sobre cincuenta, pulso de ciento quince.

—¡Vuelvan a llamar a cirugía! Necesito un quirófano para ayer.

Arthur escuchó el mover de camillas, el rodar de llantas de plástico, el grito de órdenes, el rasgado de bolsas. La melodía que anticipaba la llegada de la muerte de un ser humano, a no ser que ellos lo impidieran. Arthur tomó las muestras de laboratorio mientras una enfermera trataba de coordinar el traslado del paciente al área de pediatría. Al ver que el niño respiraba tranquilo y que el sangrado había parado, se fue corriendo a la otra sala para tratar de ayudar a su amiga.

Se encontró a Robinson terminando de poner un tubo pleural y a Martha metiendo una aguja una y otra vez en varios tubos con tapas de los más diversos colores.

—Afuera está la persona que la trajo. Averigua qué fue lo que pasó y rellena la historia de admisión.

Arthur se dio la vuelta y tomó al salir la hoja de atención. La sala de espera estaba llena. Varios heridos con laceraciones menores esperaban su turno. Otros, noticias de sus familiares. Todos giraron en su dirección al abrirse la puerta.

—Familiar de Anastasia Albescu —dijo en voz alta. Las expectativas de la mayoría se redujeron a sus niveles basales, con la excepción de una simpática joven que se acercó corriendo. Su rostro estaba manchado en algunas partes; por la forma, remanentes de maquillaje barridos por las lágrimas. Sus cabellos estaban mojados, al igual que su ropa.

—Yo soy amiga de Anastasia.

—¿Algún familiar?

—Nadie. Vive sola. ¿Cómo está?

—La están atendiendo. Necesito me dé alguna información. Acompáñeme, por favor.

La guio por un largo corredor, lejos del área de trauma, para evitar que viera el cuerpo de su amiga tirado en una camilla. Al entrar en un pequeño consultorio pintado de celeste, la tensión de las horas previas se liberó. Se dejó caer en una silla y se echó a llorar. Arthur la dejó desahogarse, aunque se sentía incómodo con la situación. Esa parte nunca había sido su fuerte. Prefería estudiar y responder preguntas a tener que lidiar con los seres humanos.

—Disculpe, doctor —dijo ella finalmente—. Es que Anastasia es mi mejor amiga y la hirieron por mi culpa.

—Necesito saber qué fue lo que pasó. Empecemos por su nombre.

—Massiel. Massiel Almanza.

—Muy bien, señorita Almanza. Dígame qué le pasó a su amiga.

—Salimos a ver a un… conocido. Las calles están de locos. Yo no quería, pero ella insistió. Nos cruzamos con muertos en las calles, personas disparando, y ella siguió conduciendo como si nada. Cuando llegamos al apartamento de mi amigo, la puerta del edificio estaba abierta. Alguien había roto la cerradura, me imagino que para robar después, aunque encontramos dos cuerpos en la acera. No nos detuvimos a investigar. Subimos como pudimos las escaleras.

La joven tenía la mirada perdida en el techo. Su mente trataba de darles sentido a los espantosos eventos de la noche que Arthur desconocía. Él había vivido las consecuencias en la forma de heridos y muertos, mas no los actos en sí. Si lo que describía era una centésima parte de lo que pasaba fuera, el hospital era un paraíso comparado con el infierno de las calles.

—La puerta del apartamento no estaba trancada —prosiguió ella—. Entramos y nadie nos respondió. Yo estaba nerviosa y quería irme de allí, pero Anastasia insistió. Mi amigo me debía un dinero y lo necesitábamos para huir de la ciudad. Usted entiende, ¿verdad?

Arthur asintió sin prestar mucha atención a la excusa. Presentía que esa última parte era pura mentira, pero no era policía ni le interesaba el trabajo. Su función era saber qué había pasado, avisar al doctor Robinson de cualquier detalle importante y, en caso de ser necesario, remitirlo al agente de policía de turno.

—¿Qué pasó después?

—No nos atrevimos a prender la luz para no llamar la atención de los ladrones que circulaban por las calles. —Se empezó a frotar las manos—. Me tropecé con el cuerpo en medio de la sala.

Arthur, que tomaba apuntes, levantó la mirada sorprendido.

—Pensé que su amiga Anastasia iba con usted.

—Así era. Ella iba delante. —Al darse cuenta del motivo de la confusión, aclaró—: No. El cuerpo era el de mi amigo.

Su voz se quebró y más lágrimas empezaron a salir de sus ojos.

—Estaba tirado en el suelo. Me acerqué y le toqué la mano. Aún estaba tibia, pero no le sentí pulso. Escuché a Anastasia decirme que no lo tocara, que teníamos que irnos de allí, y entonces ella gritó.

—¿Gritó?

—Sí. La escuché decir algo como «¿Quién eres?», y después solo vi un destello. Me cegó por un segundo. Cuando pude ver de nuevo, la

puerta se mecía un poco y Anastasia estaba tirada en el piso. Corrí hacia ella y vi que todavía estaba viva. Me dijo que alguien le había disparado, que estaba escondido detrás de la puerta. Yo no me di cuenta. Realmente, no le presté más atención. Llamar a una ambulancia era condenarla a morir, así que la cargué en peso hasta el coche y conduje como una loca para llegar aquí. No me llevó más de quince minutos. Estará bien, ¿verdad?

Arthur no le respondió, sino que siguió preguntándole. Massiel no fue de gran ayuda en cuanto a su historial clínico, pero sí sabía que Anastasia era alérgica a los antiinflamatorios. Al escuchar ese dato, se levantó para informar al doctor Robinson. Lo último que necesitaban era agregar un shock anafiláctico a su herida de bala.

—¿Pueden localizar al doctor Ramiro Pascal? —dijo ella, agarrándole la mano.

—¿Al doctor Pascal? —preguntó Arthur extrañado—. ¿Lo conoce?

—Anastasia. Ella es amiga del doctor Pascal. Si alguien la puede ayudar, es él.

Arthur asintió, prometiéndole avisarlo tan pronto pudiera. Se soltó de su agarre con delicadeza y se encaminó al área de trauma. Cuando entró, Robinson se quitaba los guantes.

—¿Estabas con su familiar? —dijo señalando el cuerpo medio desnudo, tirado en una camilla y apenas tapado con una sábana celeste.

—Sí. —La advertencia sobre su alergia era un dato que ya no le sería de utilidad a nadie.

—Yo le diré.

—Su amiga me contó que un hombre le disparó al entrar en su apartamento. Había otro cuerpo.

—¿Por qué no pedí el día libre? —dijo exasperado—. Casi lo pido, pero no. Tenía que ser responsable. Yo me encargo del familiar. Tú ve a la estación de guardia e informa de lo ocurrido. Me imagino que alguien estará interesado en hablar con ella.

—Otra cosa, doctor —dijo acercándose un poco para que su mensaje no fuera escuchado por nadie más. Con el dedo señaló al cadáver—. Dice su amiga que ella es conocida del doctor Pascal.

—¿De Pascal? —dijo arrugando el entrecejo—. ¿Por qué no me extraña? Para esos divos una mujer nunca es suficiente.

Después, captando lo que había dicho y delante de quién, carraspeó incómodo. Le indicó que le pasara un mensaje al intensivista, informándolo de lo ocurrido, tras lo cual se alejó. Arthur volvió su mirada al cuerpo y se sonrojó sin motivo aparente. Se acercó a la camilla y movió la sábana hasta taparla por completo. En la otra esquina, Martha hacía lo mismo con el cuerpo del muchacho.

No sería el último muerto de la noche.

* * *

Eric Avilés giró el volante. Estuvo a punto de perder el control, pero aceleró y metió el cambio para tener algo más de fuerza. Verónica chocó contra su hombro y luego contra la puerta, con un golpe seco acompañado de un quejido de dolor.

—¡Para, Eric! —gritó—. Nos vas a matar.

Levantó la mirada y estudió por el espejo retrovisor la carretera que dejaban atrás. Durante casi tres segundos sintió el alivio de la ausencia, hasta que un par de luces se dibujaron en la negrura. Se movieron bajo la cortina de las gotas de lluvia hasta quedar paralelas a la carretera.

—Todavía nos siguen —protestó—. Maldición.

—Pueden estar tratando de salir de la ciudad. Como nosotros.

Eric se mordió el labio; trataba de concentrarse. Verónica era demasiado inocente para su propio bien. Ella no comprendía que muchas personas cumplían la ley y mantenían cierto grado de

civismo, no por su buen corazón, sino por la amenaza del castigo. Por tener que pagar las consecuencias de sus actos.

La presencia policial era mínima en las calles. Cuando las pantallas de todos los televisores, incluyendo los de cable, fueron ocupadas por logos o estática, supo que algo grande estaba ocurriendo. Las explosiones anunciaron la llegada del caos como las trompetas del apocalipsis.

Apenas Verónica le dijo que los teléfonos no tenían señal y verificó que internet estaba fuera de servicio, tomó las llaves del coche, empacó sus pertenencias más importantes y le dijo que tenían que huir. Debían salir de la ciudad y refugiarse en algún lugar tranquilo hasta que pasara la pesadilla.

Como era de esperar, los monstruos no tardaron en aparecer.

Las luces estaban cada vez más cerca. Se divertían haciendo sonar el claxon una y otra vez. Anunciando que los estaban alcanzando.

—¿Qué quieren? ¿Los conoces?

Eric aceleró y giró en una bocacalle estrecha solo para tener que frenar casi en el acto. El paso estaba bloqueado por dos vehículos; sus luces rojas y azules iluminaban las paredes de los edificios aledaños.

El vehículo que los seguía se detuvo al ver las luces. Sus llantas empezaron a resbalar y a chirriar al retroceder. Dos figuras armadas pasaron por ambos lados, corriendo en dirección del coche. Varias detonaciones resonaron, destellos de luz iluminaron el vehículo que los perseguía. El coche siguió retrocediendo, pero fuera de control. Lo vio estrellarse con un poste de luz que se vino abajo con el impacto. Los cables quedaron colgando, algunos rozaban el suelo. Chispas de electricidad salpicaban por todas partes, como pequeñas luciérnagas que desaparecían bajo las gotas de lluvia.

Los policías retrocedieron. Uno de ellos avanzó más rápido y se acercó a la ventana del conductor. Eric, al verlo acercarse por el espejo retrovisor, bajó el cristal.

—Gracias al cielo, oficial…

El disparo lo tomó desprevenido. Sintió como si lo hubieran golpeado en el pecho y su cuerpo se fue para atrás. Le pareció escuchar a Verónica gritar. Dos aullidos de dolor y miedo antes de que un segundo disparo la silenciara. Trató de girar la cabeza para ver qué le pasaba, pero una mano lo agarró por el cuello y lo sacó del vehículo. Sintió manos deslizarse por sus ropas y quitarle todo lo que tenía. Escuchó el ruido de un objeto caer en un charco cercano. Por debajo de su coche, enmarcado entre las llantas, vio el cuerpo de Verónica tirado en el suelo, su cara pegada a la acera.

El ruido de las gotas al caer era su único universo. El dolor era insoportable y saber que Verónica estaba muerta era como sentir un cuchillo enterrarse en la herida. Las manos lo giraron una vez más y lo dejaron boca abajo. Su respiración apenas movía la superficie del agua que se acumulaba en la calle.

—Entre los dos —dijo una voz aguda, casi nasal— tenemos como quinientos dólares. Nada mal.

—Hubiera preferido que no le dispararas a ella. —Una voz similar a la anterior. Casi sonaba como si se estuviera riendo—. Era bonita. Pudimos pasar un buen rato.

—Cierto —dijo una tercera voz grave que destilaba autoridad—, pero antes de que salieran a perseguir al coche que huía nos llegó un mensaje. Mataron a una mujer a pocas calles de aquí y puede haber otra víctima.

—¿Y? ¿Tienes idea de cuántos muertos van a tener que recoger los de la morgue mañana?

—No seas imbécil. Eso lo sé. Lo importante es la dirección del crimen. ¿Recuerdan a Pablo Alemán?

—¿Pablo? ¿El narcotraficante? ¿Ese no fue el que te dijo que bailaría sobre tu tumba antes de que lo metiéramos en la cárcel?

—Ese mismo. El muy desgraciado rompió su promesa al morir esta noche.

—¿Quieres ir a ver qué queda en su apartamento?

—Exacto —dijo el jefe del trío—. Debe de tener drogas, dinero y armas. La oportunidad no se repetirá. Lo último que escuché es que las fuerzas armadas están empezando a tomar el control de las calles.

—¿El ejército? Ya vienen esos a jodernos la diversión.

—Es más que eso. Están demasiado organizados para ser casual. Me suena a que están involucrados en lo que está pasando.

—¿Es buena idea estar en la calle? Deberíamos irnos a…

—Somos de la policía. Tenemos derecho a estar en la calle. Vamos al edificio de Pablo y veamos qué logramos recoger. Si el ejército aparece, estamos asegurando la escena de un crimen. Con algo de suerte, hasta nos condecoran por hacer nuestro trabajo más allá del deber.

—¿Tú crees?

—Todo es posible esta noche.

Sus pisadas resonaron por el suelo hasta desaparecer con el cerrar de las puertas de sus vehículos. Las luces rojas y azules se movieron como platillos voladores por las paredes llenas de grafitis y las ventanas tapiadas.

Eric Avilés los vio alejarse, las siluetas de los dos coches de policía perfilados por una cortina de chispas eléctricas que chisporroteaban como fuegos artificiales.

Lo dieron por muerto, o esperaban que muriera antes de que pudiera llegar ayuda. Se empujó con la poca fuerza que le quedaba y logró hacer girar su cuerpo. La lluvia mojó su rostro. El agua se deslizó y se mezcló con las lágrimas que no cesaban de salir de sus ojos.

Se metió la mano en el pecho y buscó debajo de su camisa. Con dedos trémulos sacó un objeto del interior del bolsillo. Una pequeña cajita azul, o lo que quedaba de ella. Algunas manchas de sangre

que la cubrían fueron desapareciendo con la lluvia, pequeños ríos rojizos bajaban por su antebrazo.

Sentía las piernas como si fueran de piedra y apenas podía mover la mano. Giró el cuello para poder ver a su alrededor. El cuerpo de Verónica estaba a solo unos metros. Su sangre se mezclaba con el agua de lluvia y desaparecía en una alcantarilla cercana.

—Te lo juro, Verónica —aulló en la noche—. Los buscaré y los mataré, así sea lo último que haga.

* * *

Mensaje transmitido en la red nacional de comunicaciones (televisión, radio, redes sociales):

Reactivamos la red para informar a la ciudadanía que la ley marcial se mantiene. Deben permanecer en sus casas hasta nueva orden. Solo se permitirán en la calle a los funcionarios esenciales. Si algún familiar o conocido está desaparecido, por favor, no salgan a buscarlo. Mantendremos la red disponible durante dos horas, de 9:00 a. m. a 11:00 a. m., para que se pongan en contacto con la Oficina de Reporte de Desaparecidos, la cual fue creada para ayudarlos en su búsqueda. Tan pronto tengamos noticias de ellos, serán contactados para coordinar su recuperación.

No usen la red durante esas dos horas para comunicaciones personales, con el fin de evitar su colapso. Cualquier intento de romper esta regla será causa de arresto inmediato del responsable, quien será puesto a disposición de las autoridades pertinentes.

TERCERA PARTE

Nihilismo

Lo que puede estar roto

debe estar roto.

Dmitri Písarev

El momento preciso en que una gran creencia

está destinada a desaparecer se reconoce con facilidad.

Es el momento en el que su valor comienza a ser cuestionado.

Gustave Le Bon

Capítulo 11

Esfera de la experiencia

Año 10 AL — 19 de abril

—Edisa.

La mujer tardó unos segundos en reconocer a la persona que pronunció su nombre con tanta familiaridad, cuando el rostro del CS tomó forma y los recuerdos de diez años antes regresaron con violencia. La furia reprimida por un destino sobre el cual no tuvo injerencia alguna, provocado por un hombre a quien ya no podía reclamarle, se enfocó en la persona que, quieto allí, en carne y hueso, funcionó como una extensión de sus órdenes.

—Pensé que estabas muerto —dijo con suavidad. Luego sus ojos se entrecerraron, una profunda V se marcó en su frente y un grito acompañó a sus siguientes palabras—: ¡Maldito desgraciado!

Se tiró sobre él, las uñas dirigidas a su rostro. Arthur sacó su arma, pero no tuvo tiempo de disparar. Los brazos de Edisa se envolvieron alrededor de su cuello, sus dedos buscaban dónde rasgar y romper.

—¡Dispara! —exclamó Uriel, tratando de quitársela de encima. Edisa era como un gato montés y no lo soltaría sin pelear.

—Si lo hago, te voy a electrocutar.

Uriel protestó, pero en el fondo sabía que tenía razón. Mientras Edisa no lo soltara, el arma estaba fuera de sus opciones.

—¡Haz otra cosa entonces! Lo que sea.

Arthur recorrió con la mirada la oficina mientras Adriana trataba de hacer entrar en razón a Edisa, tirándole de los pies para que soltara a Uriel. Sus ojos se posaron sobre una lámpara y la arrancó del enchufe. Giró el cable en sus manos y lo envolvió alrededor del cuello de la mujer, que no cesaba de lanzar insultos a Uriel. Pensó que con el primer apretón se detendría, pero el odio acumulado era demasiado grande.

—Maldita bruja —decía Arthur—. Deténgase. ¿Quiere morir?

Tuvo que llegar al punto de casi estrangularla para que menguara su ataque. Cuando Uriel sintió disminuir la presión, se estiró y abrió las manos como si estuviera a punto de ser crucificado. El movimiento hizo que Edisa perdiera su agarre y se fuera al suelo.

Arthur mantuvo la tensión en el cable, dispuesto a asfixiarla de ser necesario. La vio apoyar ambas manos en el suelo y se atrevió a soltarla. Dejó caer la lámpara, sacó su arma y le apuntó. Edisa no intentó moverse. La tos y los jadeos al poder respirar de nuevo fueron reemplazados por sollozos ahogados. Adriana se echó a su lado y trató de calmarla. Sus manos frotaron su espalda en círculos, su voz suave y sosegada repetía una y otra vez que todo estaba bien.

Cuando levantó la cabeza, el odio en sus ojos hizo que Arthur retrocediera un paso y alzara el arma una vez más. Uriel, cerca de la ventana, se secaba la sangre del rostro con una toallita húmeda que encontró encima de un escritorio.

—Si llego a saber que eran ustedes —dijo Adriana entre dientes—, los espero con un bate.

—¿Nosotros? ¿Qué hicimos? —dijo Arthur sin dejar de apuntar—. Esa loca nos atacó sin provocación.

—Arthur —dijo Uriel tirando la toallita en un cubo de basura. Dos laceraciones se extendían de su mejilla al cuello y otra más le atravesaba la frente. De haber enterrado esas uñas en sus ojos, el daño podría haber sido ser permanente—. Edisa no está loca y tenía

razones para atacar. No a ti. A mí.

—¿Qué? ¿La conoces?

Uriel asintió y movió una silla para sentarse. Adriana no parecía estar de acuerdo, pero a él no le importó. Se sentó sin dejar de tocarse el corte de la mejilla. Si lo llevaban al hospital a tiempo, podrían evitar que le quedara una cicatriz.

—Edisa —dijo él—. Quieres respuestas y yo también. Hablemos.

La mujer siguió llorando unos instantes más. Luego aspiró con fuerza y aceptó una toallita de Adriana. Se secó las lágrimas y se sentó en el piso. Su rostro estaba surcado por las huellas de la pelea, pero la beligerancia seguía allí, puesta a raya por el cañón de la AX-3 de Arthur.

—Si por mí fuera, te mataba. Aquí y ahora.

—Lo sé, pero eso no traería a tu hijo de vuelta.

—No lo menciones. No tienes derecho a hablar de él.

Uriel se acomodó en la silla y guardó silencio. Arthur lo miró; luego, a las dos mujeres. Poco a poco fue relajándose. Finalmente guardó el arma en su funda y se sentó al lado de su compañero.

—¿Ella era la novia de Pablo Alemán? ¿La de la historia que me contaste?

Uriel asintió sin dejar de mirarla. Edisa no palideció. Mantuvo el contacto visual como si estuvieran en un concurso de resistencia. Adriana fue la primera en romper el hechizo del espeso silencio.

—Ya paren. Vinieron aquí por algo. Pregunten lo que necesiten, pero sepan que enviaré mi informe a las autoridades de la División. Ellos deben saber que uno de sus miembros era un matón bajo las órdenes de un conocido narcotraficante.

Arthur y Uriel dejaron que hiciera su espectáculo. Todos sabían que nada pasaría. La amnistía general impuesta después de la noche del caos garantizaba el perdón de cualquier crimen previo con tal de no

romper las nuevas leyes impuestas. Demasiadas personas murieron esa noche como para perder a más miembros de la humanidad sin una adecuada investigación de los hechos.

La lógica decía que era mejor partir de cero. Nadie quería ver escenas como esa repetirse a lo largo de un planeta que debía encontrar la forma de sobreponerse al virus. Ninguno de los que tomaron esa decisión consideró las consecuencias de dejar sin castigo a los responsables. No a los ojos de la justicia. A los de las víctimas.

—Mataste a mi hijo —dijo ella levantándose con la ayuda de Adriana—. Nunca lo pude ver o tener en mis brazos. Por tu culpa.

—No lo maté —dijo Uriel en un tono casi suplicante—. Pablo me pidió sacarlo del hospital. No quería que muriera allí. Lo iba a llevar a un médico privado para que lo atendiera.

—¿En serio? —dijo Adriana, que debía de conocer el caso con todo lujo de detalles—. Era un bebé prematuro, infectado por el virus. Amenazaste a tres enfermeras y te llevaste a su hijo. Si no lo mataste, ¿por qué su cuerpo apareció con una herida de bala? ¿Mataste a Pablo Alemán y ahora tratas de borrar las huellas de tu crimen?

Uriel miró a Arthur como si en su rostro estuviera el valor que necesitaba. Cerró los ojos, se recostó y empezó a relatar los sucesos de esa noche. Arthur mantuvo la mano sobre su arma todo el tiempo, no fuera a perder Edisa la paciencia una vez más. Para su sorpresa, se quedó quieta, escuchando. Nuevas lágrimas empezaron a humedecer sus córneas cuando escuchó el relato del ataque en la calle y los disparos. Cuando llegó a la parte en que encontró el cuerpo de Pablo, fue la única vez que se atrevió a mentir.

—Dejé el cuerpo del niño a sus pies y salí de allí. No sé por qué lo hice. La pérdida de sangre, me imagino. Puedes decir lo que quieras de Pablo, pero tú fuiste la que huyó. La que le quitó el derecho de tener a su hijo.

—¿Nunca te dijo la verdad? —dijo Edisa—. ¿De cómo quedé embarazada?

Uriel frunció el ceño, incapaz de comprender a qué se refería.

—Estaba enamorada de Pablo, pero era menor de edad. No quería un embarazo. Quería graduarme y ser maestra. Un buen día, Pablo decidió que quería ser padre. ¿Sabes lo que hizo? Tomó todos los condones que guardábamos en el baño y los agujereó. Me hizo quedar embarazada. No me preguntó qué quería hacer con mi vida. Él quería ser padre y siempre se hacía lo que él decía.

Uriel parecía esculpido en piedra.

—Yo no quería ese niño, pero una vez lo sentí, supe que era mío y que haría lo que fuera necesario para protegerlo de esa vida que escogí en un momento de estupidez y debilidad, pero, sobre todo, de su padre. Mi hijo no crecería rodeado de criminales y muerte. Por eso escapé.

Lo miró con intensidad.

—Y tú lo ayudaste a ganar.

—Lo siento —murmuró cabizbajo—. No sabía.

—¿Y crees que eso lo hace mejor? —dijo Adriana—. Es una lástima que no podamos aplicarte el Código Penal actual en base a tus crímenes pasados. Si alguien merece morir eres tú.

—Pare —dijo Arthur molesto—. Puede no estar de acuerdo, pero usted y yo sabemos lo que iba a pasar. Ese niño hubiera muerto igual. Ningún bebé que nació infectado del virus sobrevivió más de dos meses, con o sin SW. Su destino hubiera sido el mismo.

—Tal vez —dijo Edisa—, pero habría muerto en los brazos de su madre, no envuelto en una fría sábana una noche que todos tratamos de olvidar.

Arthur pensó seguir discutiendo, pero un gesto de Uriel le indicó que no lo hiciera. Su compañero tomó la palabra.

—Puedes odiarme todo lo que quieras. Es tu derecho, pero eso no quita que nosotros tenemos un trabajo que hacer. Señora Watson, necesitamos el expediente del caso de Pablo Alemán. Usted custodia

la información y solo usted puede pasarla a nuestro cargo. Edisa quería saber qué pasó esa noche con su hijo. Ya lo sabe. Ahora es nuestro turno y de eso depende que atrapemos al asesino de su amigo el doctor Schneider.

Esas palabras fueron como un golpe físico. Sus labios se entreabrieron. Edisa, a su lado, temblaba y se abrazaba a sí misma.

—Tiene razón, Adriana —dijo ella—. Ya descubrí la verdad. Pensé que saber lo ocurrido me ayudaría a pasar página, pero debí saberlo mejor. El sufrimiento no se va. Se queda contigo.

Miró a Uriel una vez más.

—Espero de todo corazón que sientas este dolor algún día.

Tras estas palabras se levantó con la ayuda de Adriana. Ambas caminaron hasta la puerta de la oficina. Uriel las vio abrazarse y despedirse en la entrada. Cuando la puerta se deslizó para dejarla salir, ella se alejó sin mirar atrás. Adriana tardó unos segundos en regresar. Cuando lo hizo, la dureza en su mirada habría rayado un diamante.

—Les pasaré el archivo —dijo mirando a Arthur—. Ahora les pido que salgan de mi oficina. Si tienen que preguntarme algo, lo que dudo, usted deberá ser quien me contacte. No quiero volver a hablar con ese individuo jamás.

Uriel se hizo el desentendido y asintió una vez. Adriana pasó el archivo al chip de Arthur. Una vez descargado, la puerta de vidrio de la oficina se volvió a abrir.

—Ahora lárguense. Hagan algo bien con la vida que les queda y arresten al asesino de Johann. Que el dolor de Edisa sirva, por lo menos, para eso.

Uriel se levantó y pasó a su lado sin mirarla, consciente de la ironía de que el hombre responsable de evitar que él pagara todo el mal hecho a Edisa fuera el mismo al que ahora trataban de hacerle justicia.

* * *

Año 10 AL — 21 de abril

—Entonces —dijo el teniente coronel Pereira—, ¿consideran que el caso del doctor Schneider está cerrado?

—Sí —respondió Ramiro—. La evidencia es bastante sólida. Aún hay algunos detalles por resolver, pero son cosas menores.

—¿Por qué Atero mataría a mi tío? —cortó Akane.

—Tal vez no tan menores —aceptó Tato—, pero en eso estamos. Sin embargo, como decía mi compañero, los hechos encajan. Atero fue la última persona en reunirse con Schneider y el coronel Akigusa. Hay un registro de ellos saliendo de la universidad, y poco después, de Atero. A la mañana siguiente regresa a su laboratorio, se encierra en su oficina y se suicida.

—¿Y el arma usada para cometer los asesinatos fue la que usó para terminar con su propia vida? —preguntó Akane.

—Sí.

—Entonces me doy por satisfecho —dijo Pereira—. Es una lástima que tres hombres tan brillantes tuvieran que morir. Espero que encuentren una explicación para este desastre sin sentido.

—Disculpe el atrevimiento —intervino Ramiro—, pero en esa línea de investigación quería saber si nos puede decir el motivo de su reunión. Tengo entendido que tenían programado verse al día siguiente.

—Sí, pero lamento decir que la razón desapareció con ellos. Me llamaron el catorce de abril, antes de tomar su vuelo. Nunca me llegaron a decir para qué me querían ver. Solo sé que era algo importante. ¿No encontraron ninguna pista en los DRI?

—En absoluto. Tenían el registro de sus vuelos, la reserva del hotel, pero nada de interés. Al menos, para el caso.

—¿Y en el de Atero? —preguntó Akane.

—La bala destruyó su DRI. No nos sirve.

Akane torció los labios molesta.

—¿Qué harán? ¿Cerrar el caso?

—Claro que no —dijo Pereira, respondiendo por ellos—. Seguirán investigando hasta descubrir la verdad o hasta que se agoten todas las posibilidades, ¿cierto?

—Así es, señor —dijo Tato.

—Que así sea. No les quito más tiempo. —Se levantó y se alisó la ropa con las manos. La obesidad no era una condición crónica, pero era un factor de riesgo. Tato dudaba de que el teniente coronel, director regional de la Asociación en la zona A-4, fuera a seguir con ellos mucho tiempo. No era evidente, pero su ropa estaba estirada hasta los límites impuestos por la elasticidad de la tela. Tan solo esperaba que, cuando su cuerpo se rindiera, no les tocara a ellos la orden de ir a arrestarlo.

Le caía bien el viejo.

Sus escoltas lo acompañaron fuera de la oficina. Una vez solos, Akane tomó la palabra.

—No importa lo que digan sus superiores —dijo enfática—, hay algo raro en todo este asunto.

—Lo sé, doctora Nakahara. Por eso seguiremos investigando. Es mejor para todos decir que ya resolvimos el asesinato. Los medios nos dejarán tranquilos y nuestros superiores —dijo Tato señalando la puerta— no nos presionarán.

Akane entrecerró los ojos.

—Pensé que querían enterrar todo.

—No estoy convencido de que Atero no sea responsable —aceptó Ramiro—, pero mis colegas me hicieron ver que hay demasiados cabos sueltos. Iremos tirando de ellos de uno en uno hasta llegar al final.

Miró por encima de su hombro a Tato.

—Y si tengo razón, ellos me invitarán a cenar. Es el trato que tenemos.

—Si descubren la verdad —dijo ella con la boca mostrando lo más cercano a una sonrisa que jamás la habían visto expresar—, yo les pago la cena. A los dos.

—A los cuatro —dijo Ramiro—. Tenemos a otros dos CS en el caso, pero en otro ángulo.

—Que así sea. Ahora me dijeron que necesitaban hablar conmigo de algo urgente. Asumo que tuvieron sus razones para no abordar el tema durante nuestra conversación con el teniente coronel Pereira.

Tato miró a Ramiro, que por toda respuesta sacó su móvil del bolsillo.

—Antes de la pandemia tuve una relación con una joven llamada María Luisa. Era una excelente informática y le pedí ayuda con ciertos asuntos de índole financiera.

Akane alzó la ceja, en espera de una aclaración.

—Tenía mucho dinero y no quería pagar más impuestos de los necesarios. Alguien me aconsejó abrir una cuenta off shore y ella me ayudó en el proceso.

—La amnistía perdonó todos esos crímenes. Mientras no la haya vuelto a hacer desde que se aprobó el nuevo Código Penal, no veo en qué me atañe esa información.

—Antes de la noche del caos, María Luisa desapareció con todo mi dinero. Más de dos millones de dólares.

Akane giró la cabeza para mirar a Tato, creyendo que era algún tipo

de broma. Al ver que no era así, se cruzó de brazos y se recostó en el asiento.

—¿Qué era antes de ser un CS?

—Médico intensivista.

—Comprendo —dijo Akane.

Se trataba de una de las pocas profesiones médicas que cayeron en desuso con el nuevo orden. Los subsidios que garantizaban un control prenatal gratuito de calidad y el cuidado del niño hasta la mayoría de edad eran parte de las políticas de salud aceptadas por la Asociación. La idea era apostar por la prevención, no por la curación de enfermedades. Y las unidades de cuidados intensivos pertenecían a la última categoría.

—El punto es que —siguió Ramiro, incómodo por recordar todo lo que había perdido— pensé que María Luisa había muerto. Era mejor creer eso que imaginármela en un paraíso tropical disfrutando de mi dinero.

Miró a Tato, como si sentirlo a su lado le diera fuerza para seguir. Presionó algunas teclas en su teléfono y se lo pasó a Akane.

—Hace dos días me llegó este mensaje.

Akane lo leyó, esperando cualquier cosa menos eso. A medida que pasaban las palabras, su pose se fue inclinando un poco más hacia delante. Cuando terminó, tenía una mano apoyada en su rodilla. La otra sostenía el aparato como si fuera una garra hidráulica.

—¿Es una broma? —preguntó, la mirada alzada.

—Si pregunta por allí, le dirán que el doctor Pascal no tiene sentido del humor. —Los dos clavaron sus miradas en él. Al ver que ninguno reía, agregó—: No, no es una broma.

Akane devolvió el teléfono a su dueño y volvió a recostarse en una posición más cómoda. Con las manos cruzadas en el regazo, dijo:

—¿Luca? ¿Luca Bianchi? ¿Saben de quién estamos hablando?

Ambos asintieron.

—Acusar al teniente Bianchi, encargado de coordinar la distribución global del SW, de trata de blancas es algo muy serio.

—Lo sé. María Luisa no es santa de mi devoción, después de lo que me hizo, pero no puedo dejar de pensar en ella. Lleva diez años encerrada en un prostíbulo. Ninguna mujer merece ese castigo, no importa lo que haya hecho.

Akane sintió un ligero escalofrío recorrer su cuerpo. El doctor Pascal tenía razón. La mera posibilidad merecía descubrir la verdad.

—No pueden contárselo a nadie, caballeros. Si el rumor llega a oídos de Bianchi, hará limpieza de su casa. Las hará desaparecer y jamás volveremos a saber de ellas.

—¿Nos ayudará?

—Por supuesto. No me interesa recuperar su dinero mal habido, doctor Pascal, pero si es cierto el mensaje de su amiga María Luisa, pretendo rescatarla. A ella y a todas las que estén en esa casa.

—Entiendo —dijo Ramiro satisfecho de su actitud. Era verdad que sentía que María Luisa había pagado su crimen con creces, mas eso no significaba que no quisiera recuperar sus dos millones de dólares. Para su buena fortuna, el mundo todavía dependía del dinero y esa cantidad le podía permitir retirarse y disfrutar de su vida antes de que una condición crónica lo mandara directo al más allá.

—Yo me encargo de Bianchi. Ustedes, de descubrir la identidad del asesino de mi tío. ¿Lograron averiguar algo del doctor Atero?

Tato tuvo toda la razón. La sola mención del nombre de Akane Nakahara era más efectiva en abrir bocas que una dosis de SW. Solo faltó que le tendieran una alfombra roja hasta el despacho del rector de la universidad. Pudieron ir en calidad de CS encargados del caso de Schneider, pero el nombre de Akane aflojó cualquier reticencia natural de las autoridades a verse involucradas en un escándalo.

—El doctor Wainstein nos confirmó que Atero estaba trabajando con el coronavirus egipcio. Quería ver cómo afectaba al hígado, desde una perspectiva molecular, con la esperanza de encontrar una forma de volver el efecto del SW más permanente.

—Según su jefe —dijo Tato—, era un hombre muy reservado. Por eso le extrañó tanto averiguar que fue él quien solicitó reunirse con Schneider. La universidad guarda registro de todas las llamadas hechas en los predios y fue Atero quien solicitó comunicarse con el cuartel central de la Asociación. Sea lo que sea lo que le dijo, debió de sonar convincente, porque Schneider y el coronel Akigusa tomaron el primer avión disponible para la zona.

—Mi tío no era hombre de sorprenderse por tonterías y Johann tenía una inmensa responsabilidad sobre sus hombros. Era un experto en delegar, así que dejar todo para venir a este rincón del mundo por una simple llamada no suena lógico. ¿Tienen el DRI de Atero?

—Seguro —respondió Tato arrugando la frente—, aunque no sé para qué lo quiere. Más que nada, son pedazos. La bala lo destruyó.

—Conozco a alguien que puede hacer milagros. Si hay algo rescatable en el DRI de Atero, él puede extraerlo.

Tato giró el cuello para mirar a Ramiro. Movió los labios sin perder la sonrisa pícara que bailaba en ellos.

«Te lo dije. Influencias», enunció sin hacer un solo sonido. Akane se levantó de la silla con una expresión pensativa en el rostro.

—Le pediré que venga a verlos aquí. Se llama Jonas Michailidis.

—¿El encargado del Departamento de Informática?

—¿Lo conocen?

—No en persona, pero nuestros colegas fueron a hablar con él para revisar los archivos policiales y buscar una pista del origen del arma utilizada.

—¿Encontraron algo útil?

—La verdad, aún es muy temprano para decirlo.

—Ya veo. En fin, le diré a Jonas que se tome un par de días y se dé un paseo por acá. Mientras más lejos de la zona B-Tres, mejor. Si descubre que estoy investigando a Luca, se pondrá impertinente y tratará de averiguar la verdad por su cuenta. No quiero ponerlo en sobreaviso por error. Cuando caigamos sobre su negocio, lo quiero despistado y confiado.

Sus facciones se endurecieron. Tato comprendió en ese momento por qué la joven viróloga había logrado estar donde estaba.

—Pretendo estar allí cuando ese maldito descubra que sus días están contados.

* * *

Año 10 AL — 21 de abril

Uriel golpeó el saco de arena dos veces más. Movimientos rápidos que apenas dejaron una marca sobre la dura superficie de vinilo. Se dio la vuelta y sacudió una mano. Sentía los dedos dormidos, por lo que se quitó los guantes y los tiró en una mesa cercana. Una alarma sonó en su teléfono. Se acercó e ignoró el mensaje al ver lo que era: «Sus niveles de endorfinas son los adecuados para garantizar un óptimo estado de bienestar. Sugerimos suspender la actividad física actual y tomar mucha agua».

Se sintió tentado a seguir golpeando el saco hasta que los nudillos le sangraran, pero conocía las consecuencias. Un aviso de advertencia al sobrepasar sus límites y uno adicional cuando su cuerpo reportara dolor en su mano. Al día siguiente, una llamada de algún miembro de la Academia para interrogarlo sobre los hechos que lo llevaron a lastimarse de esa manera.

Era lo último que necesitaba. Extraños metiéndose en sus asuntos. Eso sin contar que, de caer en manos del CS equivocado, sus días podían terminar al entrar en contacto con el pulso de una AX-3.

¿Era de verdad una alternativa tan terrible? No más pesadillas de bebés sangrando. No más persecuciones nocturnas de pobres diablos que lo único que querían era ser inmortales. No más lamentos por los errores cometidos.

Paz y olvido.

Su brazo inició el movimiento. Su puño estuvo a milímetros de golpear y se detuvo.

¿A quién engañaba? No quería morir. El mundo se había vuelto un lugar más frío, enfocado en el bien común por encima del individual, y aun así era un lugar en el que merecía la pena seguir viviendo. Se dio la vuelta, se quitó las cintas con las que se había envuelto los dedos de las manos y se alejó del saco de arena contra el que había descargado su frustración acumulada en los últimos días.

Alguien tenía que pagar.

Uriel tomó una botella de agua que tenía sobre la mesa y lanzó la tapa de rosca. El pequeño disco de color azul voló por los aires y desapareció entre los papeles que llenaban el interior de un cubo de basura del otro lado del cuarto.

—Tres puntos —murmuró, recordando el deporte favorito de sus años adolescentes. Una ola de paz lo invadió, hasta que el recuerdo de una de sus últimas partidas golpeó con fuerza en el presente.

—Pásanos la bola —gritó el hombre, que se acercó a los escalones de metal—. Quiero terminar de aplastar a estos idiotas.

Uriel tomó el balón y se lo pasó de una mano a otra, repitiendo el gesto sin dejar de mirar al grupo que se acercaba. Eran cinco, pero uno de ellos era el líder. Vestía un suéter blanco con dos agujeros en un costado, y pantalones cortos. Debía de tener veinte años,

como él, tal vez un poco más. Sudaba copiosamente y su cabello brillaba bajo la luz del sol del mediodía.

—¿Por qué? No saben jugar.

Eso generó reacciones de todo tipo en el grupo. Desde miradas de incredulidad hasta silbidos en tono de sorna. El líder no hizo ademán alguno. La única respuesta a su comentario fue una ligera elevación de la ceja derecha. Se acercó aún más y se cruzó de brazos.

—¿Quieres apostar?

Uriel mantuvo la seriedad, aunque por dentro sonreía. Los payasos habían picado el anzuelo. Eso era precisamente lo que quería. Los dejaría limpios y se forraría con unos buenos billetes. Se levantó y, sin soltar la pelota, dijo:

—Por supuesto. ¿Cuánto quieres perder?

El hombre estiró la mano y tomó la pelota. La hizo girar un par de veces, como si estuviera verificando que no la hubiera manipulado de alguna forma. Después de terminar esa inspección, la dejó caer en el suelo y la atrapó al rebotar de vuelta. Satisfecho, le dio la espalda.

—Vamos. Veamos lo bueno que te crees que eres.

Uriel los siguió extático. Los había estudiado durante semanas. Eran buenos, pero no tanto como él. Además, eran arrogantes. No soportarían perder y subirían las apuestas.

Se iba a divertir mucho con todo el dinero que les quitaría. Sería un juego de niños.

—Somos seis. Un tres por tres. Diez minutos, veintiún puntos.

No preguntó si estaba de acuerdo. Uriel asintió como si fuera la decisión más natural del mundo. Se acercó a sus compañeros, intercambiaron saludos y algunas recomendaciones y se pusieron a jugar.

Como esperaba, a los veinte minutos habían ganado ambas partidas. No por mucho. Se controló para ganar por uno o dos puntos. Lo suficiente para hacerle creer que podía ganarle todavía. Que perder más dinero era rentable, con la posibilidad de recuperar lo perdido, y darle una lección por el camino.

—Tú y yo —dijo el hombre, las manos apoyadas en sus rodillas y respirando con dificultad—. Veintiún puntos. Sin límite de tiempo. Doble o nada.

Uriel se alzó de hombros y tomó la pelota. Si era por equipo o individualmente, no le importaba. Limpiaría el piso con su orgullo y lo pisotearía al salir de la cancha.

Los cuatro compañeros se sentaron en las bancas, los ojos puestos en la partida. Uriel los miró una vez. Un pequeño escalofrío recorrió su espalda.

Sonreían como gatos que acaban de ver un suculento ratón acorralado contra una esquina.

—Deja la tontería —pensó en ese momento—. Lo harás papilla. Es el más débil del equipo.

Qué equivocado estaba. Para cuando él llevaba cinco puntos y Uriel ninguno se dio cuenta del error. Hasta ese momento creyó tener el control. En realidad, todo había sido una celada. El cazador no era más que una presa que no sabía que lo era hasta que fue muy tarde para huir.

La bola pegó en el borde de metal del aro y giró casi dos círculos completos antes de caer en el interior. Uriel hubiera gritado de no estar aliviado. A pesar de haber perdido mucho dinero, quería terminar todo e irse a su casa. Su rival no solo lo aplastó, lo enterró tres metros bajo tierra.

—Y con eso son veintiún puntos —dijo recogiendo la pelota—. Paga.

Uriel consideró pelear o discutir, pero los cuatro asistentes se levantaron y se acercaron, formando un semicírculo. Se sintió como

un moribundo rodeado de buitres que solo esperaban que lanzara su último aliento para devorarlo.

Metió la mano en el bolsillo y sacó el dinero. Lo contó y se lo tiró en la palma.

—No es tu culpa —le dijo el otro agarrando los billetes en el aire—. La próxima vez que quieras engañar a alguien, asegúrate de no ser visto antes del golpe. Sobre todo, si tu contrincante conoce las calles.

—¿Qué? ¿Sabías de mí?

—Ja, ja, ja. Seguro. Te vimos en varias ocasiones, observando. Hicimos apuestas entre nosotros. Gracias por tratar de engañarnos hoy.

—Eso es… trampa.

Todos se echaron a reír. El más bajo del grupo dio un paso al frente y le escupió en los pies.

—Para que aprendas a…

No tuvo tiempo de soltar una sola palabra más. Uriel se le lanzó encima. Lo agarró por el cuello y apretó con fuerza. Su cabeza sonó como una papaya madura al golpear el piso.

Cuando logró detenerse y percibir su alrededor, un hombre estaba tirado en el piso, sangrando por la nariz. Los otros dos lo retenían, uno de cada brazo. El hombre contra el que había perdido lo miraba con una expresión curiosa. Una mezcla de respeto y admiración.

—Nada mal —dijo acercándose—. ¿Recuerdas algo?

—Me robaste, maldito.

—No, de eso no. Lo que pasó después.

La pregunta lo dejó sin habla. De verdad no sabía a qué se refería.

—Casi matas a mi amigo —dijo señalando con la cabeza al tipo

tirado en el suelo. Se seguía apretando la nariz para detener el sangrado. Sus ojos llorosos, clavados en los suyos.

—Se lo merecía.

El hombre sacudió la cabeza, como si no pudiera creer que todavía estuviera desafiándolo. Sin tener tiempo de procesar si era un error, su puño salió disparado directo a su abdomen. Lo dobló por la mitad y lo dejó sin aliento.

—Eso fue por tratar de engañarnos.

No se detuvo con ese golpe. Para cuando le propinaron el séptimo puñetazo, quería dejarse caer en el suelo y morir, pero no lo dejaban.

El hombre se limpió la mano en el pantalón. Apenas percibió Uriel el gesto con el que el tipo dio la orden de que lo soltaran, sus rodillas impactaron primero, seguidas del resto de su cuerpo.

—Te buscaré y te mataré. Te lo juro —resopló contra el suelo.

—No te conviene. Solo morirías y perderías la oportunidad de hacer el dinero que trataste de quitarme.

No respondió. No estaba para bromas. Pensaba cumplir su promesa.

—Cuando te recuperes, llama a este número —dijo depositando una tarjeta al lado de su cabeza—. No me hagas pensar que te juzgué mal, no busques una tonta venganza. Te ofrezco hacer mucho dinero. Ni siquiera tendrás que esforzarte. Ya te sale natural.

Los escuchó alejarse. Ayudaron a su amigo a levantarse y se fueron caminando. La pelota de baloncesto golpeó el piso cada cierto tiempo hasta que se perdió de vista.

No supo cuánto tiempo pasó. Al recuperar energías se volvió y estiró la mano. Tomó la tarjeta y la miró, extrañado de que esa parte de lo que pensó que era un sueño fuera verdad: «Pablo Alemán. Empresario independiente».

Sorbió el agua de la botella hasta vaciar la mitad. Se sentó en una silla y abrió el primer cajón de su escritorio. De su interior sacó su arma de reglamento, una AX-3, y varios cartuchos. Uno solo era capaz de apagar el centro respiratorio de su blanco y detener su corazón. Nunca necesitó más de uno, pero prefería cargar de más.

Extrañaba su vieja Harpía, a pesar de que no podía negar que la AX-3 era mucho más efectiva. Colocó un cartucho y la pistola se encendió; una pequeña luz roja cambió a verde.

Alguien tenía que pagar.

* * *

Año 10 AL — 21 de abril

Edisa le puso una cucharadita de azúcar al té y lo revolvió con calma. Por suerte, se había acostumbrado al sabor. Siempre fue fanática del dulce, pero el DRI no permitía abusar del mismo. Treinta gramos de azúcar al día era el límite, so pena de recibir una llamada de los CS.

No tenía ganas de lidiar con ellos, menos ahora que sabía que Uriel Delgado podía ser quien fuera a buscarla.

En su vida pasada si cruzó un par de palabras con el sicario de Pablo fue mucho. No parecía un tipo que tuviera los contactos necesarios para conseguir ese puesto. Una prueba más de que el mundo no era justo, por más que trataran de pintarlo así.

—¿Puedo hacerle compañía?

La voz la tomó por sorpresa. Era un hombre mayor, las canas cubrían la mitad de su cabeza. Más un efecto de la genética que de la edad. Era apuesto y estaba en forma, pero no era una anomalía en esos días. Ahora todos se veían como modelos de revistas.

El DRI se aseguraba de que así fuera.

—No tengo ganas de hablar con extraños en este momento.

—Quizás —dijo él, ignorando la despedida y sentándose de todas formas en la silla contigua—. Sin embargo, usted tiene algo que necesito. Si la suerte nos sonríe, puede ser una relación mutuamente beneficiosa.

—No me interesa. Lárguese…

—Mi nombre es Eric Avilés. Estoy interesado en Pablo Alemán.

La declaración detuvo su intento de llamar a la seguridad del café. Desactivó la pantalla de la mesa y se llevó la taza a los labios.

—No sé quién es y de dónde sacó la información, pero le puedo asegurar que el último nombre que quiero escuchar es el de Pablo.

Eric suspiró cansado. Apoyó ambas manos sobre el borde de la mesa, como si pretendiera levantarse. En su lugar, sin mirarla, dijo:

—Hace diez años, durante la noche del caos, unos maleantes nos asaltaron. A mi novia y a mí. Yo sobreviví de puro milagro. Ella no tuvo tanta suerte.

—Lo siento —dijo Edisa.

—Los asesinos de Verónica, así se llamaba mi novia, eran policías. Los escuché decir que irían a la casa de Pablo Alemán. Que alguien lo había asesinado. No estaban interesados en investigar el caso, sino en llegar primero para poder quedarse con toda la droga y el dinero que tuviera en el lugar.

—Si eso era lo que buscaban, lamento decirle que para cuando salió el sol lo tenían. Pablo usaba su apartamento como si fuera un banco y depósito a la vez. Uriel siempre estaba cerca para cuidarlo, pero esa noche lo tenía robando a mi hijo.

No se pudo controlar y, por alguna extraña razón, no se sintió avergonzada. Nunca había podido tocar el tema hasta que se atrevió con Adriana. Esta vez le salió más fácil, como si una resistencia

natural se hubiera resquebrajado al tomar la decisión de hacerlo la primera vez.

—¿Su hijo? ¿Por qué, si puedo preguntar?

—Ya empezó, así que para qué detenerse —dijo ella con desdén. El tono no amilanó al hombre, que se quedó esperando a que ella contara la historia a su manera—. Pablo me engañó y me embarazó sin mi consentimiento. Cuando me enteré, escapé. Logré mantenerme fuera del alcance de sus garras casi todo el embarazo, pero al final me encontró. Tuve un parto complicado. Sangré mucho y terminé en Intensivos. Igual que mi hijo. A Pablo se le metió entre ceja y ceja que el niño estaría mejor en un hospital privado y mandó a Uriel a secuestrarlo. Eso pasó la noche del caos. A Uriel lo hirieron, y en el proceso…, a mi hijo.

—¿Quién era Uriel?

—Es. Sigue vivo y, créalo o no, es un CS. Era el sicario de Pablo. Nunca lo vi matar a nadie, pero la mano no le temblaba cuando apuntaba su arma. ¿Sabe a qué me refiero?

Eric sacó una libreta y se puso a escribir. El silencio se prolongó más de lo esperado. Se percató de que Edisa no podía separar la mirada de su pluma.

—Lo sé —aceptó sonriendo—. Ya nadie escribe a mano. Soy de la vieja escuela. Hay ciertos hábitos imposibles de romper.

—Lo siento, no quería incomodarlo.

—No se preocupe. Debería ver la cara que me ponen en el periódico.

—¿Es reportero?

—Sí, es lo único que sé hacer. Eso y desempolvar secretos.

Edisa se acomodó en la silla. Tocó con los dedos la taza para verificar que la superficie de cerámica se mantuviera a buena temperatura, un gesto innecesario, ya que la mesa estaba programada para eso. Era como decía el reportero. Algunos hábitos

eran imposibles de romper.

—¿Qué gana con esto? ¿Una noticia para su periódico?

Eric tocó la pantalla de la mesa y pidió un café negro. Edisa no podía creer la desfachatez del reportero, aunque tampoco hizo intento alguno para detenerlo. Esperó paciente, sorbiendo su té, hasta que él decidiera tomar la palabra. Solo cuando su taza llegó y la camarera se alejó, se atrevió a hablar.

—Los asesinos me dispararon a quemarropa. La bala debió perforarme el corazón, pero en su lugar chocó con esto.

Mientras hablaba, se inclinaba para poner un maletín en su regazo. Lo abrió y sacó una pequeña cajita de color azul. Su superficie estaba deteriorada y un agujero irregular perforaba el centro. La entrada a un túnel hacia la oscuridad de su interior.

Sin decir la razón, la abrió. Dentro, pequeños pedazos de cristal cubrían como polvo de estrellas la superficie de terciopelo. Un pedazo de metal refulgió al ser golpeado por la luz del sol que entraba por un ventanal cercano.

—Me quería casar con ella. Con Verónica. Le iba a proponer matrimonio la noche que el doctor Schneider salió en televisión anunciando la existencia del virus egipcio. Tenía planeados una cena y un paseo por la bahía, pero esa conferencia de prensa destruyó cualquier intento de abordar el tema. Me prometí que lo haría apenas pasara todo. Nunca tuve la oportunidad. Primero fueron los rumores, luego las noticias y por último los muertos. La noche del caos, cuando me di cuenta de que se había caído internet y ningún teléfono funcionaba, tomé la peor decisión de mi vida. La obligué a salir de nuestro apartamento para buscar refugio en otro lugar más seguro.

Edisa no se atrevía a opinar. Lo que ella sabía de esa noche era resultado de los vídeos que asaltaron las redes sociales al permitirse la comunicación global una vez más. Su cuerpo estuvo postrado en una cama de cuidados intensivos durante todo el proceso, situación que lamentó hasta que se enteró de lo ocurrido.

—La bala que debía matarme chocó con esta cajita. Me la metí deprisa en el bolsillo al salir del apartamento. Por un segundo de estupidez pensé que, después de escapar, tendría la oportunidad de decirle lo que sentía por ella, así fueran los últimos días que disfrutaríamos en la tierra.

—¿Un anillo de compromiso? ¿Eso era lo que había dentro de la caja?

Eric asintió. Una profunda tristeza cubrió sus facciones.

—La bala hizo añicos el diamante, pero la desvió lo suficiente para que chocara con una costilla en lugar de seguir recto. Quedé con una hermosa herida, una costilla fracturada y un corazón latiendo. Verónica no tuvo esa suerte.

Se puso a jugar con la cajita mientras hablaba, haciéndola girar con el dedo. Cuando se dio cuenta de lo que hacía, la volvió a guardar dentro de la maleta.

—En fin, esa es la razón. Se la cuento para que vea que no soy un farsante. Llevo una década tratando de descubrir la identidad de los policías que nos asaltaron esa noche y el único punto de referencia que tengo es el nombre de Pablo Alemán. Su expediente no dice gran cosa. Ni siquiera menciona quién fue el primer oficial en la escena. Supongo que pudieron entrar, buscar lo que querían y escapar sin ser vistos. El cuerpo fue levantado por los equipos de limpieza que se crearon para recoger los cadáveres. Como muchos de los muertos de esa maldita noche, fue catalogado como un crimen sin resolver, ejecutado por una persona o personas desconocidas.

—Lamento ser portadora de malas noticias, pero no creo serle de ayuda. No sé más que usted lo que pasó esa noche.

—Fue su pareja varios meses. Debe de haber conocido a las personas que trabajaron con él o lo visitaban. Los policías que nos atacaron hablaban de él como si lo conocieran. Tengo grabada esa conversación con hierro candente en mi cerebro. Mientras Verónica moría, uno de ellos le recordaba al que parecía ser el jefe que Pablo aseguró que bailaría sobre su tumba antes de que lo metieran en la

cárcel.

—Esa era una frase de Pablo. Le encantaba burlarse de los policías que trataban de darle problemas. Después los vigilaba, descubría sus debilidades y los atacaba por allí. Era un desgraciado, pero no era tonto.

—A eso me refiero. Cuando acepté que no sacaría nada del expediente, tuve que resignarme a que el asesinato de Verónica quedaría impune. Sin embargo, dejé una solicitud ligada al expediente. Adriana Watson pidió ver sus archivos. Me llegó la notificación quince segundos después y supe que algo había pasado. Por eso estoy aquí. Usted puede ser mi última oportunidad de hacer justicia.

—No sé. ¿Cómo puedo ayudarlo?

—Tengo copias de todas las fotos del antiguo departamento de policía. Yo no pude ver sus rostros en la oscuridad y, a pesar de mis declaraciones, nadie estaba interesado en investigar demasiado la muerte de un criminal. Después vino la amnistía y mis esfuerzos se fueron al traste. No pretendo rendirme. Si no puedo llevarlos a la justicia, los haré pagar de otra forma.

Edisa se acomodó en su silla. La imagen de Uriel sentado en una silla, respirando el mismo aire que ella, oxígeno que su hijo nunca podría disfrutar por culpa de él, fue una descarga eléctrica aplicada directa en su nuca. El reportero le estaba dando una idea que no había considerado.

—¿Qué tiene en mente?

Eric sonrió al ver la reacción. No estaba en sus planes, pero una relación bipartita podía serle de gran utilidad.

—El periodismo sigue siendo el cuarto poder. Una noticia bien armada presiona más que el cañón de un arma. Bueno, cuando las armas eran permitidas.

—No los puede acusar del asesinato de Verónica, aunque los identifique. Uriel no cumplirá un día de prisión por sus crímenes.

—A menos que encontremos algo que pueda sernos útil ahora. Mi abuela solía decir que árbol torcido no se endereza. Solo necesitamos encontrar un desliz. Algo punible bajo el nuevo Código Penal y listo. Es como cuando a Al Capone lo metieron preso por evadir el pago de impuestos.

—¿Quién es Al Capone?

—No importa —dijo él, sacudiendo la cabeza—. Es historia antigua. Lo importante es que tenemos que encontrar una forma. Ayúdeme y haré lo que esté a mi alcance para hacer de la vida de Uriel un infierno.

Sus ojos, de color caoba, no parpadearon un instante.

—Hay crímenes que no deberían ser perdonados.

Capítulo 12

Polaridad de los valores

Año 10 AL — 23 de abril

El salón de reuniones podía acoger a más de cincuenta personas, un antiguo anfiteatro de docencia de un hospital universitario. En opinión de Arthur, que solo ellos cuatro lo ocuparan era una pérdida de espacio, pero con la reducción de la población mundial y decenas de negocios absorbidos por la Academia o la División, lo extraño era tener que reunirse en una oficina convencional.

—¿Cuándo llegará? —preguntó Ramiro, el último en atravesar la puerta. Su interrogante era expresada a los diez segundos de estar en el interior.

—Está en aduanas. Ya mandamos a alguien a recogerlo y traerlo directo aquí. Espero que no tarde mucho —dijo Uriel.

—Sí es así, empecemos nosotros. Tenemos mucho que hablar.

Ramiro se dejó caer en una silla y la inclinó hacia atrás, las patas traseras sosteniendo todo su peso.

—El día que te caigas me voy a reír mucho —advirtió Tato.

—Eso no pasará. Equilibrio perfecto —dijo alzando los hombros antes de volver a su posición original y enfocar toda su atención en Arthur—. ¿Resolvieron el misterio del cuarto cerrado?

—Sí y no.

—Tendrás que ser más específico —dijo Tato, sentándose al lado de Ramiro.

Arthur se frotó la cabeza con ambas manos, como si el gesto pudiera ordenar las ideas dentro de su cabeza.

—Estuvimos dándole vueltas al asunto. Los misterios de cuarto cerrado son, en su esencia, autolimitados. En la literatura siempre se puede inventar algo, pero en el mundo real se reducen a unas pocas opciones.

Extendió la mano y con los dedos empezó a llevar el conteo.

—Uno: la existencia de una entrada secreta. Revisamos la habitación y los planos del hotel. Esa habitación en particular no tiene una puerta que comunique con la de al lado. El hotel entró en funcionamiento en el dos mil veintiocho y no hay pasadizos secretos. La habitación está en el piso dieciocho, por lo que un asesino volador queda descartado. Además, para reafirmar el punto, las ventanas no abren. Descartada.

—Opción dos —lo imitó Uriel—. Fantasmas.

—Las opciones paranormales están descartadas de plano —dijo Arthur torciendo los ojos en sus órbitas—. Eso incluye también la teletransportación y el uso de un muñeco vudú.

—Tú siempre hablas de mantener la mente abierta.

—No, Uriel —rio Tato—. En esta ocasión le doy la razón a Arthur. Nada sobrenatural. Estamos en la era de la razón. Esto no es una novela de Lovecraft.

—¿Todavía se lee a Lovecraft? —preguntó Ramiro.

—Hay escritores que nunca desaparecen —asintió Tato, que se dirigió a Arthur—. Dinos, ¿cuáles son las otras opciones?

—Gracias. La segunda es el uso de un aparato o equipo a control remoto. Alguna especie de robot o dron capaz de disparar a

nuestras víctimas y autodestruirse o desaparecer. Eso, por supuesto, también lo descartamos. Era una simple habitación de hotel, con el mobiliario esperado. No hay trampas ocultas, artilugios disfrazados o fragmentos de plástico o acero en el suelo. El asesinato lo cometió un humano, de eso no hay duda.

—Lo que nos lleva al tercer escenario —intervino Uriel—: que el asesino estuviera dentro de la habitación cuando Schneider se registró en el hotel.

—Si mi memoria no me falla, el vídeo que revisamos cubría cuarenta y ocho horas.

—Cierto —aceptó Arthur—, pero por el momento síganos la corriente. Schneider y Akigusa salieron de la universidad a las once y veinte de la noche. Fueron a una estación de despacho de hidrógeno, llenaron el tanque del coche y condujeron hasta el hotel. A las once y cincuenta de la noche pasaron por recepción, donde se separaron. No vuelven a estar juntos sino hasta la una y media de la madrugada, cuando Akigusa toca a la puerta de la habitación de Schneider. Entra, se cierra la puerta y media hora después hay una conmoción.

—Revisamos las grabaciones del hotel Atheneum varias veces —dijo Uriel—. La primera vez solo veinticuatro horas, pero después nos sentamos a ver todo desde el principio. En las cuarenta y ocho horas previas, la habitación mil ochocientos dieciocho, donde se hospedaron nuestras víctimas, no fue ocupada por huésped alguno. Ninguna criada entró a hacer la limpieza.

—Y ninguna puerta se abrió de manera misteriosa —dijo Arthur mirando a Uriel, quien se mantuvo impávido ante el comentario.

—Entonces —dijo Ramiro—, el asesino tuvo que estar en esa habitación durante más de cuarenta y ocho horas, y alguien tuvo que asegurarse de que nadie ocupara esa habitación antes de la llegada de Schneider.

—Bingo. Es la única explicación posible y eso abre todo un espectro de posibilidades que habíamos considerado.

Tato comenzó a tocar las puntas de los dedos de una mano con la otra, como si estuviera tamborileando sobre su propia piel, llevando el ritmo de sus procesos mentales. Era un gesto que Arthur le conocía de reuniones previas, señal de que no le gustaba lo que escuchaba.

—¿Cuándo planeó el viaje Schneider?

—El doctor Atero los llamó la noche del trece de abril. Ellos tomaron el vuelo en la mañana del catorce. Llegaron a la zona por la tarde y un chófer de la Asociación los recogió y los llevó al hotel. Después de eso decidieron alquilar un coche para moverse por la ciudad.

—Curioso —murmuró Tato—. Si el asesino se escondió cuarenta y ocho horas antes y ellos decidieron tomar ese vuelo tan deprisa, implica que el asesinato fue orquestado con tiempo. Sabían que Atero los llamaría, que Schneider respondería a la llamada sin dilación y que se quedarían en ese hotel y en esa habitación.

—Lo del hotel no es problema. La Asociación tiene contrato con solo dos hoteles en la zona y el Atheneum es el más cercano a la universidad. Al saber de su viaje, Pereira coordinó el transporte al hotel. Les ofreció un chófer, pero ellos prefirieron la libertad de su propio vehículo.

—¿Y la habitación?

—Esa la asignó el hotel al recibir la reserva.

—¿Saben lo que eso significa? —dijo Uriel pensativo—. Pudieron deducir el hotel donde se quedarían, pero la reserva, mantener el cuarto sin ocupar hasta su llegada, que el asesino se pudiera esconder cuarenta y ocho horas o más sin ser detectado…, apunta a un trabajo interno. Siendo así, tenemos al sicario, a alguien del hotel y a Atero involucrados en el asesinato. Son demasiadas personas para que no haya alguien planeando y coordinando todo desde fuera. Alguien con poder.

—¿La Asociación? —aventuró Ramiro—. ¿Por qué alguien de la Asociación querría deshacerse de Schneider o Akigusa?

—Eso mismo nos preguntamos —dijo Arthur—. Los motivos de hace veinte años son los mismos que ahora. Dinero, poder, venganza y pasión. Por pura lógica, me inclino por el poder. Con la muerte de Schneider, por ahora la encargada es Akane Nakahara, la sobrina del coronel Akigusa, pero solo será hasta que la Asociación se reúna. Es la favorita, pero la decisión final está en manos de los delegados regionales. Están planeando una asamblea general los primeros días de mayo. Hasta entonces, Akane es la única beneficiada.

—No creo que sea ella. Está demasiado interesada en atrapar al responsable del asesinato de su tío —dijo Ramiro.

—No subestimes a una buena actriz. No debemos excluirla. No todavía.

—Vale, Akane es una beneficiada. ¿Quién más?

—Pereira —dijo Uriel.

—¿Pereira? —preguntó Tato, a quién no se le había ocurrido la idea —. ¿Por qué?

—Primero, oportunidades. Schneider y Akigusa fueron asesinados aquí. Si todo fue una trampa elaborada, hacerlos venir a esta zona era indispensable para sus planes. Tenían a alguien trabajando para ellos en el hotel. Esa persona debía estar pendiente de la reserva para asignarles la habitación preestablecida, donde el asesino esperaba la llegada de sus huéspedes.

—Es cierto —dijo Tato—. ¿Qué más?

—Segundo —siguió Uriel—, motivos. Con la muerte de Schneider, los delegados regionales tienen que elegir a un nuevo presidente. Akane puede ser la favorita, pero estuvimos averiguando por allí y adivinen quién lo está alcanzando.

—¿Pereira?

—Aunque no lo crean, tiene muchos contactos que ha ido cultivando a lo largo de estos años y, lo que es un punto a su favor, es más popular. Entre los suyos le dicen Papá Pereira. Akane lo que

tiene de inteligente lo tiene de antisocial. Cuando llegue el momento de elegir, ese detalle puede inclinar la balanza. Tal vez Pereira decidió que era hora de acelerar el proceso.

—Otro detalle apunta a Pereira —dijo Arthur—. Estuvimos analizando el misterio del cuarto cerrado. Si el asesino entró en esa habitación, lo tuvo que hacer cuarenta y ocho horas antes. Eso cae de su peso. ¿Cómo salió?

Tato arrugó el entrecejo. Ramiro, solo después de unos segundos, se recostó en su asiento y se cruzó de brazos.

—Buen punto —dijo el primero—. Tuvo que hacerlo antes de la llegada de la unidad de criminalística.

Arthur negó con la cabeza.

—En el vídeo nadie abandona esa habitación. Se ve la llegada del gerente que abrió la puerta y salió poco después con una cara que sugería que terminó en el baño vaciando sus tripas. Por suerte, logró contenerse y organizar la escena. Mandó a los curiosos regresar a sus habitaciones y llamaron a la oficina de los CS para que mandaran una unidad, que resultaron ser dos célebres personalidades cuyos nombres me reservo.

Los rostros de Tato y Ramiro casi lo hacen atragantarse, pero logró contener la risa. Uriel, viendo el predicamento de su compañero, siguió la idea.

—Los de criminalística llegaron con bastante rapidez. Se ve en el vídeo como hablan con el gerente. Uno de ellos se lo lleva, imagino que con órdenes de asegurarse de que nadie subiera a ese piso, cierran el área y se ponen a trabajar. Aquí encontramos algo inusual.

—¿En serio? ¿Qué es lo inusual?

—No lo es a primera vista. Varias veces lo pasamos por alto, precisamente por no prestarle atención. Después de todo, hasta ese momento pensábamos que el asesino tuvo que salir de la habitación antes de la llegada de la policía.

—Cuando captamos nuestro error y estudiamos el vídeo con calma —dijo Uriel— lo descubrimos. Es difícil llevar el conteo y dar seguimiento a los movimientos de cada uno, pero hay un punto donde parece haber una persona de más.

—¿Qué? —preguntó Tato—. ¿Están seguros?

—Es discutible, pero estamos casi convencidos. Primero llegan tres. Son del mismo tamaño y visten igual. Nunca se ven sus rostros. Entran y salen una y otra vez de la habitación. No es fácil de ver, pero si uno sabe lo que está buscando, está ahí. El trío se convierte en un cuarteto por unos segundos.

—¿Están insinuando que los de la Criminal son parte de la conjura?

—No creo —dijo Arthur. Se levantó de la silla y caminó por la habitación—. Pensamos que esos primeros tres no eran de la Criminal. Visten como ellos, pero eso es fácil de imitar. Llegaron a los cinco minutos de hacerse la llamada. Dejaron dicho en recepción que otros llegarían después y suben al piso dieciocho. Sacan al gerente del pasillo y empiezan a trabajar, pero todo lo que hacen es entrar y salir. En un momento, como les dijimos, nos parece que hay cuatro, pero desaparecen del vídeo y durante los siguientes dos minutos solo uno permanece en la escena. Después parece que vuelven a aparecer, pero creemos que esos son los verdaderos miembros de la Criminal.

—Ya veo —dijo Ramiro—. Necesitaban a alguien de la unidad para que el plan funcionara. Al recibir el aviso del asesinato, esta persona se acerca al hotel con dos cómplices. Entre los tres logran sacar al verdadero asesino de la habitación y el de la Criminal se queda esperando a sus compañeros. Cuando ellos llegan, hace como si acabara de entrar en la escena, acordonan el área y esperan la llegada de los CS.

—Extraño los viejos tiempos —dijo Tato, que sacó su teléfono—. Los crímenes eran sencillos y directos. Nada de estos enredos elaborados.

Arthur se abstuvo de comentar, ya que se veía que la llamada que iba a hacer era importante. Además, era algo que ya habían

discutido en otras ocasiones. Con las calles vigiladas por cámaras las veinticuatro horas del día, era imposible cometer un delito y escapar sin ser captado por alguna de ellas. La única opción de los asesinos era esconder el crimen y para eso necesitaban un lugar como el hotel Atheneum. Una locación aislada, con vigilancia limitada, que pudiera adaptarse a sus planes.

—Hola, Clara. Aquí el sargento Delgado. Necesito una reunión urgente con el doctor Bonilla, de la Unidad de Criminalística. Dile que necesito la opinión de todo su equipo. El director de la C-Uno nos pide apoyo con un caso que puede estar relacionado con nuestra zona. Coordina con él y me avisas del lugar y la hora. Gracias.

Al cerrar el teléfono, sonreía.

—No quiero que el responsable desaparezca. La zona C-Uno no debe estar relacionada con este caso, así que irá tranquilo a la reunión. Ramiro y yo haremos un careo presencial y sacaremos la verdad. Ellos saben quién fue el primero en la escena. Ese será el responsable que buscamos. A partir de ahí podremos ir pelando este problema hasta llegar a la semilla.

—Me encantan tus analogías culinarias —dijo Ramiro—. ¿Cuándo nos vuelves a cocinar?

Arthur miró a Uriel asustado. Tato era un pésimo cocinero con ínfulas de chef. Cuando le daban las ganas de cocinar, pasaban semanas comiendo sus platillos y sus estómagos no eran los mismos después de la experiencia. Uriel, sin volver la mirada, aunque consciente de ella, dijo:

—El placer, para otro día. Lo importante es que el núcleo de este caso parece terminar en dos personas sumamente importantes. ¿Cómo haremos para llevarlos a la justicia?

—Akane o Pereira. Ambos son huesos duros de roer —aceptó Tato, olvidando por el momento la sugerencia de Ramiro. En su lugar, se volteó para decirle—: Si resulta ser Akane, eso puede dificultar que recuperes tu dinero.

Una profunda V se marcó en la frente del médico. Uriel y Arthur tenían un gesto similar, pero de extrañeza. Tato tardó un poco en darse cuenta de su error al mencionar el problema de Ramiro en presencia de ellos, que no sabían esa parte de la historia.

—¿Dinero? —se atrevió a preguntar Arthur por fin—. ¿Qué dinero?

Ramiro hizo ademán de desestimar la pregunta y el comentario, pero calculó las consecuencias de hacerlo. Si algo salía mal, podían llegar a pensar que Akane les estaba pagando para ocultar la verdad y Ramiro no quería eso. Sus relaciones personales eran muy limitadas y muchas de ellas exigían un pago por su compañía. La de Arthur era una de las pocas que le quedaban del viejo mundo y no quería perderla por un malentendido.

Suspiró cansado y, con un gesto de hombros que parecía decir «¿Qué le vamos a hacer?», les contó la historia de María Luisa y el misterioso mensaje de teléfono.

Cuando terminó, Arthur tenía la boca entreabierta.

—¿Diez años en un prostíbulo? Pensé que habíamos eliminado la trata de personas.

—Por cada solución a prueba de idiotas, salen dos idiotas con nuevas ideas —aceptó Ramiro—. El punto es que Akane está ayudando con ese asunto. Si termina ella siendo la responsable, puede ser que jamás logremos liberar a María Luisa. El dinero es secundario, en serio. Siento que, a pesar de todo, se lo debo.

—Vamos, Ramiro —dijo Tato—. No exageres. Entiendo que la quieras ayudar, pero te robó. No tienes motivos para tenerle lástima.

—No era una buena persona, Tato. Eso lo puedo ver ahora. Lastimé a mi esposa. Tenía dos amantes y usé a una de ellas, a María Luisa, para que me ayudara a esconder dinero. Debió de descubrir que tenía otra amante, así como mi esposa descubrió la verdad antes del fin. Pensé ser inteligente, pero todas las mujeres en mi vida sabían de las otras sin que yo me diera cuenta. Jocy contrató a un detective y nunca lo vi. Después de eso aprendí a ser más precavido.

A no suponer y, mucho menos, a despreciar a los demás. Nada como un golpe de humildad para volverte a tus cabales.

—Si es por tu bien —dijo Tato—, haremos lo posible por ayudarte. No importa si Akane…

—Disculpe, señor —lo interrumpió Uriel, acercándose a su silla—. Dice que su esposa contrató a un detective. ¿Le tomó fotos? ¿Tenía pruebas?

—Sí —respondió Ramiro algo incómodo—. ¿Por qué preguntas?

—¿Sabe si el detective conocía sus tratos con Pablo Alemán?

El nombre del traficante lo dejó perplejo. Masculló unos segundos, haciendo un esfuerzo por recordar las fotos que Jocy le entregó esa noche. Las de Anastasia, que murió de un tiro sin que pudiera hacer nada. Las de María Luisa, cuando pretendía estar interesada en él.

Las del apartamento de Pablo Alemán.

—Ahora que lo mencionas, tienes razón. Jocy me enseñó varias fotos de su edificio. Ella no sabía por qué iba allí, pero supuestamente el detective tenía noticias. La noche del caos se interpuso entre ella y la verdad.

—¿Por qué te interesa, Uriel? —preguntó Tato, algo molesto por la curiosidad de su subalterno.

—Porque si el detective estuvo vigilando ese apartamento, podría haber fotos de todas las personas que lo visitaron en los días previos. Yo trabajaba para él, pero solo lo veía cuando me necesitaba. Tal vez en alguna de ellas esté la persona que se quedó con la Tokarev.

Ramiro y Tato inclinaron la cabeza a la vez, lo que a Arthur le recordó a un perro escuchando un sonido interesante. El primero en captar a qué se refería fue Ramiro.

—¿Cómo no se me ocurrió? Tienes razón.

—¿Estará vivo todavía? ¿Recuerdas cómo se llamaba?

Ramiro cerró los ojos. Después de un instante, chasqueó los dedos.

—Rubén. Rubén Ovalle.

Arthur sacó su teléfono y se puso a buscar. La sonrisa en su rostro los avisó a todos del resultado.

—Está vivo y sigue trabajando en la zona.

—Perfecto. A ver, asignemos funciones. Nosotros nos encargamos de los de criminalística y del detective. Ustedes trabajen el hotel. Averigüen quién asignó la reserva. Eso nos dará, casi seguro, a otro de los involucrados.

—Me parece bien —dijo Uriel. De todos modos, tenían planeado ir por la tarde—. Creo que…

El sonido de una alarma cortó sus siguientes palabras. Una pantalla cercana se iluminó y un mensaje en letras negras resaltó sobre la superficie.

—El ingeniero Jonas Michailidis espera en recepción.

Ramiro tocó la pantalla para dar la orden de que lo dejaran subir.

—Veamos si el señor Michailidis es tan bueno como dice Akane Nakahara.

* * *

Año 10 AL — 23 de abril

La foto de Luca Bianchi ocupaba la mitad de la pantalla. Un rostro afable de facciones angulosas. Ojos negros, pestañas y cejas voluminosas. Apenas insinuaba una sonrisa, lo que daba la impresión de alguien tranquilo y cooperador.

Un monstruo disfrazado de humano.

Akane siguió leyendo la información disponible. Para cualquiera, un empleado modelo. Previo a la pandemia, policía en Italia. Con la llegada del nuevo orden ocupó el puesto de la difunta Mila Peteers, a cargo de la distribución y custodia de la producción del SW.

Cuando fuera tras él, tendría que ir con pies de plomo y tener todas sus piezas bien armadas. El lugar exacto donde tenía a las mujeres encerradas, coordinar con personal de confianza la redada y disponer de un reemplazo fiel a la Asociación que pudiera hacerse cargo del puesto de manera inmediata.

Luca Bianchi. En su opinión, la peor forma de bazofia criminal. Una que tuvo la suerte de estar en el lugar indicado en el momento justo.

Si lo que decía el doctor Pascal era cierto, María Luisa Pineda no fue la primera. Luca debía de tener ese negocio ya establecido desde mucho antes y la joven cayó en una red tendida de antemano. Una más de una larga lista de víctimas de la trata de personas. Con la divulgación del nuevo Código Penal pensó haber encontrado la solución al problema, pero debió saber que algo tan lucrativo no desaparecería de la noche a la mañana.

—Responsable de dirigir la operación —leyó de la pantalla en voz alta— que consiguió las capturas de Leonardo Hernández, alias Bolero, y Giorgio Rossi, alias Gordo, dos conocidos criminales del área ahora conocida como zona B-Tres.

Presionó los enlaces correspondientes para ver el prontuario de ambos. Criminales reconocidos que tenían sus manos metidas en los negocios turbios del área. Ambos fueron encarcelados y murieron por ECOD en prisión al mes del arresto.

«¿Eliminando la competencia? —pensó Akane—. Si es así, tiene el monopolio absoluto de toda la zona. ¿Cuántas mujeres tendrá prisioneras? Lo peor, ¿cuántos hombres se aprovechan de la situación todos los días? ¿Dónde? —se preguntó—, ¿dónde las tienes? ¿Cómo las encuentro?»

Había una forma fácil. Ir con un ejército y peinar el área. Encontraría el lugar en algún momento, pero poniendo las vidas de ellas en peligro.

La otra opción era más sutil y segura, pero tendría que esperar para tener resultados. Horas de suplicio a las que quedarían condenadas esas mujeres solo por el hecho de tener dos cromosomas X.

«A veces es necesario sufrir para obtener lo que uno quiere —solía decirle su tío Hiroo—. Si no, no se aprecia el premio obtenido.»

«Muy fácil decirlo cuando no eres tú el que sufre —pensó como respuesta. En su mente vagaban las siluetas de decenas de mujeres encerradas en cuchitriles mugrientos en algún lugar de la zona B-Tres—. Aguanten. Siento no poder ayudarlas con más rapidez. Llegaré pronto. Lo prometo.»

* * *

Año 10 AL — 23 de abril

Jonas miró los fragmentos de metal y alambre y se rascó la cabeza. Cuando le dijeron que el doctor Atero se había suicidado y que la bala había dañado el DRI, se esperaba algo tangencial. Lo que tenía sobre la mesa distaba mucho de parecerse a los sofisticados circuitos que ayudó a diseñar.

Con el peso de las miradas de los CS sobre su espalda, abrió su maleta y sacó una pequeña computadora conectada a un disco de metal. A Ramiro le recordó uno de esos viejos equipos de reproducir música que eran tan populares por su valor retro.

Tomó dos fragmentos de color dorado con líneas plateadas y los colocó encima del disco. Con cuidado, usando unas pinzas más pequeñas que sus dedos, las movió sobre la lustrosa superficie. Una

luz azul empezó a brillar en el ordenador. Jonas suspiró aliviado.

—Bien —dijo mirando por encima de su hombro—. Lo tenemos.

—¿Tiene información? —preguntó Tato.

—No sé, pero puedo extraer la que quedó grabada en estos fragmentos. Puede ser que esté corrompida o sea imposible de leer. Ya veremos.

Una barra de colores verdes y amarillos empezó a subir y bajar en la pantalla. Después de un instante, una ventana de color crema se abrió. Pequeñas letras de color negro anunciaron a todos los presentes los resultados del análisis.

—DRI formateado por su dueño —murmuró Jonas.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Uriel, quien ya se imaginaba la respuesta.

—Que no hay nada. Lo siento.

—Demonios. Maldito Atero —rezongó Ramiro—. ¿Por qué no apuntó la bala hacia arriba? Hubiera perdido la parte superior de su cráneo, pero tendríamos el DRI intacto.

—Tal vez eso es lo que buscaba —aventuró Arthur—. Destruir el DRI.

—Alto —dijo Jonas dando la vuelta a la silla para mirarlos de frente —. Eso es irrelevante.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó Arthur.

—Porque el DRI está formateado. Eso quiere decir que el dueño lo borró a propósito.

—¿Eso se puede hacer?

—Digo, sí —dijo sacando su teléfono y mostrando la aplicación que controlaba su propio DRI—. No es muy frecuente y el sistema te pregunta tres veces si estás seguro antes de proceder a cumplir la

orden, pero está aquí.

En la pantalla se dibujó una ventana de color crema. En su interior, la pregunta «Solicitó formatear su DRI. ¿Está seguro?».

—Es solo la primera de las tres veces —dijo saliendo del programa. Sus dedos temblaron al hacerlo por temor a equivocarse y aprobar la orden—. Atero debió de hacerlo de manera voluntaria. El DRI debe estar en contacto con la marca genética del dueño para poder cumplir cualquier orden. Por eso deja de funcionar si es extraído o removido a la fuerza. Además, el sujeto debe estar tranquilo. El sistema monitoriza los signos vitales y los niveles de adrenalina y cortisol. Si la persona parece estar estresada, como ocurriría en caso de un secuestro, el sistema no obedece y manda una alerta al CS más cercano. Son las tres cláusulas de seguridad de cualquier DRI estándar.

—¿Me está tratando de decir —preguntó Tato— que Atero borró su DRI a propósito antes de pegarse un tiro?

—Exacto. ¿Por qué lo haría? Esa es la pregunta.

Los cinco guardaron silencio, pensando en las posibilidades. El primero en sugerir algo fue Uriel.

—Si el DRI hubiera estado intacto, ¿qué información nos hubiera podido brindar?

—Nada relevante, creo. Su estado de salud el mes previo a su muerte y los datos que incluyera en su interior. Todas sus tarjetas de crédito o cuentas de banco estarían ligadas al DRI como llave para abrirlas. Esa es la razón por la que se implantaron tantos protocolos de seguridad.

—Eso es lo obvio. ¿Algo más?

—Bueno, el DRI no es un GPS ni mucho menos, pero sí quedaría el registro de las veces que se usó y en qué. Si, por ejemplo, fue a su casa y lo usó para entrar, quedaría registrado en un archivo interno de control. Es una copia de protección en caso de fallos.

Ramiro señaló los pedazos del DRI.

—¿Puede recuperar esa información? ¿En qué lo usó ese fin de semana?

Jonas miró los fragmentos desilusionado.

—Cuando uno borra un archivo, no desaparece del todo. Solo se le indica al sistema que puede usar ese espacio. Sin embargo, si lo formatea, es imposible de recuperar. Ustedes son los detectives, pero suena a que Atero no quería dejar una sola huella de su pasado. Formateó el DRI y, por si acaso, se pegó el tiro de forma que la bala lo destruyera.

—El equivalente a matar una mosca con una escopeta. Funciona, pero raya en la exageración.

—O en la precaución extrema —dijo Arthur—. Atero quería estar muy seguro de no dejar una sola pista. No de su responsabilidad en los asesinatos de Schneider y Akigusa. De haber querido eso, habría usado otra arma en lugar de la Tokarev. La pregunta es: ¿qué trataba de ocultar?

—Algo por lo que valía la pena quitarse la vida —dijo Jonas recogiendo su equipo.

* * *

Año 10 AL — 23 de abril

—¿Uriel es un CS? ¿Cómo un maldito sicario se convirtió en un CS?

—Su padrino ayudó en el proceso de ordenamiento mundial. Fue elegido personalmente por el coronel Akigusa para encargarse de esta zona, así que tenía peso con el viejo.

—Casi nos extinguimos por culpa de un mísero virus, comenzamos un nuevo mundo y las influencias siguen teniendo más importancia

que los méritos. Si me pregunta, merecemos desaparecer.

—No le pienso llevar la contraria —dijo Ovalle. Tomó un pequeño sorbo de vino tinto y dejó que el sabor se deslizara por sus carrillos. No sabía si era cierto, pero había escuchado que, si bebía de esa manera, el DRI demoraba en detectar los niveles elevados de alcohol. No se había atrevido nunca a probar si era verdad. Había situaciones que prefería evitar y lidiar con los CS era una de ellas.

Ana Paredes miró su copa con envidia palpable. Su nivel de alcohol ya había llegado al límite permitido. Tendría que esperar a dormir y que el sistema determinara que había descansado para beber nuevamente.

Merecían desaparecer. Cada vez estaba más convencida.

—Necesito verlo. Es urgente. ¿Sabe dónde podría encontrarlo?

—No es tan fácil, señorita Paredes. Debo preguntarle para qué quiere verlo. Si su plan incluye lastimarlo, tendré que informar. No pretendo ser socio de un intento de homicidio.

En respuesta, Ana abrió su cartera y le pasó una tarjeta de plástico de color negro.

—Apunte esa información en su DRI. Es el usuario y la clave de acceso a una cuenta de ahorro privado. En su interior encontrará el dinero prometido y un bono.

Ovalle procedió a obedecer. Cuando vio la cantidad, silbó largo y tendido.

—Gracias.

—Deme lo que quiero y es suyo. Lo que haga con Uriel Delgado es asunto mío. Su nombre no saldrá involucrado en ninguna parte de este asunto.

Ovalle sopesó sus opciones. El negocio no iba a mejorar pronto y corría el riesgo de tener que declararse en bancarrota si no pagaba el alquiler de su oficina a tiempo. Con el dinero que Ana Paredes le ofrecía, pagaría lo que debía y le sobraría para vivir de manera

holgada varios meses.

La decisión era obvia y aun así prefirió considerar todos los ángulos. Lo que podía perder si se descubría que había ayudado en la celada a un CS. Mínimo sería cómplice y terminaría sus días en una fábrica de la zona B-3 fabricando SW hasta su muerte.

—¿Por qué odia tanto a Uriel Delgado? Prometió decírmelo algún día.

—Lo haré, solo que no hoy. ¿Qué decide? ¿Me ayuda?

Rubén Ovalle miró, una vez más, el dinero depositado en esa cuenta y apagó el teléfono.

—Un tal Ramiro Pascal quiere reunirse conmigo. No sé la razón, así que iré al encuentro con la mente abierta. Lo importante es que Ramiro trabaja con Uriel Delgado. No son parte del mismo dúo, pero están trabajando juntos en el caso del asesinato del doctor Schneider. Cuando descubra qué quieren de mí, concertaré una nueva cita y me aseguraré de que Uriel Delgado esté allí. Apenas tenga una localización, le diré dónde personarse y listo. Lo que haga después, es asunto suyo.

Ana asintió. El dinero era lo de menos.

Recordó la noche que su hermano fue asesinado. La oscuridad y la lluvia pertinaz que caía sobre sus cabezas sin darles un segundo de descanso. El brillo del arma de Uriel y su hermano desplomándose en el suelo frío y húmedo. Murió en sus brazos sin que ella pudiera hacer nada.

Lo peor fue tener que ver la cara de su madre al saber que su hijo adorado estaba muerto. Jamás la perdonó por eso. A sus ojos, él estaba allí acompañándola. Protegiendo a su hermana menor. Su madre no dejó de restregárselo en la cara hasta el día que los CS vinieron a buscarla por sufrir una condición crónica. Informar de que sufría de diabetes y del corazón fue la mejor decisión que pudo tomar en su vida. Verla partir en el último asiento de una ambulancia de los CS, una experiencia sublime.

No la última. Esa sería ver los ojos de Uriel Delgado antes de meterle un cuchillo en el corazón.

* * *

Año 10 AL — 23 de abril

Ramiro se acomodó en la cama, la cabeza de Massiel apoyada sobre su hombro. Sus cabellos olían a lavanda o a violetas, jamás estaba seguro. Era un aroma suave que lo ayudaba a conciliar el sueño más rápido que un barbitúrico, si se pudieran usar todavía, por supuesto.

—¿En qué piensas? —dijo, los labios pegados a su piel. Massiel no pagaría una moneda por sus pensamientos, pero era una profesional. Sabía qué botones presionar para mantener la ilusión y darle la sensación, por esas pocas horas, de ser otra persona. Tal vez el hombre que Jocy pensó que era cuando todavía creía en él.

Deslizó sus dedos por su cabello, haciendo rulos con el índice. El movimiento liberó las esencias y lo transportó a momentos ficticios que su mente creaba para darle la impresión de paz.

—Nada en particular. —Sus palabras se revolvieron en sus rizos—. El caso del doctor Schneider es un poco complicado. Eso es todo.

—¿Algo nuevo?

No debería contarle, pero las putas eran como los sacerdotes. Guardaban los secretos mejor que una caja fuerte. Aquellos por obligación. Ellas porque les convenía. Un cliente satisfecho siempre regresaba.

Además, Massiel era especial. Un encuentro fortuito cuando le falló a Anastasia por última vez. Una camaradería fruto del dolor de perder a alguien cercano. Prometió ayudarla con los gastos del

entierro, que se demoró varios días por todos los problemas que siguieron a la noche del caos. Después, un café para hablar del pasado. Para ver cómo seguía. Una conversación casual donde salió que tendría que regresar a su vida como trabajadora sexual para ganarse la vida.

El día que descubrieron que cada uno podía darle al otro algo que necesitaba. Un negocio mutuamente satisfactorio y duradero. Más de diez años. Más de lo que duró su matrimonio con Jocy. Hasta cuando subió los precios, él se mantuvo fiel a ella. No lo admitiría nunca, pero necesitaba esas horas. Ese afecto, así fuera comprado, libre de las ataduras del matrimonio.

Lo mejor de dos mundos, en su opinión.

—Nada —respondió a su pregunta—. Siento que algo nos falta, pero no puedo poner el dedo sobre qué. Alguien se tomó muchas molestias en organizar los asesinatos. Por suerte, ahora sí creo que vamos por buen camino. Perdimos mucho tiempo investigando el arma y eso terminó en un callejón sin salida.

—Si alguien puede resolver esos asesinatos eres tú.

Una frase típica de ella. Le empezaba a molestar su condescendencia, mas no tanto como para quitarse de su lado.

—Yo no quería ser detective. Nunca me gustaron las novelas policiacas. Siempre quise ser médico. Era un buen intensivista. El mejor.

—Sigues siendo médico. Si no, no serías un CS.

Ramiro guardó silencio. Tenía uno de los trabajos mejor pagados del nuevo mundo. Era menos exigente que su antiguo empleo y las prebendas eran más rentables. No tenía motivos para quejarse.

—Imagina que fuera un paciente enfermo —dijo ella, levantando la cabeza y apoyando el mentón sobre su pecho—. ¿Cómo lo abordarías?

—¿Qué? ¿De qué hablas?

—Leí una vez que los detectives y los médicos tienen mucho en común —dijo ella sentándose de repente. La sábana se deslizó y mostró sus pezones, pero se los volvió a tapar. En opinión de Ramiro, para evitar que se distrajera y quisiera intentar otra cosa—. Ambos se enfrentan a un problema que resolver. Buscan pistas, interrogan, establecen un plan y lo ejecutan. Si lo hacen bien, llegan a un diagnóstico o a un culpable.

Ramiro sonrió y se sentó en la cama. No se esperaba esa conversación de boca de Massiel y decidió seguirle el juego. Sonaba interesante.

—Es cierto —aceptó—. A ver. Si fuera así y tanto Schneider como Akigusa fueran pacientes afectados de la misma enfermedad, al mismo tiempo, ¿qué sería lo primero en mi mente? La historia clínica sería vital para conocer los antecedentes.

—Eso ya lo tienes. Sabes cómo murieron. Esa es tu historia. ¿Qué más?

—Los signos vitales y los exámenes de laboratorio. El cuerpo no miente.

Massiel pensó un segundo.

—Esos datos los tienes de la autopsia. Serían la bala y el arma.

—Esa línea no lleva a ningún lado. Generalmente, en medicina, el que tiene la última palabra es el patólogo. Lo que él dice que pasó es lo que pasó, pero en este caso no fue de mucha ayuda. Sabemos que murieron de un disparo con una vieja Tokarev. Nada más.

—¿Qué harías con el reporte del patólogo? Si fuera, no sé, una biopsia…

—Según el hallazgo, orientaría el tratamiento, por supuesto. Un cáncer tendría su protocolo, pero un desorden inmune, otro.

—¿Qué te dijo el arma?

—Si lo convirtiera en lenguaje médico de un patólogo, de seguro diría algo como «Hallazgo inespecífico. Correlaciónese con la

clínica».

—¿En serio te respondían así? —preguntó Massiel, realmente sorprendida.

—Sí. Una vez tuve que atender a una embarazada. La pobre murió, al igual que el bebé. El informe de la autopsia fue «Feto muerto».

Massiel se echó a reír, hasta que recordó que hablaban de un caso real y de un verdadero niño que murió antes de nacer. Se detuvo y carraspeó un poco antes de pedir disculpas.

—Tranquila. Es solo un ejemplo y los médicos tenemos un sentido del humor más negro de lo que te imaginas. En fin, regresando a tu analogía, el arma es inconsecuente. Lo único curioso que salió fue que se usó en un crimen en la noche del caos.

—No creo que eso sea de mucha ayuda. Cientos de personas murieron esa noche del demonio. Yo también estuve cerca. ¿Recuerdas?

Ramiro asintió con un nudo en la garganta. Imaginó escenas del cuerpo sin vida de Anastasia y de Massiel llorando sobre ella al saber que había fallecido. Estiró la mano y tomó la suya.

—Fue una noche que nunca podremos olvidar. Quisiera, pero siempre estará ahí. Los dos perdimos a alguien que queríamos.

Sintió la mano de Massiel apretar la suya; luego se la quitó de encima, como si hubiera dicho algo que la molestara.

—¿Qué dije?

—Anastasia era más importante para mí de lo que puedas imaginar. No puedes comparar tu dolor con el mío.

—No quería incomodarte. Solo decía…

—¿Sabes por qué estábamos en la calle esa noche? —dijo levantándose de la cama. Los deseos de mantener su concentración se esfumaron con la furia que empezaba a consumirla. Su cuerpo desnudo temblaba de rabia—. Mi antiguo novio me golpeó y ella, al

enterarse, no me dijo que me calmara o que llamara a la policía. Tomó un bate de aluminio y me hizo subirme a su coche. Pretendía buscarlo y darle una paliza. El desgraciado era un traficante y eso lo salvó. Yo era más importante que su seguridad. No he vuelto a tener algo así en mi vida. La perdí esa noche, entre disparos y gritos.

—No sabía —murmuró Ramiro. En su defensa, hizo un gran esfuerzo en mirarla a los ojos—. Nunca te pregunté quién la mató. ¿Fue el traficante? ¿El novio que mencionas?

—Nunca le vi el rostro al asesino. Es más, la bala bien pudo matarme a mí también. Ella tuvo la mala suerte de ser la primera en entrar en el apartamento de Pablo. El maldito ya estaba tieso, pero el asesino no había huido todavía. Entramos y disparó para poder escapar.

Se detuvo curiosa. El rostro de Ramiro se había endurecido al escuchar la historia.

—¿Dijiste Pablo? ¿No me digas que tu novio era Pablo… Alemán?

Massiel se quedó de piedra. Jamás esperó escuchar ese nombre de su boca.

—¿Cómo sabes eso? Yo nunca te lo dije. ¿Cómo?

En ese momento, un pedazo de un recuerdo, como una bola girando en una ruleta, cayó en su lugar. Otras piezas lo siguieron y Massiel se tuvo que volver a sentar, su piel erizada, su lengua pegada al paladar, como si se hubiera secado de repente.

—¿Me estás diciendo que el hombre que mató a Schneider también mató a Anastasia?

—No. El hombre o mujer que mató a Schneider usó la misma arma. Si es la misma persona, no lo sé.

Se volvió y tomó su teléfono, que había dejado al lado de la cama. Marcó un número y esperó.

—¿Ingeniero Michailidis? ¿Todavía está en la ciudad? Perfecto. Hágame un favor. Cuando llegue a su oficina, verifique los datos

que le voy a mandar. Son de otro caso viejo. Una mujer que murió la noche del veintinueve de junio del dos mil sesenta… Sí, la noche del caos… Debe de estar archivado. Todos los cuerpos que llegaron al Hospital San Marcos fueron procesados. Quiero saber si la bala que la mató pertenece a la Tokarev que usaron en Schneider y Akigusa.

Capítulo 13

Transgresiones

Año 10 AL — 24 de abril

—¿Qué voy a hacer contigo?

Luca se subió la cremallera y se acomodó la camisa dándole la espalda. Era una de las tantas formas de humillación que liberaba sobre ella como si fuera un capataz con un látigo en una plantación de esclavos. Era su forma de decirle: «Eres tan inútil que no puedes atacarme. Te doy la oportunidad y no puedes aprovecharla».

—Lo siento, señor. Hago mi mejor esfuerzo.

Luca se dio la vuelta y se acercó a la cama. Le tocó la mejilla, casi con cariño.

—Lo sé, Elsa. Lo sé. Me consta que te esfuerzas en complacer. La pregunta es si es porque soy yo o eres así con todos los clientes. Eso se ve. Nuestros clientes buscan algo, y si no lo sienten, eso se refleja mal en nosotros como empresa.

«Yo no tengo la culpa de que la mitad sean unos viejos a quienes no se les pone. Ya la pastilla azul está prohibida, así que no tienen más remedio. Quieren que yo consiga lo que natura no da.»

Sus pensamientos los guardó para sí. En su lugar, dijo:

—A todos los trato por igual. A todos los complazco en lo que me

piden. Se lo juro.

Luca siguió acariciándola.

—Puede ser. Me debo de estar poniendo viejo, pero te creo, y esas son malas noticias.

—¿Qué?

La pregunta se le escapó de los labios. La mano de Luca se cerró como una prensa sobre su cuello.

—¿No hablé lo suficientemente claro, perra? —dijo pegado a su cara, casi escupiendo las palabras—. Si te esfuerzas y no puedes satisfacer a los clientes, es porque te estás poniendo vieja. El tiempo daña los tejidos, la elasticidad no es la misma. Todavía te ves bien. No se te han caído las tetas. Eso es bueno y yo me siento satisfecho de tus servicios, pero… Bueno, el tiempo es un mal maestro.

La soltó de un tirón. El aire regresó a sus pulmones en una bocanada que la dejó tosiendo. Luca sacó una servilleta del bolsillo y se la pasó para que se limpiara la boca.

—Veamos cómo te desenvuelves hasta fin de mes. Si no recibo más quejas, olvidaré lo que te acabo de decir y seguiremos como antes. Una familia feliz, ¿te parece?

María Luisa asintió con vehemencia. Luca volvió a pasar la mano por su cara. Era callosa y larga, con un tenue olor a jabón.

—Así me gusta. Esa es mi chica.

Le tocó el pelo y se alejó. De haberse dado la vuelta, habría visto una expresión de absoluto desprecio en sus facciones. Fue un momento de rebeldía fugaz que se permitió, a pesar de saber que, de ser descubierta, el castigo sería terrible. Había leído que muchos chulos castigaban las afrentas cortando el rostro de sus mujeres, pero Luca era inteligente. Sus facciones jamás eran tocadas. Eran su carta de presentación para los clientes.

Como él solía decir en voz alta para que todas pudieran oírlo, hay muchas formas de infligir dolor. Varias de ellas no dejan huellas.

Le constaba en carne propia que así era.

—Por cierto —dijo antes de salir—, lo anterior implica que, si alguien se queja, me veré obligado a considerar nuestra relación. Tal vez firmar un nuevo contrato. Tú me entiendes, ¿verdad?

Sin decir más, cerró la puerta.

María Luisa se puso a temblar sin control. Cuando a una chica se le «renovaba el contrato» era sacada de la casa y nadie volvía a saber de ella. Mila especulaba que las mataban y las llevaban al incinerador. María Luisa temía algo peor: que las movían a otro prostíbulo. A uno peor, con clientes no tan finos. Donde dejarían de ser carne de primera calidad para los depredadores y se convertirían en pellejos para los carroñeros. Piezas de cartílago y hueso para ser devoradas en vida hasta morir.

Se bajó de la cama y se acercó a la pared. Tocó una vez y esperó.

Treinta segundos después, la respuesta.

—Luca me amenazó con renovar contrato. No puedo más.

—Paciencia. Espera. Algo tiene que pasar. Ramiro vendrá por su dinero.

María Luisa cerró los ojos y se mordió los labios para no gritar. No sabía si había leído el mensaje. Ni siquiera sabía si seguía vivo.

—Lo último que se pierde es la esperanza. Si tratan de llevarte, ya sabes qué hacer.

María Luisa lo sabía. Un trato que habían hecho entre ellas. Si trataban de llevarse a una, harían lo imposible por soltarse y liberar a la otra. Si iban a morir, lo harían bajo sus términos.

De preferencia, con la sangre de Luca entre sus dedos.

* * *

Año 10 AL — 24 de abril

La oficina de Rubén Ovalle era bastante modesta, pero tenía un atractivo que Tato apreció desde que atravesó la puerta. Estaba diseñada por completo en madera oscura, con amplios ventanales tapados con persianas de color gris. Sobre el escritorio, que a pesar de verse antiguo tenía una pantalla empotrada en la superficie, reposaba una estatua en forma de halcón.

—¿Fanático de Hammett? —preguntó señalando la imagen. Rubén sonrió satisfecho y la levantó para admirarla.

—Todo detective que se precie lo es. No quedamos muchos, pero hay que mantener los estándares. Pasen.

Tato y Ramiro se sentaron en sendas sillas de material sintético negro. Sus cuerpos hicieron rechinar las estructuras como si fueran a colapsar.

—No se asusten. Son viejas, pero más resistentes de lo que parecen. Ahora, ¿en qué puedo ayudarlos? Debo decir que estoy sorprendido de haber recibido una llamada de ustedes.

—Estamos investigando el asesinato del doctor Schneider y del coronel Akigusa. Digamos que su nombre salió a colación.

—¿Mi nombre?

No pareció asustado. Más que nada, extrañado. Se esperaba algo más, no esa revelación.

—Sí. Los asesinatos fueron cometidos con una vieja Tokarev. Esa misma arma se utilizó en el homicidio de un tal Pablo Alemán, el cual ocurrió la noche del veintinueve de junio de dos mil sesenta.

—La noche del caos —murmuró. A Tato le pareció ver un atisbo de temor en sus ojos, pero fue pasajero. Su voz guardaba la misma compostura de siempre cuando abrió la boca para continuar la

conversación—. Pablo Alemán. El nombre me suena, pero no puedo precisar por qué. ¿Qué tiene que ver conmigo?

—Tuvo una cliente en las semanas previas a esa noche. Jocy Pascal. ¿La recuerda?

Ovalle arrugó la frente y sus ojos se movieron de Tato a Ramiro varias veces. En el quinto salto se detuvo en el médico. Las huellas en su frente, que parecían las líneas mal trazadas de un cultivo, se profundizaron todavía más.

—Usted es su esposo. Ramiro Pascal. El… ¿cuál era su trabajo? —dijo buscando la respuesta en algún lugar de su cerebro. Al cabo de un instante, chasqueó los dedos—. Intensivista. Eso era. Un intensivista.

—Sí, soy el hombre al que siguió por toda la ciudad. Me tomó fotos y se las dio a mi esposa.

—Vamos, doctor —dijo él, recostándose contra su asiento—. Espero que esto no sea una infantil forma de venganza. Pasó hace años y era un negocio. Nada personal. Ella me pagó para que le relatara sus movimientos habituales, con quiénes se reunía, en particular si eran del sexo femenino. Debo decirle que no era muy sutil que digamos. Ella se dio cuenta y guardó el secreto hasta decidir qué hacer.

—No, señor Ovalle —dijo Tato interviniendo. El rostro de Ramiro estaba tan rojo como un tomate. Si no disipaba la situación, corría el riesgo de que a su compañero le subiera la presión. Lo último que necesitaba era recibir la orden de arrestarlo—. No es una venganza. En realidad, queremos su ayuda.

—¿Cómo? Conocí a Pablo Alemán de una manera bastante tangencial. Nunca lo traté en persona y jamás puse un pie en ese edificio, pero en una esquina encontré a un drogadicto que me contó todo lo que quería saber por un par de billetes. Fue él quien me habló de los negocios de Pablo Alemán. —Estas últimas palabras las dijo mirando a Ramiro—. No soy nadie para juzgar. Con un contacto en la policía averigüé los detalles que me faltaban. Esa era la información que pretendía venderle a su esposa.

—En realidad, nos interesan más las fotos. Todas las que haya tomado de Pablo Alemán, no importa que sean viejas o estén gastadas. De los lugares que visitaba, de sus amigas, sus socios.

—No son muchas. Pablo Alemán vino a caer en mi radar cuando ya las investigaciones estaban bastante avanzadas. No llegué a seguirlo. Me centré, más que nada, en su apartamento.

Tato le indicó que esas le servían, haciendo un esfuerzo por no revelar su desilusión. Por un segundo llegó a esperar que el detective tuviera la foto que les daría la identidad del asesino de Pablo y, de carambola, el de Schneider y Akigusa.

Ovalle se levantó y se fue a un anaquel que ocupaba la esquina más lejana de la oficina. En su interior, decenas de cartapacios y documentos atados con ligas. Los fue pasando con calma, mientras comentaba:

—Sé que la mayoría ha digitalizado sus archivos, pero yo soy de la vieja escuela. Prefiero el papel en la mano. Aquí esta.

Sacó triunfante un sobre con el número 013 escrito con un marcador negro sobre una etiqueta blanca de rayas. Cerró el anaquel y regresó a la mesa. Tato estornudó una vez cuando pasó a su lado.

—El polvo y lo viejo siempre van de la mano. Gajes del oficio —dijo a manera de disculpa.

Dentro del sobre había varios papeles de un tono amarillo claro y pequeños rectángulos con bordes blancos. Ovalle tomó los últimos y los fue acomodando en su mano antes de pasárselos a Ramiro.

Tener las fotos en la mano lo transportó a esa noche en el balcón de su antiguo apartamento, el cual vendió tan pronto pudo. Se imaginó a Jocy con la copa de vino en la mano, estudiando cual Nerón las llamas meciéndose por encima del perfil de la ciudad. Cuando las cosas se calmaron, decidió regresar y hablar con ella. El número de muertos en esos días sobrepasó todas sus expectativas y por cada uno llegaban tres heridos. El exceso de trabajo terminó por abrumarlo y estuvo a punto del colapso nervioso.

Quería hacer las paces. Aceptó que, tal vez, estaba siendo muy duro con ella. Que no todos aspiraban a ser excelentes. No estaba de acuerdo con esa mentalidad y, a pesar de eso, estaba dispuesto a ceder un poco. A ser más tolerante.

El apartamento estaba vacío. Sus ropas y una maleta faltaban. Jamás la encontró. Una vez se atrevió a buscarla con el registro único de DRI. Su nombre no apareció en el listado. O no había sobrevivido o había conseguido hacerse con una nueva identidad en alguna parte del mundo. Prefería imaginarla así, en una playa tropical, descansando debajo de un árbol de almendras, después de un día de trabajo ayudando a los más necesitados.

Esa fantasía, por alguna razón, lo hacía sentirse en paz.

—Déjame ver —dijo Tato, quitándole las fotos de la mano. Ramiro no se había percatado del tiempo transcurrido, pero debió de ser más de lo requerido por las normas sociales. Ovalle lo estudiaba con curiosidad y con un vaso que contenía un líquido de color caramelo entre sus dedos.

«¿Cuándo se lo sirvió?», pensó, acomodándose en su silla.

En voz alta, mirando el vaso, dijo:

—¿Whisky?

Ovalle miró su vaso y se echó a reír.

—Si fuera whisky, ya mi DRI estaría disparando alarmas como una ambulancia. No, es lo más cercano que puedo permitirme. Un sustituto que compré en el mercado. Sabe igual, pero solo tiene un cinco por ciento de alcohol. Me rinde más que el vino y mi paladar lo prefiere así. Me recuerda tiempos mejores, antes de… todo eso.

Las últimas palabras las lanzó señalando con la quijada las fotos en la mano de Tato.

—¿Algo interesante? —preguntó Ramiro.

—No sé. —Sacó tres fotos y el resto las puso en la mesa—. ¿Reconoces este lugar?

Ramiro asintió al verlas. Eran del exterior del viejo apartamento de Pablo.

—Hay algunas personas en la calle y se ven dos o tres saliendo del edificio, pero no sé si vale la pena investigarlas. Podrían ser huéspedes, repartidores o inquilinos.

Las dejó caer sobre el resto y suspiró cansado.

—¿Recuerda algo de ese lugar? ¿Vio algo extraño?

—Sargento Delgado —dijo Ovalle, que giró la foto para verla mejor —. En ese lugar, todo era extraño. Para responder su pregunta, no recuerdo nada en particular. Solo quería saber qué hacía el doctor allí. Cuando lo descubrí, hice mi informe y cité a mi cliente en la oficina. La noche del caos se interpuso en nuestros planes.

Ramiro mantuvo su atención en las fotos. Temía que en su rostro se evidenciara el alivio de saber que Jocy nunca supo de su adicción. Por qué eso importaba ahora, ni idea, pero lo prefería así.

—Esperen un segundo —dijo Ovalle de repente, la mirada perdida en el techo—. Sí hubo algo. Un altercado en la calle. Eso fue el día…, no, dos días antes. El veintisiete de junio, si la memoria no me falla.

—¿Un altercado? —preguntó Tato.

—Sí, dos personas se estaban peleando. Una de ellas le enseñó algo a la otra y lo puso a correr. Asumí que era un arma, por lo que me mantuve a distancia. El que quedó dio la vuelta y se metió en el edificio.

—¿Era Pablo Alemán?

Ovalle alzó los hombros.

—No sé. Como le dije, me interesaban las mujeres. Buscaba amantes y usted no me pareció del tipo que bateara para ambos equipos. No les tomé fotos, pero puedo tener un vídeo.

—¿Un vídeo?

—Sí. Yo filmaba y luego imprimía las fotos que me servían. El último vídeo abarcó esos dos días. Nunca llegué a revisarlo, por razones obvias. Cuando pasó todo, traté de llamarla, pero no respondió. Guardé el vídeo por si acaso.

—¿Y lo tiene todavía?

—Tal vez. Tendría que revisar algunas cajas en la casa. Puede ser. No prometo nada.

—Sería de gran ayuda —dijo Ramiro levantándose. Él sería el actor principal en alguno de los fotogramas y Anastasia saldría en ellos. Viva, riendo, colgada de su brazo.

No estaba seguro de poder soportarlo.

Tato lo imitó. Le pasó una tarjeta para que lo llamara si recordaba algo o apenas tuviera el vídeo y salieron de la oficina. Ovalle se acercó a la ventana, levantó las persianas con los dedos y miró por la rendija. Cuando los vio en la calle, regresó a su escritorio. Sacó su teléfono y tecleó con rapidez un mensaje.

—Creo que puedo conseguir una cita. Te paso el dato del día y la hora. Prepárate.

Esperaba que Ana Paredes apreciara el esfuerzo. Pensaba cobrarle acorde.

* * *

Año 10 AL — 24 de abril

El hotel Atheneum era un oasis de paz a esa hora. El sonido de una fuente en la entrada rellenaba el silencio con su melodía natural. Una cadencia irregular de agua corriendo entre piedras que solo consiguió que a Uriel le dieran ganas de orinar. Arthur, impertérrito

al efecto diurético del eco hídrico, se dirigió al mostrador. Una sola persona, una mujer de unos veinticuatro años, estaba asignada a responder los interrogantes de los visitantes o a recibir a los huéspedes rezagados. Arthur sacó su identificación y sonrió benévolo.

—La visita de un CS solo se puede deber al asesinato del piso dieciocho. ¿El caso del doctor Schneider?

Arthur asintió. Ya Uriel estaba a su lado y mostraba su identificación.

—¿En qué los puedo ayudar? Tenía entendido que ya les habían entregado todos los vídeos de seguridad.

—Sí, gracias. Venimos por otra cosa. ¿Puede averiguarnos a qué hora llamó el doctor Schneider para hacer su reserva?

—No debe de ser problema. ¿Alguna razón en particular?

—No, solo queremos saber quién hizo la reserva.

—Su secretaria, me imagino —dijo tecleando.

—No —aclaró Uriel—. ¿Quién tomó los datos y verificó la reserva aquí en el hotel?

La joven, una placa sobre la solapa de su blusa decía que se llamaba Bárbara Cajar, dejó de presionar teclas para prestarle atención.

—La reserva se puede hacer en persona o entrando en nuestra página web. Presumo que con el doctor Schneider fue igual. Si la hizo en línea, el sistema se encarga de asignar la habitación según el día y la disponibilidad.

Uriel se quedó pensativo. Su mandíbula se movía como si estuviera masticando algo.

—¿Es posible cambiar la reserva de un huésped? ¿Asignarle otra habitación después?

—Seguro —dijo ella, los pulpejos apoyados sobre el teclado—. La

confirmación que recibe el huésped no incluye el número de habitación. El sistema reserva una, pero cuál le toca lo sabe al llegar. El que lo recibe puede asignarle otra si quiere. Mientras esté disponible, todo es posible.

Uriel sintió su pulso acelerarse. El escenario era perfecto para acorralar a uno de los conspiradores. Temía seguir preguntando y descubrir que todo era mentira.

—¿Nos puede dar el nombre de la persona que le asignó la habitación al doctor Schneider?

Bárbara regresó a su monitor y tras un par de movimientos de sus dedos, se inclinó un poco para ver mejor la pantalla.

—Sí, lo hizo mi compañero Cristiano. Cristiano Guardia. Y hablando del rey de Roma, allí viene.

Su mirada alegre hizo que los dos se volvieran sobre sus cinturas. En la entrada, cerca de la fuente, un hombre vestido con el uniforme del hotel estudiaba al trío. Se había detenido sobre sus pasos y, poco a poco, empezó a retroceder. Cuando Arthur hizo el ademán de llamarlo, Cristiano se dio la vuelta y echó a correr.

Uriel no gritó. Saltó como una liebre y empezó a perseguirlo. Estaba seguro de que Arthur estaría unos pasos detrás. Su corazón a un ritmo constante, su AX-3 ya en la mano.

Salieron a la calle. Una conmoción a su izquierda hizo que miraran en esa dirección. En mitad de la calle, un coche estaba detenido y dos personas trataban de ayudar a un tercero. La figura se levantó con esfuerzo. Al apoyarse en el pie derecho, una mueca de dolor recorrió su rostro, obligándolo a usar la otra extremidad. Se mantuvo en su sitio, dando pequeños saltos, hasta que un sexto sentido le recordó que estaba en peligro. A distancia, sus ojos se cruzaron con los de Uriel.

El conductor le preguntaba por qué se había tirado a la calle sin fijarse, visiblemente asustado. Atropellar a alguien era un delito y la mayoría de los CS no tenían miramientos en lanzarte todo el peso de la ley si la causa del accidente era debida a exceso de velocidad

o a un descuido.

—¡Alto! —gritó Arthur—. Comando Sanitario. No se mueva.

Una AX-3 cargada era suficiente para frenar los pasos de la mayoría de los acusados. Sus palabras hicieron que el conductor levantara las manos, al igual que su acompañante. Cristiano hizo todo lo contrario. Se deslizó por encima del capó del vehículo y siguió corriendo, sus pisadas más lentas y vacilantes cada vez que apoyaba el pie lastimado.

Uriel aceleró al ver el nuevo intento de fuga. Pasó al lado de los dueños del coche sin dirigirles siquiera una mirada de soslayo. Se quedaron parados en mitad de la calle, observando la persecución.

La carrera duró poco. En menos de un minuto Uriel ya lo había alcanzado y lo empujó con la palma de la mano al tenerlo a su alcance. Pudo dispararle, pero la carga podía matarlo si no la regulaba primero. Además, los accidentes ocurrían y lo último que quería era silenciar a su único testigo.

El golpe le hizo perder el equilibrio a Cristiano y se fue al piso por segunda vez. Aterrizó de rodillas sobre el pavimento, lo que le arrancó un grito de sorpresa primero y luego de dolor. No tuvo tiempo de levantarse para emprender un nuevo intento de huida. El pie de Uriel aterrizó sobre su espalda y lo clavó más aún en el piso, sacándole el aire de los pulmones en el proceso.

—Yo no hice nada —logró decir al recuperar el aliento, su voz un gagueo entrecortado—. ¿Por qué me ataca?

—Silencio, señor Guardia —dijo Arthur, encargándose de esposarlo y poniéndolo de pie con ayuda de Uriel—. Queremos hablar. Eso es todo.

—Yo no tuve que ver con el asesinato de Schneider.

Los labios de Uriel se torcieron en una mueca maléfica.

—¿Y quién le dijo que veníamos por eso?

* * *

Año 10 AL — 24 de abril

Cuando Ramiro y Tato entraron en el salón de reuniones, las primeras dos filas de asientos estaban ocupadas. A una inspección rápida, estaban todos los miembros de la Unidad de Criminalística. Su jefe, el doctor Bonilla, al verlos llegar se levantó para estrechar la mano de cada uno.

—Todos presentes y ansiosos. Tenemos apuestas sobre cuál será el caso. Espero que me den buenas noticias. Necesito el dinero.

«Creo que lo voy a decepcionar», pensó Tato, que le devolvió el saludo sin responder a su comentario. Se paró enfrente de todos, las manos cruzadas en la espalda, hasta que Bonilla se volvió a sentar y el silencio del salón se podía cortar con un cuchillo de mesa.

—Gracias por venir. Necesitamos su ayuda con un caso. Los asesinatos de Schneider y Akigusa.

El silencio se mantuvo. Por las expresiones en sus rostros, decepción mezclada con una pizca de curiosidad, nadie había ganado la apuesta.

—¿Del doctor Schneider? —preguntó Bonilla sorprendido—. Ustedes me dijeron que…

—Lamento haberlos engañado, pero era necesario. Les explico. El asesinato en el hotel Atheneum fue muy bien orquestado. Un cómplice, un empleado del hotel que ya está en nuestras manos, se aseguró de que Schneider se quedara en la habitación mil ochocientos dieciocho, sin saber que el asesino ya esperaba en su interior.

—Eso es imposible —dijo un hombre en la primera fila—. Tengo entendido que no se vio a nadie entrar en esa habitación.

—Exacto. El asesino se metió en esa habitación dos días antes. El cómplice debió de marcar en el sistema que la habitación estaba ocupada para que nadie fuera hospedado allí. Un letrero en la puerta, informando que no debía ser molestado, fue el truco usado para evitar al servicio de limpieza. Cuando llegó Schneider, se escondió debajo de la mesa o del sofá y esperó paciente su oportunidad.

—¿Por qué? —preguntó una mujer dos asientos a su izquierda. Llevaba una bata blanca y lentes de aro negro. Tato le dirigió una mirada rápida antes de responder.

—Eso no puedo decirlo todavía. Es una investigación en curso. Sin embargo, sí puedo informarles de que el responsable los necesitaba a ustedes.

—¿A nosotros? —Bonilla parecía asustado. Miró a su equipo, uno por uno, antes de regresar a Ramiro—. ¿Insinúan que ayudamos en el asesinato?

—No todos —acotó Ramiro—. Uno de ustedes. Para eso los reunimos aquí.

Tanto Tato como Ramiro vigilaban las reacciones del grupo cuando el otro hablaba. El técnico sentado en la segunda fila, detrás de la mujer con los lentes de aro negro, se puso nervioso desde que mencionaron el Atheneum. Cuando dijeron que habían arrestado al cómplice del hotel, su silla debió de germinar alfileres por la forma como se movía en el asiento. Con la última aseveración, su rostro se puso pálido como una máscara de yeso.

«Lo tenemos», pensó Tato antes de seguir con la explicación:

—Escapar de la habitación era imposible sin salir en la cámara del pasillo. Cuando revisamos el vídeo se ve al gerente custodiar la entrada hasta que llegan personas vestidas con el uniforme de la Unidad de Criminalística. Después de un rato, el gerente baja a esperar al resto del equipo.

Bonilla se echó a reír aliviado.

—Lamento decirles que están equivocados. Cuando mis muchachos llegaron, el gerente ya esperaba en el vestíbulo. No pueden estar en dos lugares a la vez.

—Exacto —lo detuvo Ramiro alzando la mano—. Dije que se ve en el vídeo como llegan personas «vestidas» como ustedes. Con su uniforme de color blanco que les tapa de la cabeza a los pies. Eran tres. No hacen más que entrar y salir de la habitación. Era como ver un juego de esos donde se mete una bolita debajo de un vaso y hay que adivinar cuál lo esconde después de darles vuelta por toda la mesa. Aprovecharon la confusión para sacar al asesino, disfrazado como uno de ustedes. Quedó una sola persona custodiando la escena. Este solitario individuo, del cual nunca se ve la cara, permanece solo unos minutos, hasta que el equipo regresa. O, por lo menos, eso parece.

—No entiendo —dijo Bonilla.

—Que un miembro de su equipo —dijo Tato— está ligado con los asesinos. Es más, podría ser el asesino. No sé. Eso es lo que queremos saber.

Bonilla mantenía la expresión de incertidumbre. El resto de la unidad murmuraba entre sí. Sus cabezas giraban y se enfocaban como las miras de un rifle en la misma dirección. El hombre sentado detrás de la mujer de los lentes de concha negra se levantó molesto.

Todos los ojos en el salón siguieron su movimiento.

—Esto es un insulto —dijo atravesando las filas de compañeros—. No me quedaré aquí esperando a jugar con ustedes.

Ramiro se le interpuso, su mano puesta en la culata de su AX-3.

—No puedo permitirle que se vaya, licenciado —dijo leyendo el nombre bordado en el bolsillo de su bata— Isaza. Tenemos muchas preguntas…

El movimiento lo tomó de sorpresa. Isaza, que no parecía tener la habilidad que desplegó en cuestión de pocos segundos, se le tiró

encima y lo rodeó con el brazo. Cuando Tato reaccionó, el filo de un bisturí se apoyaba en el cuello de su compañero. El metal brillaba bajo la luz fluorescente del salón de reuniones.

—¿Estás loco? Henry, ¿qué haces?

Las preguntas salieron de las bocas de todos los presentes, pero la atención del asesino estaba puesta en Tato.

—Conozco las consecuencias de mi acto —dijo sacudiendo el bisturí —. Voy a morir. Eso no puedo evitarlo. Lo que sí puedo hacer es decidir cómo.

—Podemos hacer un trato —dijo Tato—. Si nos dices quién te contrató, podemos garantizarte un juicio justo.

Isaza negó con la cabeza y empujó a Ramiro en dirección de la salida.

—No importa lo que les cuente, el Código Penal no puede ser apelado. Ustedes lo saben.

—No tienen que morir más inocentes.

—¿Inocentes? —dijo en un tono más elevado—. ¿Inocentes? ¿Usted piensa que Schneider y Akigusa eran inocentes? Esos desgraciados estaban a punto de destruir este mundo. Deberían darme una medalla, no quitarme la vida.

—¿De qué hablas? —preguntó Bonilla, escondido detrás de sus subalternos—. ¿De verdad mataste al doctor Schneider?

—Seguro —dijo, su mirada fija en la puerta. Se mordía el labio inferior. Sus pupilas se movían de izquierda a derecha, tratando de ver la llegada de un enemigo—. Hice que Schneider llamara a Akigusa para que viniera a la habitación mil ochocientos dieciocho. Una vez dentro, los obligué a sentarse y les disparé. Primero al coronel, después al doctor. Quería que viera la muerte llegar antes de apretar el gatillo.

—¿Por qué? —preguntó Tato. Los párpados de Ramiro casi no se movían. Sus labios imploraban por su ayuda sin moverse. El cañón

de su AX-3 apuntaba a un punto ligeramente a la izquierda de su ojo derecho—. ¿Por qué asesinar a Schneider?

El hombre no respondió. La punta del bisturí se enterró en la piel del doctor. Un pequeño hilo de sangre empezó a correr por su piel.

—Se lo merecía —fue su respuesta. La puerta estaba a solo unos pasos.

El marco estalló cuando estiraba la mano. La plancha de madera giró sobre sus goznes, dejando abierto el umbral. Contrastada con la luz del exterior, una silueta, sus piernas separadas, se enmarcaba en el rectángulo. Tato escuchó el chisporroteo y el grito ahogado de un ser humano. Un repiqueteo metálico resonó por el lugar y el cuerpo de Isaza se desplomó a los pies de Ramiro.

—¿Estás bien? —preguntó Uriel, acercándose al médico, que temblaba como una hoja.

—Sí, sí. Excelente puntería, Uriel —murmuró y se sentó en una silla cercana.

—¿Qué puntería? —dijo Arthur guardando su arma—. Lo vi disparar con los ojos cerrados.

—¿Qué? —preguntó Ramiro sorprendido—. ¿Con los ojos cerrados?

—¿Fallé? —dijo señalando al hombre en el suelo.

Ramiro negó con la cabeza.

—Entonces, si lo hice con los ojos cerrados, no importa, ¿verdad?

Tato, tras mover la cabeza de Ramiro de izquierda a derecha varias veces, buscando señales de quemadura o alguna lesión sangrante, la soltó aliviado.

—Nada serio, por lo visto. ¿Cómo llegaron? ¿No estaban en el hotel?

—Ya terminamos. Arrestamos al responsable y lo dejamos en la oficina. Veníamos para acá para ver cómo les iba y nuestros

teléfonos se activaron. Creo que éramos los CS más cercanos.

—¿Se activaron? ¿Por qué?

Arthur señaló a Ramiro.

—Su DRI. Detectó niveles altos de epinefrina, norepinefrina y cortisol. Determinó que el usuario estaba en peligro y lo reportó. Cuando nos llegó el aviso y vimos su nombre, supimos que algo malo pasaba y, bueno, aquí estamos. Haciendo nuestro trabajo.

Ramiro, más calmado, levantó la mirada. El equipo de Criminalística lo estudiaba como si fuera un espécimen en un frasco de vidrio. Algunos lloraban. Otros, estupefactos, cuchicheaban entre sí. De seguro, ninguno creía que un asesino había estado entre ellos.

—Vamos —dijo levantándose. Tato intentó ayudarlo, pero él rechazó el ofrecimiento con un gesto impaciente de la mano—. Hablemos con su prisionero. Quiero cerrar este caso y pedir vacaciones.

Capítulo 14

Agresión en represalia

Año 10 AL — 26 de abril

Tato siempre le había dicho que el silencio era la mejor herramienta para abrir mandíbulas. Interrogas al sospechoso, lo pones nervioso, le haces creer que sabes todo y que solo necesitas confirmación y cierras la boca. Le das tiempo a que su cerebro saque sus propias conclusiones y el miedo hará el resto.

«La imaginación es mucho más poderosa que cualquier imagen que puedas describir con palabras —le dijo Tato en sus primeros días como CS—. Si tienes a un acusado, no hables. Espera. En poco tiempo su boca escupirá la cuerda que usarás para ahorcarlo.»

Ver a su padrino en acción era un espectáculo digno de admiración. A la media hora tenía a Cristiano Guardia comiendo de su mano. Cuando dejó de hablar y el silencio se cernió sobre ellos, su blanco no pudo soportarlo más que unos minutos. Terminó dándoles información que no sabían que necesitaban.

—A ver —dijo Tato después de escuchar su historia. Una taza de café humeaba a su lado—. Dices que un individuo, a quien solo conociste como el señor Johnson, se te acercó con la idea y tú aceptaste. ¿Así, sin más?

—Me ofreció mucho dinero —aceptó Cristiano—. Tienen que creerme. No sabía lo que iba a pasar. Solo me pidió que me asegurara de que al doctor Schneider le tocara la habitación mil

ochocientos dieciocho. Me dijo que era para darle una sorpresa. Todo lo que tuve que hacer fue revisar el sistema, buscar su reserva y asignarle esa habitación. Después la marqué en el plan diario para que nadie la ocupara, puse un letrero de «No molestar» en la puerta y listo.

Su preocupación estaba esculpida en las arrugas alrededor de sus ojos. Las profundas ojeras eran más pronunciadas ahora, después de dos días de interrogatorios. Sus hombros estaban caídos, como si todo lo que quisiera fuera acabar con ese asunto.

«Está a punto de caramelo», pensó Tato. Se imaginaba a Ramiro, del otro lado del vidrio, sonriendo como un gato que ve a un canario desprevenido fuera de su jaula, diciendo: «¡Acábalo!».

—Si es como dices —dijo Tato jugando con su lápiz—, no tienes nada que temer. Te podemos acusar de inocencia extrema y eso no es punible por ley. Nos reiremos un rato, pero hasta ahí.

—En serio. Es la verdad —dijo desesperado—. Hice lo que me pidió. Algo inocente. No he podido dormir desde que me enteré del asesinato.

Tato no se tragaba el cuento. Cristiano bien pudo decirles el día del crimen. Hubieran seguido el rastro dejado por el dinero. O era un cómplice voluntario o era un idiota que se dejó deslumbrar. En ambos casos, estaba metido en un problema.

«Pero por ahora —pensó sin dejar de mover el lápiz, como si tratara de hipnotizar a Cristiano con su vaivén— te quiero inocente, creyendo que estás a salvo. Habla y dime lo que quiero.»

—¿Ya recordaste cómo era el dichoso señor Johnson?

Cristiano guardó silencio, su atención enfocada en el lápiz.

Tato esperó.

—Si lo veo…, tal vez…

—Eso es todo lo que quiero. Me dices la cuenta en la que te hizo el depósito, me ayudas viendo algunas fotos o con el dibujante,

atrapamos al responsable y todos felices.

En los viejos tiempos, un abogado estaría allí susurrándole al oído las mentiras que debería decir o asegurándose de sacar un buen trato. El Código Penal removió esa traba, una de las pocas decisiones unánimes en el seno de la Asociación.

—Seguro, seguro. Lo que necesiten. En serio. Quiero cooperar.

«Y eso es todo para el campeón», pensó recordando las peleas de boxeo de su adolescencia. Las disfrutó mucho hasta que la pandemia llegó para cambiar todo. Un deporte donde otro ser humano podía salir herido o desarrollar una condición crónica no tenía cabida en el nuevo mundo.

—Descansa. Voy a salir a coordinar todo y regreso. Es un placer que hayas tenido el sentido común de ayudar. Pronto saldrás de aquí.

Se levantó, recogió el lápiz y salió del cuarto de interrogatorio. A los pocos segundos, una puerta se abrió. Ramiro, Uriel y Arthur salieron de un cubículo adyacente.

—No estuvo mal —admitió Uriel.

—¿No estuvo mal? ¿En serio? ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Como interrogatorio, vale, pero sabes que no debes mentir a un prisionero. —Levantó la mano e hizo dos comillas en el aire—. ¿«Pronto saldrás de aquí»? Cristiano es cómplice de homicidio. Lo mejor que puede esperar es terminar sus días haciendo SW en la fábrica de la zona B-Tres.

—No mentí. Le dije que pronto saldría de aquí. Esa es la verdad. Saldrá de aquí para ir allá.

Ramiro sacudió la cabeza y le puso la mano en el hombro.

—Buen trabajo. No les hagas caso a estos insolentes. Ellos aún no aprenden las minucias del negocio.

Uriel se cruzó de brazos, serio.

—Dejando el relajo, ¿qué hacemos ahora? El asesino de Schneider espera en la morgue. Cristiano nos dio un nombre, pero eso dista mucho de explicarnos la razón del crimen.

—Tranquilo. Una cosa a la vez. Las piezas irán encajando. Johnson nos dará alguien más en la cadena. Seguiremos tirando del hilo hasta llegar al final. Paciencia.

Uriel pretendía discutir, pero el teléfono de Tato empezó a sonar. Lo sacó y, al ver quién llamaba, su ceño se frunció.

—Hola, doctor Ustinov. ¿En qué lo ayudo?

Su expresión se intensificó con las palabras del patólogo. Con una promesa de ir tan pronto pudiera, cerró la llamada.

—¿Qué pasó?

—No sé, pero necesita vernos urgente.

* * *

Año 10 AL — 26 de abril

—Estos tres. A ellos los recuerdo.

—¿Segura? —preguntó Eric esperanzado.

Edisa asintió. Por mucho tiempo trató de olvidar todo lo que tuviera que ver con Pablo. Esos tres formaban parte de los recuerdos que no se podía quitar de la cabeza.

—¿Te crees más listo que nosotros, hombrecito?

Pablo sonrió y miró a Uriel que, quieto a su lado, estudiaba al trío, paciente. Su Harpía visible por encima del cinturón, para que todos pudieran ver que la tenía al alcance. Edisa, sentada en un sillón a unos metros, prefirió permanecer en silencio, inmóvil como un ratón.

—No me lo creo. Lo soy —dijo Pablo—. No tienen nada en mi contra y nunca lo tendrán. Primero bailaré sobre tu tumba antes de que encuentres algo con lo que acusarme.

—No seas ingenuo. Todo lo que tengo que hacer —dijo el jefe, que sacó una bolsita de su bolsillo— es dejar caer esto en medio de la sala y llamar a la estación. En diez minutos te tendré esposado. Pasarás el resto de tus días en una celda. Me aseguraré de conseguirte un compañero musculoso y sediento de amor para que te acompañe en las noches. ¿Eso es lo que quieres, no es así, cariño?

Miró a Edisa y con el dedo señaló a Pablo.

—Apuesto a que no te cumple como debería. Si te aburres de él, pregunta por mí en la estación. Yo te puedo tratar como a una reina.

—Ella ya es tratada como una reina —dijo Pablo, evitando que respondiera. La verdad era que, desde que se enteró de que Pablo le había hecho unos agujeros al preservativo, no quería ni tocarlo. Tenía una semana de atraso y las primeras náuseas le dieron esa mañana.

El policía se alzó de hombros y volvió a ignorarla para fijarse en Pablo.

—No digas que no te lo advertí. Le tengo el ojo puesto a tu negocio. Si eres inteligente, subirás en el carro con nosotros. Es mejor tenernos de socios que de enemigos.

—Lo pensaré —dijo Pablo.

Esas palabras fueron como una cuchillada en el costado. El policía, mucho más alto, se alzó como un toro antes de embestir.

—Gusano. ¿Qué te has creído? Esta visita nunca fue social. No es

una reunión de accionistas para ver si cumplíamos tus expectativas. Es un negocio. Uno donde no tienes derecho a negarte. Bueno, puedes hacerlo, pero eso me hará enojar y me dedicaré a hacerte la vida imposible.

—Tal vez, pero no eres el único con contactos. Además —dijo extendiendo los brazos—, en varios lugares instalé cámaras. Todo lo que han dicho y hecho está grabado.

Los compañeros del policía se tensaron. Uno de ellos empezó a buscar los lentes.

—No los encontrarán. Están camuflados. Alguno escapará de sus manos y caerá en manos de la prensa. Después de eso, el que tendrá que preocuparse por un compañero sediento de amor no seré yo.

El jefe gruñó. Edisa escuchó sus dientes crujir. Uno de sus lacayos lo tomó por el codo y le indicó, con un tirón suave, que era mejor irse.

—Esto no se quedará así. Nos veremos de nuevo. Te lo prometo.

Los tres policías salieron de su apartamento sin mirar atrás. Dejaron la puerta abierta, situación que remedió Uriel. Apenas giró el pestillo metálico, se dio la vuelta.

—Esos tres nos van a dar problemas.

—Payasos —dijo Pablo tocando con la mano su fénix dorado—. Eso es lo que son. Creen que porque llevan una placa pueden hacer lo que quieran.

—En realidad —dijo Uriel—, sí pueden. Esa es la gracia de la placa.

—Ya encontraremos la manera de tenerlos tranquilos. Hay más de una forma de pelar un plátano.

Sus ojos se posaron sobre Edisa.

—En última instancia, me puedes ayudar. No es mala idea.

—¿Qué cosa, Pablo? —preguntó ella inocente.

—Le gustaste a nuestro amigo —dijo señalando la puerta cerrada—. Después del parto lo puedes mantener contento. Eso me sale más barato que pagarle todos los meses.

—¿Yo? ¿De qué hablas? No estoy preñada.

—Ya verás. Nunca fallo.

Miró a Uriel.

—¿Ves que todas las mujeres son iguales? Sugerí venderla a los payasos de la policía. ¿Qué escuchó ella? La palabra «parto». Voy a pensar que uno de ellos te gusta y por eso no te molesta la idea. Debí regalarte hace tiempo.

Esa noche, sin poder conciliar el sueño, su mirada puesta en el cielorraso, decidió que tendría que escapar de Pablo. No sabía cómo ni cuándo lo haría. Eso era lo de menos. Lo importante era tomar la decisión.

Huir por su vida.

—Sus crímenes caen bajo la protección de la amnistía —dijo Edisa, sacudiendo la cabeza como si el movimiento pudiera dislocar esas ideas de su mente—. No pueden tocarlos por lo ocurrido esa noche.

—Lo sé, pero dudo que yo sea la única persona que esos desgraciados hayan lastimado. Además, los tigres no pierden sus rayas cuando salen de la selva.

Señaló los papeles que tenía sobre la mesa. Varias páginas de notas escritas a mano.

—Gracias a ti puedo poner nombres a los personajes de esta noticia. Un recuento de lo que me pasó la noche del caos, con nombres y apellidos. Sus fotos a todo color en primera plana. Con algo de suerte, no han dejado sus malos hábitos. Deben de haberse hecho enemigos y eso es todo lo que necesito. Alguien con ganas de joderlos tanto como yo. A veces todo lo que necesitas es lanzar la carnada al agua. Si hay tiburones, la sangre los llamará.

* * *

Año 10 AL — 26 de abril

Arthur y Ramiro se acercaron a la pantalla. Tato y Uriel todo lo que veían eran manchas de colores lila y morado oscuro. Para los dos doctores, esas manchas escondían un significado que ellos no comprendían.

—Eso es imposible —dijo Arthur después de deslizar un dedo a milímetros de la pantalla, sin tocarla—. El DRI debió avisar.

—Sí y no —aclaró Ustinov.

—¿Qué pasa? —cortó Tato, al que no le gustaba estar en la oscuridad—. ¿Qué es eso?

—Eso —dijo el patólogo señalando la pantalla— es un corte histológico de una pieza del hígado del doctor Atero.

—Atero no tenía indicación de autopsia —dijo Tato—. Fue un suicidio.

—Sí, sí, lo sé. Si le he de ser sincero, el día que recibí el cuerpo estaba algo nostálgico. Sé que la Asociación indicó que los suicidios evidentes no requieren autopsias y toda esa basura de no gastar recursos en alguien que rompió todas las leyes en las que se cimenta nuestra civilización moderna, pero la verdad es que a veces me aburro en este anfiteatro. Gracias a ustedes, que se hacen cargo de las condiciones crónicas, y a los malditos DRI, que hacen todos los diagnósticos, hemos caído en desuso. Siempre me quejé de las veces que nos comparaban con los forenses de los programas de televisión. Nada como perder algo para empezar a añorarlo.

—Vale, vale. Obviaremos la transgresión de las leyes de la Asociación por el momento. Asumo que encontró algo importante.

Ustinov señaló la imagen en la pantalla. Uriel y Tato la estudiaron unos segundos, antes de aceptar completa ignorancia con sus hombros y sus manos.

—Muchos miembros de la Academia piensan que las autopsias son procedimientos barbáricos innecesarios, ahora que los DRI vigilan todo lo que ocurre en nuestros cuerpos. Voy a usar este caso para restregarles en sus caras su falta de visión.

Ante la mirada de impaciencia de los cuatro CS, tragó saliva y siguió:

—El doctor Atero tenía un cáncer hepático. Uno muy avanzado, por cierto. Encontré nódulos de color crema en la superficie del hígado. Eso me hizo sospechar otra cosa y me puse a jugar. Por eso tardé en avisarlos. Quería tener los resultados de todas las tinciones antes de postular un veredicto.

Les extendió un informe de varias hojas.

—Atero murió del disparo a la cabeza, no hay duda de la causa de la muerte, pero de no ser por esa bala, habría muerto en un par de semanas. De una manera muy dolorosa, por cierto.

—¿Un carcinoma hepatocelular? —leyó Ramiro—. Estoy de acuerdo con Arthur. No es posible. El DRI debió detectarlo.

—Eso es porque ninguno de los dos recuerda cómo trabaja el DRI.

Ustinov se alejó de ellos y se puso a buscar algo en un cajón. Al regresar, traía un DRI. Sus circuitos refulgían con la luz ambiental. Estiró la mano, pero ninguno se atrevió a tomarlo.

—¿De dónde lo sacaste? —preguntó Ramiro—. ¿No es de algún caso activo?

—Claro que no —dijo Ustinov con cara de fingido hastío—. Recuerdo cómo mantener la cadena de evidencia.

Nadie se aventuró a tomarlo.

—Vale —dijo cerrando el puño—. Su dueño ya no lo necesita,

créanme. A ver, les explico. El DRI es, en esencia, mitad sensor y mitad unidad de almacenamiento. Sus datos de cuentas bancarias, claves y similares están en la segunda parte. Esa es la que se encarga de comunicarse con las aplicaciones de su teléfono.

Volvió a abrir el puño, pero esta vez tocó con el dedo el otro extremo. Pequeños puntos de color dorado se extendían en una línea apenas visible a esa distancia.

—Los biosensores están en la otra parte. Detectan secuencias genéticas específicas o biomarcadores. Todas las enfermedades conocidas tienen alguna proteína alterada, producen algún metabolito en exceso o dejan de convertir una sustancia en otra. Estos biomarcadores, como los llamamos, se almacenan en el Registro Mundial de Enfermedades. Su computadora alimenta las bases de datos locales y estas actualizan los sensores individuales. Si un DRI detecta cualquiera de estos biomarcadores, ustedes reciben el aviso y ya saben lo que pasa después.

—No todos sugieren enfermedades crónicas —dijo Arthur—. El CA-Ciento veinticinco puede asociarse a cáncer de ovario, pero también se eleva en la endometriosis. La segunda no es causa de arresto.

—Por eso el DRI es un artefacto excepcional. No toma decisiones en base a un solo marcador. Si detecta una anomalía, busca en la base de datos correlaciones con otros y trata de detectar cantidades minúsculas para llegar a un diagnóstico. Cuando el DRI decide que tienes una enfermedad, es porque la tienes. Algunas son fáciles, como la diabetes. Cualquier valor de glicemia arriba de doscientos y sus aplicaciones sonarán. Otras requieren de más trabajo.

Su atención se desvió a la pantalla, donde las manchas lilas seguían iluminando su espalda.

—Y algunas veces, es muy raro en estos días, pero no imposible, algo nuevo aparece. Una mutación inesperada que, por no estar en la base de datos del Registro Mundial, pasa desapercibida. Ahí entramos nosotros. Cuando una persona joven muere de manera súbita, sin antecedentes de interés, estamos obligados a hacerle una autopsia diagnóstica, por suerte. La idea es buscar algo nuevo. Un biomarcador desconocido que nos ayude a detectar nuevas

enfermedades o a mejorar el diagnóstico de las viejas.

—¿Quiere decir que el cáncer de Atero no estaba en el sistema?

—Exacto —dijo Ustinov emocionado, algo fuera de lugar, en opinión de Arthur, pero él no era quién para juzgar. En un mundo donde casi todo se conocía, una enfermedad nueva era todo un descubrimiento. El patólogo ya debía de estar preparando el artículo que publicaría con los hallazgos.

—¿Atero sabría que estaba muriendo? ¿Por eso se suicidó? —preguntó Tato.

—Es posible. Tendría síntomas y su área de especialidad eran las enfermedades hepáticas. Ahora, gracias al DRI, casi nadie pide formas más convencionales de diagnóstico, pero siguen estando disponibles. Un ultrasonido básico habría evidenciado los nódulos. A partir de ahí, era cuestión de sumar dos y dos.

—Si tuvieras el DRI, ¿podrías sacar más información?

—Seguro. El registro interno tendría almacenados los cambios más notables de su estado fisiológico. ¿Cuán dañado quedó? ¿Pudieron sacarle algo?

—Nada. Estaba formateado —dijo Ramiro. Sus ojos se movieron de la pantalla a Ustinov y luego a sus compañeros—. ¿Será esa la razón? ¿Lo formateó para esconder la información de su cáncer? No sé qué relación podría tener con nuestro caso, pero tendré que meditarlo. Gracias, doctor.

—A la orden. Todavía tengo que filtrar la muestra, separar los marcadores que podrían ser útiles y subirlos al registro. Eso me llevará un par de semanas. Si averiguo algo nuevo, los aviso.

Se despidieron del patólogo y salieron del anfiteatro. Ya en la calle, Arthur se volvió hacia Ramiro.

—¿Es tan complicado subir una muestra al registro?

—Claro que no. Ustinov terminará todo en un par de días, pero va a esperar a escribir su artículo y mandarlo a alguna revista primero.

Si lo conozco, no dejará que nadie le robe la primicia del descubrimiento.

—Ustedes los doctores son criaturas muy extrañas —dijo Uriel—. Mira que emocionarse por un cáncer y un pedazo de hígado.

Ramiro y Arthur se abstuvieron de comentar, pero compartieron una mirada cómplice.

—¿Qué hora es? —preguntó Tato. Al girar su muñeca y ver la hora, resopló—. Estamos contra el tiempo. Tenemos que reunirnos con el detective.

—¿Con Ovalle? ¿Para qué nos necesita? —preguntó Uriel.

—No sé, pero dijo que necesitaba vernos. Que tenía información del sicario de Pablo y que podía ser de nuestro interés.

—¿De mí? —preguntó Uriel.

—A no ser que tuviera otro, sí. Por eso pienso que es mejor que vengas con nosotros. Sabrás si lo que dice es verdad o no.

Uriel asintió y los cuatro se encaminaron a sus coches, estacionados en la acera del otro lado de la calle. No tenía idea de a qué se podría estar refiriendo Ovalle, pero un escalofrío incómodo empezó a recorrer toda su espalda.

* * *

Año 10 AL — 26 de abril

Ana Paredes podía paladear la venganza. Era un sabor suave, como a miel apenas detectable en el fondo de su garganta. De poder, se habría tomado una copa, pero no quería correr ningún riesgo. No podía permitirse un error como la última vez, esa noche tan lejana.

En retrospectiva, había sido una idiota. Se había portado como villana de película, avisando de sus planes al héroe antes de atacarlo. Esta vez no sería tan ingenua. Vestía ropa cómoda y holgada. Colores pastel que no llamaran la atención. El cabello recogido en un nudo en la nuca. Lentes oscuros, para esconder la ansiedad en ellos.

—Deja eso —le dijo Álvaro desde algún rincón de su mente—. Estás obsesionada. Matar a Uriel no me traerá de vuelta.

—¿Eso qué importa? No es justo que él esté respirando y tú no.

—La vida no es justa.

—Y no por eso tenemos que aceptarla callados. Tú siempre decías eso.

—Te extraño, hermanita.

—Y yo a ti, pendejo.

Una lágrima se deslizó de su ojo. Se la secó con la punta del dedo y regresó a vigilar el restaurante al aire libre donde Ovalle había citado a los CS. Su plan era llegar tarde, dándole tiempo a ella para acercarse a Uriel una última vez. Cuando por fin hiciera acto de presencia, se haría el tonto.

No era un plan perfecto, pero tendría que conformarse. Con algo de justicia divina, Uriel y ella se irían en el mismo viaje directo al infierno. Así podría disfrutar del terror en sus ojos todo el trayecto, riendo como una energúmena hasta su destino final.

Planeó sus pasos. Se acercaría al lugar, con el teléfono móvil en el oído. Una fémina más hablando por teléfono. Colgaba de su hombro una cartera.

En su interior, oculto para todos, el cuchillo que enterraría en el cuello de Uriel Delgado.

Contempló el cielo oscuro del atardecer. Una suave brisa acarició su rostro.

La última puesta de sol que vería.

* * *

Año 10 AL — 26 de abril

—Ya viene en camino —dijo Tato, y cerró su teléfono—. Se atrasó en la oficina, pero está a unos minutos.

Los cuatro disfrutaban del frescor vespertino, cada uno con su bebida preferida. Arthur y él, con una copa de vino tinto. Ramiro saboreaba las esencias de un chocolate caliente. Uriel era el único que, contrario a sus hábitos, pidió un vaso de whisky. Esa sola dosis sería su única ingesta de alcohol permitida en la noche.

Si había un rostro que pedía un trago fuerte, era el suyo.

—Tranquilo, Uriel —dijo dándole una palmada en el hombro—. Si intenta acusarte de algo, lo arrestaré.

—No exageres —respondió Tato, tomando un sorbo de su copa—. Además, no prometas cosas que no puedes cumplir. A ver, ¿con qué cargo lo arrestarías?

—Hipoactividad amigdalina —sugirió Arthur. Ramiro asintió con aprobación.

—¿Hipo… qué?

—La amígdala es un importante procesador de emociones. Si mientes, la amígdala es la región del cerebro que se encarga de decirte que mentir está mal. Si no hace su trabajo, mentir te sale más fácil. Ergo, hipoactividad amigdalina.

—Ustedes y sus términos —gruñó Uriel. A pesar de su incomodidad, sonrió ante la ocurrencia. Además, saber que tenía el apoyo de sus compañeros era un gran aliciente.

—No hables —le dijo Arthur—. Ustedes también tienen un glosario de términos que nadie comprende. Ciclo de decisión, conducción estratégica…

—¿Dónde escuchaste eso? —preguntó Tato, serio de repente, su mano apoyada en su AX-3.

Arthur se puso pálido como un papel. Ramiro fue el primero en echarse a reír, incapaz de mantenerse serio un segundo más.

—Demonios, Ramiro —dijo Tato soltando el arma—. Pudimos hacerlo sufrir más tiempo. Serías un pésimo jugador de póker.

—Lo divertido era apostar. Desde que lo prohibieron, ya no es lo mismo.

—La ludopatía era un problema serio —dijo Arthur—. Los únicos que se quejaron fueron los casinos.

—No estoy muy seguro —dijo Uriel, pensando en toda la micro y macroeconomía, legal e ilegal, que movían los negocios de apuestas —. Dinastías cayeron por esa decisión.

—Una de las mejores que hizo la Asociación —aseguró Arthur enfático.

Uriel no siguió presionando. Sabía que su animadversión tenía una raíz demasiado personal. Un padre ludópata que casi llevó a la bancarrota a la familia. Que le quitaba la beca universitaria a su hijo con la excusa de tener que pagar deudas de la casa, tan solo para perderla en el casino más cercano. Arthur logró graduarse a duras penas.

El virus llegó para quitarle un problema de encima. Su padre murió desangrado, sentado en la silla de una mesa de blackjack, la noche del caos. Arthur no se enteró de su muerte sino días después.

Uriel dudaba de que llorara su pérdida.

Su teléfono lo sacó de sus contemplaciones. Lo levantó y miró la pantalla. Su corazón se aceleraba con cada palabra del mensaje. Para cuando terminó, el efecto debió de ser tan aparente que Tato bajó su copa y se lo quedó mirando preocupado.

—¿Qué ocurre?

* * *

Año 10 AL — 26 de abril

Ana estaba a solo unos pasos. Su cartera entreabierta, la mano en su interior, como si estuviera buscando un lápiz de labios. De lejos parecía estar enfrascada en su búsqueda. Si alguien la viera de cerca, se percataría de que sus ojos no dejaban de vigilar al grupo sentado en la mesa cerca de la calle.

En particular, a uno de ellos. El único que tenía un vaso, con lo que debía de ser whisky o algún licor igual de fuerte. Se sintió salivar de solo pensar el sabor del líquido por su garganta. Antes de cortarse el cuello se tomaría el contenido de ese vaso y que el DRI le advirtiera lo que le diera la gana.

«Por ti, Álvaro», pensó sacando el cuchillo. Las yugulares de Uriel al alcance de la mano. Giró hacia su víctima, preparada para asirlo por el cabello. Tiraría de él, exponiendo su cuello. El filo de metal se deslizaría como un relámpago sobre su piel y lo dejaría caer para que se desangrara a sus pies.

Sus dedos apretaron el mango del arma. Su otra mano casi tocaba la cabeza del hombre que, a sus ojos, mató a su hermano.

«¿Qué es eso?», pensó al ver como dos de los CS que lo acompañaban estiraban los brazos. Logró percibir un destello antes de sentir su cabeza como si se hubiera prendido en llamas. La

oscuridad se extendió con rapidez sobre su visión.

El sol del atardecer desapareció con el velo de negrura que hundió su conciencia en el olvido de la muerte.

* * *

Año 10 AL — 26 de abril

El vehículo de la Unidad de Criminalística desapareció en el tráfico, sus luces rojas y azules marcando su camino.

—Tendremos muchos papeles que llenar —comentó cansado Arthur.

—Prefiero eso —dijo Tato— a llenar los de defunción de Uriel.

El aludido no respondió. En el suelo aún podía ver las gotas de sangre provocadas por el cuchillo de Ana, su filo cortando la piel de sus dedos al caer como resultado del disparo de las AX-3 de Arthur y Tato.

—Ana Paredes está cerca —recordó decir a la mesa, al ver el aviso en su teléfono.

—¿Quién? —preguntó Ramiro. Tato, quien recordaba el nombre del pasado de su ahijado, se puso tenso. Estuvo a punto de girar, pero la mano de Uriel cayó sobre su antebrazo, deteniendo el movimiento.

—Quieto. Si percibe el peligro, huirá. No puedo vivir con esa daga sobre mi cabeza toda la vida.

Ramiro se abstuvo de seguir preguntando. Ya tendría tiempo de averiguar después. Por lo que lograba captar, Uriel había

programado su DRI con una alarma de proximidad. Un aviso en caso de que otro DRI designado con antelación se acercara demasiado. Una herramienta muy útil en casos de acoso no asociado a violencia o divorcios.

—¿Cuándo lo programaste? —preguntó Tato.

—Desde que entré en los CS. Gracias a mi posición pude averiguar que seguía con vida y tomé medidas preventivas. Si ella estaba dispuesta a olvidar, yo también, pero lo dudaba. Recuerdo sus ojos la noche que me disparó. Ese nivel de odio no desaparece con el tiempo. Te envenena poco a poco hasta consumir tu mente.

Las luces rojas desaparecieron en una curva.

—A la evidencia me remito.

—Eso está bien —dijo Arthur— y me alegro de que estés a salvo, pero se les está olvidando lo obvio. ¿Cómo lo encontró? ¿Cómo sabía que estaría aquí, justo en este lugar?

—Dios santo —dijo una voz entrecortada—. ¿Qué pasó aquí?

Los cuatro se volvieron para ver llegar a Ovalle. El detective traía varios papeles en la mano. Su mirada saltó del grupo al suelo y a las manchas de sangre.

—¿Cómo sabía que estaría aquí? —murmuró Tato—. Una muy buena pregunta.

Capítulo 15

Condicionamiento operante

Año 10 AL — 27 de abril

—Son conjeturas —dijo Ovalle con calma—. No pueden demostrar una sola de sus acusaciones.

Ramiro, del otro lado de la cámara Gesell, mantenía los puños apretados. Estaban perdiendo el interrogatorio y él lo sabía. Si no lograban acusarlo de algo, tendrían que dejarlo ir. No podían retenerlo simplemente por ser un sospechoso propicio.

—¿Niega que Ana Paredes fuera su cliente?

—Para nada. Ana Paredes fue mi cliente. Lo he repetido varias veces y no voy a cambiar mi versión de lo ocurrido. La señorita Paredes me contactó para averiguar el paradero de Uriel Delgado. La razón, según ella, era porque estuvo involucrado en el asesinato de su hermano Álvaro.

—Su hermano —murmuró Uriel detrás del vidrio— murió de un ataque al corazón. No tuve nada que ver.

—Lo más probable es que estuviera infectado del virus. Los estudios han demostrado que, en drogadictos, puede causar fibrosis cardíaca.

Tato, ignorante de los comentarios que su interrogatorio estaba provocando, continuó presionando al detective.

—¿Ella le dijo cómo se cometió el crimen de su hermano?

Ovalle se rascó el mentón, pensativo.

—No, que recuerde. Siempre fue ambigua y yo no pretendía preguntar. Mi trabajo es cumplir las órdenes de mi cliente, no averiguar sobre su pasado.

—Ya veo. ¿No pensó que eso podía interesarnos? Alguien tratando de averiguar el paradero de un CS. Eso suena a delito, si me pregunta.

—La señorita Paredes nunca me dijo que estuviera planeando hacerle daño al sargento Delgado. La llamé, le dije quién era ahora y cómo localizarlo. Eso fue todo. Si no fuera porque ustedes fueron a buscarme para pedir mi ayuda por el asunto de Pablo Alemán, ni siquiera estaría aquí.

—Eso es otro asunto. Su relación con Pablo Alemán. Hay dos casos distintos donde su nombre y el de un reconocido traficante salen. ¿No le parece mucha coincidencia?

Ovalle se puso serio. Sus manos apretaron el borde de la mesa.

—Mire, sargento. No trate de convertirme en el diablo. Soy un detective y dos casos separados, en dos momentos separados, me llevaron a Pablo Alemán. Esas cosas pasan. No tuve que ver con sus negocios, nunca lo vi en persona, y ciertamente no tuve nada que ver con los muertos en su apartamento. Soy un simple detective haciendo su trabajo. Que Uriel Delgado despertara los instintos asesinos de Ana Paredes no es mi problema. Yo solo proveo de información. Lo que haga mi cliente con ella sale de mis manos.

Uriel conocía a su padrino. Estaba perdiendo el control de la situación. En otros tiempos habría recurrido a la violencia para sacarle la verdad. Ahora intentarlo era una sentencia inmediata de muerte por violar el Código Penal. Se tenían más libertades a la hora de investigar, pero no dejaban de estar atados por cadenas que no se podían romper.

—Es hora de cambiar —dijo—. Tato necesita descansar y ordenar

sus ideas.

—Se está acabando el tiempo. Si no logramos algo en —dijo Arthur mirando su reloj— seis horas, tenemos que soltarlo.

Uriel se volvió para pedirle a Ramiro que lo relevara. La petición se congeló en su boca. Tenía una expresión de absoluta concentración. Sus labios se movían como si estuviera hablando consigo mismo. Arthur también se había percatado del cambio. Los dos guardaron un silencio expectante, temerosos de romper su concentración.

—¿No se siente responsable? Por su culpa, Ana Paredes está muerta.

—No. Ana Paredes está muerta porque ustedes le dispararon. En mi época, todos estarían suspendidos y bajo la lente de Asuntos Internos. Los salva el hecho de que las cosas han cambiado.

—Eso es —dijo Ramiro—. Maldito. ¡Eso es!

Su voz debió de resonar del otro lado, porque Tato se volvió sobresaltado. Ramiro no dio explicaciones de su exabrupto. Salió del cuarto y cerró la puerta detrás de él.

—¿Qué le pasó? —preguntó Arthur.

Uriel no tuvo tiempo de decirle que no tenía ni idea. La puerta del cuarto de interrogatorio se abrió y Ramiro entró. Ignoró al detective, se acercó a Tato y le dijo algo al oído. Este asintió. Una tenue sonrisa se dibujó en su rostro.

—Señor Ovalle —dijo Tato. Su incertidumbre del momento anterior había sido reemplazada por un tono más cordial—. Es curioso que mencione el pasado. Eran tiempos más violentos, ¿no es así?

—Bueno, sí. No niego que el nuevo orden ha traído más beneficios que daños, pero la impunidad no es medible. Ni entonces ni ahora.

—Estoy de acuerdo. Mi amigo aquí presente —dijo señalando con el pulgar a Ramiro, que se ubicó en el fondo del salón, de brazos cruzados— me hizo percatarme de la importancia del pasado. ¿Usted se considera una persona agresiva, señor Ovalle?

—¿Qué? Para nada. Soy un pan de Dios.

—¿Y en los años antes de la pandemia? Era un detective en una época violenta. Los criminales no tenían miramientos en meterle un tiro a un policía.

—Ser un detective privado y un policía no es lo mismo. Hasta los criminales sabían eso.

—Lo sé, lo sé, pero sígame la corriente. ¿Era una persona violenta?

Ovalle lo pensó un segundo. Presentía que le estaban tendiendo una trampa, solo que no veía por dónde venía el asunto. Uriel y Arthur, del otro lado, seguían el intercambio como si fuera una partida de tenis.

—Lo necesario para hacer el trabajo. Nunca golpeé a nadie que no se lo mereciera. Si algún gracioso trataba de hacerse el listillo conmigo, me defendía. Nunca estuve preso, si es lo que trata de insinuar.

—¿Tenía un arma?

Ovalle apretó los ojos.

—¿Qué se traen entre manos?

—Nosotros hacemos las preguntas, señor Ovalle. Ahora responda, por favor. ¿Tenía un arma?

—Sí, seguro. Tenía permiso.

—¿Qué tipo de arma? ¿Una Smith & Wesson? ¿Una Glock? —Los labios del detective se tornaron dos líneas blancas en su cara—. Podemos averiguarlo. No es problema. Ahora que sabemos qué estamos buscando, es un juego de niños.

—Está bien. Bien. Una Tokarev.

—¿Una Tokarev? ¿Como la que usaron para matar al doctor Schneider?

—No pretendan echarme ese muerto. Leo las noticias. Sé que ya atraparon al responsable. Un doctor de la universidad.

—Tenemos a una persona que se suicidó usando esa arma. Gran diferencia.

—Registré esa arma como extraviada. Debe de haber alguna confirmación del hecho. La perdí en la noche del caos. Tal vez un poco antes. En realidad, ya no recuerdo.

—No dudo que perdió el arma. Lo que me interesa saber es qué hizo con ella antes de perderla.

—¿Qué? Vamos, sargento. Deje de dar vueltas. Si quiere preguntar algo, hágalo. Así puedo decirle que se vaya al diablo e irme de aquí.

—Fue usted quien mató a Pablo Alemán, ¿no es verdad? ¿Qué pasó? ¿Se acercó demasiado? ¿Cometió un error y él lo confundió con un policía?

—Deje de decir estupideces. Ya se lo dije. Nunca conocí a Pablo Alemán. Nunca entré en su apartamento. ¿Cómo pude matarlo?

—Muertos —dijo Ramiro desde su pared, como si necesitara del apoyo del muro para mantenerse de pie.

—¿Qué?

—Muertos. Cuando mi compañero le preguntó hace un rato sobre su relación con Pablo Alemán, usted dijo: «Nunca lo vi en persona y ciertamente no tuve nada que ver con los muertos en su apartamento». Lo que me llamó la atención fue que dijera «muertos». En plural. La noche del caos dos personas murieron en ese apartamento. Pablo Alemán y Anastasia Albescu, una hermosa rubia que fue con su amiga a arreglar algunos asuntos con Pablo. Cuando entraron, alguien estaba dentro y le disparó. La compañera sobrevivió.

Ramiro se acercó a la mesa.

—Nunca dijimos que fueran dos.

Ovalle trató de mantenerse inexpresivo, pero unas pocas gotas de sudor aparecieron en su frente.

—Ella recuerda a la perfección el rostro del asesino. No podíamos hacer nada con esa información sin tener un nombre. Ahora —dijo extendiendo las manos como si fuera obvio— será fácil. Todo lo que tenemos que hacer es citarla, ponerlo a usted en una línea con otros criminales y ver si lo reconoce. Desde ya le advierto: su memoria es prodigiosa. Si es usted, está frito.

Arthur, pegado en una esquina para evitar que la luz rompiera la ilusión de la cámara Gesell, revisaba su teléfono y el archivo enviado por Jonas cuando buscaban el origen de la bala que mató a Schneider. Como el caso les dio una ruta para trabajar y después apareció el cuerpo de Atero con la pistola, nadie consideró necesario revisar el listado con miles de nombres.

«Rubén Ovalle. Tokarev TT-33.»

—Vamos, maldito —murmuró Uriel—. Muerde el anzuelo.

Arthur regresó a su lado y le dijo lo que había encontrado. Uriel asintió sin quitar la vista de Ovalle. El detective se debatía entre creerlo o no. Si él era el asesino, debía de saber que había un testigo. En su apuro, confió en que no le hubiera visto la cara.

¿Cómo estar seguro? ¿Y si era verdad?

—Todos los crímenes de esa noche —dijo tomando una decisión— caen bajo la amnistía general. Aunque fuera verdad, no pueden juzgarme por eso. Por ninguno de los dos.

—Eso lo sabemos, pero ya le dijimos lo que sabemos. Si decide mentirnos, ese es un crimen actual. Puede ser juzgado de acuerdo con el delito.

Ovalle se retorció en la silla. No estaba seguro de si eso era verdad o no. Podía serlo. Mentirle a un CS durante el curso de una investigación podía llevarlo a terminar en la fábrica de SW. No valía la pena el riesgo.

—Vale. Lo acepto. A partir de este punto, no más mentiras.

Tato se sentó en su silla. Ramiro se mantuvo de pie, apoyado contra la pared.

—¿Confiesa ser responsable del asesinato de Pablo Alemán la noche del veintinueve de junio del dos mil sesenta?

—Sí.

—¿Y del asesinato de Anastasia Albescu, la misma noche?

—No sé cómo se llamaba. Solo sé que alguien entró y yo disparé. Sé que era una mujer, eso es todo.

Ramiro temblaba. De poder, le habría gritado su nombre. Lo habría obligado a decirlo una y otra vez. No era cualquier mujer. Era Anastasia. Su Anastasia.

—¿Qué pasó? Quiero la verdad, con todo lujo de detalles.

Ovalle cerró los ojos. Puso la mente en blanco y se concentró en esa noche.

* * *

29 de junio del 2060

—¿Quién es usted? —preguntó el hombre acercándose. Gruñó por lo bajo al darse cuenta de que había cometido un error.

—Nadie. Estaba revisando mi teléfono.

—Sí, claro. Este es un edificio privado. ¿Qué hace aquí?

—¿Y a usted qué le importa?

Pablo Alemán le lanzó un puñetazo directo al hígado. Rubén sintió

el impacto y el mundo tomó una coloración amarillenta. Sintió su mano sobre su nuca arrastrándolo al interior de su apartamento.

—¿Qué hace? ¡Déjeme! Llamaré a la policía.

Sintió su espalda chocar contra el suelo. Su nuca siguió el movimiento, disparando toda una estela de estrellas luminosas. El pie de Pablo lo golpeó entre las piernas, lo que obliteró toda sensación previa y elevó su dolor a niveles insospechados.

—Claro. A la policía. Estabas en mi pasillo. En lo que a mí se refiere, eres un maldito drogadicto que busca un apartamento que robar. Te metiste en la cueva equivocada, amigo.

—No es eso. No soy un drogadicto.

Una nueva patada dirigida al riñón derecho. El golpe lo hizo rodar; su espalda golpeó con un mueble de madera.

—¿Qué eres? ¿Un policía encubierto?

—No, soy detective. Detective privado.

Esto pareció frenar el ataque. Cuando abrió los ojos, su visión borrosa por las lágrimas, Pablo lo miraba extrañado.

—¿Un detective privado? ¿En serio? ¿Como en las películas?

—Sí, así mismo.

—¿Y quién te mandó?

—La esposa de un cliente. Viene aquí a menudo y solo quería ver si tenía una amante.

Pablo se echó a reír con ganas. Se sentó en una silla, al lado de un pote de lo que parecía ser comida china. Apoyó el talón en la barra horizontal que separaba las dos patas frontales y se acomodó en el asiento.

—¿Quién es tu cliente? Mejor, ¿a quién investigas?

—A un doctor. Ramiro Pascal.

—¿La esposa del doctor lo atrapó al fin? ¡Ya era hora! Ese la pasa por la sartén desde hace años. Bien por ella.

Se metió un bocado de carne en la boca, usando dos palillos de metal. Sin dejar de masticar, lo miró desde su puesto.

—Pude haberte matado. Hubiera estado en mi derecho. Para ser detective privado, dejas mucho que desear.

—Me descuidé. No volverá a pasar.

Pablo asintió. De repente se puso pensativo.

—Si me has estado siguiendo, has visto los negocios que hago. Quizás has visto a alguno de mis clientes. ¿Tienes fotos?

—No, para nada —mintió. Pablo se dio cuenta y sus ojos se inclinaron.

—Apuesto a que tienes fotos. Vídeos también. Eres un fisgón de pacotilla.

—No, no es verdad.

—Tienes grabado «mentiroso» en la frente. No importa. No tengo tiempo para perder contigo. Pronto llegará mi hijo con Uriel y no te quiero aquí.

Rubén supo que moriría esa noche si no luchaba e hizo lo único que se le ocurrió. Pateó con todas sus fuerzas las patas de la silla. El golpe quebró uno de los pilares y Pablo, con el tacón metido en el medio, se fue al piso.

Trató de empujarse con los talones, pero Pablo distaba mucho de estar incapacitado. Entrenado en las calles y acostumbrado al juego sucio, se repuso y estiró la mano. Lo tomó por el tobillo y trató de torcerle el pie. Rubén sintió el giro: los huesos de su pierna se quejaron ante la fuerza de la torsión. Reaccionó de puro miedo.

Se metió la mano en el cinturón y sacó de la funda escondida en su

espalda su fiel Tokarev. Pablo estiró la cabeza y vio el cañón del arma. Hizo un último esfuerzo por quebrarle el tobillo, pero el dedo de Rubén fue más rápido. El disparo resonó en el interior del apartamento como un trueno; un agujero se materializó en el cuello de Pablo Alemán.

El cuerpo del traficante se desplomó sobre su pie.

—Quita —dijo empujándolo—. Quítate de encima.

El cuerpo giró y quedó boca arriba. La sangre fluía de la herida, se depositaba debajo del cuerpo y se extendía por el suelo de mármol.

Había sido un imbécil. Tenía suficiente información para su cliente, pero quería tener algo más. Algo que pudiera venderle más adelante. En su intento de hacerse el empresario, se había descuidado y ahora tenía un muerto por el cual responder.

—No esa noche —pensó, recordando el pandemonio que asolaba las calles—. Nadie va a investigar un solo crimen ocurrido esta noche. Mucho menos el de un criminal.

Se levantó con dificultad. Apoyó el peso en el pie lastimado y sintió una ola de alivio al percatarse de que solo estaba magullado. Limpió las áreas que había tocado lo mejor que pudo y apagó la luz. Tenía que deshacerse de la Tokarev, y pronto.

Apoyó los dedos en la manilla y se detuvo. Unas pisadas resonaron en las escaleras. Las palabras de Pablo hicieron que apretara la Tokarev con fuerza: «Pronto llegará mi hijo con Uriel».

No sabía que Pablo tuviera un hijo, pero no se lo quería topar si era igual que su padre. Uriel debía de ser el hombre que siempre estaba a su lado. Un tipo peligroso que estaría armado.

Se pegó lo más que pudo a la pared y esperó en la oscuridad.

La puerta se abrió.

* * *

Año 10 AL — 27 de abril

—¿Puso el arma en uno de los cuerpos que estaban tirados en la calle?

—Sí —dijo después de contar cómo le había disparado a Anastasia creyendo que eran hombres de Pablo, y su fuga del edificio—. A esos no los maté yo. Ya estaban allí.

Otra pista prometedora que terminaba en un callejón sin salida. Cualquier persona que pasara por allí esa noche pudo llevarse el arma.

—Respondí todas sus preguntas —dijo el detective acomodándose en su silla—. Les conté lo que pasó y hasta los ayudé con las fotos. ¿Estoy detenido?

—No, señor Ovalle. No está detenido. Es libre de irse.

Rubén se levantó y se dirigió a la puerta. Ramiro tenía ganas de golpearlo y estrellarlo contra la pared, pero sabía que no podían hacer nada más. No tenían motivo para arrestarlo y había cooperado con la investigación.

—En otros tiempos —dijo, dispuesto a no dejarlo ir sin hacerle saber lo que pensaba de él— no te saldrías con la tuya. Eres una rata miserable que burló a la justicia por un tecnicismo.

—No, doctor Pascal. La justicia decidió hace años que merecía ser perdonado. Además, ¿quiénes murieron? Un traficante y una puta. Merezco un reconocimiento, no un castigo.

El rostro de Ramiro estaba rojo como un tomate. Su piel contrastaba con el muro de detrás, donde un logo en color azul recordaba a los visitantes dónde estaban. Un mundo con las letras CS grabadas encima. En un semicírculo, una oración de seis palabras.

Rubén Ovalle miró el logo y luego al detective. Debió de ver en sus

ojos la impotencia. Sonrió socarronamente antes de agregar:

—Por el bien de la humanidad.

Capítulo 16

Memoria ecoica

Año 10 AL — 28 de abril

Primera plana de la edición matutina del periódico La Esclusa.

C

ANDIDATO A DIRECTOR DE LA

A

SOCIACIÓN INVOLUCRADO EN RED DE TRÁFICO DE DROGAS Y MUERTE

Eric Avilés

El teniente coronel Ramón Pereira, director regional de la zona A-4 y uno de los favoritos para ser nombrado director de la Asociación tras el violento asesinato del doctor Johann Schneider el pasado 15 de abril, podría estar vinculado a una red de tráfico de drogas y muerte que data de la noche del 29 de junio del 2060, fecha conocida a nivel mundial como la noche del caos.

Según información recibida por nuestra redacción, el 29 de junio el entonces oficial en primer grado de la Dirección de Narcóticos, Ramón Pereira, en compañía del oficial en tercer grado Alejandro

Damasio y del sargento Henry Isaza, aprovecharon la confusión reinante esa noche para asaltar y asesinar a ciudadanos inocentes. Según las declaraciones de un testigo que logró sobrevivir a sus ataques, los tres se dirigieron a la residencia de Pablo Alemán, un reconocido narcotraficante, con el fin de investigar si las noticias de su muerte eran ciertas.

Su plan era ir a su apartamento y quedarse con todas las drogas y dinero que pudieran encontrar antes de que verdaderos policías se hicieran cargo de la escena. Otro testigo, un familiar del mencionado Pablo Alemán, los identificó como miembros de una cuadrilla de policías que trataban de extorsionarlo, prometiéndole protección por un precio.

La amnistía general mundial, decretada el 26 de diciembre del 2060 y anunciada por el difunto doctor Schneider desde la sede de la Asociación, perdonó todos los delitos cometidos hasta ese día.

Los crímenes de Ramón Pereira, Alejandro Damasio (secretario personal del teniente coronel Pereira) y Henry Isaza, que por tener una licenciatura en química antes de entrar en el cuerpo de policía pudo solicitar ser nombrado en la Unidad de Criminalística y cuyo reciente ajusticiamiento a manos de los Comandos Sanitarios es motivo de investigación, no pueden ser juzgados por los delitos cometidos esa noche.

Sin embargo, en la opinión de expertos y miembros de la Asociación que pidieron mantenerse en el anonimato, el pasado del teniente coronel Pereira debe ser tomado en cuenta a la hora de decidir el futuro de la organización.

* * *

Año 10 AL — 28 de abril

Cuando Arthur entró en el salón de reuniones, Tato y Ramiro leían el periódico. Uriel, sentado en una silla, miraba por la ventana en silencio.

—Veo que ya se enteraron —dijo Arthur, depositando sobre su mesa el periódico que traía en la mano —. ¿Será verdad?

—Si lo es —dijo Uriel sin voltearse—, plantea muchas posibilidades.

—Pablo Alemán. —Tato colocó su periódico encima del de Arthur y estiró las piernas—. Ese nombre regresa como la caspa. No hay forma de hacerlo desaparecer.

Ramiro abrió su periódico y lo dobló de forma que tapara los otros dos.

—Estoy de acuerdo con Uriel. Si lo que dice esta noticia es verdad, y dudo de que el periódico se atreviera a publicar tamaña noticia sin serlo, Pereira debe ser nuestro sospechoso número uno.

—¿Lo crees? —preguntó Arthur indeciso.

—Seguro —respondió Uriel. El exterior debió de perder interés, porque se volvió para explicar su punto de vista—. Le he estado dando vueltas al asunto y tiene lógica. Es uno de los pocos escenarios donde todas las piezas encajan.

Arrastró la silla con los pies, moviendo su cuerpo como si fuera un cangrejo. El ruido crispó los nervios de Ramiro y Arthur arrugó ambos ojos, pero Uriel ni siquiera pareció darse cuenta.

—Veamos. La noche del veintinueve de junio del dos mil sesenta, Pablo es asesinado por Rubén Ovalle. Al tratar de escapar, le dispara a la amiga de Ramiro y huye.

—Anastasia —dijo él serio—. Se llamaba Anastasia.

—Vale, Anastasia. El punto es que Ovalle baja las escaleras, esconde el arma en uno de los cuerpos tirados en la calle y desaparece. La amiga de Anastasia, ¿Massiel, verdad?… —Ramiro asintió—, Massiel la mete en su coche y la lleva al hospital, donde muere. En algún momento, después de que ella se va, llegaron Pereira,

Damasio e Isaza. No hay informe de su parte esa noche, así que debieron de hacer justo lo que describe el periódico. Fueron de incógnito, subieron a su apartamento, se llevaron todo lo que encontraron y huyeron. Debieron de ver los cuerpos tirados en la acera y los revisaron también, llevándose la Tokarev de Ovalle.

—Entonces, tú debiste de llegar después. Si no, te los hubieras topado y no estarías aquí —sugirió Tato.

Uriel balanceó la cabeza de izquierda a derecha; sus pensamientos llevaban el ritmo de las posibilidades. Debieron de ser suficientes, porque se detuvo y se alzó de hombros.

—Creo que sí. No recuerdo muchas cosas de esa noche, pero recordaría a esos tres o a una mujer escapando con un cuerpo en los brazos.

—Y Pereira tiene motivos para querer eliminar a Schneider. Guardó la Tokarev, lo que ya de por sí es un delito, por la razón que sea. Llegado el momento, se la dio a su asistente de los viejos tiempos, Isaza. Los tres se pusieron de acuerdo y organizaron el asesinato… Espera un segundo.

Tato se levantó de un salto y se fue a una mesa en una esquina. Varios libros y cartapacios salieron volando hasta que encontró lo que buscaba. Regresó a la mesa con una hoja de papel en la mano.

Un dibujo en blanco y negro del rostro de un hombre. Lo puso sobre el periódico extendido y lo pasó por encima de las fotos que plasmaron en el pie de la noticia. Al ponerse encima de Damasio, se detuvo.

Los dibujos no eran una de las formas más fiables de identificar a un criminal, pero la similitud entre el dibujo y la foto era evidente a primera vista.

—Creo que encontramos al misterioso señor Johnson. Podemos enseñarle la foto al pobre de Cristiano Guardia y verificar. Si él lo identifica como el hombre que le pagó para asignarles la habitación mil ochocientos dieciocho a nuestras víctimas, tenemos un caso redondo.

—Se lo dije —dijo Uriel—. Todo encaja. Adoro tener razón.

Ramiro levantó la mano, como un niño en medio de una clase.

—No quiero arruinar la fiesta, pero olvidan a un personaje. ¿Qué pinta el doctor Atero en todo esto? ¿Qué relación tiene él con Pereira para que aceptara suicidarse con el arma usada en el asesinato de Schneider, asumiendo, claro está, que supiera el origen de la Tokarev?

Uriel abrió la boca y ninguna palabra salió del interior.

—No tengo todas las respuestas —aceptó—, pero hay alguien que sí las tiene.

Apoyó su dedo sobre la foto del teniente coronel Pereira.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Arthur—. No podemos ir a arrestarlo en base a una suposición.

—No sin ayuda —aceptó Tato—, pero tenemos a alguien de peso de nuestro lado. Una funcionaria de la Asociación muy interesada en saber la verdad. Alguien que, por cierto, tiene razones de peso para desenmascarar a Pereira. Akane Nakahara.

* * *

Año 10 AL — 28 de abril

—Nos vemos mañana —dijo el hombre en la puerta del local. Su alegría era desbordante y, aunque había bebido dentro de los límites establecidos, su andar era el de alguien que no estaba acostumbrado al alcohol.

—Seguro, señor Costa —dijo Marco Mazzerano estrechando su mano—. Un placer hacer negocios con usted. Lo esperamos cuando

quiera.

El hombre se alejó dando tumbos, pero en línea recta. En la acera lo esperaba un vehículo de color oscuro con el logo de una plataforma de transporte grabado en la puerta. Se apoyó en ella y miró por encima del hombro a Marco, que cerraba la entrada de la casona, sumiendo el sendero en la oscuridad. Varias ventanas seguían encendidas. Las inquilinas tendrían trabajo un par de horas más, por lo menos.

Se metió en el vehículo y le dijo al conductor la dirección de un hotel local. Apenas llegara se metería en la bañera para después dormir a pierna suelta, un privilegio que le había sido negado durante años.

Estar en una misión secreta a cargo de la Asociación tenía sus ventajas.

—Es joven —dijo Akane—. Le quedan muchos años de trabajo en la fábrica.

—Lo sé —aceptó Costa—. Dígame algo que no sepa.

—¿Qué le parecería salir de aquí?

—¿Qué? Eso es imposible. La condena por distribución de pornografía es cadena perpetua.

—Sí. En mi opinión, se lo merece. Sin embargo —dijo alzando un dedo en señal de advertencia—, puede ser más útil de otra forma. Necesito alguien que sea capaz de pasar desapercibido entre criminales, que conozca su lenguaje y, lo más importante, que sea capaz de encontrar un prostíbulo escondido en una ciudad en poco tiempo.

Costa no tuvo que pensarlo demasiado.

El mejor trato que había hecho en su vida. No solo conseguía una

amnistía por sus crímenes previos, con la salvedad de que si volvía a delinquir terminaría en el mismo sitio, completando su condena original, sino que se había ganado una noche de juerga, con licor y mujeres incluidos, pagada por la Asociación.

Mientras el coche recorría las silenciosas calles de la zona B-3, Costa sacó su teléfono móvil, abrió una aplicación instalada por la Asociación y empezó a teclear. En letras verdes se leía:

LockedCodex (versión 6.5 - Año 10 AL)

La encontré.

Capítulo 17

Escepticismo filosófico

Año 10 AL — 30 de abril

Primera plana de la edición matutina del periódico La Esclusa.

E

L TENIENTE CORONEL

P

EREIRA, ARRESTADO POR EL ASESINATO DEL DOCTOR

S

CHNEIDER

Eric Avilés

El día de ayer, en horas de la tarde, miembros de los Comandos Sanitarios irrumpieron en la sede de la Asociación en la zona A-4 y procedieron a arrestar al teniente coronel Ramón Pereira y a su asistente, el mayor Alejandro Damasio, acusados de organizar los asesinatos del doctor Johann Schneider y del coronel Hiroo Akigusa la noche del 15 de abril.

Fuentes cercanas a la investigación confirmaron que el arresto fue

propiciado, en gran medida, gracias a la noticia publicada en este medio el 28 de abril, que sugería una relación entre los acusados y un narcotraficante llamado Pablo Alemán, quien murió la noche del 29 de junio del 2060 con el arma usada en los asesinatos del doctor Schneider y el coronel Akigusa.

* * *

Año 10 AL — 30 de abril

—Como ve —dijo Tato—, tenemos motivos y pruebas ligándolo a los asesinatos. Un testigo identificó de manera positiva a su asistente, el mayor Damasio, como el responsable de pagarle por asegurarse la habitación mil ochocientos dieciocho para Schneider. Su sicario, Henry Isaza, confesó, al tratar de darse a la fuga, que él cometió los asesinatos.

—¿Y el arma? —preguntó Pereira divertido.

—Eso es fácil de deducir. Isaza cometió el crimen, esperó la llegada de Damasio y dos de sus hombres y entre todos trataron de ocultar que el asesino era precisamente la persona que se quedaba esperando a los de la Criminal como si acabara de llegar. Debo admitirlo, fue un buen plan, pero todos los buenos planes tienen esa arista en la que nadie pensó. En su caso, Pablo Alemán.

Pereira tenía los dedos entrecruzados. Al escuchar el nombre, los separó. Su boca se torció en un rictus de desprecio.

—Recuerdo a ese patán de mala muerte —aceptó Pereira—. Yo trabajaba en narcóticos y conocía a todos los traficantes, a las mulas y a sus familias. Era bueno en mi trabajo y no se puede ser excelente en algo sin ensuciarse un poco. No pediré perdón por la forma en que me conduje, ya que sé que lo hacía bien y dentro de la ley, pero no importa. La amnistía me cubre, aunque fuera verdad.

Que algunas personas quieran olvidarse de las leyes para su beneficio personal me tiene sin cuidado.

Estas palabras las soltó mirando directo al vidrio oscuro que ocupaba toda la pared a su derecha. Del otro lado, Akane torció los ojos mientras que Arthur, Ramiro y Uriel mantenían su atención fija en el interrogatorio. Si Pereira lograba escapar, la reputación de Akane quedaría por tierra y el triunfo de su rival estaría garantizado. Ninguno de ellos quería imaginarse a la Asociación en manos de ese individuo.

—No me interesa el pasado —siguió Tato indiferente—. Hablamos del presente. De cómo usted organizó los asesinatos en el hotel Atheneum. Su asistente personal le pagó a un empleado del hotel, de eso estamos seguros. Rastreamos el dinero depositado en la cuenta de Cristiano Guardia a una proveniente de la zona D-Uno. No pregunte cómo, pero sabemos que el titular es Damasio. No fue fácil, pero tenemos a alguien con cierta habilidad en esos menesteres.

—Si Jonas lo llega a escuchar, no vuelve a ayudarlos nunca más —susurró Akane.

—Si usted no se lo dice, no se enterará —le respondió Ramiro.

A Arthur le pareció ver el atisbo de una sonrisa. Sin embargo, fue algo tan fugaz que llegó a pensar que se lo había imaginado.

—Todo eso lo que demuestra —dijo Pereira— es que Damasio estuvo involucrado. Él y Henry. Fuimos compañeros hace mucho tiempo, pero perdí el rastro del loco de Isaza. Ni siquiera sabía que trabajaba en Criminalística. El mundo es un pañuelo, de verdad que sí.

—No dudo que, para usted, eso es algo bueno. Cargarle el muerto a Damasio es más fácil que aceptar su culpa. Por suerte para nosotros, esta sesión es más que nada una formalidad. Ya tenemos todo lo que necesitamos.

—Vamos. No irá a decirme que Damasio confesó o algo así. En mi unidad éramos expertos usando ese truco. Funcionaría si no supiera

de quién está hablando.

—No, señor Pereira —dijo Tato, omitiendo el título oficial. El insulto velado no pasó desapercibido por la forma como el acusado apretó los puños sobre la mesa—. Las confesiones siempre pueden ser manipuladas o extraídas a la fuerza. Por lo que sé de usted, también era un experto en eso.

—¿Qué insinúa?

—Nada. El pasado ya no existe. Esto, sí.

Abrió un cartapacio que tenía sobre la mesa y le enseñó lo que contenía. Una pequeña bolsa de plástico con algunos fragmentos de metal en su interior.

—¿Qué es eso?

—El DRI del doctor Atero. Sabemos la verdad.

Pereira sonrió enigmático. Como si supiera algo que él no.

—Sé lo que está pensando —presionó Tato, que imitó el gesto—. Que es una finta. Usted sabe que el DRI de Atero estaba formateado y que no encontraremos nada. Su reacción es la pista que necesitaba.

—Si supiera de qué está hablando, disfrutaría mejor el chiste.

—Que usted fue quien le dio el arma a Atero. Isaza cometió el crimen y cuando lo rescataron, les pasó el arma para que se la llevaran. Después que se fueron, Isaza se quedó en la escena para recibir a sus colegas de la Criminal y Damasio vino a buscarlo a usted para entregarle la Tokarev. De allí, a las manos de Atero para la escena final.

—Aunque fuera verdad, ¿por qué haría eso?

—Ese fue el problema de esa parte del caso. Entiendo el asesinato de Schneider. Uno de los motivos más conocidos, desde la antigüedad, para cometer un crimen: poder. Sin embargo, Atero no tenía lógica. Eso fue hasta que recibimos una llamada del patólogo

encargado del caso.

Pereira perdió la sonrisa un milímetro.

—¿De qué habla? —preguntó Akane en la oscuridad. Sonaba molesta—. ¿Le hicieron una autopsia a Atero?

—Ustinov es diligente. No se le puede negar eso —respondió Uriel sin dejar de mirar por el cristal a su padrino. No sabía qué se traía entre manos, pero lo conocía. Una idea bullía en su cabeza e iba a por la estocada final.

—Usted sabe lo que el patólogo encontró, ¿no es verdad? —siguió Tato, relajándose en su puesto. Una actitud de absoluta paciencia que solo manifiestan los que son dueños de la verdad—. Atero trabajaba con el coronavirus egipcio. En particular, le interesaban los efectos del bicho en el hígado. Según su jefe, el doctor Wainstein, buscaba una forma de conseguir que el efecto del SW fuera permanente. Lo que encontró fue otra cosa. Algo que lo hizo saltarse la línea de jerarquía e irse directo a la persona con mayor autoridad en el área. Alguien que supiera cómo manejar esa información. Usted.

La sonrisa de Pereira era una mueca artesanal en su cara. Un trazo tallado en labios pálidos sin vida propia.

—La única razón para formatear su DRI que se nos ocurrió era que estuviera tratando de evitar que esa información viera la luz, pero así no se comportaría alguien que descubre algo importante. El patólogo, tan solo descubrir un cáncer nuevo no clasificado e indetectable por la tecnología del DRI, se puso a salivar.

—No todos los científicos son iguales.

—Cierto, pero creo que están cortados con el mismo molde y alguien como Atero, que estaba dedicando su vida a investigar algo tan específico, no dejaría pasar algo así. Es más, si lo descubrió gracias a que tenía la condición, como demostró la autopsia, sería justo lo que haría. Su legado para futuras generaciones. Sabía que, aunque el cáncer no estuviera en el Registro Mundial, tarde o temprano manifestaría alguna alteración que el DRI sí detectaría.

Las alarmas de los CS sonarían y terminaría muerto o en un hospital, su oportunidad de fama póstuma perdida. Se requiere de algo muy poderoso para dejar pasar una ocasión de ese tipo.

Aplaudió una vez, frotándose las manos con vigor.

—Lo que me lleva a usted. Si tengo razón, encontraremos registros de la visita o de la llamada de Atero a su oficina. Habrá testigos de ese encuentro. El DRI del difunto Henry Isaza está intacto. Le recuerdo que tratar de borrar algo del DRI no lo elimina del todo, y no le dimos tiempo de formatearlo, como hizo Atero. Tenemos expertos que bucearán entre los circuitos de ese DRI y hallaremos algo. Eso es todo lo que necesitamos. Una pista que ponga en el mismo sitio a Atero y a Isaza para el traspaso del arma. Si no funciona con él, haremos lo mismo con Damasio y con el suyo. Ya tenemos las órdenes del juez. Por eso les quitamos sus teléfonos desde que los arrestamos. Para evitar que los formatearan.

Lo señaló con el dedo, balanceando el dígito como si fuera una varita. Un maestro regañando a un alumno que se ha portado mal.

—En alguno de ustedes hallaremos nuestra pieza clave. Por más cuidadosos que hayan sido, ahora que sabemos lo que buscamos, lo encontraremos. Una conexión entre ustedes, Atero y el arma. Cuando eso pase, ¿confiaría en sus hombres? Si les ofrecemos a ellos la posibilidad de salvar el pellejo, ¿cree que no lo entregarán?

—Evidencia circunstancial —farfulló Pereira. Arthur se pegó al cristal para verlo mejor. Se estaba quebrando.

—Un resorte puede ser un hallazgo casual. Un resorte más un gatillo, un muelle, una culata y una cacha es un arma de fuego. Todo depende de quién decida. ¿Quiere tentar su suerte con un jurado?

Pereira apretó los labios. Se veía que calculaba sus probabilidades.

—Aun cuando lograran encontrar algo, no pueden probar que soy responsable del asesinato de Schneider.

—Eso lo sé —dijo Tato, que se echó para atrás y se recostó contra el

respaldo de la dura silla—. Pretendo acusarlo con una violación del artículo cuarenta y ocho del Código Penal.

—¿Qué? ¿El artículo cuarenta y ocho?

—Seguro. Usted le dio un arma de fuego a Atero o, por lo menos, sabía de su interés en suicidarse. Al no informar de ello, se puede considerar ayudante del hecho y eso es un crimen. Uno punible con la pena capital.

—¿Qué? ¿Está loco? Atero se estaba muriendo. Debió ser ajusticiado hace tiempo. Si no moría por su propia mano, lo haría eventualmente.

—Lo tenemos —dijo Uriel—. Lo tenemos.

—Silencio —advirtió Akane. Los músculos de su mandíbula estaban marcados como cables a los lados de su cara.

—Ante la ley —siguió Tato— usted ayudó en la muerte de un ser humano. Si por omisión o de manera activa, no importa. La pena aplicable es la misma para ambos delitos. A no ser, por supuesto, que esté dispuesto a cooperar.

Pereira había perdido su beligerancia previa. Sus ojos se desviaron hacia el cristal, como si allí estuviera su salvación.

—Le propongo un trato —dijo Tato—. Si nos ayuda, dejaremos el asunto de Atero como un simple suicidio. Eso lo salvará de la pena de muerte, pero la oferta dura cinco minutos. Después de eso me iré de aquí y usted se puede arriesgar. Si no nos da lo que queremos, Damasio o los que caigan después lo harán. Es su decisión.

Tato sacó su teléfono y puso el cronómetro a correr. Pereira no pudo separar la mirada de la pantalla y de los números verdes que iban retrocediendo.

Aprovechó cada minuto. Cuando faltaban diez segundos, asintió cansado.

—¿Me promete que no seré sometido a la pena capital?

Tato asintió.

—Bien, acepto. ¿Qué quiere saber?

—¿Qué descubrió Atero? ¿Por qué era tan importante para contactarlo a usted?

Pereira volvió a mirar al cristal. Su resignación había sido reemplazada por una máscara de hastío.

—El SW. Eso fue lo que descubrió.

—¿Qué pasa con el SW?

—Se mete en el tejido hepático y produce micromutaciones. No es algo evidente al principio, pero el uso continuo las empieza a acumular. Con el tiempo, digamos unos diez años, empiezan a aparecer los cánceres. Es un tipo lento, insidioso. Se disemina sin dar muchos síntomas. Atero se preocupó cuando empezó a tener un dolor en el lado derecho que no se le quitaba. Usó el ultrasonido de su laboratorio y lo descubrió.

Akane temblaba del otro lado del vidrio. La exaltación de segundos antes al ver como Pereira confesaba se difuminaba bajo la amenaza de un mal latente que, poco a poco, empezaba a enseñar los colmillos.

—Eso no es posible —dijo Tato, tan sorprendido como el resto—. Algo así ya habría saltado.

—Lo hará —respondió Pereira, girando en su puesto y mirando directo al vidrio—. Atero sabía que era algo muy importante, pero le preocupaban las consecuencias de hacerlo público. El miedo al virus ha tenido al mundo bajo control, el SW como un equivalente de un collar de ajos para un vampiro. Ahora, ¿qué pasaría si supieran que el collar de ajos atrae a los hombres lobo? ¿Lo seguirían usando?

—Seguro. El virus te matará. El cáncer es una posibilidad —dijo Tato. Pereira no se volvió a mirarlo. Siguió con la vista en el vidrio.

—Con cada año de uso, el riesgo de cáncer aumenta. Llevamos

usándolo diez años y Atero calculó un riesgo del cinco por ciento de desarrollar la patología, pero ese porcentaje irá en aumento. Cuando la liebre salte del sombrero, ¿qué harás? ¿Decirle a la gente que siga tomando el SW, sabiendo que cada píldora los empuja, paso a paso, hacia el mismo destino? Cuando la verdad se sepa, la revolución vendrá detrás. Se repetirán los eventos de la noche del caos. Es inevitable.

Regresó su atención a Tato. Su conversación con Akane quedaba relegada a una segunda oportunidad.

—Atero trató de hablar con el doctor Wainstein, pero no le hizo caso. Creía que era un error. Que era imposible. Por eso Atero decidió tener una cita conmigo. Tenía que hablar con alguien con poder de decisión. Me presentó su evidencia y, debo aceptarlo, me pareció terrible. Sin embargo, esa es la diferencia entre los líderes y los servidores públicos como ustedes. Sabemos que, a veces, hay que hacer sacrificios. De la adversidad surgen oportunidades. Yo solo tomé la mía.

—Fue en ese momento cuando decidió matar a Schneider —aseveró Tato. Pereira no lo negó—. ¿Atero conocía sus planes?

El acusado asintió.

—Le dije que era muy probable que la Asociación tratara de ocultar la verdad. Que Schneider y Akigusa jamás aceptarían y lo harían callar. Lo clasificarían como un SEC y terminaría con el tiro de una AX-Tres en el cuello. Se escandalizó ante la posibilidad, aunque creo que en eso usted tenía razón. Temía más morir sin que se supiera de su hallazgo que del mismo cáncer.

Se pasó ambas manos por la cara antes de continuar.

—Al final lo convencí de lo que teníamos que hacer. Estaba dispuesto a lo que fuera y me aproveché. Llamamos a Schneider y le contamos lo que Atero había descubierto. Como sabía lo que pasaría, tomó el primer vuelo a la zona. Les sugerí ver a Atero solo, para no influir en su decisión y que hablaríamos al día siguiente. Ellos estuvieron de acuerdo y se reunieron con Atero. Él les presentó todos los datos y quedaron en responderle de vuelta.

—Entonces, ¿por qué Atero creería que lo iban a ignorar?

—Ese fui yo. Conocía a Schneider. No soportaría quedarse callado. Una cosa era mentir para salvar al mundo, otra muy distinta, ocultarle los peligros de un medicamento a la población que dependía del SW. Media hora después de terminada la reunión lo llamé y le dije que Schneider había llamado para ordenarme que lo encarcelara, lo ajusticiara y, de paso, le prendiera fuego al laboratorio. Por supuesto que era una mentira inocente, pero Atero se tragó la carnada y el anzuelo. Ya me había insinuado que planeaba quitarse la vida. Sabía lo doloroso que era un cáncer hepático y no pretendía pasar por eso para morir igual, así que le dije que la única forma de contar la verdad, de que el mundo supiera lo que había encontrado, era que Schneider y Akigusa murieran. Le aseguré que, con ellos fuera del camino, yo quedaría a cargo de la Asociación. Me comprometí a decir su nombre con el respeto que se merecía y hasta le sugerí un nombre para el nuevo cáncer. Enfermedad de Atero. Debería haberlo visto tratando de quitarle importancia a la propuesta. Yo ya contaba con ello. Estaba encantado y, tras hacerse de rogar, aceptó.

—¿Enfermedad de Atero?

Pereira se alzó de hombros.

—Me imagino que cuando vas a morir, la idea de sobrevivir, así sea a través de una condición mortal, es mejor que desaparecer en el olvido. No sé. Creo que es algo que todos tendremos que contemplar a partir de ahora, ¿no crees, Akane?

Su atención se volvió a centrar en el vidrio oscuro.

—Akigusa y Schneider hicieron lo correcto. Tomaron una decisión, se atuvieron a las posibles consecuencias y dirigieron un golpe de Estado mundial. Miles de personas murieron como consecuencia de esa decisión. Si de mí dependiera, lo haría de la misma manera. Ustedes sabían que el bien común estaba por encima del individual y actuaron acorde. Atero hizo lo mismo. Lo influenciaba su deseo de sobrevivir al paso del tiempo, pero, a la hora de jugársela, optó también por el bien común. Aceptó usar el arma utilizada en el asesinato de Schneider y Akigusa para quedar como el responsable,

formateó su DRI para borrar cualquier huella de nuestros encuentros o de su descubrimiento y se suicidó en su oficina el sábado siguiente. Debió quedar ahí, pero ustedes llegaron para arruinarlo todo. —Extendió la mano, el dedo acusador señalando su propio reflejo—. Me pueden acusar de muchas cosas. Quería el puesto, sí. Asesiné por el deseo de tener más poder, por supuesto. Jamás podrán achacarme el poner mis intereses personales por encima de los comunes. Atero murió pensando que diría la verdad, cuando en realidad mi plan era enterrarlo todo. Nadie puede saber lo del cáncer. La tasa de mortalidad se incrementará en los próximos años, y está bien. Es un mal menor comparado con el bienestar del mundo entero. Si la mitad de la población muere, ¿qué importa? La otra mitad sobrevivirá. Yo sé lo que estaba dispuesto a hacer. ¿Qué harás tú, Akane? ¿Esconderte en las sombras como haces ahora? ¿Dejar que los muertos de la noche del caos se tripliquen por defender un ideal inútil y nada práctico? ¿Qué harás, Akane? ¿Qué harás?

Akane, del otro lado del cristal, escuchaba los gritos sin mover un solo músculo. Cuando habló, solo Arthur, que seguía a su lado, escuchó su respuesta.

—Haré lo correcto.

* * *

Año 10 AL — 30 de abril

—¿Cómo va el negocio?

Marco cerró el cuaderno donde escribía y dejó la pluma sobre la mesa, a un lado.

—Bien, jefe. Nuevos clientes llegan todos los días. La mayoría se van satisfechos del servicio ofrecido. La voz se corre entre ellos y

traen a sus amigos. A este paso tendrá que abrir otra casa.

—¿Como una franquicia? —rio Luca.

—No es mala idea. Los clientes están. La demanda está.

—¿Y la oferta?

—He estado pensando en eso y tengo una idea. Todos los meses nos llegan criminales acusados de quebrantar la ley. Tenemos más que suficientes para mantener la producción de SW. Si tres o cuatro se pierden o mueren en el camino, nadie verá la diferencia.

Luca se metió las manos en los bolsillos y se apoyó contra la pared. Guardó silencio, su pie moviéndose al ritmo de sus pensamientos. Al poner la suela de vuelta en el suelo, Marco vio admiración en su mirada.

—Es una muy buena idea. Como hicimos con Mila Peteers. Tienes razón. En el último grupo llegó una que sería perfecta. Si la ayudamos a escapar, podemos decir que la matamos por huir. No podría estar en la zona, por si alguien la conoce, pero podemos abrir una nueva casa en la zona B-Dos.

Marco asintió. Sabía que su jefe le estaba dando permiso para iniciar los trámites. Tendrían que conseguir una nueva propiedad, prepararla para los menesteres del negocio y conseguir el personal. No le importaba el trabajo pesado y, cuando viera la casa en funcionamiento, esperaba que, por fin, su jefe le diera el aumento que le había prometido.

Mejor todavía. Que le diera el trabajo de regentar la nueva casa. Siempre quiso vivir en la zona B-2 y Luca necesitaría a alguien de confianza. Ya vería cómo le vendería la idea, pero no ese día. Su alegría se esfumaría con la siguiente noticia.

—Hablando de Mila —dijo rascándose la nuca—, tenemos un problema.

—¿Sí?

—El señor Duarte se quejó de ella. Dice que no sintió el cariño que

esperaba y que estaba más seca que una lija. ¿Cuántos años tiene Mila?

Luca se alzó de hombros.

—¿Qué importa? ¿Cuarenta? ¿Cuarenta y cinco?

—Con la perimenopausia hay cierto grado de resequedad vaginal. Puede ser natural, pero no va a mejorar sin tratamiento.

—No sugieres comprar cremas vaginales o pastillas, ¿verdad? El costo de los medicamentos se ha disparado. No sé cuánto costará, pero a menor demanda, precios más altos. Me sale más barato eliminar a Mila y conseguirme un reemplazo. Usaremos tu idea. Asegúrate de ver el próximo envío de prisioneros antes de aceptar su llegada. Si ves a alguien interesante, me lo pasas. Yo me aseguro de que desaparezca de manera conveniente. Cuando la tengamos aquí, borramos a Mila y ponemos a su suplente a trabajar.

Marco sacó su teléfono y apuntó la orden en su agenda.

—Y solo lo mejor. Tenemos que reemplazar a Mila, pero no por eso tenemos que bajar nuestros estándares. ¿Me explico?

—Seguro, jefe. Se me pasaba. En tres días…

La idea se perdió detrás del sonido de una explosión.

* * *

Año 10 AL — 30 de abril

María Luisa sintió el impacto con forma de un temblor que sacudió toda la cama. El hombre colocado encima de ella, que estaba en plena faena tratando de llegar al clímax, aceleró el ritmo de sus movimientos. Ella se abstraía cuando estaba con los clientes.

Pensaba en sus días libres, en sus ordenadores, en los videojuegos que alguna vez disfrutó. La explosión encajó con un escenario virtual que desarrollaba en su cabeza, lo que la dejó fuera de lugar. Cuando su consciencia se percató de que la sacudida era real, dejó de fingir quejidos y prestó atención a su entorno.

Gritos. Voces airadas que eran silenciadas con rapidez.

—¿Qué pasa, querida? —dijo el hombre jadeante—. No me digas que ya te corriste.

María Luisa no respondió. Los gritos se estaban multiplicando. Amenazas soltadas al aire que desaparecían bajo los comandos de voces autoritarias.

—¡Los CS! —logró escuchar—. ¡Nos atacan los CS!

María Luisa levantó ambas piernas y lanzó los brazos como si fueran arietes. El cliente salió volando de lado y aterrizó en el piso entre reclamaciones y quejidos de dolor. María Luisa le pasó por encima para llegar a la silla donde reposaba una bata de noche.

—¿Adónde vas? —preguntó el hombre—. ¿Por qué te vistes? No he terminado. No te puedes ir.

—¡Cállate, viejo miserable! —dijo pateándolo en el costado—. No más, ¿oíste? No más.

Los gritos seguían, pero en menor cantidad. Madera quebrándose, exclamaciones de sorpresa o alivio. Las voces sonaban más cercanas.

El hombre estaba arrodillado cuando el marco salió volando en pedazos y la puerta giró sobre sus bisagras hasta chocar con la pared, dejando una depresión semicircular que liberó un polvo blanquecino.

—¡Quietos! —dijo un hombre vestido de uniforme. En su bolsillo, un logo que nunca había visto. Un planeta con las letras CS—. Somos de los Comandos Sanitarios. No se muevan.

Detrás entraron dos más. Uno de ellos, una mujer, se fue directa

hacia el hombre en el piso y lo empujó para dejarlo pecho en tierra. Le tiró de ambos brazos y los ató con una cinta de color blanco.

—Está bajo arresto —le dijo sin dejar de tirar— por violación del artículo cuarenta y ocho del Código Penal. No importa lo que diga, será usado en su contra, porque no hay forma de justificar lo que está haciendo.

—Luca me dijo que la Asociación sabía —se quejó—. Que era un mal menor que se permitía por beneficio de todos.

La oficial del CS no respondió. Apretó la cinta tan duro que, por un instante, María Luisa pensó que quería amputarle las manos. Lo alzó en peso y lo empujó rumbo a la salida. El hombre se quejaba y juraba todo el camino que era un error.

—¿Está bien? —preguntó otra oficial que venía detrás del que tumbó la puerta—. Su nombre, por favor.

María Luisa dio dos pasos y se echó a llorar. La mujer la abrazó y la consoló con palabras suaves susurradas a su cabello. Una madre tratando de calmar a una hija que acaba de despertar de una pesadilla. No tuvo idea del tiempo transcurrido, pero al final pudo recuperar la respiración y decir algo coherente.

—Gracias —murmuró—. Gracias.

—Estamos arrestando a todos. Están a salvo.

—¿María Luisa? —dijo una voz que desbordó toda una tanda de recuerdos. Sus miradas se cruzaron y él se detuvo a unos pasos, incapaz de decidir cómo proceder.

Ramiro la estudiaba con una extraña mezcla de dolor, suspicacia y aprecio. María Luisa se quedó inmóvil, al lado de la oficial que le daba su brazo como punto de apoyo.

—Recibí tu mensaje —dijo él—. Aquí estoy.

María Luisa había pensado, a lo largo de diez años, todo lo que le diría si lo veía una vez más. Se imaginó escenarios diversos y en ninguno de ellos Ramiro salía con vida. Era responsable de todo el

calvario vivido.

«Tú decidiste robarle. Tú decidiste huir con su dinero. Al hacerlo, caíste en las garras de Luca. No por Ramiro. Tu decisión.»

María Luisa estaba agotada. Una década para odiar a alguien era demasiado tiempo, más cuando todo lo que tenía que hacer, al enterarse de la existencia de Anastasia, era dejarlo. Si lo hubiera hecho, esa casona sería un punto geográfico en los mapas ajeno a su conocimiento.

Se acercó al hombre que una vez fue su amante y lo abrazó.

—Gracias, Ramiro. Gracias.

El gesto lo pilló por sorpresa. Ramiro, con ambos brazos a los lados del cuerpo, no sabía cómo responder, hasta que la oficial le hizo señales para que devolviera el abrazo. La sintió tensarse al sentir sus brazos, pero no lo rechazó. Se mantuvo allí un minuto. Al separarse, lo miró a los ojos y le dijo en voz baja:

—Después de hoy no te quiero volver a ver. ¿Entiendes?

Sin esperar una respuesta, salió al pasillo y se apoyó en el barandal. La conmoción era evidente. Decenas de personas, vestidas con los uniformes de los CS, sacaban hombres del local. Todos iban atados como su cliente. Las mujeres, a quienes solo conocía de las reuniones matutinas para recibir su dosis de SW, estaban bajo el cuidado de alguna oficial.

—¿María Luisa?

Esa voz le era desconocida. Giró sobre su cintura y contempló a la persona que la había llamado por su nombre verdadero. Era la mujer de los ojos celestes. A esa distancia era casi de su tamaño.

—¿Mila? —preguntó por fin al ver que estaba cerca de la habitación contigua. Su vecina y guardiana de su cordura corrió hacia ella y la abrazó con tanta fuerza que la dejó tosiendo. Eso no impidió que respondiera con igual efusividad. Las lágrimas recorrían sus mejillas y arrastraban suciedad y sudor en su camino de descenso.

—¿Funcionó? —preguntó Mila sin soltarla—. ¿Tu llamada funcionó?

María Luisa asintió con efusividad sin dejar de llorar un instante. Su cautiverio de diez años tocaba a su fin. Ellas quedarían libres y sus captores en una pequeña celda. Si el mundo era justo, pasando por lo mismo que habían pasado ellas durante su confinamiento.

—¿Dónde está Luca? —preguntó María Luisa—. Quiero mirarlo a la cara y decirle que fui yo.

Mila sonrió y empezó a mirar a su alrededor, buscando alguien a quien preguntar. Ramiro la estudiaba desde la entrada del cuarto que fue su casa. A su lado, la oficial que arrestó a su último cliente.

—¿Atraparon a Luca? Era quien controlaba este lugar.

Ella pareció indecisa, pero luego sacó su teléfono e hizo una llamada.

—Está abajo —respondió después de una corta conversación con alguien del otro lado de la línea—. En los estacionamientos.

Mila y María Luisa bajaron las escaleras tan rápido como pudieron. Atravesaron muros de oficiales de los CS, que las dejaban pasar sin ofrecerles resistencia. Al llegar a la entrada, vieron filas y filas de hombres en el suelo. Algunos estaban en ropa interior. Todos estaban sentados y con las manos atadas, rodeados por un contingente de los CS, sus armas encendidas y apuntando al suelo.

—¿Dónde está Luca? —preguntó en voz alta Mila—. ¿Dónde está ese maldito desgraciado?

—Calma —dijo una voz en un tono agradable. Una señora vestida con el mismo uniforme que el resto se acercó, custodiada por tres oficiales más. Su expresión de preocupación se quebró en una máscara de incredulidad.

—¿Mila? —preguntó Akane, acercándose con lentitud, como si temiera que el movimiento la haría desaparecer—. ¿Eres tú?

—¿Akane? —preguntó ella, dando un paso atrás—. ¿Qué haces

aquí?

—Recibimos un aviso de que en este lugar se había instalado un prostíbulo. Vinimos a cerrarlo, pero no sabía… ¿Llevas aquí desde el arresto?

Mila no respondió. Uno de los hombres al lado de Akane se acercó a ella.

—¿Mila? ¿Mila Peteers? ¿Ella es Mila Peteers?

—Sí —dijo Akane—. Luca debió mentir y en lugar de ejecutarla, la trajo aquí. A este infierno.

El hombre apretó los labios. Sin decir nada más, sacó su arma y apuntó directo a la cabeza de Mila.

—No —logró decir Akane antes de que el disparo de luz saliera del cañón de la AX-3 de Arthur Wald. Una bola de color celeste la golpeó en la frente y su cuerpo pareció iluminarse un segundo para luego mimetizarse con las sombras de la noche. Se escuchó un golpe al chocar con el suelo, seguido del grito de dolor de María Luisa.

—¿Por qué? Era una de nosotras. ¿Por qué la mataron?

—Mila Peteers fue encontrada culpable de violar el artículo tres, título primero, de la Constitución Mundial. Adulteró la producción de SW y mató a millones de personas, el último gran genocidio de la era pasada. Se ordenó su ejecución. Que Luca se la quedara para sus nefastos fines no la exime del castigo.

—¿No te parece suficiente? —gritó María Luisa, abrazando el cuerpo de Mila, acariciando su cabello y meciéndola como si fuera un bebé dormido entre sus manos—. Fue usada por malditos como tú durante más de diez años. ¿No es eso castigo suficiente?

—La pena por el crimen que cometió —dijo Arthur sin inmutarse— es la muerte. Soy un CS. Solo cumplía mi deber.

—Eres un monstruo —dijo ella sollozando—. Uno peor que Luca. Por lo menos él no pretendía ser alguien más.

—Cumplía mi deber. No hay más nada que discutir.

Akane quería gritar junto con la mujer. Decirle hasta de lo que se iba a morir al doctor Wald, pero él tenía razón. La orden debía cumplirse en el momento de ser emitida. La sentencia se pudo postergar por razones fuera del control de la Asociación, y aun así debía ser cumplida por los CS que encontraran la falta.

—¿Dónde está Luca? —prefirió preguntar para no pensar en el cuerpo de una mujer que conoció en persona.

—Aquí, jefa —dijo una voz femenina. Con la mano señalaba a uno de los prisioneros. Vestía de chaqueta y corbata. Al escuchar su nombre no levantó la cabeza ni les prestó atención. Por lo visto, el piso era mucho más interesante.

Akane se acercó y se agachó. Lo tomó por la quijada y la levantó. Al ver el rostro del hombre, arrugó la frente.

—¿Quién es él?

—Luca Bianchi —dijo otro de los custodios—. Así dijo llamarse al ser arrestado.

—¿Confirmaron su identidad con el DRI?

Ambos oficiales se miraron, como si esperaran que el otro respondiera de manera afirmativa. Cuando ninguno de los dos lo hizo, Akane gruñó, le quitó un pequeño bastón a uno de ellos y lo pasó por la nuca del hombre.

En una pequeña pantalla apareció un nombre.

—¿Marco Mazzerano?

—Es el ayudante de Luca —dijo María Luisa. Mila estaba recostada sin vida sobre su regazo—. Luca no está aquí.

«Maldición. Nos burló», dijo Akane por lo bajo.

En voz alta dijo:

—A ver, presten atención. Luca Bianchi escapó. Es el responsable directo de este centro de prostitución, el cual viola la Constitución Mundial y el Código Penal. No puede fugarse en ninguna circunstancia. Organicen equipos de búsqueda y atrápenlo. —Miró a Arthur de soslayo—. Y cumplan la ley.

* * *

Año 10 AL — 30 de abril

Luca se escondió entre una caja de madera y un muro de ladrillos para tomar aire. El corazón se le quería salir del pecho y cada exhalación iba acompañada de una nube de vapor que trataba de ocultar cerrando la boca o respirando corto.

¿Cómo había llegado a esto? Sus planes, su imperio obliterados en una noche. Esas calles que conocía como las páginas de un libro leído y releído eran ahora un laberinto. Los CS lo perseguían y debía encontrar la forma de huir. Por suerte, los DRI no funcionaban como GPS, una sugerencia que fue rechazada por invadir de manera directa la privacidad de los ciudadanos, pero todo lo que tenían que hacer era programar una alarma de proximidad. Si un CS pasaba a menos de cinco metros de su lado, la alarma les diría que estaba cerca. Si se organizaban y barrían la ciudad, una calle a la vez, desde varios puntos, estaría perdido. Era una red con agujeros que se iban reduciendo con el pasar del tiempo.

Tenía que huir. Cómo haría para sobrevivir después, ese era un problema para otro día. Prioridades.

Tomó una bocanada del frío aire nocturno y asomó la cabeza. Cuatro calles y dos callejones eran sus únicas rutas de escape. Si escogía mal, terminaría en las manos de los CS. Vio unas sombras moverse bajo la luz de un farol en la distancia. Decidió correr en

dirección contraria.

Por suerte logró ponerse unas zapatillas antes de huir. Se preguntó cómo estaría Marco y si habría podido mantener la farsa. La idea era hacerlos creer que él era Luca para darle tiempo de huir. La ilusión no duraría mucho, pero todo lo que necesitaba era una ventaja.

El buen Marco se tragó el cuento de que encontraría la forma de liberarlo, que sus contactos, un grupo de personas influyentes ligadas a él por los servicios brindados, los ayudarían a tapar todo el asunto. En la noche, mientras tratara de conciliar el sueño, si es que lo dejaban dormir, se le caería la venda. Vería que era imposible tapar esa caja de Pandora y que su jefe se había aprovechado de su estupidez para escapar.

Las mejores lecciones eran las que se aprendían en carne propia.

Las zapatillas de Luca se deslizaron sobre los ladrillos como si flotara sobre una cama de aire. Llegó a la otra esquina en un instante y se detuvo a mirar. Había un callejón a unos metros de distancia. Si lograba llegar allí, estaba seguro de poder engañar a los CS y huir.

El pulso de luz golpeó la esquina del muro a su derecha, dispersándose en decenas de chispas. Luca sintió el calor pasar a su lado, lo que emitió una respuesta inmediata en su cuerpo. No trató de ver si podía localizar al CS que le disparó ni miró por encima del hombro. El pulso de luz de una AX-3 pasó a su derecha, de atrás hacia delante. Sus enemigos lo perseguían. Tenía que correr y volver a perderse entre los callejones.

Sus pasos alternaban con los de sus cazadores, más audibles. Un nuevo pulso de luz pasó a milímetros de su hombro izquierdo. Giró a la derecha y se enfiló hacia una puerta entreabierta. Un viejo edificio abandonado donde podría encontrar decenas de rutas para salir sin ser detectado.

Un nuevo pulso pasó demasiado cerca para su gusto. Se agachó y se movió en zigzag para evitar la caricia de la descarga. Cuando calculó que estaba a la distancia necesaria, corrió en línea recta

hacia la puerta. Antes de poder poner un pie en el umbral, una sombra se manifestó y bloqueó su paso. No logró frenarse a tiempo antes de que una barra de metal lo golpeara en el pecho. Su cuerpo salió despedido y aterrizó de espaldas sobre los adoquines.

De la oscuridad salió Uriel. Dejó caer la barra de hierro y le apuntó con su arma.

—¡No! —gritó alzando las manos—. Estoy desarmado.

Uriel percibió el terror en sus ojos. Con todos sus planes, crímenes y traiciones, Luca Bianchi no era más que un ser humano que, al ver a la muerte disfrazada de CS, se rendía a sus pies. Recordó la casa, las mujeres prisioneras y el cuerpo sin vida de Mila Peteers. Tal vez podían ofrecerle un trato y mantenerlo con vida. Si él hablaba, quién sabe qué podrían descubrir después.

Bajó el arma. El alivio en sus ojos casi lo hizo sonreír.

La mueca desapareció con el destello y la luz que envolvió la cabeza de Luca. Sus ojos se abrieron al sentir el impacto y quedaron abiertos al golpear el piso una vez más para no levantarse de nuevo.

Arthur se acercó al cuerpo y guardó su AX-3 en su funda al ir avanzando.

—¿Por qué? —exclamó Uriel molesto—. Pudimos sacarle información. ¿No se te ha ocurrido que podría tener otras casas? ¿Otros prostíbulos?

—¿Cuál es nuestra misión?

—¿Qué?

—¿Cuál es nuestra misión? No la hierba habitual. La extraoficial.

Uriel recordó la escena: un diabético tirado en una calle bajo la lluvia, Arthur tratando de retrasar lo inevitable, Uriel evitando que eso pasara.

—Eres un aguafiestas.

—¿Cuál es nuestra misión, sargento Delgado?

Uriel sacudió la cabeza.

—Buscar y destruir, por el bien de la humanidad.

Arthur empujó el cadáver de Luca con la punta del pie.

—Misión cumplida.

Capítulo 18

Quaternio terminorum

Año 10 AL — 2 de mayo

Primera plana de la edición matutina del periódico La Esclusa.

L

OS

C

OMANDOS

S

ANITARIOS EJECUTAN AL TENIENTE

L

UCA

B

IANCHI

Eric Avilés

El día 30 de abril, los Comandos Sanitarios, bajo la dirección de Akane Nakahara, encargada temporal de la Asociación, acudieron a la zona B-3 para investigar una acusación anónima con relación a la existencia de un prostíbulo. Durante el asalto se descubrió que el mismo era regentado por el teniente Luca Bianchi, encargado de la distribución de SW de la Asociación.

Fueron rescatadas diecinueve mujeres que eran mantenidas en contra de su voluntad. En el ataque murieron seis personas, incluyendo al teniente Bianchi, que trató de huir de las autoridades.

* * *

Año 10 AL — 2 de mayo

María Luisa sonreiría si no le doliera tanto la ausencia de Mila.

Sus dedos bailaron sobre el teclado de un procesador que solo había considerado en sueños. Una nueva generación de computadoras cuánticas portátiles cuya velocidad y capacidad de memoria la hicieron sentir obsoleta.

Por suerte para ella, navegar el vasto océano de internet no requería conocimientos de física. La idea era que la tecnología transformara labores onerosas en un juego de niños. El nuevo sistema operativo era bastante amigable y no le llevó mucho tiempo ponerse al día.

Un mapa del mundo en verde mostraba flechas que se extendían de un continente a otro. Pequeñas carpetas iban apareciendo, recogiendo información y prosiguiendo su camino. El número ya iba por tres millones y seguían incrementándose.

En diez años nunca se le ocurrió pensar que su dinero estaría generando intereses. Había tomado los dos millones, los sepultó en una cuenta cifrada y los puso a rodar por el mundo, de banco en

banco. Por suerte tomó esa decisión, ya que el dinero se mantuvo en movimiento durante su cautiverio.

Cuatro millones. Faltaba menos.

La computadora había sido regalo de la Asociación, para que se pusiera al día con el mundo. Apenas tuviera su paga, iría y compraría la mejor máquina cuántica en el mercado, un buen libro sobre el tema, y se dedicaría a estudiar.

Tenía mucho que aprender si quería volver a ser la hacker de antaño.

«No —pensó con tristeza—. Ya no volverás a ser ella. Nunca más.»

Un teléfono móvil se encendió a su lado. Por puro instinto se tocó el DRI que le habían instalado el día anterior. Sin él no podría recibir el SW y no pensaba morir después de todo lo que había vivido.

No como Mila. No así.

El teléfono, un pequeño aparato que cabía en su palma, vibró. La pantalla se iluminó. En letras negras se anunciaba a la persona que osaba romper su tranquilidad.

—Ramiro —le dijo al teléfono sin dejar de teclear—. No me interesa hablar contigo.

Un pitido la hizo mirar una vez más. Entonces se percató de que no era una llamada, sino un mensaje de texto. Se acercó un poco para poder leer lo que escribía.

Quédate con el dinero. Lo siento.

María Luisa no se lo podía creer. El antiguo Ramiro habría reclamado su dinero y solicitado que terminara en la cárcel. Por lo visto, ella no había sido la única transformada por la experiencia.

No respondió. Siguió el movimiento de su dinero hasta que llegó a la última cuenta, en un banco local cerca de su hotel. Almorzaría y luego iría a pedir una tarjeta de crédito ligada a esa cuenta.

«No. No más plástico», recordó pensando en el DRI. Unos pocos papeles y cargaría millones de dólares en su cabeza.

Después de eso, ¿qué haría? Viajaría por el mundo, comería en restaurantes de cinco estrellas y trataría de rehacer su vida, si algo así era posible.

Tenía que pensar que era posible. Si no, bien podía renunciar, no tomar más SW y dejarse morir.

«No te atrevas —le advirtió Mila en sus recuerdos—. No dejes que nuestro esfuerzo por no volvernos locas sea en vano.»

Logró sonreír una vez. El gesto desapareció tan rápido como hizo su aparición.

Tomó un papel, apuntó la información que necesitaba para llegar al banco y se levantó. El mensaje de Ramiro seguía brillando en el teléfono, esperando una respuesta. María Luisa lo apagó, se lo metió en el bolsillo del pantalón y salió de la habitación.

Lo primero que compraría sería un teléfono móvil nuevo.

Al salir a la calle se sintió extraña, como si todos la estuvieran juzgando. Sabía que no era cierto. En esa ciudad nadie la conocía. Era una extraña entre cientos de desconocidos, pero diez años de esclavitud eran una carga que no se quitaría de encima con todo el dinero del mundo. Agachó la cabeza y aceleró el paso. Al tomar la curva, pasó por delante de un grupo de jóvenes que se la quedaron mirando. Logró escuchar sus cuchicheos y una que otra palabra obscena dirigida a su persona.

Con todos los avances de la sociedad, había cosas que no cambiaban. El miedo al castigo les impediría actuar, pero a sus ojos ella era otra más. Una mujer. Un pedazo de carne para su satisfacción personal.

El banco estaba a dos calles. A doscientos metros, un vistoso letrero

la hizo detenerse un instante. Las ventanas del local eran oscuras, pero podía ver las siluetas de las personas en su interior.

«Clases de Krav Maga. No sea una víctima más. Pregunte en recepción. Gimnasio Solarte.»

María Luisa siguió caminando. Primero el banco, después el teléfono.

Apuntarse a esa clase sería lo tercero que haría.

* * *

Año 10 AL — 2 de mayo

Una pequeña mosca entró por la ventana. Su vuelo errático, producto de las corrientes de aire de un viejo abanico de techo, se estabilizó al salir de su campo de influencia y se enfiló a una mesa cercana. Se detuvo encima de un plato. Sus minúsculas patitas se movieron para llevarla a los restos de un pan con mantequilla.

Mientras la mosca se deleitaba con su festín, en una habitación cercana, otra mosca volaba alrededor de un hombre. Por suerte para ella, al humano no parecía importarle su presencia. Se atrevió a posarse en su hombro. El hombre siguió sin reaccionar, aunque su cuerpo giraba lentamente a un metro del suelo. Avanzó con cautela, se subió al cuello y a la soga que se perdía en las alturas. Cuando llegó al final se dio cuenta de que no encontraría alimento allí y salió volando.

Ramiro Pascal no se percató de su partida.

* * *

Año 10 AL — 2 de mayo

Rubén Ovalle estudió a la pareja mientras se comía una hamburguesa sentado en el banco de un parque. La mujer debía de tener unos treinta años. El hombre era ordinario, feo y mucho mayor, pero lo que carecía de elegancia lo compensaba con dinero. Tenía las fotos de cuando intercambiaron un beso al encontrarse en un café al aire libre y el collar que puso en su cuello antes de sentarse. Si el brillo desde lejos era un equivalente al valor, ese regalo valía lo que él recogía en un año.

Mordió un pedazo de la comida que trataba de escaparse de entre sus dedos. Era grasienta, con queso y tocino de aditivo. Se esforzaba en comer bien para que su DRI no le llamara la atención, pero de vez en cuando se daba esos lujos. Seguir a un hombre acusado de infidelidad era un trabajo exigente, que lo obligaba a comer donde se encontrara. Masticó con calma, saboreando cada bocado que descendía por su garganta, y lo bajó con un sorbo de agua. Mataría por una soda, como en los viejos tiempos, pero las compañías de gaseosas quebraron en los primeros años del nuevo orden.

Si querías vivir, debías comer sano. Esa era la regla. Si la rompías, eras responsable de lo que te pasara cuando el DRI detectara una condición crónica.

—Concéntrate, Rubén —se regañó sin dejar de masticar. Más que nada para obligarse a ignorar las advertencias que su mente le hacía. Si dejaba que su conciencia ganara, la hamburguesa le caería mal y eso sería un sacrilegio.

Se los veía muy melosos. Acomodó su cámara, escondida dentro de una vieja edición de La Esclusa, y se movió un poco para verificar que sus blancos estuvieran enfocados. Su cliente, la esposa del hombre, le daría un bono sustancial si le llevaba pruebas fehacientes de su infidelidad antes del lunes.

Por dinero se volvería su sombra de ser necesario.

Una simpática joven se acercó trotando por el sendero a su espalda. Ya era la segunda vez que la veía por allí. Cuando pasara, giraría la cabeza para poder estudiarla mejor. Es más, ya tenía suficiente vídeo para la esposa despechada. Levantaría el periódico y la filmaría al irse alejando. Tenía las curvas bien puestas, justo donde le gustaban. No todos los días se podía admirar a tamaño espécimen del sexo opuesto.

Escuchó las suelas de sus zapatillas acercarse. Puso la mano sobre el periódico y la hamburguesa sobre una servilleta a su lado. Los amantes, a lo lejos, conversaban.

Sintió el piquete en la base del cuello, cerca de la oreja. Profirió un pequeño grito antes de sentir una piedra depositarse sobre su pecho. Los oídos le zumbaron y su visión empezó a ponerse borrosa. Su corazón se detuvo poco después.

El aliento de la mujer se extendió por su piel al acercar los labios a su oído.

—Amnistía cancelada —dijo con una voz sensual que habría considerado erótica de ser otras las circunstancias.

Unas manos lo acomodaron en el banco y lo dejaron posicionado como si estuviera tomando una siesta. Para cuando las pisadas se alejaron, la pareja en el restaurante pedía la cuenta. Su interés por el curioso detective que los seguía, un asunto del pasado.

* * *

Año 10 AL — 2 de mayo

El doctor Wainstein salió de su oficina y se dirigió a las escaleras como todas las tardes. Otros profesores usaban el ascensor, una ruta directa y vertical que los llevaría a sus vehículos en menos tiempo,

pero él disfrutaba del ejercicio. No tenía muchas oportunidades de mantenerse activo y ese pequeño esfuerzo prefería no desaprovecharlo.

Había que mantenerse activo. «Mente sana en cuerpo sano», solía decirles a sus alumnos de Bioquímica de la carrera de medicina. Una frase que la mitad de ellos detestaba, pero contra la cual no podían hacer nada. Él era el excelentísimo señor rector, dueño y señor absoluto de sus destinos. Harían lo que él pidiera, por más humillante que fuera.

Sonrió al recordar a la hermosa estudiante que fracasó en su último examen. Cómo se le acercó a pedirle clemencia, jurando que mejoraría y que estaba dispuesta a hacer lo que fuera para poder seguir en la carrera.

Ilusa. Nunca se negaba cuando la oportunidad se presentaba. Era una actividad que mantenía su corazón sano. Además, se aseguraba de que los demás profesores le pusieran el ojo en años posteriores. En alguna materia volvería a fallar, y eso sería todo. Podía aceptar los regalos sexuales que le ofrecían y cumplía su promesa, porque era un caballero, pero, por encima de todo, era el rector y ninguna persona sin valía se graduaría en su universidad.

Escuchó las pisadas detrás de él y trató de volverse, sorprendido de que alguien estuviera allí. Ya las clases habían terminado y en el cuarto piso solo estaban las oficinas administrativas. Pensó que era el último en salir, algo que lo llenaba de particular orgullo.

No tuvo la oportunidad de ver el rostro del extraño. Una mano lo empujó con fuerza. Sus pies se enredaron y se fue de boca. Rodó por los escalones de madera hasta el rellano. Pequeñas gotas de sangre salpicaron el suelo y las paredes en su descenso. Su cuerpo quedó tirado, su cabeza torcida en un ángulo incompatible con la vida.

El extraño pasó por encima del cadáver y siguió bajando la escalera como si nada hubiera pasado.

* * *

Año 10 AL — 2 de mayo

Massiel lo sintió montarse encima y aguantó la respiración. Ese primer contacto ya no le molestaba, con la excepción de los olores que cargaran encima. Algunos olían a colonia o a perfumes tan fuertes que le daban náuseas, como si el olor pudiera ocultar dónde habían estado.

Lo abrazó y lo atrajo hacia sí. Cuanto más rápido acabara, más pronto estaría libre de su peso. El tiempo que ellos insistían en estar acostados a su lado, porque habían pagado el precio para estar allí, lo usaba para meditar. Su mente se ponía en blanco y exploraba todas las vivencias del día no relacionadas con su trabajo.

Para cuando se iban, estaba más relajada que un helecho.

Sintió las manos del hombre sacar la almohada sobre la que descansaba su cabeza. La erección que buscaba demoraba en llegar, así que debió de pensar que cambiarla de posición sería suficiente. Massiel no tenía problemas con los experimentos, con tal de que no la lastimaran.

La almohada cayó con fuerza sobre su cara. El aire rehusaba entrar, los oídos empezaron a retumbarle. Trató de zafarse, pero sus piernas la envolvieron como un lazo. Alzó las manos y palpó los brazos del hombre. Dos pilares que no se doblaron, a pesar de enterrar en ellos sus uñas. La fuerza la fue abandonando y el mundo tomó un cariz sombrío y monocromático hasta que desapareció por completo.

* * *

Año 10 AL — 2 de mayo

El doctor Ustinov tenía todo preparado. Las placas con los cortes histopatológicos del hígado de Atero; cada una usaba una tinción diferente. Iban del morado al dorado oscuro. La verdad oculta en ellos era evidenciable para cualquiera con los conocimientos necesarios.

A su izquierda, tres pequeños platos en una plancha tatuada con líneas en colores metálicos conectada a su ordenador. Presentaría su evidencia, que era lo correcto, antes de enviar las proteínas que había logrado aislar al Registro Mundial de Enfermedades. El proceso actualizaría los DRI de todo el mundo. Temía lo que ese simple gesto representaría para muchas personas. Una alerta inmediata y la visita de los CS, su mundo y todos sus planes para el futuro truncados porque él hizo su trabajo.

No era su culpa, se repitió por vigésima vez. Se requería mantener el abastecimiento de SW. Desperdiciar el preciado producto en personas que morirían a corto plazo iba en detrimento del bienestar de las nuevas generaciones.

Era su deber.

El sensor de la entrada le indicó la llegada de su visita. La puerta se abrió y él se alisó la bata. Un gesto superfluo que no pudo evitar. Su carrera estaba a punto de elevarse al nivel del estrellato académico. El momento no podía atraparlo luciendo como un científico loco.

—Buenos días —dijo al reconocer a su visitante—. Gracias por venir.

Tres horas después, cuando la señora Blanca, la encargada de la limpieza del laboratorio, entró, su aspiradora se le cayó de los dedos. El golpe del metal opacó el grito ahogado que escapó de su boca.

El cuerpo de Ustinov estaba tirado en el piso. Sus propios colegas lo clasificarían después como una muerte natural. Una muy desafortunada, ya que él les había prometido una gran revelación en los próximos días, aunque no encontraron en su escritorio señal

alguna de lo que pudo haber sido.

En opinión de la señora Blanca, su puesto lucía inusualmente limpio.

* * *

Año 10 AL — 2 de mayo

Tato le pasó la botella. Uriel, sin pensarlo, tomó otro sorbo y disfrutó el descenso del pungente líquido por su garganta. Esperó unos minutos en silencio antes de encender la aplicación. El sensor de su DRI reportó niveles de alcoholemia cercanos al nivel permitido diario, pero sin llegar todavía.

—Creo que le puedo sacar un sorbo más. Esto es fantástico.

—Te lo dije —respondió Tato—. Este será el futuro. Tenemos que invertir.

Uriel giró la botella en su mano y contempló la etiqueta. Un rectángulo negro con letras en rojo. La palabra Nirvana surcaba la superficie.

—El nombre fue mi idea —dijo Tato orgulloso—. ¿Cómo te sientes?

—Fantástico. Siento el efecto del alcohol, pero —volvió a encender la aplicación— sigue sin marcar niveles elevados. ¿Cómo es posible?

Tato arrancó el coche. El sonido del motor y el olor a tormenta invadió sus fosas nasales. Recordaba, de los días de su infancia, el olor a diésel del coche de su padre. Esta esencia era diez veces más agradable y, en combinación con el calor que recorría su cuerpo gracias al licor, lo ayudó a sentirse en paz por primera vez en semanas.

Habían resuelto el asesinato del doctor Schneider y del coronel Akigusa, lo que les ganó abundantes felicitaciones provenientes de la Asociación. Rumores de un premio y, lo más importante, un aumento, estaban en el tapete. Además, en el proceso desarticularon una casa de prostitución, liberaron a todas sus prisioneras y atraparon al dueño de la banda. Bueno, lo ajusticiaron, pero a efectos de su currículo era igual.

El futuro no sería el mismo para ninguno de ellos. Ya era hora.

—No estoy muy seguro del proceso —aceptó Tato retrocediendo en el estacionamiento. El mar, a su izquierda, se alzaba y descendía con el vaivén de las olas. Un paisaje apacible que los dos disfrutaban y les servía como pantalla de meditación o descanso—, pero le podemos preguntar cuando hablemos con él más tarde. Necesita socios y dinero. La oportunidad solo toca a tu puerta una vez. Tenemos que aprovecharla.

Uriel levantó el cuello de la botella a su nariz y olfateó. Una esencia frutal con toques de miel quemada que le hizo querer tomar un sorbo adicional. Cerró los dedos sobre la botella y se contuvo. No pensaba tentar a su suerte. Hacía años que no sentía el golpe del alcohol en su sistema y lo último que quería era estar borracho, aunque el DRI considerara que no lo estaba.

Puso la botella en su regazo y asintió.

—Me apunto. Esto es fantástico. Vamos.

Tato sonrió de vuelta y aceleró. Conocía a su ahijado. Desde hacía días lo veía más tranquilo. Como si por fin se hubiera liberado de las culpas que cargó durante más de una década. Era un buen muchacho en el fondo. Merecía ser feliz.

El coche salió de los estacionamientos y se metió en la autopista. A doscientos metros, el que venía detrás informaría después haber visto la aparición de una chispa súbita. Un destello cerca del motor de hidrógeno.

Logró esquivar la explosión y los restos del coche en llamas por apenas unos metros.

* * *

Año 10 AL — 2 de mayo

El frío nocturno lo obligaba a caminar con las manos en los bolsillos. A pesar de eso, sentía la cara caliente. Una sonrisa tonta rehusaba abandonar su cara.

Sus dedos tocaron el papel y la mueca se amplió. La carta le informaba de que su solicitud de traslado a las oficinas de la Academia en la zona A-2 había sido aprobada. Le dolía dejar su puesto en los CS y a todas sus amistades, en particular a Uriel, pero era hora de seguir avanzando. Nunca le había gustado ajusticiar a las personas, aunque fuera necesario. Sin embargo, apretar el gatillo contra individuos como Mila y Luca había rayado en el placer y, cuando tuvo tiempo de pensarlo, la culpa y el miedo lo golpearon con inusitada potencia.

Era médico. No un asesino.

La carta, una petición ya olvidada, no pudo llegar en un mejor momento. Era una señal del universo de que era hora de cambiar. De ampliar sus horizontes.

De estudiar e investigar. De contribuir al progreso de la ciencia de una manera constructiva, no destructiva.

Su teléfono vibró. Una alarma resonó en su cabeza. Lo sacó para ver qué era y sus pasos se detuvieron al leer el mensaje: «Glicemia: 300 mg/dl».

No tuvo tiempo de procesar la información. De un callejón cercano salió una figura vestida de negro con una AX-3 alzada.

—Lo siento —fue lo último que escuchó antes de sentir el golpe eléctrico apagar todas sus funciones vitales.

Capítulo 19

Epílogo

Año 10 AL — 5 de mayo

Edisa bajó el periódico y contempló el rostro detrás de la noticia que acababa de leer.

—¿Murió? ¿Cómo?

—Un accidente. Un desperfecto provocado por no darle el mantenimiento adecuado a su vehículo —respondió Eric, tomando un sorbo de café—. La compañía y sus proveedores fueron exonerados de toda culpa.

Edisa no los conocía, pero se alegraba. La muerte de su hijo la había acompañado la última década sin dejarla avanzar. Ningún trabajo duraba lo suficiente, ninguna relación la llenaba. Era una autómata que necesitaba llenar un agujero y, cuando decidió que la única forma sería averiguando qué le pasó a su hijo esa noche, la muerte decidió darle una mano de la única forma que podía.

Las historias de Eric y Verónica entraron a formar parte de su conciencia tanto como la de Uriel y Pablo. Saber que el responsable directo de todo su dolor estaba muerto debería de haberle proporcionado algún tipo de satisfacción. No fue así. Seguía sintiendo que le faltaba una parte de su alma, pero el orificio era más pequeño.

No por la muerte de Uriel, que lamentó más de lo que esperaba. Por

la presencia de Eric, quien seguía sorbiendo su café, aunque sentía su mirada posarse en ella cada cierto tiempo, lo que solo provocó que el rubor en sus mejillas se intensificara.

—¿Y los asesinos de Verónica? ¿Qué harán con ellos?

—Uno murió en un enfrentamiento con los CS. Los otros dos ya fueron arrestados y esperan fecha de juicio. De ser declarados culpables, serán ajusticiados.

—¿Y cómo te sientes? —se atrevió a preguntar para obviar sus propias dudas.

—¿De si los matan o los dejan con vida? En realidad, me da igual. Todo lo que quería era hacerle justicia a Verónica. Le hice esa promesa y siempre las cumplo.

—¿Y ahora? ¿Qué harás?

Eric bajó la taza y contempló su superficie.

—En realidad, no sé. Seguiré escribiendo, eso es seguro. Por lo demás, estuve tanto tiempo obsesionado con la muerte de Verónica que no tenía espacio para nada más. Ahora me siento, no sé cómo describirlo, liberado y, a la vez, que me falta algo. ¿Me explico? —Edisa asintió—. ¿Y tú? ¿Qué harás?

Edisa llevaba un tiempo pensándolo. Era cuestión de atreverse. De tomar control de su vida y, quizás, dar un salto de fe.

—¿Qué harás el viernes por la noche?

Eric se atragantó con el café. Bajó la taza y se la quedó mirando.

—¿Cómo? ¿El viernes por la noche?

—Sí. Quiero invitarte a cenar en mi casa. Una forma de agradecerte todo lo que has hecho.

—¿Comida? ¿La harás tú?

—Seguro. He estudiado clases de cocina. Eso sí, espero que no seas

fanático de la comida asiática. Nada de bulgogi.

La piel de Eric tomó el mismo color rojizo que ella minutos antes y, por alguna razón, eso cerró el orificio en su alma un poco más.

* * *

Año 10 AL — 11 de mayo

Adriana leyó el mensaje de Edisa y suspiró satisfecha.

—Ya era hora —murmuró mientras le respondía—. Te lo mereces.

Una cena tranquila, conversaciones intrascendentes que se sintieron cómodas y fluidas. Un Eric más conectado con el momento. Una Edisa dispuesta a darse una nueva oportunidad. Las cosas iban bien.

¿Qué pasaría después? ¿Quién podía saberlo? Podían terminar enamorándose o quedar como buenos amigos. En cualquiera de los dos escenarios, ganarían algo que se habían prohibido hasta ese momento.

Sentir.

Dejó el teléfono sobre la mesa y retomó el paquete de papeles que leía antes de recibir el mensaje de Edisa. Su última cliente, Marisol. Una estudiante de medicina que quería saber qué les pasó a sus padres la noche del caos. Sus primeros esfuerzos dieron respuesta casi de inmediato. Su coche fue encontrado en un callejón. La madre fue violada antes de ser ejecutada con un tiro en la cabeza. Él, de uno en el pecho. El sitio donde ocurrió el crimen, muy cercano al lugar donde Eric y Verónica fueron atacados por Pereira y sus hombres. No le costó mucho descubrir que las armas usadas en ambos asesinatos eran las mismas. Citaría a la joven el lunes y le contaría lo ocurrido, con el aliciente de que podría decirle que los culpables estaban muertos o en prisión.

No era algo que podía hacer a menudo. Cerrar un caso por completo.

Tal vez la llegada de Edisa rompería ese hechizo. Sería cuestión de esperar.

Marisol merecía cerrar ese capítulo de su vida. La carrera de medicina era exigente por sí sola, sin tener que cargar ese lastre emocional encima, y se pondría peor. En las noticias se comentaba el juicio a un médico interno por quedarse dormido en un turno. El caso estaba polarizando las opiniones en las redes sociales, desplazando a Luca Bianchi, a Pereira y al querido Johann.

Dejó caer los papeles y cerró los ojos.

El mundo era un lugar frío y despiadado. La pandemia solo logró que la mezquindad de las personas saliera a flote con más facilidad: el bien común, una bandera para justificar el ataque sistemático a todo lo que sonara superior o privilegiado. El médico, en la sociedad moderna, estaba en la cima de la cadena alimenticia. Ver a uno caer por no hacer su trabajo era una oportunidad que las redes sociales no dejarían pasar por alto. Lo descuartizarían digitalmente y pedirían un castigo ejemplar.

Dudaba de que la Academia fuera a ser benévola con alguien que arrastró a la profesión por el lodo. No les importaría que el pobre hubiera estado trabajando más de treinta y seis horas seguidas o la reciente muerte de su esposa. Para ellos, usando la fría lente del prestigio y el bien común, era un médico que había fallado a su juramento. Sus actos pudieron poner en peligro la vida de otro ser humano y eso no se podía permitir.

Si querías ser médico, tenías que estar dispuesto a pagar el precio.

Recordó las veces que planeó dejar ese puesto y meterse a estudiar psicología, una idea que desechó con rapidez al saber que, si un cliente tuyo se suicidaba, se te podía acusar y sentenciar por no hacer tu trabajo. No ganaba tanto como quisiera y no era considerada una figura pública. Era una sencilla trabajadora social que encontró un lugar donde echar raíces y ayudar a las personas.

A veces eso era todo lo que se necesitaba para ser feliz.

* * *

Año 10 AL — 13 de mayo

Akane Nakahara cerró el teléfono y se recostó en su silla. Deslizó las manos por encima de los acolchados reposabrazos. Su piel percibió la suavidad del cuero. Nunca pidió ese puesto, pero el destino decidió que ella lo ocupara.

Si ese era su propósito en esta vida, que así fuera. Lo cumpliría cabalmente hasta exhalar su último aliento.

«Termina lo que empezaste», pensó.

Estiró la mano y tomó un cartapacio que su secretario había puesto allí hacía unos minutos. En su interior, la orden de ejecución del teniente coronel Pereira.

«Yo sé lo que estaba dispuesto a hacer —le dijo Pereira a través del vidrio. Una Alicia perdida en su mundo de locura—. ¿Qué harás tú, Akane? ¿Esconderte en las sombras como haces ahora? ¿Dejar que los muertos de la noche del caos se tripliquen por defender un ideal inútil y nada práctico? ¿Qué harás, Akane? ¿Qué harás?»

Haría lo correcto, se prometió. No podía dejar cabos sueltos.

Todos los que escucharon la confesión de Pereira ese día debían morir. Nadie podía saber sobre el cáncer ligado al SW. La noticia haría sucumbir todos los cimientos de su sociedad. El miedo se apoderaría del mundo una vez más, una herida demasiado fresca para abrir de nuevo. Crearía un grupo secreto dedicado a estudiar los papeles de Atero. Entre ellos, las mentes más brillantes, leales a la Asociación y fiables como el amanecer.

Encontrarían una cura. Solo entonces dirían la verdad o modificarían el SW para evitar el peligro. Hasta entonces, el mundo seguiría rotando, sus habitantes ignorantes de la muerte que entraba por sus bocas todos los días.

Atero se suicidó para que el secreto viera la luz. Pereira y sus hombres se aprovecharon de la información para organizar el asesinato de Schneider y su tío Hiroo. Uriel, Arthur, Tato y Ramiro escucharon la verdad el día que Pereira confesó. Sin saberlo, se condenaron solo por estar presentes cuando él dijo la verdad sobre lo ocurrido. Organizar todas sus muertes para hacerlas parecer accidentes, causas naturales o suicidios fue más fácil que conseguir extraer de la sede de los CS todas las grabaciones de ese momento. Hasta alterar el DRI de Arthur, para que detectara una hiperglicemia que nunca tuvo, fue sencillo. Un fallo que le enseñó Jonas en los primeros días del proyecto y que, después, desechó. Bueno, en realidad la resolvió volviendo el DRI impenetrable, excepto por la puerta trasera que Akane se creó y dejó abierta en el sistema.

Atero habló con su rector y le dijo lo que había descubierto. Lo sentenció a morir el día que le hizo saber que el SW producía cáncer. Ustinov descubrió la verdad al hacer una autopsia innecesaria. Su deseo de fama y prestigio lo llevó a aislar las proteínas marcadoras y a invitarla a ver sus hallazgos. Pudo mandar a alguien más, pero no sería justo salir de ese atolladero sin mancharse las manos.

Hizo lo correcto.

Las placas las tenían en su laboratorio privado. Las usarían para empezar las investigaciones que, entre ellos, los pocos privilegiados de la Asociación que sabían la verdad llamaban cáncer de Atero. No lo subirían al Registro Mundial. La condición seguiría siendo un misterio para todos.

Ella manejaba las estadísticas oficiales del mundo. Se aseguraría de tenerlas controladas para que el aumento de la mortalidad no fuera tan evidente. No quería más curiosos tratando de escarbar donde no debían. No disfrutaba matando. Hacía el trabajo para el cual la habían elegido.

«No todo fue por la Asociación», escuchó la voz de su tío Hiroo decir en su mente.

Se levantó de la silla y se acercó a la pantalla que ocupaba casi toda la pared. Un mapa del mundo que reflejaba, en tiempo real, el movimiento de las líneas de distribución del SW. Una maquinaria perfecta que mantenía el mundo en funcionamiento.

Pudo dejar libre a Rubén Ovalle. Después de todo, la amnistía lo protegía. A ella no le pareció justo. Nunca estuvo de acuerdo con esa medida, pero comprendía que era necesaria. Un sacrificio para poder avanzar. La muerte de Ovalle no afectaba a la civilización y, a pesar de eso, no se sentía correcto dejarlo en libertad. Si iba a encargarse de ese puesto, lo haría con una conciencia tranquila.

Con Massiel le costó más trabajo decidir. No merecía morir, ya que era una esclava más de las circunstancias. Sin embargo, por un lado, la ley era clara. Por el otro, Ramiro Pascal era un cliente asiduo en búsqueda de sus servicios. No podía estar segura de que no le hubiera contado sobre el cáncer de Atero. Un rumor podía empezar pequeño, con una insinuación, y convertirse en una leyenda urbana. Mantener el secreto era indispensable.

María Luisa Pineda merecía vivir. Había sobrevivido en el infierno y, cual Dante, había salido ilesa, al menos físicamente. No conocía la verdad y el dinero robado estaba amparado por la amnistía. Además, el dueño ya estaba muerto, así que no le serviría de nada.

Las líneas se movían en el mapa sin detenerse. Los números eran sólidos y fiables. El SW mantenía una buena tasa de producción.

Prefería que el mundo siguiera su curso, ignorante y feliz. Se necesitó de una pandemia, el inminente fin de la raza humana y diez años de un control autoritario, casi dictatorial, para llegar a ese punto. Una civilización estable, sin prejuicios, donde la salud era igual para todos. Un mundo donde los niños no morían de hambre, las mujeres no tenían que temer caminar solas por una calle y los ricos no se aprovechaban de los pobres por su condición social. ¿Que había que sacrificar algunos derechos individuales? Seguro. El bien común siempre estaría por encima del individual. No importaban las circunstancias.

Su tío Hiroo creyó en esa visión y se jugó la vida organizando todo para conseguirla. Lamentaba que no estuviera allí para ver ese momento, pero su muerte no había sido en vano. De no ser por ese asesinato, nunca habrían descubierto la verdadera naturaleza de Luca Bianchi o el infierno que fabricó a costa de las vidas de sus víctimas.

¿Qué harás?

Pereira no sabía quién era ella. Siempre haría lo correcto, sin importar lo dolorosa que pudiera ser la decisión. El día que los CS la buscaran por desarrollar alguna condición crónica se iría en paz, con la satisfacción del deber cumplido.

Por el bien de la humanidad.

AGRADECIMIENTOS

Para mi familia, que sigue estando a mi lado, guiándome en el camino de salida del laberinto que mi mente fabrica todos los días.

Para mi agente, Eva Fraile, que aceptó leer el manuscrito de un escritor del otro lado del Atlántico y decidió que tenía el potencial para representarlo. Este libro es el principio de una negra aventura cuyo destino está por verse.

A mi editora en este viaje, Adelaida Herrera Martínez, por sus palabras y esfuerzo en darle vida a esta nueva creación que inició con el simple deseo de contar una historia sobre el fin del mundo y que en los primeros tres meses de encierro mutó en otra cosa. No era mi intención, pero el mundo se convirtió en una cornucopia de ideas que no podían ser desechadas.

Y a usted, estimado lector, que desliza su mirada por estas palabras, gracias por darle una oportunidad a esta historia. Si los detalles le parecen familiares, esa fue la intención. Si la trama le parece una visión muy probable del futuro, puede ser que tenga razón. Después de todo, hace un lustro nadie pensaba que pasaríamos dos años encerrados por culpa de una pandemia, pero esas fueron las cartas que nos tocaron en la partida y las jugamos para poder sobrevivir.

¿Qué no haríamos por el bien de la humanidad?

Felices lecturas y negras historias.

Biografía



Osvaldo Reyes (Panamá, 1971) estudió medicina en la Universidad de Panamá y luego se especializó en Ginecología y Obstetricia. Es encargado de la Cátedra de Obstetricia de la Universidad de Panamá y miembro del Sistema Nacional de Investigadores.

Es un ferviente lector y escritor del género negro, con nueve libros (El efecto Maquiavelo, En los umbrales del Hades, Pena de muerte, La estaca en la cruz, Sacrificio, El canto de las gaviotas, El cactus de madera, Asesinato en Portobelo, El experimento Maquiavelo) y tres colecciones de cuentos (Trece gotas de sangre, Trece candidatos para un homicidio y Trece crímenes a la panameña con patacones y café) publicados hasta la fecha. Sus relatos forman parte de diferentes antologías (Escrito en el agua, Pólvora y sangre, Homenaje a los clásicos, revista Mordedor #2, revista Weird Review #1, Círculo de Lovecraft #9, #11, #14, #15 y #16). Es ganador del Primer Premio de Narrativa Corta (2017) del Panama Horror Film Fest y del X Concurso Internacional de Relatos Bruma Negra (2022).

Redes sociales:

@MaquiaveloReyes

@osvaldoreyest

osvaldoreyesnoir

Página web: osvaldoreyest.com

El báculo y la serpiente

Osvaldo Reyes

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2022

ISBN: 978-84-08-26288-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html

Otros títulos de Click Ediciones

Take five

Francesc Marí

No habrá más domingos

Guillermo Sánchez Rodríguez

La caja dormida

Javier Jiménez Medina

El mañana nos pertenece

Jaime Pérez de Sevilla y Bautista

Lágrimas de ceniza

Rubén Aído Cherbuy

Las dos caras de la venganza

Francesc Marí

